

EL GUERRILLERO

EL GUERRILLERO

Este libro es la historia real y auténticamente personal de un "producto de la Escuela Preparatoria Popular", de México, D. F., relatada por él mismo en su calidad de guerrillero, que sale a la luz pública con el seudónimo de "El Camarada Ernesto".

En términos más precisos cabe afirmar que éste es el relato de un marxista convencido, en el cual no hay ni un solo párrafo que pueda considerarse fruto de la fantasía. Es, por el contrario, el testimonio vivo de quien ha participado en numerosas acciones punitivas que han conmovido al país, tales como asaltos a entidades bancarias, secuestros de personajes de relevancia política y económica, y encuentros sangrientos sostenidos con las fuerzas de policía y el ejército. El autor habla de lo que ha visto y vivido, no de lo que le contaron. No es el libro escrito por un buscador de notoriedad a base de relatos fantásticos, ni de un repetidor de lo dicho por sedicentes testimonios muchas veces tendenciosos, cuando no falsos.

Cada capítulo es un episodio trepidante y conmovedor de la guerrilla; cada capítulo es ante todo, un episodio profundamente emotivo, escrito por quien lo vivió en toda su intensidad, y cuya realidad suele ser, muchas veces, superior a la más desbocada y loca imaginación.

He aquí, pues la verdad sobre el jefe guerrillero Lucio Cabañas Barrientos, en cuyas filas de la "Brigada de Ajusticiamiento del

de Todo

35-10-X5

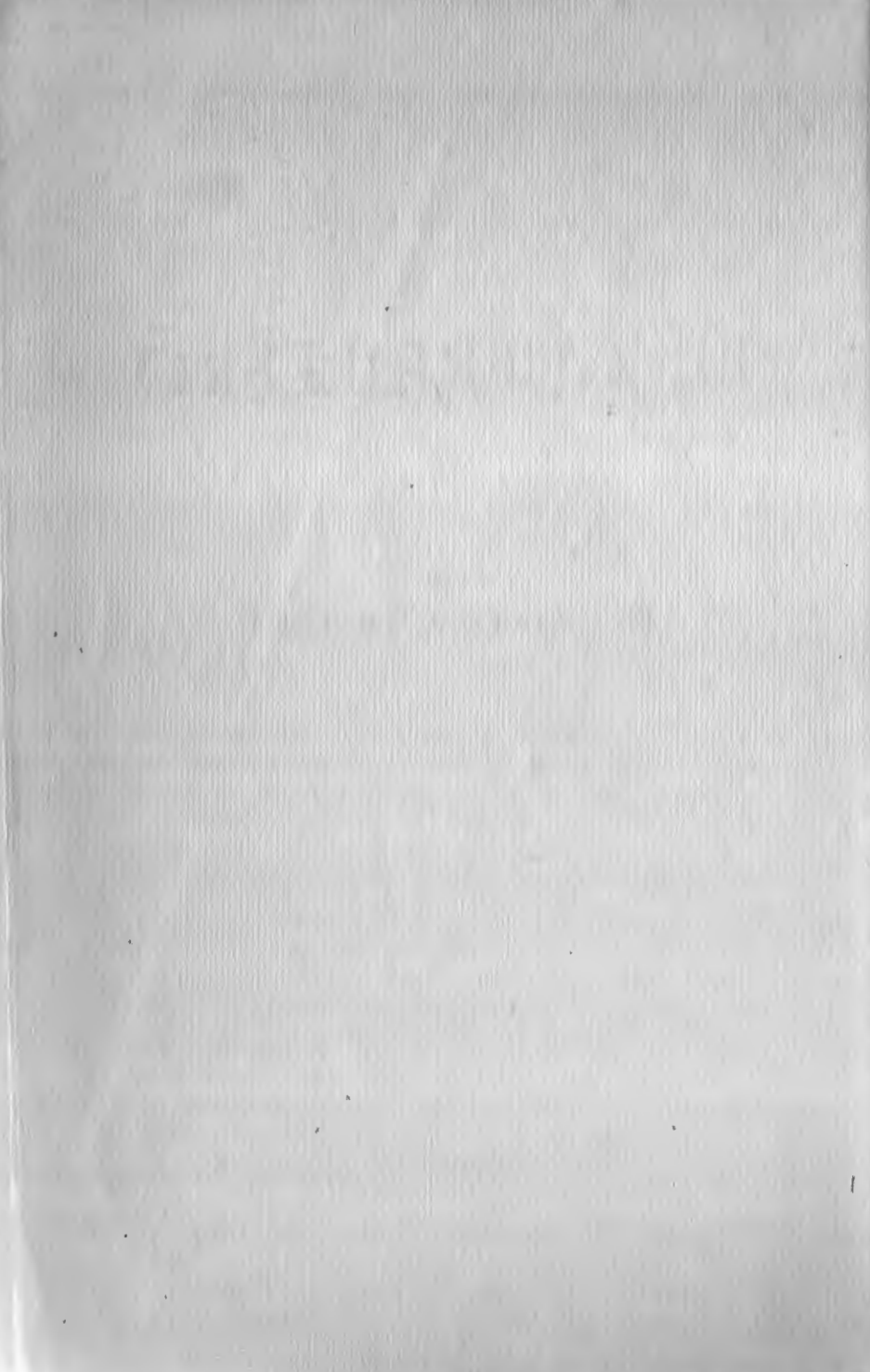
\$ 27.95

EMU. 11

Partido de los Pobres” militó el autor; quien nos informa de su participación en los enfrentamientos y emboscadas a las corporaciones militares destacadas en la Costa Grande de Guerrero; y he aquí también la verdad sobre la trágica muerte de Genaro Vázquez Rojas; el secuestro del Senador Rubén Figueroa y rescate respectivo; secuestro y muerte de Margarita Saad; y, por supuesto, la narración del combate en que pereció Lucio Cabañas, tal como ocurrió en la escabrosa serranía de “El Otatal”, acción realizada mediante una ruin delación, y no como los imaginativos suponen o quieren que haya sucedido.

“EL GUERRILLERO” es un documento de inapreciable valor histórico por su rico contenido respecto de la acción violenta de la guerrilla en Monterrey, Guadalajara, Chihuahua, Puebla, Sinaloa, Guerrero y en toda la faz de la República; sus logros y sus descalabros, desde el 23 de septiembre aquel en que un puñado de activistas se enfrentó a la guarnición de Ciudad Madero, hasta el trágico colofón de “El Otatal”, el lunes 2 de diciembre de 1974.

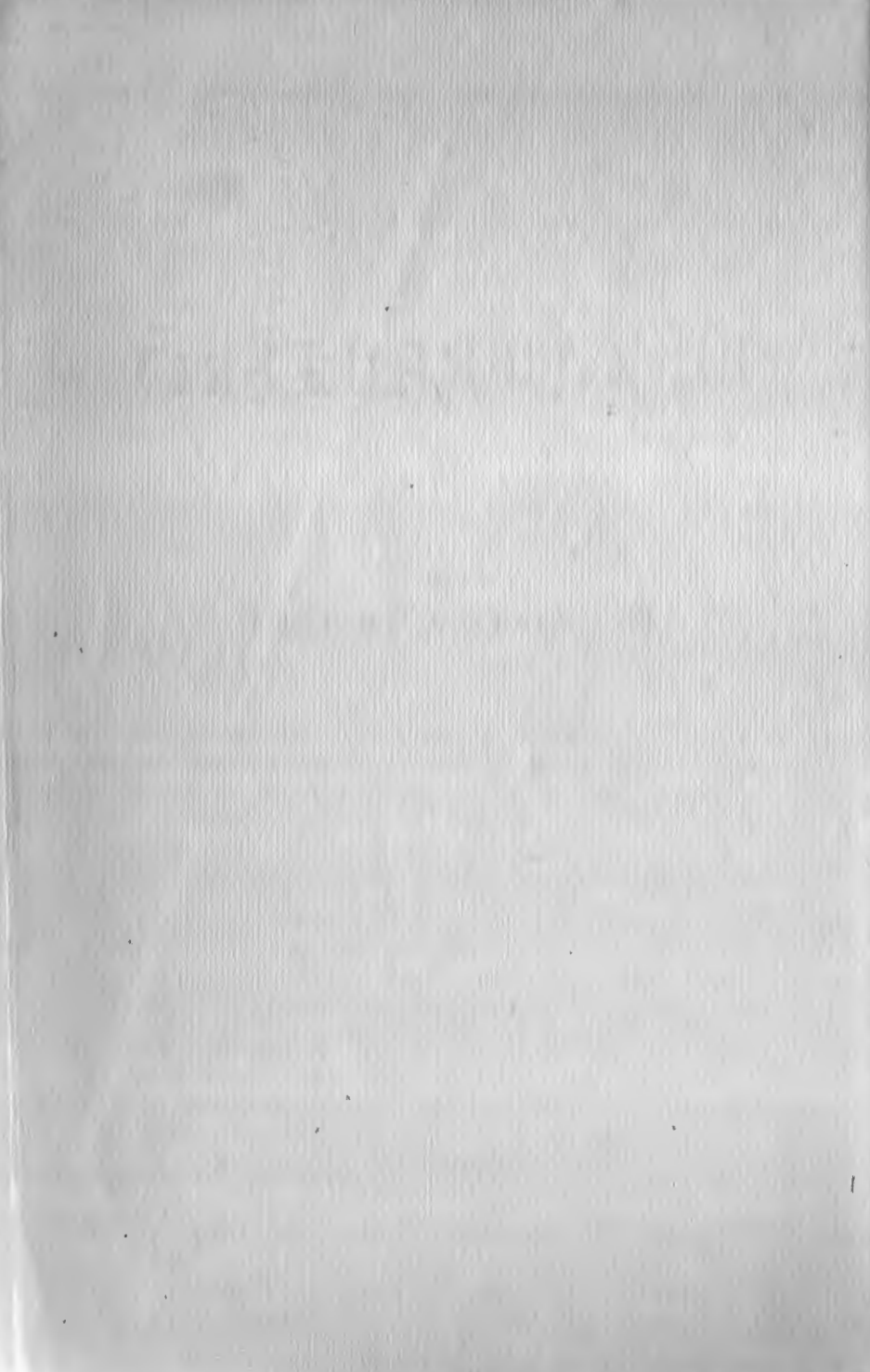
Es el Guerrillerismo por dentro (inédito hasta ahora), con sus grandezas y sus miserias. Nadie lo había escrito antes así, con tal riqueza informativa, y con tanta sinceridad, por la única razón de que el autor lo ha vivido y lo ha sentido en carne propia. No es novela. “El Guerrillero” es un documento fehaciente para la historia político-social del México actual.



EL GUERRILLERO

POR
EL CAMARADA "ERNESTO"

México
1974



\$250 11

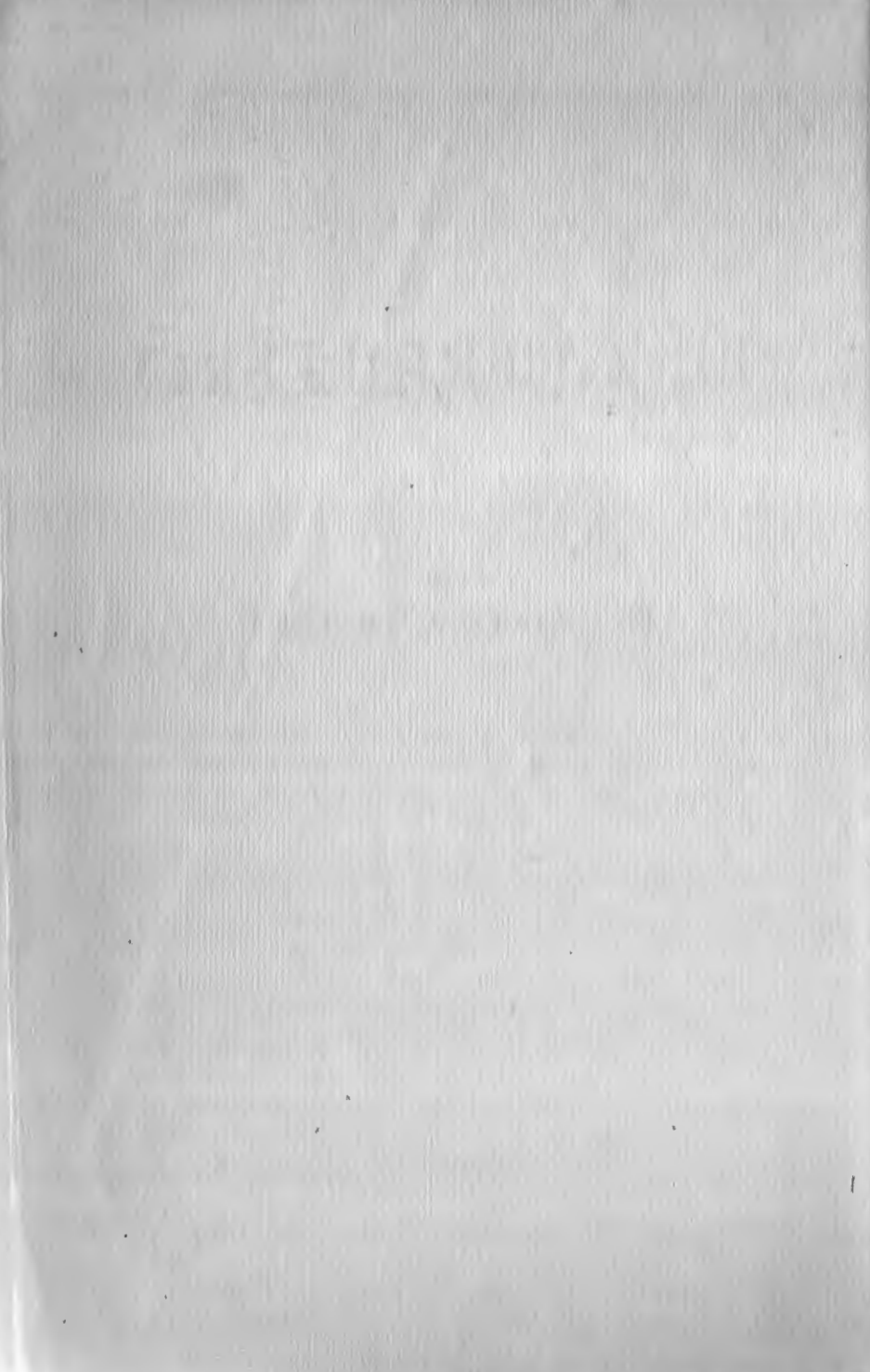
INDICE

Primera Parte

LAS GUERRILLAS EN MEXICO

Segunda Parte

MUERTE DE LUCIO CABAÑAS



“Acogeré con los brazos abiertos todos los juicios de la crítica científica. En cuanto a los prejuicios de la llamada opinión pública, a la que jamás he hecho concesiones, seguiré ateniéndome al lema del gran florentino: “Sigue tu camino, y deja que hable la gente.” (Marx, en el prólogo de *El Capital*.)

En este libro voy a narrar mis andanzas de guerrillero, de soldado raso de la Revolución Socialista; mi participación y la de otros en expropiaciones a la burguesía en el poder y a la burguesía capitalista dependiente; y en secuestros, y en emboscadas a las fuerzas represivas. Estuve preso, y fui canjeado y transferido a Cuba. Soy un producto de la Escuela Preparatoria Popular —la de las calles de Liverpool— y en mi corta vida sé de hambres, miseria total, de vil explotación, de ilusiones rotas, de frustraciones, de miedo cervical; y también de la excitante emoción del combate, del asalto, del arribo del valor después del miedo y qué se siente ser perseguido como fiera rabiosa; y también, de la muerte. . . en cuerpo ajeno.

En el breve lapso de mis veinticuatro años de edad, he vivido lo que otros ni en cien. Sé cuán amarga es la derrota y qué excitante es la victoria. He desarrollado mi sentido de observación y creo estar capacitado para hacer autocrítica. En esta lucha guerrillera se ha incurrido en errores que la tienen en estado de postración, ya que a estas fechas, bien estructuradas y mejor llevadas las acciones, y con menos dosis de personalismos

y más de doctrina en uno casos; y menos doctrina en otros, el triunfo sería nuestro, o lo tendríamos a la vista.

A la hora de escribir estos renglones, las cárceles están llenas de miembros de comandos guerrilleros; y otros yacen en la sierra, en la encrucijada y en los panteones, en proceso de desintegración.

Me propongo hablar muy claro y para evitar malos entendidos, proclamo que fui, soy y seguiré siendo marxista; que tengo fe en el éxito del movimiento armado que conducirá a la implantación de la República Socialista Mexicana; y prometo que no vacilaré, cuando las circunstancias así lo reclamen, en imbricarme de nuevo al movimiento guerrillero.

Los campesinos con tierra, ejidatarios y parvifundistas particulares, son objeto de la más cruel explotación por parte de los monopolios nacionales y extranjeros, así como de los agiotistas oficiales y privados, las compañías refaccionadoras, así como de agiotistas e intermediarios.

Los obreros agrícolas sufren la falta de trabajo, los bajos salarios cuando lo encuentran, y la desorbitada carestía de la vida. Más de dos millones de trabajadores del campo están desocupados permanentemente durante el año, y muchos de ellos emigran a las grandes ciudades, a los centros agrícolas de mejor desarrollo capitalista, o cruzan la frontera de los Estados Unidos —más de medio millón— en donde son brutal e inhumanamente explotados y hasta asesinados.

Las acciones campesinas —marchas, manifestaciones, protestas, tomas de tierras— que desde hace tiempo se desenvuelven en casi todos los Estados, son ilustrativas por un lado, del descontento general que priva entre los trabajadores del campo, y por el otro, del fracaso de la política agraria seguida por la burguesía en el poder, y en especial, de los sucesivos regímenes en turno.

Estoy de acuerdo y me solidarizo plenamente con las demandas levantadas por los solicitantes de tierra: reforma verdaderamente a fondo de la legislación agraria que derogue el derecho o recurso de amparo a los grandes terratenientes; que nulifique los certificados de inafectabilidad agrícola y ganadera derivados de ilegales fraccionamientos simulados; que reduzca los límites de la propiedad privada de la tierra a veinte hectáreas de riego o humedad, y en el caso de los ganaderos, al terreno necesario para mantener sólo hasta cien cabezas de ganado mayor; que declare como terrenos agrícolas las grandes extensiones que indebidamente se vienen utilizando como terrenos ganaderos; y que fomente la organización cooperativa de los campesinos en forma verdaderamente independiente, sin el funesto paternalismo gubernamental para el crédito, la industrialización y comercialización de los productos agropecuarios de los ejidatarios y auténticos pequeños propietarios.

* * *

En lo ideológico, soy demócrata, y lucho por la dictadura del proletariado; porque no existe ninguna contradicción entre la democracia que se conoce como política, y la dictadura del proletariado pues por el contrario, ésta es una consecuencia de la democracia basada sobre el poder del proletariado.

Sé lo que estoy diciendo, pues en el Manifiesto Comunista, aunque no se hace uso de la palabra "dictadura", la naturaleza y esencia de ésta se hallan descritas claramente en este párrafo:

"El proletariado usará de su supremacía política para arrancar, poco a poco, a la burguesía, todos sus capitales, para centralizar en las manos del Estado, es decir, del proletariado constituido en clase dirigente, los instru-

mentos de la producción, y para aumentar más rápidamente la masa disponible de las fuerzas productoras”.

La conquista política por el proletariado tiene por fin el destruir el aparato de Estado de clase. Luego, esta conquista no se limitará a un acto simple de tomar para sí las riendas del Estado, —como lo piensan y practican algunos camaradas que dirigen comandos guerrilleros— y por arte de magia acabar con la pobreza, con la miseria, para que ya no haya pobres en México; sino que para hacer desaparecer los antagonismos económicos de clases, no es cuestión de un día, sino de una etapa muy larga. Lo cual quiere decir que la victoria del proletariado no transformará bruscamente en sociedad socialista a la sociedad capitalista. La sociedad de clases y el Estado continuarán existiendo por algún tiempo, solamente que la clase dominante no será la misma; no será la clase burguesa con las capas sociales que de ella dependan, sino el proletariado y sus aliados.

Entonces, y por un tiempo más o menos largo, el proletariado deberá ejercer un poder enérgico, tanto para demoler las instituciones de la sociedad de clases, como para combatir y destruir la oposición y las influencias hostiles de las capas sociales desplazadas.

Este poder del proletariado sobre el Estado y contra la sociedad de clases, es la dictadura del proletariado.

Marx dijo: “entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista habrá un período revolucionario de transición. A este período corresponderá una evolución política durante la cual el Estado no podrá ser otra cosa, que la dictadura revolucionaria del proletariado”. En el “Manifiesto Comunista” Marx escribió: “el primer paso de la revolución obrera al constituir al proletariado en clase dominante, será el conquistar el régimen democrático”.

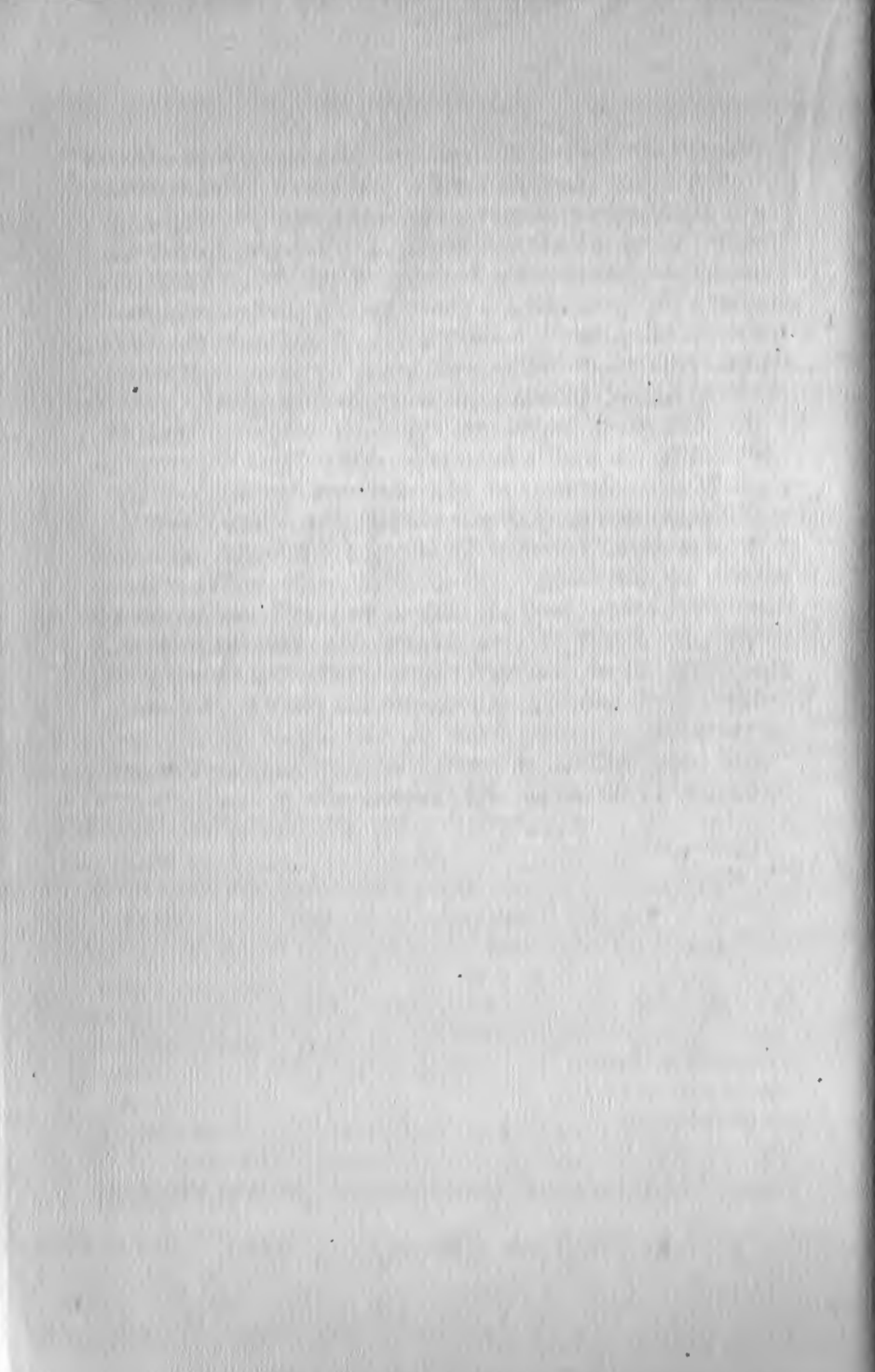
La palabra “democracia” allí tiene su significado original, es decir, el dominio del “demos”, de la masa

popular, sobre los ex privilegiados; del gran número sobre la minoría. Así pues, se admite que los ex privilegiados, los antiguos ricos, seguirán viviendo, aunque ahora sometidos a sus antiguos servidores, a los que fueron sus explotados y dominados. No está diciendo que "hay que matar a todos los ricos, a todos los que fueron gobernantes de la burguesía", como algún camarada comandante de guerrilla excita a sus seguidores, como lo veremos en el relato de los episodios que me propongo hacer.

Engels, por su parte dijo: "la concepción del socialismo científico, según la cual, la acción política del proletariado y su dictadura, no son sino una transición hacia la abolición de clases, y por consiguiente, del Estado".

Y será hasta entonces, cuando en verdad ya no haya pobres, sin necesidad de matar a los ricos. En China popular, trabaja como jardinero el que fuera emperador, Henry Pu-Yi. Y vive contento, y nadie lo molesta. Mao pudo haberlo borrado de la lista de los vivos, y no lo hizo. Se ajustó a Marx. Abolió las clases, no mató a los ricos.

Así pues, ratifico mi credo: soy demócrata. Por eso lucho por la dictadura del proletariado.



—¡Ya!

Al mismo tiempo tronó ensordecedora la múltiple descarga. Siete balas salieron de las bocas de siete metralletas, y siete soldados cayeron heridos de muerte, retorciéndose unos como convulsionados, y otros a plomo, o como tabla, o como muñecos a los que se rompió la cuerda. Y todos pintaron con el rojo de su sangre aquel peñascal y la tupida maleza; y algunas ramas desgajadas cayeron también como si quisieran servir de fúnebre adorno a los caídos. A esos disparos siguieron instantáneamente más y más, que buscaban nuevos cuerpos que perforar para sacarles la vida que alojaban, al través de los huecos hechos por las balas. Mordieron el polvo dos más. Y otros.

Los federales habían caído en una emboscada perfecta. Llegaron al trágico sitio —a la veredita de los cafetaleros y madereros— igual que el toro de lidia que atraído por el paño rojo de la muleta va como hipnotizado hasta el lugar donde el torero quiere consumir la suerte suprema del estoque. Así los soldados en aquel inmenso coso de la Sierra de Atoyac, tal como si hubieran sido toros de carretilla, obedientes siguieron a la pañosa de la Brigada de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres, hasta el sitio exacto en donde queríamos cazarlos: en Yerbasanta.

La balacera fue nutrida, intensa. Parecía como si fueran miles de combatientes, porque las metralletas y

los rifles M-1 y M-2 disparan en rápida sucesión, en violenta ráfaga, decenas de tiros en un tiempo que los máusers y pistolas apenas si disparan uno. En esos momentos, nosotros y ellos combatíamos con armas modernísimas que hacen crecer imaginariamente por sus efectos, el número de tiradores. El estruendo lo multiplicó el eco de las imponentes montañas surianas.

Fue tan sorprendente el ataque —a pesar de que los treinta y tres soldados avanzaban con suma precaución, viendo con mil ojos y apuntando en todas direcciones— que al escuchar al unísono el horrible tableteo y ver caer muertos a los siete primeros, se desconcertaron, y unos respondieron tirando a ciegas, y otros arrojaron sus armas para iniciar la fuga que sus jefes contuvieron a balazos. Los tiros guerrilleros salían quién sabe de dónde, de qué rendija en la arboleda, o de las piedras o de las nubes, y hacían blanco en los ejecutores de la represión.

La muerte de los siete primeros fue tan fácil, como en una feria cuando se apunta con calma y se dispara sobre las figuritas movibles del tablero de la barraca. Cada uno de nosotros escogimos con calma a nuestro blanco, afinamos la puntería y en el instante preciso, Lucio dio la señal con un brevísimo “¡Yá!”, y las siete primeras balas que vomitaron nuestras armas dieron a otros tantos soldados. Yo le eché el ojo a uno de tamaño corpulento. Así no podía fallar mi puntería.

Cuando jalé el gatillo y retumbó la descarga en rápidas repeticiones, vi claramente que le atiné, pues antes de caer se le pintó un rojo florón y se le hizo un hueco por el que un poco después, empezaron a escurrir la sangre, los sesos y con ellos, su vida.

Lo vi abrir la boca como para dar un grito o para tomar aire; soltar el arma, dar un salto tal vez ya muerto, y caer junto a una piedra partida y encima de otra que tenía lama verde de vieja humedad.

¡Bien muerto!

Ello, porque en auxilio de la primera bala, le llegaron otras muchas que de arriba abajo le agujeraron el cuerpo en por lo menos tres lugares, a juzgar por los chisguetes de sangre que brotaron y que cambiaron el color verde seco a su uniforme.

No sé si cuando luego apunté con mi arma hacia el conjunto de los desconcertados soldados y seguí disparando, yo fui o alguno de mis camaradas quien derribó a uno más; que luego de caer hizo vanos intentos de pararse, igual que el boxeador que ya inconsciente se levanta de la lona para desplomarse luego hasta la cuenta final.

Digo y repito el número siete, porque sólo éramos siete los apostados en aquella veredita, de las varias que abren los madereros y agricultores; y de esos siete, tres eran mujeres. Los cuatro varones éramos Lucio, "Rafael", "Antonio" y yo; y las muchachas, "Sofía", tesorera de la Brigada; "Lupe", y la "Chantita" Goya. (Chantita es diminutivo de "marchantita").

El lugar se prestaba a las mil maravillas. No sé cómo el oficial que mandaba a la sección que nos perseguía, entró en esa trampa. en la que acabar con los soldados, o al menos pegarles y correr sin ser alcanzados era fácil allí. Nunca creímos que tragarían el anzuelo, o dicho a la taurina, que los envolviera el hechizo del lienzo rojo del espada. Pero así es la guerra. Donde menos se espera, se produce la epopeya o la tragedia, según quien resulte vencedor. En esa acción ganamos, sin perder a ninguno del grupo, ni saçar un "rozón". De ellos murieron por lo pronto, doce, y un montón de heridos, algunos de los cuales por su gravedad fallecieron en el hospital o en el camino.

Hacía tiempo que la Brigada Campesina de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres no entraba en acción

de guerra. Algunos de ellos habían consumado con éxito varios asaltos a bancos y negocios de Acapulco, expropiaciones que dieron a la Brigada varios millones de pesos que aumentaron con el pago de rescates de varios individuos enriquecidos a la mala —como todos los de la burguesía que tienen en la historia de sus fortunas, muchas lágrimas de explotados y muchas maldiciones de viudas y huérfanos— que fueron plagiados.

Las corporaciones represivas que tienen en estado de sitio, sin toque de queda, a las dos Costas de Guerrero y a la Tierra Calentana, parecían empeñadas en buscarlos en donde no estábamos; como si rehuyeran el enfrentamiento. Bueno, me corrijo. No tengo derecho a hablar en primera persona de plural, “nosotros” sino en tercera, “ellos”, los de la Brigada, porque yo me incorporé poco antes de la emboscada de La Yerbasanta; y no tuve oportunidad de ver tropas en los andurriales en que acampábamos.

Llegué a creer que habría una tregua virtual, como esas que firman los contendientes en guerras internacionales.

Pasaban y pasaban aviones y helicópteros, revoloteaban como zopilotes sobre la carroña, y no nos veían. Por supuesto que con abrazarnos y untarnos al tronco de los árboles, vestir ropa color de yerba, verde seco, opaco, y sin nada que brille, era suficiente para burlar la persecución desde el aire.

Comenté aquella “paz porfiriana”, ese paréntesis tan largo, y fue Chofi —nuestra gran Sofía— la que sugirió:

—Como dijo l'otro: si la montaña no viene, pues vamos pa'llá. Oye Lucio, ¿por qué no le damos un “lle-gue” a los guachos?

—Pa' pronto. Ya saben que yo soy materia dispuesta,— respondió Cabañas con su pachorra habitual, con el inconfundible acento costeño. —No creo que ninguno

de los muchachos se arrugue. Además, no será la primera vez. Cuando quieran, para que no crea aquí "Cara de Hambre", que tenemos miedo a los federales.

Me decían "Cara de Hambre", igual que en otras guerrillas en donde yo había militado. Quise usar el seudónimo de "Ernesto", porque así se llamó el "che" Guevara; y como equivocadamente cuando estuve en la Prepa Popular compré un libro viejo que se llama "La Importancia de llamarse Ernesto" creyendo que era por lo de aquel guerrillero, de todos modos me gustó el nombre y lo adopté. Además, ningún pariente ni amigo mío se llama así, para que no pudieran asociarme.

Tuvo más fortuna, es decir, pegó en el acto el alias de "Cara de Hambre", que me enjaretó Marisol Orozco Vega, del Movimiento de Acción Revolucionaria (M.A. R.), bien conocida en las guerrillas como "Carolina", "Verónica" y "Elena"; nombres que al revelar no la dañan porque desgraciadamente la acaban de aprehender.

Marisol es tal vez la mejor y más valiente guerrillera; entrenada nada menos que en Pyong Yang, Corea del Norte, en donde recibió instrucción sobre comunicaciones, economía política, filosofía, historia de la revolución coreana, trabajo clandestino, politización del pueblo, prácticas de guerra de guerrillas, y fabricación de explosivos, más otras muchas cosas. De ella hablaré más adelante.

Recorriamos la Sierra de Sonora y Chihuahua en busca de posibles expropiaciones bancarias cuando nos topamos y enlazamos con Marisol y Adolfo Hiraes Morán. Me preguntó éste, mi seudónimo.

Le dije: "Ernesto".

Marisol se me quedó mirando y exclamó:

—No te queda. No te pareces al “che”, ni a Uruchurtu. Te queda mejor el de “Cara de Hambre”, ¿no?

Así estaba de flaco que el hambre se me echaba de ver a leguas. Mis ojos se sumen, mis pómulos se saltan, y se hunden mis descoloridas mejillas pegadas al hueso. Soy la imagen cabal del hambriento. Me gustó el apodo. Cuando me incorporé a la Brigada, Lucio me preguntó:

—Oye “zanca”, ¿cómo te dicen?

—Ernesto, o si quieres, “Cara de Hambre”; pero nadie me ha dicho “zanca”. ¿Qué es?

Todos rieron a carcajadas. Es el modo de llamar en esa región a los amigos: algo así como camarada, colega, compañero, compita, mano.

—Yo tuve un perro flaco al que le decíamos en la casa “Aguanta l’hambre”,— rezongó José Luis Orbe, como si monologara.

—¡Qué casualidad!— le contesté.— Yo también tuve en mi casa un perro sarnoso que se llamaba: “Como tú”.

Quedamos a mano. Perro yo, perro él, y tan amigos, tan zancas.

Desde el día en que Chofi propuso que le diéramos un “llegue” a los guachos, que es como llaman despectivamente allá a los soldados federales, la dirección de la Brigada se dio a la tarea de estudiar la forma de hacerlos caer en una trampa, pues es de suponerse que no íbamos a buscarlos para un combate frontal, a campo abierto.

A Lucio le gustó el rumbo de La Yerbasanta, porque es como de sueño para una emboscada fácil con poca gente, y se hicieron los planes. Por lo pronto, casi toda la Brigada una vez puso cerco al destacamento de Tixtlancingo, que obligó a los soldados a encerrarse en su cuartel y allí mismo cenar. Les dijeron voces interesadas que Lucio estaba rodeando al pueblo con trescientos

hombres cuando menos, todos bien armados; y por las dudas, los "guachos" se acuartelaron.

Al amanecer desaparecimos, antes que llegaran grandes contingentes a batirnos. Sólo éramos esa vez unos treinta. Pero es que se ha obligado a los de aquel rumbo a decir siempre, si van cinco o diez, que pasaron cincuenta, cien o doscientos. Éramos 28 o 30 los que nos acercamos a Tixtlancingo.

Hay muchos malquerientes de la Brigada que chismean todo al gobierno; como Leobardo Zeferino, que fue del grupo inicial cabañista, Toribio Gómez, Juan Ponce, Enrique Juárez, (a éste lo mató personalmente Lucio por andar de "rajón"); Francisco Mesino, de San Juan; un tal Wenceslao, de El Rincón, lo mismo que Santiago Flores, Gabino Barrientos (primo de Lucio) y Eliseo Flores y sus hijos, todos ellos del pueblo El Rincón.

Otro soplón fue José Benítez y un tipo llamado Ventura que es yerno de Toribio Gómez.

Pues bien. Se procuró que supieran de algún modo, que nos estábamos reuniendo en cierto sitio que obligaba a pasar por los vericuetos de La Yervasanta; y eso lo supo el Gobierno. Es que deliberadamente se hacía pasar por donde estaban esos "soplones" a caracterizados compañeros de la Brigada que simulando irse escondiendo, cogían rumbo al sitio indicado. Pasó un helicóptero y descubrió trazas de que se estaba levantando un campamento, pues de una noche al amanecer hubo ramadas mal encubiertas, de modo que se vieran desde arriba.

Como la noticia era que toda la Brigada se iba a reunir en asamblea con unos llegados de México y de otras partes, algo así como convención de guerrilleros, dejaron que aumentara el número de ramadas, para coger a todos o pulverizarlos en el momento preciso. Los que construían las chozas o enramadas, en la misma no-

che se dispersaban, no fuera a ser que les cayeran y atraparan. El día escogido para dar el golpe llegó. Entonces, de todas partes llegaron individualmente cerca de cincuenta guerrilleros. Como hay muchas veredas, no se sabía por cual irían a pasar, y todas eran buenas para trampa. Lucio puso grupos de siete y diez en posiciones estratégicas y a cada cual se le señalaba su tarea, coordinada con los demás del mismo pequeño núcleo de siete o diez.

A mí me invitó Lucio a formar parte de su grupo. Eramos ya dije, siete; tres mujeres y cuatro hombres. Era un albur. No sabíamos a quién le tocaría la suerte del enfrentamiento; en la inteligencia de que al comenzar la balacera, también dispararan los de todos los grupos, para destantear a los guachos, que oirían tiros por todas partes, por arriba, por los lados, por atrás y por delante y a lo mejor hasta por debajo. Los tiros y los gritos característicos de la turba infundirían miedo en los uniformados al no saber la cantidad, ni aproximada de atacantes que los tenía atrapados.

Desde al anochecer de la víspera empezamos a concentrarnos para estudiar minuciosamente el terreno ya conocido, y para perfeccionar y ensayar la emboscada en las diversas veredas, porque repito, no sabíamos por cuál pasarían. El caso era que en todas perdieran. Pasamos un grupo junto a Piedra Picuda. El cielo estaba limpio, brillaban intensamente las estrellas y aunque es zona tórrida, arriba hace frío y la intemperie cala los huesos. Las estrellas, en su luminoso parpadeo, parecían bailar la danza de la muerte. De tiempo en tiempo veíamos volar bandadas de pericos y de chachalacas escandalosas.

Cruzamos por en medio de unos maizales maduros, que parecían inclinar sus espigas amarillas como si saludaran el paso de la Brigada Campesina de Ajusticia-

miento, del Partido de los Pobres. Más adelante, un pueblito abandonado. En sus chozas de "palapa" no había qué comer. Las mazorcas que cortamos en los maizales, sirvieron —asadas— para acompañar la cena, compuesta sólo de cecina de res, que pusimos sobre las brasas que encendimos en los fogones abandonados. Calentamos café en unas ollas que hallamos, y tras de un brevísimo sueño, continuamos la caminata. Un poco más adelante empieza el ascenso áspero y brutal por un vericuetto tallado en parte en la roca. La vereda se retuerce cien veces hasta perderse en lo más alto del cerro, verde y agresivo.

Por su especial configuración, era un punto estratégico formidable. Cualquier columna que se atreviera a penetrar, corría el riesgo de ser aniquilada con relativa facilidad y pequeño número de guerrilleros.

Vimos a lo lejos el avance de la "sección" gobiernista. Después supimos que nada más eran treinta y tres. Creímos que la columna la formaban más, porque el miedo hace que se multipliquen los enemigos, y aunque todos ya estábamos bien probados en otras acciones, sentimos como siempre, esa sensación de frío y de calor, de llenura en la vejiga y en los intestinos, y urgencias inaplazables de evacuarlos.

Lucio, que usa los seudónimos de "Miguel" y "Tirso", repitió las órdenes. En caso de triunfo o derrota, de todos modos era necesario dispersarnos y huir hacia los escondites convenidos. Por si hubiera prisioneros nuestros, a todos se nos instruyó en una mentira que daba tiempo a escapar lo más lejos posible de aquella comarca.

Cada grupo tomó su sitio por si le tocaba el paso de la tropa.

Apareció la primera silueta de un soldado en el filo de un alto de la vereda que guardábamos Lucio, las tres muchachas, Rafael, Antonio y yo. Era la vereda que ofre-

cía las mayores facilidades para la emboscada. Luego apareció otro soldado, y otros más, y todos se volvían a perder entre los retorcimientos del caminito, tapados también por la arboleda y las rocas. Cuando los vimos de lejos, —allá abajo— parecían figuritas movedizas que se perdían en la espesura del bosque. Ahora los teníamos muy cerca, a tiro de fusil.

Miré a la “chantita” santiguarse a escondidas de Lucio. Creo que Lupe y Chofi hicieron lo mismo. A lo mejor, también Lucio.

En razón de que no estábamos juntos, sino en lugares a cubierto, separados unos de otros a ambos lados, deberíamos estar prestos para que el momento en que Cabañas dijera ¡ya!, el dedo oprimiera el gatillo. Y así fué.

—¡Yá!

Y siete cayeron para no levantarse más. Eran los que escogimos y que les habíamos puesto la mira desde que entraron a la trampa,

Avanzan los minutos y aquello se vuelve un infierno. Atruenan el fuego, gritan todos; unos para dar órdenes, otros de dolor, muchos para darse ánimo, y los más, porque se les salen por la garganta sin proponérselo. La sangre humeante corre silenciosamente por la vereda. Todos los pájaros volaron espantados por el repiquetear estruendoso de las metralletas y de los M-1 y M-2 y quién sabe qué otras armas. Hasta las víboras buscan refugio en lo más intrincado de la maleza, haciendo crujir a la hojarasca y pintándose con la sangre de los muertos y los heridos. No saben qué ocurre, pero huyen. Los proyectiles silban y su tétrico tartamudeo lo repiten los flancos de la un poco antes callada serranía.

Los otros grupos de guerrilleros, desde sus escondites abrieron fuego, pero hacia arriba, para no herirnos. Se trataba de hacer todo el ruido posible, y si por su sector pasaban federales, acribillarlos sin misericordia

y luego, huir por los vericuetos convenidos a los refugios marcados en el plan.

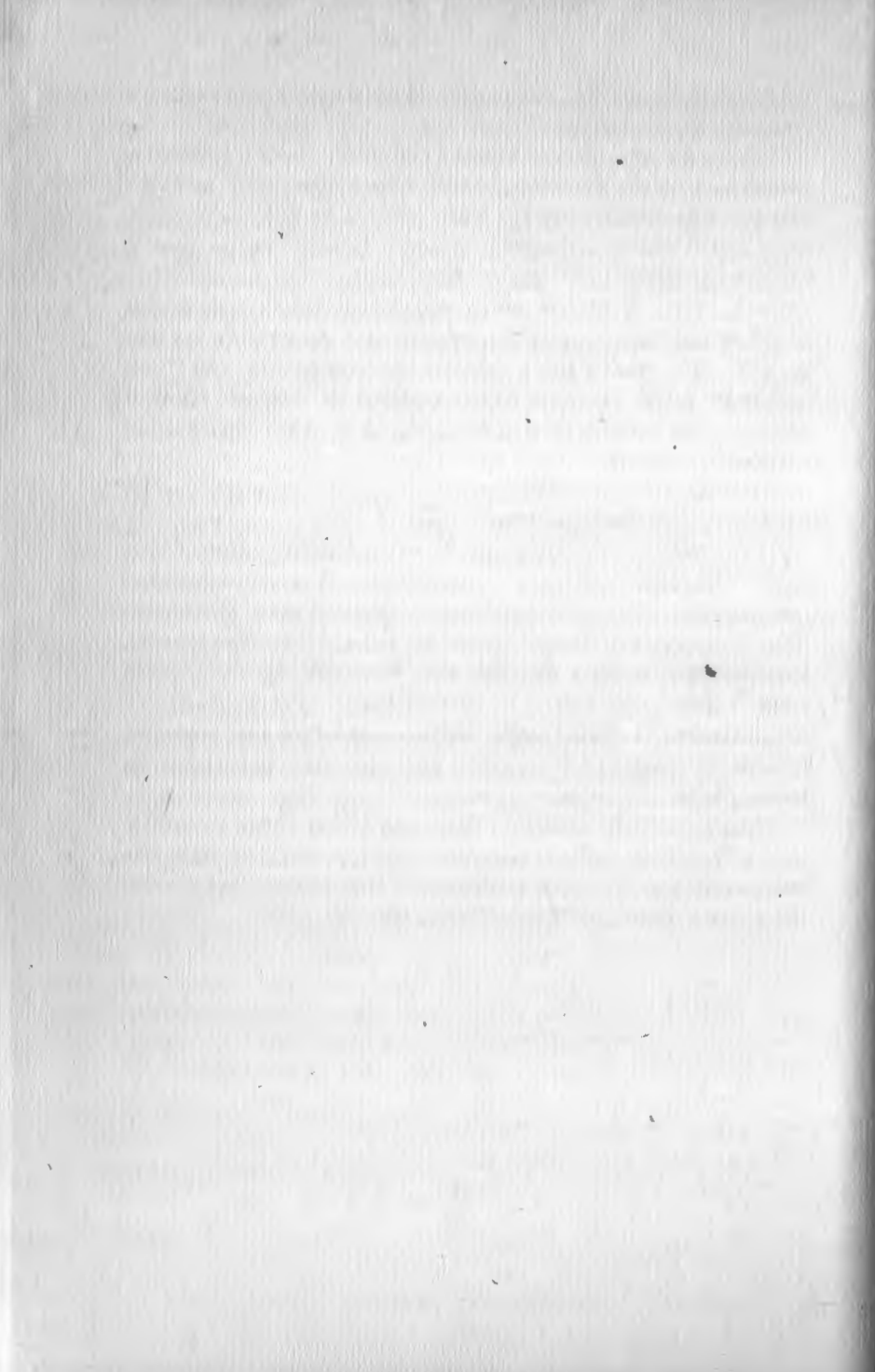
En unos cuantos minutos había ya doce federales muertos y otros heridos, vomitando sangre por la boca o por los boquetes que les abrieron las balas en la cabeza o en el cuerpo, o extremidades. Los primeros diez o quince minutos, la situación fue nuestra. Completamente nuestra por el factor sorpresa, pues muchos soldados bizoños se dispersaron tirando armas y cuanto les estorbara. Es que la impulsión de la emboscada, que lógicamente tomó la iniciativa, paralizó el ataque rival y obligó a los federales a prenderse al terreno sin plan ni dispositivo táctico.

Cuando reorganizados y orientados quisieron contra atacar, ya estábamos muy lejos.

¡Qué bravas son las mujeres en combate! Lupe, Chofi y la "Chantita" eran un espectáculo con sus metralletas que no paraban de enviar balas y segar vidas. Despeinadas, sudorosas y vociferando desafíos e injurias contra los guachos, pronto dejaron sus escondites y avanzaron para tener más cerca a los enloquecidos soldados y acribillarlos mejor. Luego, de acuerdo con la consigna, desaparecieron cada cual por su lado, y se perdieron en la montaña siniestra.

En sus ojos llevaban la estampa imborrable de aquellos a los que dejaron vereda abajo, con los cabellos enmarañados, los ojos abiertos, y las ropas, la cara y las manos, manchadas de tierra y de sangre.

* * *



II

Lo de la Yerbasantita abrió las compuertas de la represión. Se nos vino encima el mundo. Tropas y más tropas recorrían las lomas y cerros, los barrancos y las cañadas, las planicies y los cauces de los ríos, y hasta con lupa revisaban las cuevas y cuanto parecía escondite natural. No nos hallaron. Nos había tragado la tierra.

En cambio, muy mal la pasaron los soplones, porque con su chisme nos hicieron el juego que permitió llevar a las tropas a una trampa tan fácil y efectiva; al grado que cuesta trabajo creer que allí cayeron como palomitas los feroces instrumentos de la represión. A uno de los delatores lo apresaron los guachos y lo colgaron de las ramas de un guamúchil viejo, creyéndolo guerrillero. No todos los nombres se me pegan y por eso no doy el de éste ahorcado.

Agarraron a muchos, incluyendo a miembros de la Brigada Campesina de Ajusticiamiento, mas no a los que tomamos parte en la acción de "La Yerbasantita"; y ello debido a que la jugarreta no se informó a todos, porque nunca faltan los espías incrustados. Los que fuimos éramos de la confianza plena de Cabañas, Orbe, y los otros de la Dirección. Yo, porque fui el origen de la acción, para demostrarme que la falta de choques con las fuerzas represivas no era por miedo. Muchos camaradas se informaron tardíamente por los periódicos y por la impresionante movilización. Los cogieron desprevenidos y unos murieron y otros reposan en la cárcel de Acapulco,

en donde también hay inocentes ciento por ciento, que no son guerrilleros ni tomaron parte.

No pudieron agarrarnos en la Sierra de Atoyac porque ya no estábamos. Quienes participamos en la emboscada nos refugiamos en la colonia morelense "Rubén Jaramillo", atascada de guachos pero no de los que nos buscaban. De allí nos fuimos a Cuautla, y finalmente a las colonias Agrícola Oriental y Pantitlán, en donde Cañas tenía refugios para una sola vez. Los cambia inesperadamente. Es desconfiado hasta la exageración. Imitando a Villa, se acuesta en una cama y amanece en otra y en distinta casa; y en el campo se acuesta debajo de un árbol y despierta junto a una piedra, o quién sabe en donde.

Duerme con un ojo nada más. Por eso su aspecto de desvelado y su constante bostezar. ¿A qué horas duerme?

Me platicó Velázquez Fierro, de la Dirección de la Brigada, que Lucio leyó que el Centauro Villa cambiaba de cama todas las noches. Esta es la explicación:

Antes de que llegara la revolución, Pancho tenía un compadre que más que eso era su hermano, de tal manera que entre ellos nunca había discusiones. El compadre y Villa, con una veintena de muchachos que los seguían, atacaban a los ricos y les quitaban parte del ganado que tenían en su hacienda y lo vendían en el lado americano. De las ganancias —pagada toda la gente— se repartían por partes iguales y nunca tuvieron diferencias; ni en el reparto ni en el juego, porque ambos gustaban de los gallos y de la baraja.

Un día que cogieron más de cien reses, resolvieron ir en dos grupos separados en distintas direcciones. El objetivo era un lugar cercano a Ojinaga, por donde pasaban las reses a Estados Unidos. El motivo de esta división era que si por desgracia los sorprendían los rurales, no perdieran todo el botín. Cuando menos uno llegaría a la



Lucio Cabañas.

frontera con su parte. Nada más que al llegar Villa a un río, se topó con los rurales, hubo tiroteo, y dejó el ganado para que se entretuvieran con él, y pudieran escapar ellos con vida. Llegó a Ojinaga con dos días de retraso. Su compadre ya había realizado la parte de él y no creyó que Pancho hubiera perdido en el camino la parte que se le había confiado, sin que hubiera resultado herido o muerto ninguno de sus acompañantes. Insinuó que tal vez vendió las reses, e inventó el cuento del tiroteo.

Ambos compadres tuvieron fuertísimo altercado.

Intervinieron los muchachos y las cosas no llegaron a mayores. El compadre, al parecer tranquilo, selló con un abrazo la reconciliación; pero Villa vio en sus ojos una luz extraña que le decía que aún le conservaba rencor y que algo trágico tramaba en su contra.

Llegada la noche buscó un lugar para dormir no lejos del improvisado campamento, al pie de un árbol, cuyas ramas caídas semejaban un pabellón de damasco verde. Se cubrió enteramente con su grueso cobertor de lana, cerró los ojos y se dispuso a dormir tranquilo después de muchas noches de ajeteo y lucha. La idea del compadrito le martillaba la cabeza, con los golpes de la duda. Le vio en los ojos que era aparente su reconciliación; y temeroso de algo grave, se levantó, dirigiéndose al campamento.

En el camino halló a uno de sus acompañantes que iba en busca de leña para una pequeña fogata. Al verlo, Villa concibió una estratagema.

—Ven. Acuéstate donde yo estaba, mientras voy al otro lado del río, porque un amigo me espera allá. Si me dilato le dices a mi compadre que acabo de irme y pronto he de volver.

Acostó al muchacho bajo su propio sarape, lo cubrió bien y le recomendó silencio para hacer creer que era él, Villa. Y se internó sierra arriba y allá pasó la noche.

Al amanecer que volvió Pancho a donde dejó a su compañero, lo halló envuelto todavía en el sarape, pero el infeliz estaba acribillado a puñaladas.

Sonrió Villa y se fue en busca del compadre. Este, al verlo, palideció intensamente. Abrió los ojos con espanto y dando visibles muestras de enorme sorpresa le preguntó:

—¡Compadre!... ¿por qué tan temprano? ¿Hay algo nuevo?

—Ya lo creo. Figúrese que a Juan Ríos, a quien dejé en mi lugar durmiendo mientras iba al lado americano, lo asesinaron a puñaladas...

—Imposible. Vamos a investigar inmediatamente para saber quién es el asesino.

—No se moleste, compadrito... ¡ya sé quien lo mató!

—¿Quién?

Una detonación contestó la pregunta. El compadre asesino rodó a los pies de Villa con la cabeza bañada en sangre.

Desde entonces, nunca pasó la noche donde se acostaba.

Cuando Cabañas conoció esa historia la puso en práctica, por su natural desconfiado, con una variante. Nunca duerme solo. Siempre lo hace con Chencho, su asistente, un hombrón de casi dos metros. Eso da lugar a hablillas maliciosas, pues Chencho se toma libertades que a nadie dispensa Lucio.

—¿Duermen juntos? —pregunté.

—Sí. Pero vestidos, zanca, bien vestidos.

El que estaba junto rezongó como pensando en voz alta:

—Entre santa y santo, pared de cal y canto— y se rió malicioso, socarrón—. La soledad, la noche... ¡jum!

Esa sospecha se trajeron los de la "23 de septiembre" y otros camaradas que han subido a la sierra y la han propalado. Yo no metería mi mano a la lumbre ni en pro

ni en contra, porque también sé que es un birriondo que tiene varias mujeres. Conozco a dos. Una por cierto, esperando cría.

Cuando llega a un pueblo costeño lo rodea para que no se escapen sus enemigos y quienes le temen. Los junta y les habla como maestro rural, no como jefe guerrillero. Recalca que es defensor de los pobres y que aunque anden "chuecos", no les hará nada. Empero siempre les habla con la 45 en la diestra, y repite cómo mató a Enrique Juárez por soplón. En "El Porvenir", al hacer de bulto la plática quitó el seguro de su escuadra, y la gente se tiró al suelo. Creyó que iba a matar a Ventura, el yerno de Toribio Gómez. Tuvo que decir:

—Perdón, no voy a disparar.

No suelta el arma. Teme que en el instante en que la meta en su funda y hable con la gente, alguien lo asesine. Por las dudas, él y quienes lo acompañan, se colocan en sitios estratégicos rodeando a la concurrencia, y están con los "cuetes pelados".

A Enrique Juárez lo fue a ametrallar personalmente a Mexcaltepec. Ese individuo había denunciado varias veces a los de la Brigada y por su causa muchos murieron, o fueron encarcelados.

Antes de los de Yerbasantita —acabado yo de desempacar en el campamento—; iniciamos uno de los interminables recorridos por la sierra, a veces sin saber el objetivo, porque Cabañas nada más ordena:

—Cojan sus cosas y vámonos a otra parte.

Y esto es andar y andar con unos soles que tatemán el lomo. Ni modo. Las guerrillas así son. En la misma semana en que llegué —por cierto, estábamos por Tepeixtla—, de pronto dijo Lucio:

—¡Vámonos!

—¿A dónde? —le pregunté.

—Por ahí, por ahí.

No insití. Como jefe no está obligado a dar cuenta, y menos a un recién llegado como yo.

Un día, dos, tres, a veces con sus noches. Cecina o pescado seco, para comerse todo asado o... crudo, según el hambre. Frutas donde había. Por fortuna, la costa grande es maravillosa. Los árboles frutales nacen en todas partes, en donde se tire un hueso o una semilla, y se logran espléndidos. Así en su tiempo, abundan los mangos, las papayas, melones y cuanto da el trópico exuberante. Por ese lado no había problema. Los cocos abundan, como sus congéneres diminutos que andan dentro del cuerpo causando enfermedades.

Creo que al quinto día de andar y andar, de pronto Lucio vio que por una vereda venía a caballo su primo Gabino Barrientos, de la gente de El Rincón.

—¡Qué bueno que te encuentro! A tí te buscaba. Te di tres “ventajas” y no las aprovechaste. Te rajaste con los guachos y por tu culpa cogieron presos a varios de los muchachos, y mataron a otros. No aprovechaste las tres ventajas que te di. Veo que te pagaron bien. Tus trapos son nuevos. ¡Bájate del caballo!

Gabino soltó la rienda.

—¿Qué te pasa, primo hermano? Te han calentado la cabeza. Yo no...

—¡Bájate!, —insistió Cabañas.

Barrientos bajó, y en el momento en que ponía pie en tierra, le dijo:

—Yo también sé pagar a los rajones. Yo pago... ¡con la muerte!

Y le disparó toda la carga de su pistola. Gabino se bañó en su propia sangre.

Lucio, seguido del grupo, continuó el camino. Alguien comenzó a cantar el corrido:

“Yo soy soldado de Pancho Villa,
de sus dorados soy el más fiel...”

El cadáver de Gabino Barrientos quedó allí, encogido por la crispación de la muerte, a la orilla del camino.

—Oye “zanca”, arrímate. Cuéntame como se las gastan en las otras guerrillas en donde has estado —me dijo—. Supongo que no te habrás espantado por lo de Gabino, pero estaba “arquilado” al gobierno. Y tú comprendes... Yo perdono pero no va a haber perdón siempre. No se componen y yo les doy ventajas (quiere decir, oportunidades) para que se enderecen y no anden chuecos. Si persisten, pues... los mato. A otros los castigo con algo que más les duele. Por ejemplo, a un tal Ramón Uribe o Ramón Urzúa —pero su alias es “El Chorrí”—, hice que me lo trajeran porque él denunció a los que secuestraron a Faril en Acapulco, y por su culpa están presos. No hizo la denuncia oficial, sino a escondidas, en la oreja del Procurador, que es peor. En esos días estaba yo acampado en un palmar que está por El Conchero, cerquita del Pie de la Cuesta. Al tal Ramón no lo maté físicamente, sino moral y políticamente, porque se lo eché a los muchachos de la Brigada, los cuales lo violaron uno por uno. Es la peor ofensa para un hombre; y como él era politiquillo de Tlapa o no sé de donde, y muy amigo de los gobernadores, eso le dolió más que la muerte, porque hice que se supiera en la Preparatoria de Acapulco y en la Universidad de Chilpancingo.

“No es el único que ha sufrido ese castigo. En Tierra Colorada un desgraciado impidió que plagiáramos a un ricachón, pues fue por los soldados y se nos adelantaron y se fregó el asunto. El lo supo porque en su casa se escondieron los encargados del secuestro, y entonces dio aviso. Nunca pudo volver a Tierra Colorada. Dejó su fondita o no sé que negocio tenía, y huyó. ¿Te imaginas la burla de sus amigos y de sus enemigos? Se apellida Cienfuegos, pero no me acuerdo de su nombre. El sí que se acordará del mío mientras viva...”

—Oye “zanca” —le dije al modo de él—. ¿A los de la Brigada les gusta echarle “pira” a los hombres?

—¡Tás... tarugo! Ni lo estés pensando. Son comisiones, y aunque no les guste lo hacen; igual que son honrados y ahí los tienes asaltando bancos y tiendas y secuestrando ricos. Todo es por la causa.

No habló en mucho rato.

—Me pusiste de mal humor con tu preguntita. Pero ya se pasó. ¿Por qué me preguntaste eso; acaso dudas de mis muchachos?

Como la pregunta ya me la dijo riendo, aproveché para decirle lo que pasó con dos estudiantes pobres que vivían en un mismo cuarto allá en México. Uno de ellos tenía la maña de fumar puros, y como era tan pobre, los compraba corrientes. El humo y el olor molestaban al otro, que no fumaba.

Se encontró a un amigo, y le preguntó cómo hacer para que aquel camarada dejara de fumar, sobre todo esos puros.

—Muy sencillo. Coge los puros que él tiene para fumarlos, y uno por uno y con mucho cuidado te los metes por... bueno, como si fueron supositorios. Y los vuelves a guardar. Cuando tu amigo encienda el puro, le va a saber a rayos. Con eso se le quitará el vicio.

Pasó mucho tiempo. Un día se encontraron el del consejo y el aconsejado. Hablaron de muchas cosas y de pronto:

—¿Qué pasó con tu amigo el fumador de puros?

—Dejó de fumar.

—Te dije que era bueno el remedio, haciéndolo varias veces.

—Sí, tenías razón. Lo malo es que a mí me quedó el vicio. Ahora yo soy el que compro los puros.

—¿Aprendiste a fumar?

—No. Los uso... como supositorios...

No se rió Cabañas, como yo creía. Se quedó pensativo como reflexionando si sus muchachos podrían agarrar maña tan fea. Tan pensaba eso, que sin decir otra cosa, de pronto exclamó:

—No vuelvo a aplicar ese castigo. No sea la “de malas”...

En el tiempo que estuve en la Brigada pude darme cuenta que a Cabañas le gusta presumir su sed de sangre, de muerte. Platica en los pueblos por donde pasa, cómo mató a fulano o a mengano. Un anochecer caímos a “El Porvenir” (hay dos pueblos de ese nombre en la costa). Se juntó la gente. Lucio tomó la palabra, y entre otras cosas dijo textualmente, pues le entiendo un poco a la taquigrafía y anoté:

—A nosotros nunca nos agarran desprevenidos cuando no nos ha visto el pueblo... cuando no nos ha visto el pueblo nosotros tenemos que poner nuestras propias tradiciones... Toda ésta que está aquí, la mayor parte son de “El Porvenir”, y otros de otros barrios, de otros lugares, pero todos ustedes son compañeros... Los hemos considerado desde que empezó la lucha; somos compañeros porque somos pobres y este Partido que estamos formando es el Partido de los Pobres... Yo pido una disculpa a los muchachos de acá de El Beneficio... que... que ahorita pues como se dice, asaltamos... porque algunos vieron las armas y todo... dirían ¿vienen a tirar? Les entró miedo... Se pone uno nervioso (risas). Allí resulta que... resultaron... resultó que... pues los muchachos que trabajan allí... este, dos son mis alumnos y pues dirán “¿qué nuevas cosas les ando enseñando!”... pero en esta época... en esta época los maestros que quieren ser maestros, los profesores que quieren ser maestros, y quieran enseñarle al pueblo... ¿Tenemos que enseñarles a matar!... ¿Tenemos que enseñarles a robar al rico!... a robar al gobierno... a asaltar al gobierno...

nacer todo el daño al gobierno... todo el daño a la clase rica para que los pobres se levanten de espíritu... para que los pobres vuelvan a creer... a tener confianza en la unión del pueblo... para que se vuelvan valientes... para que los pobres vuelvan a creer en la lucha de los pobres... para que todos los trabajadores vuelvan a creer... para eso hace falta que se asalte al enemigo, que al enemigo se le quite el dinero, se les quiten las armas, a la Judicial... A los que vienen a matar... que se agarre a balazos a los soldados, a la Judicial. ¡Hay que matar!... ¡Matar a todos los ricos!... ¡Matar al gobierno! ¡A todos los que están en el gobierno, porque ellos forman el gobierno! Los maestros tienen la obligación de enseñar a matar, matar y matar...”

Allí mismo, en “El Porvenir”, luego de afirmar con vanagloria que él personalmente mató a José Benítez, de “El Rincón”, y que tiene en la mira a Chico Mesino, a Santiago Flores y a Wenceslao, dijo también textualmente, con las pausas que hace:

“Ya por último, estamos en estos días nosotros haciendo una campaña económica con todos los barrios, al mismo tiempo que de orientarlos para que se unan y formen el Partido de los Pobres y que nos ayuden a sostener esta guerra para formar un gobierno de los pobres y aplastar a la clase rica y a todos los millonarios... Arrebatarnos sus millones... Además de hacer esa revolución... además de que queremos explicar esto... también venimos explicando al pueblo de que en estos días nos quedamos sin dinero... En estos días necesitamos mucho dinero para comisiones que van a salir a todo el país y comprar mucho parque y armamento porque el grupo se va a formar en tres o en cuatro o en más... porque está creciendo mucha gente del grupo... entrando mucha gente... Y necesitamos dinero, mucho dinero, andamos haciendo una campaña económica.”

“Para eso cargamos aquí la tesorera que es Sofia... para que los que quieran colaborar con un peso... con dos... o con un tostón, colaboren... Esta es una petición que les hacemos a ustedes. Los que quieran colaborar y los que puedan, porque ya hay algunos que ya mandaron su cafesito, o ya abonaron y se quedaron otra vez iguales... Entonces, los que puedan que colaboren... Por allá está Sofia... ¡Sofía! Este... ¡ven aquí! a ver qué gente colabora y quién no... a Sofia le entregan la colaboración que vayan a dar... este... sí.”

Si a lo anterior le ponen, o le imaginan un dejo costeño, sin “eses”, o éstas cambiadas por el sonido de la “jota”, o truncan las palabras, puede tomarse esta transcripción taquigráfica de uno de sus discursos, tal como si fuera grabación magnetofónica.

Esta misma colecta se ha hecho desde hace tiempo en todos los pueblos, a los cuales en la costa les dicen “barrios” o “cuadrillas”. Por entendido se tiene que nadie se niegan a colaborar, pues tendrían que vérselas con la Brigada de Ajusticiamiento, previas las “tres ventajas que les da a los pobres que an... an chuecos”.

* * *

Para “sostenerme” mientras estudiaba en la Prepa Popular, me acomodé como “chícharo” en una peluquería del rumbo. Con el salario mínimo y las propinas por cepillar la ropa del cliente, ofrecerle alguna revista o acomedirme a cuanto se le ofreciera, iba sacando para lo más indispensable. No duré mucho como “mocito”, pues me propuse aprender el oficio y resulté —según decían los clientes— de mano suave para rasurar y más o menos bueno para el “casquete corto” con la tijera, o los diversos estilos, sobre todo ahora que lo que abunda es la melena y la pelambre masculina. Y ya como oficial peluquero, la pase mejor.

Esto lo digo por un episodio que me ocurrió en los

días que me incorporé a Lucio Cabañas, y que aún estoy en duda con respecto a mi comportamiento. Era necesario vigilar a un tipo agiotista que se proyectaba secuestrar, y la única forma —y el único que podía hacerlo era yo— era abriendo una peluquería desde donde no se perdieran de vista los movimientos de Sotelo, y de paso los de un jefe militar, un coronel, que allí tenía cerca su cuartel, y que nos había dado mucha guerra, pues de todos, era el que sí nos había causado bajas y no lo habíamos “cueriado” como a los otros.

Cualquier otro del rumbo, habría sido denunciado de pertenecer a la guerrilla, además de que ninguno era peluquero y yo sí. “Arquilé” un local —como dice Lucio— en lugar estratégico, y pronto me cayeron clientes. La cosa estaba que ardía. Como fuereño despertaba sospechas, y a un tiempo confianza. Un guerrillero no va a poner peluquería. Además, contra la costumbre establecida en el mundo entero, yo no platicaba con los clientes; es decir, no iniciaba conversaciones, y si se hablaba de los “alzados” y de esas cosas, cambiaba la plática sin mostrar ningún interés. Así, no me tomarían como espía.

Al changarrito le puse “El Rizo de Oro” como nombre. Aquello hacía reír, parecía broma, porque da la circunstancia de que en Atoyac lo único que no hay son hombres rubios. Todos son prietos y lacios, como si en vez de pelo tuvieran crines; o “puchuncos”, que es como llaman a los negros de pelo intensamente rizado, apretado, que no les penetra ni el agua. Pero mi peluquería se llamaba “El Rizo de Oro”.

Recién abierta, estaba yo repasando sobre una badana la mejor de mis navajas, cuando entró un cliente. Cuando lo reconocí, me temblaron las corvas. Pero él no se dio cuenta. Era nada menos y nada más que el coronel. Para disimular continué repasando la hoja. La probé luego contra la yema del dedo gordo y volví a mirarle,

contra la luz. En ese instante se quitaba el cinturón lleno de balas en los cargadores, de donde pendía la funda de la 45. Lo colgó de uno de los ganchos del perchero, y encima colocó el kepis. Volvió completamente el cuerpo para hablarme, y deshaciendo el nudo de la corbata, me dijo:

—Hace un calor de todos los demonios —y se quitó también el chaquetín.

—Rasúrame —ordenó, y se sentó en la silla.

Le calculé cuatro días de barba. Los cuatro días de la última excursión en busca de los nuestros por lo de "La Florida". El rostro aparecía quemado, curtido por el sol. Me puse a preparar minuciosamente el jabón. Corté unas rebanadas de la pasta, y dejándolas caer en el recipiente, mezclé un poco de agua tibia, y con la brocha empecé a revolver. Pronto subió la espuma.

—Los muchachos de la tropa deben tener tanta barba como yo —dijo.

Seguí batiendo la espuma.

—Pero nos fue bien, ¿sabes? Pescamos a varios de los principales cabecillas. Unos vienen muertos y otros todavía viven. Pero pronto estarán todos muertos.

—¿A cuántos cogieron? —le pregunté.

—Catorce. Tuvimos que internarnos bastante para dar con ellos. Pero ya la están pagando. Y no se salvará ni uno, ¡ni uno! Se echó para atrás en la silla al verme con la brocha en la mano, rebosante de espuma. Faltaba ponerle la sábana. Ciertamente yo estaba aturdido. Extraje del cajón una sábana, la anudé al cuello de mi cliente. El coronel no cesaba de hablar. El suponía que yo era uno de "los partidarios del orden".

—El pueblo habrá escarmentado con lo del otro día. ¿No lo creés así?

—Sí —repose mientras concluía de hacer el nudo en la sábana sobre la oscura nuca, olorosa a sudor.

—¿Estuvo bueno, verdad?

—¡Oh! sí, muy bueno —contesté mientras regresaba a la brocha. El coronel cerró los ojos con un gesto de fatiga y esperó la fresca caricia del jabón. Jamás hubiera creído que lo iba a tener tan cerca de mí. El día que en el pueblo cercano ordenó que la gente desfilara por el patio de la escuela para ver a los cuatro guerrilleros allí colgados, me crucé con él un instante. Tuve la sensación de que no me había visto. Habíamos ido muchos de Atoyac y de los barrios. Algunos, para ver si reconocían a parientes o amigos. Pero el espectáculo de los cuerpos colgados; meciéndose con un ritmo macabro, me impedían fijarme en el rostro del hombre que lo dirigía todo, y que ahora iba a tomar en mis manos.

Su rostro era duro, cruel. Le salía a los rasgos fisonómicos lo que era por dentro. La barba, envejeciéndolo un poco, lo hacía más despiadado. Empecé a extender la primera capa de jabón. Seguía con los ojos cerrados.

—De buena gana me iría a dormir un poco —dijo— pero esta tarde hay mucho qué hacer.

Retiré la brocha y pregunté con aire falsamente desinteresado:

—¿Fusilamiento?

—Algo por el estilo, pero más lento.

—¿Todos?

—No. Unos cuantos apenas.

Reanudé de nuevo la tarea de enjabonarle la barba. Otra vez me temblaron las manos. El hombre no podía darse cuenta de ello y esa era mi ventaja. Pero yo hubiera querido que él no viniera. Probablemente muchos de los nuestros lo habrían visto entrar. Y el enemigo en la casa impone condiciones. Yo tendría que afeitarse esa barba como cualquiera otra, con cuidado, con esmero, como la de un buen parroquiano, cuidando de que ni por un solo poro fuese a brotar una gota de sangre. Cui-

dando de que en los pequeños remolinos no se desviara la hoja. Cuidando de que la piel quedara limpia, templada, pulida y de que al pasar el dorso de mi mano por ella, sintiera la superficie sin pelo. Sí. Yo era un guerrillero, en ese momento, clandestino, disfrazado de barbero; de barbero de conciencia orgulloso de la pulcritud del oficio. Y esa barba de cuatro días se prestaba para una buena faena.

Tomé la navaja, levanté en ángulo oblicuo las dos cachas, dejé libre la hoja y empecé la tarea, de una de las patillas hacia abajo. La hoja respondía a la perfección. El pelo se presentaba indócil y duro, no muy crecido, pero compacto. La piel iba apareciendo poco a poco. Sonaba la hoja con su ruido característico, y sobre ella crecían los grumos del jabón mezclados con trocitos de pelo.

Hice una pausa para limpiarla, tomé la badana de nuevo y me puse a asentar el acero, porque yo tenía que dar la sensación de ser un barbero que hace bien las cosas. El hombre, que había mantenido los ojos cerrados, los abrió, sacó una de las manos por encima de la sábana, se palpó la zona del rostro que empezaba a quedar libre de jabón y me dijo:

—Vienes a las seis de la tarde otra vez a Tepetixtla, a la escuela.

—¿Lo mismo del otro día? —le pregunté horrorizado.

—Puede que resulte mejor —respondió.

—¿Qué piensa usted hacer, coronel?

—No sé todavía. Pero nos divertiremos.

Otra vez se echó para atrás y cerró los ojos. Yo me acerqué con la navaja en alto.

—¿Piensa castigarlos a todos? —aventuré tímidamente.

—¡A todos!

El jabón se secaba sobre la cara. Debía apresurarme. Por el espejo miré hacia la calle. Lo mismo de siempre: la tienda de víveres de doña Enedina, y en la tienda dos

o tres compradores. Luego miré el reloj: las dos y veinte de la tarde. La navaja seguía descendiendo. Ahora la otra patilla hacia abajo. Una barba azulosa, cerrada. Debía dejársela crecer como los salvajes que pintan en los cuadros. Muchos no lo reconocerían. Y mejor para él, pensé mientras trataba de pulir suavemente todo el sector del cuello. Porque allí sí que debía manejar con habilidad la hoja, pues el pelo, aunque en agraz, se enredaba en pequeños remolinos. Una barba crespada. Los poros podían abrirse, diminutos y soltar su perla de sangre. Un buen barbero finca su orgullo en que eso no ocurra a ningún cliente.

Y este coronel, era "un cliente de calidad".

¿A cuántos de los nuestros había ordenado matar? ¿A cuántos camaradas o simpatizadores nuestros había ordenado colgar? . . . Mejor no pensarlo. El coronel no sabía que yo era su enemigo. No lo sabía él, ni lo sabían los demás. Se trataba de un secreto entre muy pocos, precisamente para que yo pudiese informar a los guerrilleros, a los del grupo de Ajusticiamiento, de lo que el coronel estaba haciendo y de los movimientos del prestamista millonario que proyectábamos secuestrar. También necesitaba yo saber, para avisar a los camaradas, lo que el coronel proyectaba hacer cada vez que emprendía una excursión para cazar guerrilleros cabañistas. Me iba a ser muy difícil explicar que yo lo tuve entre mis manos y lo dejé ir tranquilamente, vivo y afeitado.

La barba le había desaparecido casi completamente. Parecía más joven, con menos años de los que llevaba a cuestas cuando entró. Yo supongo que eso ocurre siempre con los hombres que entran y salen de las peluquerías. Bajo el golpe de mi navaja, el coronel estaba rejuveneciendo; sí, porque yo soy un buen barbero, y lo digo sin vanidad. Además, necesitaba pasar por el mejor peluquero de Atoyac.

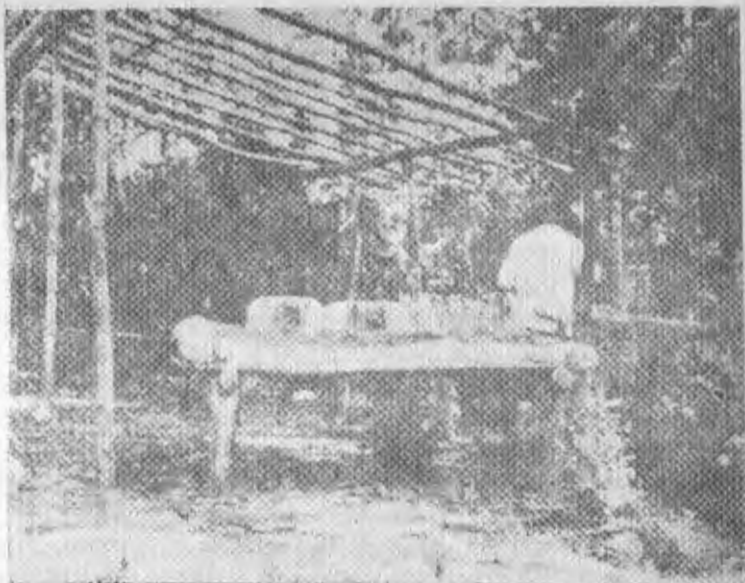
Un poco más de jabón aquí, bajo la barbilla, sobre la manzana, sobre esta gran vena. ¡Qué calor!

El coronel debía estar sudando como yo; pero él no tiene miedo. Es un hombre sereno, que ni siquiera piensa en lo que ha de hacer esta tarde con los otros prisioneros. En cambio, yo, con esta navaja entre las manos, puliendo esta piel, evitando que brote sangre de estos poros, cuidando todo golpe, no puedo pensar serenamente.

Maldita la hora en que vino, porque yo soy un guerrillero que con una M-1 o cualquier otra arma de alto poder, o 45, o revólver y hasta rifle de cacería, me puedo enfrentar a un grupo o a un coronel como ése o como otro más templado; pero matar con la navaja de barba, eso sí que no puedo. Y fácil que resultaría matarlo. ¡Y vaya que si lo merece! Yo podía cortar este cuello, así, ¡zas! No le daría tiempo de quejarse y como tiene los ojos cerrados no vería ni el brillo de la navaja ni el brillo de mis ojos. Pero estaba temblando yo, como un verdadero degollador. De ese cuello brotaría un chorro de sangre sobre la sábana, sobre la silla, sobre mis manos, sobre el suelo. Tendría que cerrar la puerta. Y la sangre seguiría corriendo por el piso, tibia, imborrable, incontenible, hasta la calle, como un pequeño arroyo escarlata. Estaba seguro de que un golpe fuerte, una honda incisión, le evitaría todo dolor. No sufriría. No gritaría.

¿Y qué hacer con el cuerpo? ¿Dónde ocultarlo? Yo tendría que huir, dejar estas cosas, mi puesto de vigilancia, refugiarme con el grupo, si daba con él o muy lejos yo solo. Pero me perseguirían hasta dar conmigo. Todo su regimiento y los demás y todos los "guachos" que están en la Sierra y en la Costa Grande y en la Chica y en Tierra Caliente.

"El asesino del coronel. Lo degolló mientras lo afeitaba la barba. Un cobarde", —dirían por un lado. Y por el otro: "el vengador de los nuestros, de los pobres, de la



Campamento de Lucio.

Revolución. Un hombre para recordar su nombre (aquí mi nombre). Era el nuevo barbero del pueblo. Nadie sabía que él defendía nuestra causa, que era miembro del Grupo de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres, que era hombre de Lucio Cabañas...”

Y ¿qué? ¿Asesino, o héroe?

Del filo de esa navaja dependía mi destino. Podía inclinar un poco más la mano, apoyar un poco más la hoja, y hundirla. La piel cedería como la seda, como el caucho de la badana. No hay nada más tierno que la piel del hombre y la sangre siempre está allí, lista a brotar. Una navaja como la mía no traicionaba. Era la mejor de mis navajas. Pero yo no sé matar con navaja ni con cuchillo o daga.

Pónganme una metralleta en las manos y me rifo con el más bragado; pero con la navaja se me hacía cuesta arriba. Me tronaba el corazón. Además, yo tenía una comisión especial que cumplir, y él había ido a que yo lo afeitara. Yo debía cumplir honradamente mi trabajo. No quise mancharme las manos de sangre. De espuma, y nada más. En esos momentos él era un verdugo y yo un barbero nada más. Y cada cual en su puesto. Eso es.

La barba quedó limpia, pulida y templada. El coronel se incorporó para mirarse en el espejo. Se pasó las manos por la piel y la sintió fresca y nuevecita.

—¡Gracias! —dijo.

Se dirigió al perchero en busca de su chaquetín y del cinturón, de la pistola y del kepis.

Yo debía haber estado muy pálido y sentía la camisa empapada. El coronel terminó de ajustar la hebilla, rectificó la posición de la 45 en la funda, y luego de alisarse maquinalmente los cabellos, se puso el kepis. Del bolsillo del pantalón extrajo unas monedas para pagarme el servicio. Y empezó a caminar hacia la puerta. En el umbral se detuvo un segundo, y volviéndose me dijo:

—Me habían dicho que tú me matarías. Vine para comprobarlo. Pero matar no es fácil. Yo sé por qué lo digo.

Y siguió calle abajo.

* * *

No amanecí en Atoyac. A medianoche, como pude, temiendo a cada instante ser atrapado, me escapé hacia Corral Falso, y de allí al rumbo donde presumía que andaba el grupo, o quien me diera el rumbo. Se lo conté a Lucio. Movié la cabeza, chasqueó la lengua y me dijo:

—Hiciste bien. Tu consigna era otra. Nos habrían agrado desprevénidos.

Pero yo pienso aún ahora: ¿Hice bien o mal?

III

Se me figura que si alguna vez se hubieran topado en la serranía suriana —en alguna cañada o en el llano— los grupos guerrilleros comandados respectivamente por Genaro Vázquez Rojas y Lucio Cabañas Barrientos, habrían peleado con más ferocidad y enojo que contra las fuerzas represivas de la burguesía y gobierno. Se odiaban. Ambos querían ser el número uno, el gran jefe no sólo en el Estado, sino en todo el país, porque cada cual sentía ser la reencarnación del “che” Guevara; o más positivamente, el Fidel Castro de México. El personalismo egoísta, la vanidad, la megalomanía estaban encima de cualquier ideal, incluyendo el inscrito en las banderas de lucha.

Mientras vivió Genaro, siempre le ganó la partida a Lucio. Supo manejar su publicidad, la que cobró auge en los días inolvidables de nuestra Revolución de 1968; y por ser más conocido y sin duda mucho más preparado en todos sentidos, se le exhibió como el guerrillero estrella, un nuevo Ernesto Guevara. Su efigie aparecía en mantas y pancartas durante nuestras tumultuosas manifestaciones que hicieron temblar al gobierno. Por otra parte, su espectacular fuga de la cárcel de Iguala, que fue noticiada con enormes titulares, y el despligue represivo para capturarlo, con movilizaciones simultáneas en Guerrero y en los Estados limítrofes, México, Michoacán, Morelos, Puebla y Oaxaca dieron la impresión de que aquello era

algo muy serio y que no se trataba del nacimiento de una guerrilla rural, sino un levantamiento, una revolución popular generalizada.

En cambio, Cabañas no supo hacerse publicidad y su levantamiento ocurrió inesperadamente, cuando la masacre en la escuelita de Atoyac, asunto del que ya se ha hablado, el cual quedó durante mucho tiempo como si fuera una fuga hacia la sierra de Atoyac para evitar su captura por las fuerzas represivas, sedientas de venganza. Después se le mencionó como guerrillero, aunque siempre lo anotaban como subordinado de Vázquez Rojas, cosa que lo hería en su amor propio, y le hacía concebir un odio asesino contra su ex colega en la lucha popular contra el gobierno de Aburto.

Cierta vez, Genaro le envió unas órdenes por escrito para que las cumplimentara al pie de la letra; y Lucio le respondió enviándole el cadáver de quien le había llevado la consigna, y un recado de su puño y letra:

“Si puedes y eres hombre, ven a darme órdenes. Te espero. Lucio.”

Hubo varios incidentes y muchos intercambios de injurias y desafíos. Y siempre ganó Genaro, quien dejó que surgiera Lucio a la gloria hasta que murió en las circunstancias conocidas, aunque no ciertas. Entonces se dijo que su segundo, Lucio Cabañas Barrientos, quedaba al frente del movimiento armado. Y cada vez que alguien escribe sobre este tema, siempre subordina a Cabañas y concede la jefatura inicial a Vázquez Rojas. Y cuando eso sucede, Lucio no oculta su ira y su malhumor que estalla en expresiones violentas y de grueso calibre contra aquel. De ese odio participan también los grupos que forman la Brigada de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres. Si se habla de Vázquez, se habla en los peores términos. No lo bajan de oportunista y pillo, de simulador de revolucionario, y de bandolero; no de guerrillero.

Del propio Cabañas, de sus labios, oí esta semblanza de Vázquez Rojas:

"Siempre había sido gobiernista, y en la lucha del pueblo contra Gómez Pachangas, él estuvo al lado del sátrapa, y en la Nacional de Maestros en donde estudiaba, encabezaba el grupo gomezmagandista, porque lo tenía a sueldo como "oreja" para que le diera cuenta de las opiniones adversas de los estudiantes guerrerenses y lo previniera contra cualquier acto agresivo. Cierta vez, los normalistas de origen guerrerense encabezados por un joven abogado a quien llamaban el "paisa" Leonides, imitando a la que Brito Foucher hizo hace muchos años en Tabasco contra Garrido Canabal, se había organizado en expedición punitiva para ir a sacar del Palacio de Chilpancingo al repudiado borracho que por lamer las plantas de Miguel Alemán se ganó la gubernatura. Y cuando estaba a punto de iniciar la punitiva y llegar secretamente de noche a Chilpancingo, Genaro, que estaba al tanto y simulaba ser uno de los comprometidos, dio aviso a Gómez Maganda, y éste, no obstante que lo odiaba Ruiz Cortines, logró que la policía disolviera a la "punitiva" cuando estaba a punto de salir, de las calles de Lauro Aguirre.

"Hubo muchos golpeados y como dio Genaro los nombres de muchos punitivos, el sátrapa suriano cobró venganza en los parientes de éstos, que vivían en Guerrero. Así comenzó su historia. Después, era uno de los merolicos que usaba el general Caballero Aburto en su campaña electoral y en los primeros años de su gobierno, pues era orador obligado por sí o por indicaciones del general Caballero. Hacía méritos para ganar una diputación federal, o la receptoría de Rentas de Acapulco que estaba en manos de un hermano del Gobernador. Ambas posiciones le fueron negadas, y entonces, ardido juró venganza y cuando estalló el movimiento popular

contra Caballero, Vázquez Rojas se sumó y dijo en sus discursos justamente lo contrario de lo que había dicho de él cuando fue uno de sus jilgueros.

"No fundó a la Asociación Cívica Guerrerense, sino que se adueñó de una fracción, desconociendo al profesor Darío López, que era el líder de los "cívicos", los cuales tuvieron su origen seis años antes, en la lucha contra Gómez Pachangas, como llama Lucio a Gómez Maganda.

"El fundador fue el mismo "paisa" Leonides de que se habla antes, y tal vez no fue original porque también eran "cívicos" los que encabezados por un doctor Nava peleaban en San Luis Potosí contra Gonzalo Santos, y "cívicos" los que derrocaron al gobernador alemanista de Oaxaca, un ingeniero por más señas. Después, cuando el ex ministro de la Corte, Martínez Adame, sustituyó al derrocado Aburto, el profesor Vázquez Rojas fue uno de sus funcionarios de confianza, y no hay modo de poder llamarlo revolucionario, socialista o aunque sea, un sustituto mejor que el caído, porque Adame superó los atropellos al pueblo, llenó de parentela voraz a su administración y sostuvo a los mismos cacicazgos tradicionales, y dio más alas a los explotadores del pueblo pobre guerrerense.

"Un revolucionario sincero nunca hubiera colaborado con tal gobernante, pero Vázquez sí, porque le dio a ganar mucho dinero con comisiones oficiales que no iban en beneficio de los pobres. Dijo Lucio que "Genaro estaba tan engreído, que llegó a soñarse factotum del Estado, y quiso elegir sucesor, usando de la Asociación Cívica cuya jefatura había usurpado. Del centro mandaron al doctor Abarca Alarcón y Vázquez volvió a la "oposición" lanzando a don Chemita Suárez Téllez, un viejecito manejable como un guante. Se dijo entonces que Genaro actuaba así por instrucciones secretas de políticos de alzada que no querían a Abarca por ser del licenciado Miran-

da, quien desde la Secretaría de la Presidencia aspiraba a la sucesión de López Mateos". "Y tan puede ser cierto eso dicen Cabañas y los suyos— que cuando la matanza de Iguala —un 30 de diciembre— no obstante que el organizador del mitin y el provocador de lo ocurrido fue Vázquez Rojas, huyó sano y salvo a México; y aunque había órdenes de aprehensión en su contra, era un visitante asiduo de diversos ministerios del gobierno, en donde al parecer, lo tenían a sueldo".

Cayó pero luego de salir de una junta del Movimiento de Liberación Nacional que presidía el aperturo de hoy, Heberto Castillo y fue llevado a Guerrero sólo hasta que se publicó en los diarios que con la protección de altos políticos, entraba y salía de las Secretarías como Pedro por su casa. Entonces lo aprehendieron. Ya no se podía tapar el ojo al macho.

"A partir de entonces estuvo preso en la cárcel de Iguala, de la que se evadió cuando lo llevaban tres guardianes a curarse de un supuesto dolor de muelas a una clínica municipal, y dio principio espectacularmente a su vida azarosa de guerrillero. ¿Cuál héroe? ¿Cuál "Che" Guevara guerrerense? —preguntan los del Partido de los Pobres y contestan: "sólo fue un oportunista que vio la forma de enriquecerse mediante el sistema de la guerra de guerrillas; y de hacerse del nombre que tan a la desesperada buscaba como gobiernista, o como opositorista."

El tema "Genaro" es casi obligado entre los cabañistas, porque los que llegamos de fuera a adherirnos —como ya se dice en otra parte— hemos ido con la idea de que había sido el segundo de Vázquez Rojas, o que ambos peleaban de común acuerdo, cada cual en su respectiva jurisdicción territorial. Si repitiera los milagros que le atribuyen a Vázquez los del Partido de los Pobres, sería cuento de nunca acabar tan sólo los relacionados con su temporada gobiernista, sobre todo con Martínez Adame.

Calidad de guerrillero no le conceden porque son ríos de odio que han corrido impulsados (de eso no me cabe duda) por culpa de ambos jefes guerrilleros, por su personalismo, por su desmedido culto a sus respectivas personalidades.

Aseguran que Genaro auspició supuestas "expropiaciones" en el Distrito Federal y en el interior, valido de delincuentes comunes y desprestigiaron a la causa; porque cuando los aprehendían, tenían un negro historial y eran clientes comunes y corrientes de Lecumberri y no precisamente por causas sociales.

Yo no me solidarizo con lo anterior; pero hay mucho de verdad según otras voces responsables que sin ligas o subordinación con el camarada Cabañas Barrientos, conocieron antecedentes gobiernistas de Vázquez Rojas y consecuentes guerrilleros, y hay puntos de coincidencia asombrosos. Lo dicho antes es para mostrar el grado de desunión de las fuerzas revolucionarias en México, su atomización, su personalismo y su egoísmo pequeño-burgués.

Aquellos que por primera vez llegamos con nuestra inquietud a participar activamente en el movimiento socialista, y que consideramos como punto de partida la obligatoria inscripción en el Partido Comunista Mexicano, y después en los diversos grupos armados, lo primero que observamos es que en la composición de los organismos celulares prevalece el elemento pequeño-burgués. Ingenieros, médicos, economistas, estudiantes, oficinistas, y por último, obreros. A los campesinos ni se les tiene en lista. Si tomamos como base 100, podemos afirmar que el 85 por ciento de los integrantes lo componen los primeramente citados, y el 15 por ciento los obreros. Salvo excepciones, todos, desde Arnoldo hasta el último, con un común denominador: su bajo nivel ideológico.

Saturados de las concepciones afines al estrato social de donde provienen, van al cumplimiento de las tareas llenos de prejuicios. Cuidan al máximo su limpia y bien planchada ropa en las "pintas". Se ruborizan en la venta del material de propaganda. Si se trata de colectas o venta de bonos, se ruborizan y bajan los ojos como si se sintieran avergonzados, como si esas acciones "vulgares" no correspondiesen a su categoría. Piensan que por el hecho de haber tenido la oportunidad de asistir a las escuelas superiores, esas tareas las deben desempeñar las "infanterías", o los comunistas de segunda, como somos los egresados de las Prepas Populares. Se sienten generales, en espera del momento de graduarse. Esto es, sin hacer méritos, subjetivamente encaminan su ambición a ocupar algún puesto de dirección, pertenecer a la "élite", a los escogidos.

Mientras un militante consciente desempeña estas tareas con satisfacción interior que lo impulsa a superarse, estos de quienes hablamos se empequeñecen en medio de su egoísmo pequeño-burgués. Si así actúan en esas pequeñas tareas, piénsese en la serie de inhibiciones que les frenan si se trata de acercarse a los sectores obreros para convencerlos de la necesidad de que asuman su papel al través de la lucha económico-política. Ese enorme mundo de los trabajadores no sólo les es desconocido, les es ajeno, no les pertenece.

¿Cómo pueden hacer suya esta lucha si no saben de las contracciones que produce el hambre en el estómago de los trabajadores y sus familias? ¿Qué saben ellos del nudo que se forma en la garganta de los padres de familia cuando los hijos (a quienes no importa si hay o no hay) exigen pan que les mitigue el hambre? ¿Qué saben de los ojos nublados de los obreros cuando notan la carencia de lo más indispensable? ¿Qué saben de los puños firmes e impotentes que se cierran con el deseo

de golpear, al convencerse ellos de que lo que se les paga por extenuantes jornadas de trabajo apenas les alcanza para subsistir?

Esos neo burgueses (cabén aquí los del PPS y los del PCM) no saben de estas cosas que nunca las han sentido. Estas causas de fondo son las que impiden el desarrollo pleno de tales Partidos, y de que las guerrillas luchén unas contra de otras, y que estemos más subdivididos que nunca. Son estas motivaciones inconscientes lo que tienen que superar en su práctica social. Resulta necesario convivir con los obreros y los campesinos, aprender de ellos, despojados de cualquier actitud mental de superioridad y autosuficiencia. Se necesita menos personalismo y menos vetetismo de los jefes de grupos guerrilleros.

En verdad, que causa amargura, desesperación, descubrir que no sabemos luego de arriesgar nuestras vidas, para quien las estamos ofrendando; si para una causa, o para un caudillo. ¿Al triunfo, vamos a luchar nuevamente todos contra todos?

La experiencia en Guerrero, para mí ha sido amarga también; como lo fue en los otros lugares, como llevo dicho. Caudillismo, personalismo, egoísmo, e inmoralidad.

Me contaron esta otra cosa de Vázquez Rojas, naturalmente camaradas de los grupos de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres, es decir, de la facción Lucio Cabañas:

“Pocas semanas después del secuestro de Castrejón —el cacique de Taxco y entonces Rector de la Universidad Autónoma de Guerrero—, el camarada Genaro había cambiado por oro mucho del dinero logrado en expropiaciones y secuestros realizados por su grupo o por los que por simpatía se le habían sumado en el Distrito Federal, en Aguascalientes, Jalisco, Sinaloa, Chiapas y Chihuahua. Una mínima parte había sido para la compra

de armas de alto poder. El resto él lo controlaba, según decía, para usarlo en el momento preciso cuando abundaran los grupos en la República y fuera posible el estallido simultáneo de acuerdo con planes en que contaban la UNAM, el IPN y demás casas de altos estudios. Entonces, "echaría la casa por la ventana". Compraría armas de las mejores, y parque suficiente para derrotar al ejército y a todas las fuerzas represivas. No quería quemar la pólvora en infiernitos."

"Tenía el don de convencer. Sabía hablar y también imponerse. Si alguien olvidaba que era el supremo Comandante de las Fuerzas Armadas, se lo recordaba con un tiro, o con una descarga fusiladora. Así pues, estuvieron de acuerdo los camaradas en que el dinero expropiado de los bancos y de los secuestrados se convirtiera en oro, cuyo valor es creciente y no se devalúa, pues los billetes corrían el peligro de ser invalidados por el gobierno, o romperse, quemarse, etcétera. El oro no. Es eterno.

"Pues bien, como iba diciendo, unas semanas después de lo de Castrejón, dispuso de un grupo reducido, y en dos mulas cargó unos fardos en los que iba el oro —no sé si en monedas, lingotes o joyas— y que al parecer representaba una millonada de pesos. Días antes había repartido a su gente a unos en Sultepec, otros en Teteocala, otros en Teloloapan y otros en Chilacachapa, de donde no podían volver en tres o cuatro semanas según convenio o consignas. Con los diez que se reservó, y que guarnecían a las mulas del tesoro, caminó a través de la escabrosa Sierra Madre del Sur, pernoctó en Los Amates y al siguiente día hizo una corta jornada hasta llegar al cerro del Limón.

"Es esa una eminencia de las cercanías de Tlatlaya, situada en el corazón de las montañas e inaccesible por todos lados, comunicándose con la cordillera únicamente

por un angosto paso situado entre dos profundas barrancas. El resto del cerro no tiene laderas, pues sus lados se hallan cortados a pico y erizados de enormes peñascos que hacen imposible una irrupción a la cima. De manera que se le puede considerar como una fortaleza natural inexpugnable con sólo practicar un foso en el paso de comunicación con el cerro inmediato.

"Vázquez Rojas, obligado a huir en más de una ocasión, y a ocultarse de los que de cerca lo perseguían, y también a tener un lugar seguro donde defenderse, había hecho de "El Limón", como de algunos otros puntos, un sitio de refugio y defensa.

"El manantial que brota en la pequeña explanada que forma la cima y los cimientos de una vieja fortificación hecha acaso por los antiguos insurgentes, le ayudaron para su idea; y en breve construyó algo como una fortaleza que pudiera considerar un auténtico nido de águilas, desde donde dominaba la comarca y desafiaba impunemente todas las iras del Gobierno Federal y del Estatal.

"En ese fuerte lugar era donde iba a guardar el "tesoro" que llevaban las dos mulas. Cuando estas fueron descargadas y hubieron descansado un rato, Genaro llamó al camarada que las dirigía y le dio órdenes de regresar a cierta dirección que sólo ellos supieron pues fue en secreto. A poco, llamó a un camarada y algo le dijo: el caso es que salió al galope, alcanzó a Eusebio, el de las mulas y lo mató de un tiro. Regresó, y antes de llegar a dar cuenta, él cayó de una bala que partió quién sabe de donde y lo dejó bien muerto.

"Sólo quedaban siete, con el comandante Nero al frente, el cual sólo obedecía consignas especiales de Genaro, el Comandante Supremo.

"Siete días después, Genaro se hallaba sentado en una piedra, con la mirada fosca. Su segundo, el Nero se encontraba más allá, de pie, taciturno y grave. De vez

en cuando lanzaba aquel una larga mirada investigadora e inquieta al abismo que se abría cerca de él, volviéndola luego a su jefe, que permanecía callado desde hacía horas. Genaro llamó a un camarada que servía de ordenanza, y en voz baja le dio una orden. Al recibirla, los restantes del grupo se apresuraron a obedecerla, aunque sentían helárseles la sangre en las venas al tener una idea vaga de lo que iba a pasar. Mientras se formaba un cuadro bastante extenso, cuatro hombres ataban al Negro sólidamente y le ponían una mordaza.

"El desgraciado apenas tuvo tiempo de pronunciar una palabra que sólo los más cercanos escucharon sin poderla comprender:

—¡Todos...! —murmuró con desesperación antes de enmedecer para siempre.

"Conducido al centro del cuadro, ya maniatado y mudo, Genaro dijo a los demás:

—Fusilen a ese individuo. ¡Es un traidor! Intentó vendernos al gobierno. Ya cayeron sus cómplices. Ahora le toca a él... ¡fuego!

"Cayó sin vida el Negro, atravesado por cinco balas. Genaro se acercó, y estuvo contemplando un rato el cadáver con cierta crueldad, con satisfacción. Luego, volviéndose a su gente agregó:

—Tírenlo a la barranca.

"La orden se cumplió sin dilación. Y cuando tal vez el cuerpo del infeliz iba rebotando de alguna saliente del abismo, sonó una descarga cerrada de la metralleta de Genaro, y los supervivientes cayeron muertos también al abismo."

Yo pregunté cómo, si todos habían muerto, se conocía la historia con tantos detalles. Entonces José Luis Orbe llamó al "cojo" Pedro Zamudio y le indicó platicar conmigo. Este me dijo que "se las olió", es decir, intuyó lo que seguía, y al escuchar la descarga se tiró al abismo

sembrado de rocas y matorrales. Al cabo de muchas horas recobró el sentido, y se encontró en el fondo del barranco, rodeado de cadáveres de todos sus compañeros y lleno de sangre. Intentó levantarse y fue en vano. Tenía una pierna rota, el pecho atravesado por un balazo, y muchas contusiones, algunas de gravedad.

—Como pude, lavé mis heridas y arrastrándome y vendado con las vendas que todos llevamos en la mochila, logré llegar a Tlatlaya, varios días después, arrastrándome y alimentándome con agua, fruta y yerbas, de acuerdo con nuestro entrenamiento. Me dio posada un campesino a quien le conté una historia distinta. Y aquí me tienes, vivo y coleando; pero rengo. —Se quitó el “cotón” (camisa que usan los costeros) y vi su cuerpo con grandes costurones y la inconfundible cicatriz de bala en el pecho. ¿Cierto? ¿Mentira? ¿Una historia como las que colgaron a Pancho Villa, hechas película y novela, respecto a su forma de guardar tesoros, o al estilo pirata?

Las cicatrices pueden haber sido causadas en algún enfrentamiento con los “guachos” (soldados) o por otra causa. Lo que hace concederle cierta veracidad es que el Cojo Pedro no es hombre de imaginación. Es bravo como un león, pero casi analfabeta, y muy escaso de palabras, como para enhebrar un relato con tanta congruencia y repetirlo no con iguales palabras; esto es, no de memoria, sino con similitud sin contradicciones en todos los detalles.

Agregó Pedro que cuando supo la muerte de Genaro, fue a “El Limón” como guía de la Brigada de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres, sin que faltaran en la expedición Lucio, Orbe, Enrique Velázquez Fierro, ni Isidro Castro Fuentes, y sólo hallaron las osamentas, pero del tesoro, ni un centavo. Había el hueco de que habló Pedro donde se guardó el cargamento de las dos mulas, y huellas de algo que fue arrastrado, como bultos. ¿Regre-

só Genaro por aquel dinero, o fueron otros quienes se lo llevaron? Una cosa sí es cierta: al camarada Vázquez Rojas le gustaba el lujo, y ciertas o falsificadas las fotos que se publicaron, todo el tiempo que no estaba en la montaña vivía en casas de lujo que decía alquilaba "porque no despertaban sospechas", y gastaba en viejas como cualquier rico burgués. ¿En qué se fue todo el dinero de las expropiaciones y secuestros?

Eso de la compra de armas es un cuento sabido de nosotros. Nos las dan algunas representaciones diplomáticas, y muchos que se han sumado a la lucha y expropiaron un banco o una tienda espontáneamente, compraron sus armas y parque de su peculio y dieron lo expropiado al comando de sus simpatías. Aún aceptando que se destine el dinero a la compra de armas y parque, no cuestan tanto. Cualquiera lo sabe. El sostenimiento de los comandos o guerrillas tampoco es cosa del otro mundo. Cuando se está en la montaña se carece de todo, salvo alimentos enlatados y no siempre, porque los deshechos, las latas vacías, dan pistas a los perseguidores. Es decir, la montaña no es cara. Una cueva, o una mínima ramada que no se descubra desde el aire por aviones o helicópteros, o a campo raso. En pueblos y ciudades, se esconde uno en casitas alquiladas, sin lujo de ninguna clase, comiendo tortas, tacos o latería; a menos que alguna camarada se transforme en ama de casa y vaya al mercado; cosa que no lo hace para no llamar la atención, y porque sería una imprudencia hacerlo.

No vamos a cines, ni cantinas, ni cabarets, ni tenemos televisión, pues hay que estar ocultos, sin ser vistos por nadie. Salen aquellos que tienen tareas de vigilancia donde va a haber acción. Tampoco es prudente acampar en hoteles, porque todos están controlados por la policía o el ejército. No hay que pagar sueldos o "raya" como en la tropa oficial, porque no estamos a sueldo. Estamos

por nuestra voluntad, por nuestro arrojo y convicción, y eso no se tasa con tanto más cuanto por día o por mes. Hacer lo que hacen algunos grupos guerrilleros, que después de la expropiación se reparten el botín, eso es aventurerismo, pandillismo, cosa de maleantes. Pasan millones de pesos por nuestras manos, y ni los olemos. Van... ¡quién sabe a dónde!

Algún camarada me comentó la otra vez con un dejo de amargura:

—Unos corremos la liebre, y otros sin correr la alcanzan ¡y se la comen!

* * *

Yo nunca traté ni conocí personalmente al camarada Vázquez Rojas, por razones obvias. No estaba él en escarparte, en exhibición. Además, yo andaba guerreando por rumbos geográficos muy distantes. Los que fueron sus amigos o lo conocieron y trataron, dicen que en su vida civil —de político pro o contra— daba la impresión de un místico cuando estaba en la tribuna, pues elevaba la mirada, ponía los ojos en blanco constantemente, como si orara —gesto que resaltaba por el tono oscuro de su tez—, y sus ademanes eran lentos, casi monótonos, rítmicos. Subía una mano y bajaba la otra y viceversa.

Sin embargo, convencía y resultaba un gran orador de masas, él que no jugaba con su voz, no la quebraba con real o fingida emoción, que no sacaba el cuerpo de la tribuna, ni se desmelenaba, ni usaba de los demás trucos de los oradores populacheros. Y lo aplaudían a rabiar, lo seguían y le hacían caso, lo mismo cuando estaba de parte de los caciques Maganda y Aburto, que cuando peleó contra éste y contra Abarca Alarcón. Era conceptuoso.

Fue un líder natural. Tenía magnetismo, personalidad. Adivinaba lo que gustaba a la turba y de eso hablaba. Bajito de estatura. Empero, no fue eso un obstáculo para convertirse después, en comandante absoluto de guerrilla, e imponerse sobre el grupo, formado sin excepción por hombres de mucha mayor alzada que él, y con experiencia en el manejo de las armas. Genaro formó su guerrilla inicial con hombres que habían paladeado el sabor de la muerte, con o sin razón; con gente fogueada que huía de la "justicia" porque mataron a uno o más, y no siempre por causas políticas o sociales.

Para comenzar, escogió matones, que en Guerrero se dan en racimo y hasta por generación espontánea. Nada sabían de Marx, ni de Lenin, ni de Mao y a lo mejor ni de Zapata; pero "eran lindos jalando el gatillo y echando bala". Después los aleccionó, aunque es de comprenderse que el marxismo no se aprende en siete lecciones, y menos dadas por quien tampoco es teórico en la materia; o sea por quien sólo leyó a Marx como parte de su formación cultural.

Cuando en la cárcel de Iguala maduró su fuga y planeó hacer desde la serranía de Guerrero lo que Fidel hizo desde la Sierra Maestra en Cuba, se aficionó al material marxista y como inteligente que era, con disciplina y cultura de egresado de la Escuela Nacional de Maestros y bachiller de la Universidad Nacional, entendió a Marx y trató de sacarle todo el provecho posible. Después se le agregaron algunos comunistas de la Normal, IPN y de varias universidades, y se habló ya en lenguaje dialéctico en determinadas ocasiones, sobre todo en las proclamas y comunicaciones o declaraciones periodísticas.

Pues, como decía antes, a pesar de ser chaparrito y de no haber usado una pistola antes de su fuga de la cárcel, se impuso sobre una guerrilla de matones, y no había más voz que la de él ni más opinión que la suya, buena

o mala. Para ello, usó y abusó de la crueldad. El día que escapó de Iguala con sus rescatadores, y cogió camino a la montaña, encontró en el camino a un hombre que llevaba dos caballos. Era un labriego. Los usaba para su trabajo y para viajar de un pueblo a otro en la serranía. Le quitó ambos jamelgos y sin que hubiera necesidad, le descerrajó un tiro matándolo. Fue su primer muerto. Sus compañeros vieron que supo usar la pistola y que no le tembló el pulso para matar, y que tampoco se alteró. Poco después, aún cuando lo perseguían en una cacería que en ese tiempo resultaba exagerada, dio instrucciones de no fumar para no ser delatados.

Uno de los muchachos, que tenía el vicio bien arraigado se puso a fumar mientras atisbaba desde lo alto en busca de federales que los perseguían. Era mediodía. El sol estaba en su apogeo. Se acercó Genaro, que ya se hacía llamar Comandante y prohibido el tuteo, y sin más ni más, le disparó a la cabeza. La muerte del guerrillero fue instantánea. Dijo al resto que "así haría cumplir sus órdenes". Y aquellos matones que se fueron con él más por robar y matar que por el ideal socialista, se sintieron sobrecogidos, y lo obedecieron y hasta llegaron a memorizar frases características de Marx y Lenin y de Mao, porque él así lo exigió. Imposible que entendieran aquello, pero repetían lo que tiene de más usual.

Ni una sola vez libraron combate con el ejército. De tiempo en tiempo caían al anochecer, o de madrugada, a algún pueblo desguarnecido de Tierra Caliente o de otras regiones del Estado, y mataban a civiles adictos al gobierno y a ricachones a quienes exigían dinero y cuanto tuvieran de valor. Y sin esperar el arribo de la tropa, huían hacia las montañas y desaparecían entre sus vericuetos. Se hizo de armas de alto poder que le facilitó la embajada cubana, y también uniformes al estilo de los camaradas de Sierra Maestra.

Buena parte del tiempo la pasó fuera de Guerrero. Iba a Morelia y tomaba contacto con los camaradas nicolaitas; y fue a Oaxaca, y a Sonora, Sinaloa y Aguascalientes. Pero las más de las veces estaba en Morelos o en el Distrito Federal. De ese modo planeó y dispuso varias expropiaciones bancarias que tuvieron gran notoriedad y que sacaron su nombre en los periódicos de todo el mundo, preferentemente los de filiación izquierdista; y en las universidades de provincia y en la grande de México, inscribían en las "pintas" su nombre junto con los de Ho Chi Min, Che Guevara, Camilo Torres, Fidel Castro y Emiliano Zapata. Y se convirtió en un mito.

La suerte le acompañó pues no obstante que mató de un tiro a uno de sus más leales camaradas, nada más porque lo vio fumando a mediodía en las soledades de la gran Sierra Madre del Sur —ni siquiera de noche, que es cuando delata la brasa del cigarro— él, Genaro, con gran imprudencia andaba hasta en el centro de la ciudad de México, y usaba toda clase de vehículos a la luz del día. Su efigie ya era conocida porque se divulgó profusamente por los simpatizadores de su gesta; y aún así, dicen que iba a los cines y cuando mucho usaba lentes oscuros y grandes.

Era más vanidad que valor. Venía a gozar con la gran fama que todos le hicimos, pero se dolía de que no se repitiera en México el triunfo guerrillero de Castro Ruz, pues siempre creyó luego que tomó las armas, que así como desde la Sierra Maestra el camarada Castro derribó el régimen de Batista e impuso el socialismo, él, Genaro, haría rodar por tierra o huir en polvorosa a Díaz Ordaz, y desde la Sierra Madre de Guerrero iría en triunfo —como Fidel aquel amanecer de 1959 en Cuba—, hasta ocupar el Palacio Nacional.

Igual sucede con el camarada Lucio. También se sueña en carro abierto, entre flores y aclamaciones —tal como

Fidel viajó desde Sierra Maestra hasta La Habana— ir como un nuevo Mesías, a tomar el gran poder que el pueblo le entregue. Y se duele que esto se prolongue, y que pasen los días, las semanas, los meses y los años, y las cosas sigan igual o peor.

Olvidaron ambos camaradas que el caso de Castro no es igual.

Fidel tenía una larga ejecutoria como luchador; en la Universidad, al lado de Antonio Guiterras, y luego por cuenta propia, como líder carismático y de oratoria cálida, apasionante, de iluminado. Y antes había hecho la intontona del Cuartel de Moncada el 26 de julio; y la descomposición en Cuba era terrible. Su triunfo lo alcanzó Castro no con los tiros disparados desde la Sierra Maestra ni Las Villas y otros sitios, sino con el respaldo de fuertes organizaciones obreras que hicieron la huelga general, y que descoyuntaron al régimen batistiano, que chorreaba sangre y tenía a Cuba convertida en un gran garito y en un lupanar para el uso y disfrute de los yanquis.

Además, territorialmente, Cuba es infinitamente pequeña comparada con México. Fidel no llegó, vio y venció, sino que previamente había sembrado, y estaban bien definidas las condiciones para lograr el propósito; y todo el mundo estaba con él. En las más diversas formas le ayudaban, unos con dinero, otros con armas, los más, con sabotaje y el resto, con propaganda inteligente y bien organizada. Le ayudaban hasta los políticos ricos y corrompidos como el ex presidente Socarrás, ya que todos creían que la de Fidel era una revuelta política al estilo usual de la burguesía o de los cuartelazos; al estilo de la mexicana, o de las muchas argentinas, brasileñas, venezolanas, peruanas y bolivianas, que se resumen en ¡quítate tú, para ponerme yo!

Fidel tuvo el talento y la sagacidad suficiente para unificar bajo sus banderas a toda la oposición, que era

mucha y enconada en contra del ex sargento del Campamento Militar Columbia, al cual lo desarticuló política, militar y hasta diplomáticamente. Llegó el triunfo no por casualidad, sino porque la fruta estaba bien madura.

En realidad, da pena que el camarada Lucio sueñe tan alto; pues su cultura es rudimentaria, de maestro rural, y no tiene ni carisma, ni facultades oratorias, ni siquiera idea de lo que es una revolución. Sólo es un oportunista. Y se niega a recibir consejos y en verdad se cree más que un "Che" —que no tuvo fortuna pues cayó en Camiri sin lograr sus propósitos—, un Fidel Castro Ruz. Y la distancia entre Lucio y Fidel resulta ridículo fijarla. No hay parangón posible.

Cabañas no es orador ni tiene personalidad, ni magnetismo. Fuera de la zona de Atoyac y algunas rancharías y pueblos de la Costa Grande, no podría actuar —en el plano burgués— ni como diputado federal. Se desenvuelve solamente entre los pueblerinos que lo conocen desde la infancia, y que son sus parientes y amigos. Al parecer resulta hábil que llegue a un barrio, como llaman allá a los poblados rurales, y haga que se junten todos —amigos y hasta enemigos— por que cae de sorpresa; y se dirija a la concurrencia hablándoles por su nombre, recordando episodios de la infancia, parentescos y cosas afines, y remachando que "pelea en favor de los pobres contra los ricos y el gobierno y que no le tengan miedo"; pero todo dicho en plan de maestrillo rural, con su dejo costeño y expresiones localistas, y la pistola en la mano.

Le acompañé a varios lugares y recuerdo haberle tomado en taquigrafía discursos —mejor dicho charlas— de una hora, en las que acusa su lamentable ignorancia en todos los órdenes. Si habla una hora y más, es porque no puede concretar sus pensamientos, no porque le ^{da} bren; y siempre confesando su impopularidad aún ^{na} _o al

amigos y parientes. O sea que es falso aquello de que el ejército y la policía no lo han cogido porque el pueblo guerrerense lo protege y lo cubre con su manto. Recuerdo haberle oído decir en "El Porvenir", quejándose de "los pobres", que son tan ignorantes, que nada más con que el General le dé una palmada en el hombro o en la espalda a un guarachudo, éste se pone feliz y va presumiendo de que "el General me palmió. Es mi amigo"; o de que "convencen a cualquier otro campesino o pobre y lo hacen gobiernista, con sólo que les den una cerveza".

Usa la mayor parte del tiempo que habla, pidiendo que no le huyan, que no le tengan miedo, que aunque lo delaten o anden "chuecos" (es decir, que sean gobiernistas) nada les hará, pues les da tres "ventajas" (oportunidades) para ponerse de su lado, o al menos no en su contra. Pero al tiempo que habla de que no mata a sus enemigos —los pobres, parece mentira porque él dice ser el caudillo del Partido de los Pobres y sólo por ellos pelea— repite y relata con detalles cómo mata a quienes lo delatan con el gobierno.

Ya transcribí algunos párrafos de mi cuaderno de taquígrafía, de algunos de sus "discursos". Antes, es preciso decir que si el comandante Cabañas saliera de su cafetalera Sierra de Atoyac y fuera a actuar, digamos en Sonora, Sinaloa o Monterrey, a menos que lo hiciera con las ráfagas de su metralleta, no podría sostener una perorata, ni en la más pequeña comunidad rural, porque si no conoce a los integrantes de su auditorio, no sabe qué decir; fuera de aquello que "él defiende a los pobres contra los ricos y el gobierno", y que "a éstos hay que matarlos". No tiene doctrina, ni quiere, ni acepta. Se siente Mejiquís, un iluminado, y rechaza como a enemigos a quienes pretenden orientarlo en el socialismo que dice defenestrar. Es una materia que ni con muy buena voluntad digiere.

Si por uno de esos curiosos fenómenos de la ciencia ficción, Lucio Cabañas Barrientos alcanzara el triunfo, sería un sátrapa más; una calca más corriente de Castillo Armas, de Guatemala; o Somoza; o Batista; asesino, vengativo y zafio, como todos los que produjo la llamada "revolución mexicana". Su empaque es de cacique; y hasta eso, de caciquito de comarca: la de su Atoyac. Los profanos le suponen al frente de cientos de miles de hombres como amo y señor de las Costas Calientes de Guerrero y de sus otras regiones características, y nada hay más erróneo que eso. Su Brigada Campesina de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres no llega a cien; sin que esto constituya una delación, y la forman grupos que van desde diez a cinco, dispersos en la inmensidad de la sierra. Eso sí, con armas modernísimas de alto poder.

En siete años de guerrillero, sólo cuatro contactos ha tenido con el ejército, y no han sido combates, sino emboscadas, aprovechando los estratégicos accidentes de la serranía. Como por ejemplo, el de La Yerbasanta, en que la emboscada la pusimos siete; de los cuales, tres eran mujeres y cuatro hombres, con metralletas de lo mejor. El contingente de soldados entró en aquella perfecta trampa fabricada por la naturaleza, y les llovió fuego. Dentro de la táctica guerrillera, magnífico, perfecto. Lo que quiero decir es que las que él llama "derrotas" infligidas al ejército, han sido cuatro emboscadas a lo largo de siete años muy largos. ¿En dónde está el enorme caudillo, el Mao de México? Ha logrado burlar la vigilancia y la persecución de la soldadecza, porque la Sierra Madre del Sur es única, inmensa, llena de recovecos, de bosques, de lomas y barrancos; y localizar a Lucio allí, es como hallar una aguja en un paja

Los campesinos no lo denuncian porque les espanta la muerte. Es él quien los mata, no sólo las fuerza. Una
cio al

presión. Los Cabañas, desde tiempo inmemorial, por generaciones, han sido gavilleros de inaudita crueldad, y nadie quiere tener la enemistad de este camarada. Va en ello la vida del delator, o de cualquiera de sus seres queridos.

Cabañas, lo aseguro, sólo tiene estatura para cacique regional, a la burguesa. Anuncia eso sí, "la revolución socialista, la implantación a su triunfo, de un gobierno comunista"; y pasa por alto uno de los postulados fundamentales del materialismo histórico: "sin teoría revolucionaria no puede haber tampoco movimiento revolucionario". Luego entonces, el que comanda Cabañas Barrientos no es un movimiento revolucionario, ni siquiera de izquierda pequeño burguesa; y de ninguna manera, por ningún camino, va hacia el comunismo. Su muletilla ya rayada a fuerza de repetirla es que "defiende a los pobres contra los ricos y el gobierno, y que a éstos hay que matarlos". Y cuando triunfe su movimiento, y derroque al gobierno actual, hará que termine la pobreza, la enfermedad y la ignorancia. ¡Nó más pobres! ¡De qué manera, si no es por la dictadura del proletariado?

En otra parte me refiero a la unidad que intentó la Liga Comunista "23 de Septiembre", cuando quiso fundir en uno, todos los grupos guerrilleros de México. Cabañas aceptó en un principio porque creyó que se le iba a reconocer como jefe supremo, y que su "Partido de los Pobres" sería el instrumento, el brazo político. Pero cuando eso no ocurrió así, porque no podía ocurrir, atacó a los de la "23 de Septiembre" y poco faltó para que los ajusticiara.

ni

¡qu!

FR!

unificar a

IV

Debo de confesar que no me hallaba a gusto dentro de la Brigada Campesina de Ajusticiamiento, del Partido de los Pobres, no obstante que Lucio, los otros de la dirección y todos, me distinguían con afecto costeño que se traducía en hacerme la vida lo menos molesta dentro de lo que significa andar a salto de mata. En las noches si había un sitio más o menos cómodo, me lo dejaban para que durmiera; suponiendo que por mi origen casi capitalino —Ciudad Netzahualcoyotl— y mi preparación marxista, intelectual, que pasaría la noche en vela si estaba disparejo o pedregoso el pedacito de sierra que me servía de cama. Olvidaban que era yo un guerrillero que había visto puras duras y ninguna madura, habituado a la incomodidad e inclemencias del tiempo. En fin, ellos procuraban mostrarme afecto, ser buenos anfitriones.

Cualquiera podía quedarse sin comer, menos yo. Siempre había un pedazo de cecina que alguien traía y que me convidaba; o pescado seco, o aunque fuera un pedazo de coco seco. Me contaron esta hazaña de Lucio:

“Un guarachudo —como despectivamente se llaman unos a otros los campesinos pobres— andaba “chueco”. No quiso sumarse a la Brigada, ni aportó cuota en dinero o en mazorcas, o calabazas que cosechaba en su parcelita. Allí tenía su choza, una casita malhecha, construida con hojas de palma, que secas les dicen “palapas”. Una tarde pasó cerca un grupo de la Brigada, con Lucio al

frente. Estaban cerca pero no lo suficiente para ser descubiertos por Porfirio Ayerdi, que así se llamaba el guarachudo.

—Arrímense quedito para que no se alebreste. Voy a probar cómo anda mi puntería.

Ayerdi se veía acompañado de su mujer y de un muchachito. Cenaban. Como no hay luz eléctrica, se acuestan luego que anochece. Dicen que Porfirio era bravo y tenía buena puntería.

Cabañas se adelantó. Quería hacer un blanco a 100, o a 150 metros, cosa no muy difícil. Observó atentamente a los de la choza o "guamil". Se fue deslizándose cuidadosamente hasta acercarse a la distancia calculada. Ayerdi cenaba al parecer muy contento, porque desde lejos se veía que reían los tres. Sintió Lucio una oleada de agitación que le recorrió el cuerpo. Ya no experimentó la menor duda, pues lo dominaba la fiebre que siente el cazador cuando apunta sobre su presa. Nuevamente revisó su arma, por si hubiese alguna pequeña basura mientras se arrastró. Luego le quitó el seguro. Su dedo acarició el gatillo. Sí, allí estaba bien centrado el guarachudo, bien enmarcado en sus miras.

Estaba sentado, y por ello el blanco era pequeño. Casi inconscientemente puso el seguro, y avanzó un poco más. Su sigilo fue mayor. En aquel silencio se escuchaban los ruidos a distancia. Ajustó la mira para los metros menos que había avanzado en la distancia del blanco. Alzó el arma. Clavó su ojo sobre las miras del rifle. Movi6 el arma ligeramente hasta tener su puntería exactamente sobre su cabeza. En seguida... oprimió el gatillo con suavidad. El disparo sonó muy fuerte en su oído. Porfirio Ayerdi, el "guarachudo", hundió la cabeza sobre la mesa.

—¡Me lo eché! —gritó con regocijo, y un grito como de público de fútbol cuando el favorito perfora el marco, coreó la hazaña de su jefe.

La verdad, me chocó la anécdota, como otras de esa índole. Ese muerto y los otros —Gabino, etcétera— eran gente pobre, a la que decía defender y proteger Cabañas y su Brigada. Matar y matar. Ciertamente esa no es tarea de los guerrilleros socialistas. Matar cuando sea necesario sí. Yo lo he hecho; pero así en frío, con un indefenso que no tiene más delito que negarse a formar en la brigada y negar su aportación económica, me parece que es un asesinato vil, y hasta cobarde.

—¿No te gustó, zanca?

—La verdad... no —respondí a Cabañas, que había observado que durante el relato que me hacía Fierro no mostraba yo complacencia y que en vez de festejar, endurecía la cara.

Igual que otras veces, nos ensarzamos en una discusión en la que yo nunca tenía oportunidad de ganar. Le hacía ver que su guerrilla no tenía ni una embarrada de socialista, y que hasta el nombre de Partido de los Pobres, era oportunista, pequeño burgués. ¿Cuál socialismo?

Ni en lo más mínimo, ni siquiera en el trato —dicen zanca en vez de camarada— tiene ese sabor inconfundible del marxismo. Le repetía que sin doctrina no hay revolución. La suya era una guerrilla como cualquiera otra oportunista, como las muchas que hubo en la revolución burguesa mexicana; y lo instaba al estudio del marxismo junto con los camaradas de la Brigada, a la politización, que es de rigor en nuestras filas.

Mal hablado como es, precisamente por su incultura que limita su vocabulario, me mandaba muy lejos con una injuria aunque no dicha como tal. Algo equivalente al “no estés fregando”.

A fin de no restarle autoridad, procuraba hacer crítica amistosa cuando estábamos solos, caminando adelante del cuerpo, o aparte en los descansos. Le dije que escu-

ché comentarios agrios entre los "pobres" por donde pasábamos, que no les gustaba estar a cuota fija, o colaborar a fuerza con un peso o menos, porque sabían que sobraba el dinero proveniente de los asaltos a los bancos acapulqueños y los exitosos secuestros; sabían que habían en caja muchos millones de pesos. Y así, ¿todavía pedirles el tostón; y mientras Chofi hacía la colecta, las metralletas apuntaban a "los pobres"? Lo de Ayerdí lo sabían muchos.

Le recordé que no se ajustaba a la línea marxista sino a la pequeño burguesa en todos los puntos, y con más propiedad a la oportunista y a la de provocador, si tanto le agradaba ser personaje de leyenda, que se pareciera a Chucho el Roto o a Heraclio Bernal, bandidos generosos que robaron a los ricos y repartieron el dinero entre los pobres, como lo hizo también en Inglaterra el legendario Robin Hood. Aquí lo hacíamos al revés. Dizque peleábamos para ayudar a los pobres, y en vez de repartirles el botín arrebatado a los ricos, todavía íbamos a pedirles el tostón, el peso, o los frijolitos.

—¿Qué quieres que haga? Necesito el dinero para armar a miles de gentes en la República.

—¿Cómo puedes hacerlo si no te dejas ver, si sólo tienes contacto personal con los de Costa Grande, limitada a la comarca maderera y cafetalera? Ni modo que entregues metralletas, balas y dinero a todos los que suban a la montaña a pedir, sin conocerlos.

Además, el abuso del gatillo en detrimento de no combatientes —ni siquiera burgueses, sino pobres— y las exhortaciones de él a matar, matar y matar, tampoco era revolucionario. Tal vez sería zapatista o villista, pero no socialista. El nombre escogido a la Brigada no podía ser más significativo: de "Ajusticiamiento", o sea que constituye un pelotón de fusilamiento, de verdugos; y

eso inspira sólo terror. En realidad, viendo bien las cosas, su brigada es terrorista.

Le expliqué que el recurso del terror no es nuevo. I historia abunda en acciones de todo tipo tendientes a aterrorizar al adversario para imponerle su voluntad. Le hablé de las hordas de Atila, la "Santa" Inquisición, la noche de San Bartolomé, el terror revolucionario. Aquellos eran extremismos a los que se entregaban los grupos poderosos, en antagonismos con otros grupos.

A mi modo, tracé una historia lo más ajustada a la verdad, desde el nacimiento del terrorismo en Rusia en el siglo XIX —por primera vez allí individuos débiles y aislados se rebelaron con las armas por los escritos inflamados de los doctrinarios nihilistas.

El "Catecismo del revolucionario", de Miguel Bakunin y de Netchaief, exaltaba apasionadamente el gozo de la destrucción. "El Estado más pequeño y más inofensivo es criminal hasta en sus sueños. El orden es un crimen. La rebelión es el bien". . . "La tempestad es la vida —escribía Bakunin—, y es lo que nos hace falta. Un mundo nuevo sin leyes y libre por consiguiente". Netchaief llevó más lejos la coherencia nihilista, reivindicando para el revolucionario desesperado que "no debe tener relaciones pasionales ni cosas ni seres amados", el famoso "todo está permitido en nombre de la revolución".

Desesperados los revolucionarios rusos estaban por el fracaso de su lucha pacífica contra el absolutismo, y sus crímenes y por la ciega represión que se abatía sobre los más idealistas. Los métodos de tortura del prefecto de policía, el general Trepov, que había golpeado a muerte a muchos detenidos y cegado a latigazos al estudiante Bogolibov, dieron la luz verde al terrorismo individual. El 24 de febrero de 1878 una jovencita que se hizo anunciar al general Trepov, sacó calmadamente de su bolso un revólver, e hirió gravemente al general "para vengar

los daños causados al estudiante Bogolibov". La investigación demostró que no conoció ella a ese estudiante.

El cinismo de Netchaief no había llegado a los primeros terroristas rusos, que se presentaban como las figuras más extraordinarias de la rebelión humana. Los miembros de la Organización de combate del partido socialista revolucionario, tenían fe en la acción terrorista, pero estaban desgarrados por ella, y no se reconciliaban con la necesidad de matar, aceptando a la vez, el sacrificio de su propia vida.

Albert Camus ha evocado en escenas admirables a estos justos que renunciaron una vez a lanzar una bomba contra el gran duque Sergio, porque se encontraban con él sus hijitos. "Creo haber obrado bien —decía Kaliajev, aprobado por sus camaradas—. ¿Es que acaso se puede matar a los niños?

Le recordé a Lucio que cuando mató a Ayerdi, él estaba con su mujer y con un niño muy cerca porque cenaban en una pequeña mesa. Le disparó desde 100 metros, tiro no difícil por cierto, pero pudo haber matado a la criatura. Eso, ni los terroristas rusos quisieron hacerlo con el gran duque Sergio que era un tirano, asesino, explotador y despiadado. ¿Qué más daba que hubieran muerto con la misma bomba también sus hijos en ese atentado? Esos niños, al crecer tomarían el lugar del Gran Duque y serían tan opresores y terribles como él. Había una remota justificación, pero ¿cuál había en el caso del niño que cenaba junto al "guarachudo"?

A esos terroristas, a esos soñadores de lo absoluto, como los llamaba Karl Marx, a esos justicieros dispuestos al sacrificio de su vida para recrear una comunidad de justicia y de amor, los sucedió una especie distinta de terroristas. Estos repudiaban todo escrúpulo moral porque les parecía puro sentimentalismo. Sólo contaba la eficacia, en cuyo nombre se sintieron justificados para

matar indistintamente a inocentes y a culpables. Son éstos quienes prefiguran más claramente el terrorismo que practica Lucio con su Brigada.

Las bombas de los terroristas rusos se dirigían entonces a personajes elegidos entre los más culpables, o a los más peligrosos. Las de los anarquistas franceses de los años de 1890 fueron actos de guerra contra la sociedad burguesa. Poco después, por todo el mundo surgieron terrorismos más metódicos y más racionales, apoyándose en diversas ideologías. Podría tratarse de movimientos revolucionarios de izquierda o derecha, de lucha patriótica por la independencia, o de acción de una determinada en busca del reconocimiento de sus derechos. El empleo de una bomba ha respondido a una intención de eficacia. El terror selectivo mina la moral del adversario y provoca un estado de pánico.

Se ha dicho que repudiar el terrorismo, venga de donde viniere, es optar por el mantenimiento de la injusticia y repudiar la rebelión. No es cierto, sino lo contrario. A los terroristas rusos de 905 les parecía necesario el asesinato. Hay quienes lo justifican —como Lucio—, diciendo que la violencia es necesaria; y sólo añaden un crimen a otro, hasta hacer de la historia una sola y larga violación de todo lo que en el hombre protesta contra la injusticia.

Marx decía por su parte: “Una meta que requiere de medios injustos, no es una meta justa”.

Fue un terrorismo bárbaro, inhumano, el cometido en los infelices “Chori” y Cienfuegos, violados por la Brigada de Ajusticiamiento.

Yo, que anduve en sus filas en las duras y en las maduras un corto tiempo, puedo decir con mi conciencia marxista tranquila:

—Lo que tengan de izquierdistas —socialistas, comunistas o revolucionarios— Lucio y su Brigada de Ajusti-

ticiamiento del Partido de los Pobres, me lo como de veneno; y ni siquiera me atarantaré, como el de Toluca.

Preferí retirarme. A Lucio no le parece que le hagan crítica. Es demasiado vanidoso. Se siente iluminado, Mesías, Castro Ruz, Lenin o Mao. Se hace rendir culto. Todos los días se canta el "corrido" que se mandó a hacer, cuyos discos ha enviado a toda la República, con el dinero de las colectas o de las expropiaciones, para que sepan que es valiente como nadie, grande en la pelea y generoso y todas esas cosas que no embonan con un marxista, ni con un revolucionario sincero.

En los días que me salí de la Brigada, llegó un grupo de cinco miembros de la "Liga Comunista 23 de Septiembre". La primera entrevista la tuvieron en "El Cacao". En esos días se había realizado la unificación de mando de las guerrillas, de lo cual hablaré ampliamente por separado. Lucio, cuando se enteró que no lo habían proclamado a él, Jefe Supremo del Movimiento Armado de México, y adoptado el grupo el nombre de Partido de los Pobres, hizo un gran coraje. Le molestó sobremanera. Constituía una humillación insoportable, un desafío.

Aquellos enviados, inmediatamente trataron de politizar a Lucio y su gente, pero tropezaron con una opinión cerrada. A él no le daba clases nadie, ni consejos. Si Mao en cincuenta años no ha cometido ni un error es porque... bueno, su ilustración, su cultura y su talento son notables. En cambio el "zanca" —y no el camarada Lucio—, tiene y ya olvidó, lo poco que enseñan las Escuelas Normales Rurales.

La Liga Comunista "23 de Septiembre" emitió esta declaración escrita en carta dirigida a la Brigada Campesina de Ajusticiamiento, y a la Dirección de la Brigada, con fecha 14 de julio del año pasado:

"Nos ha sido comunicada la decisión de la Dirección de la Brigada, de expulsión del conjunto de compañeros

que siendo miembros de la "Liga Comunista 23 de Septiembre" venían realizando su trabajo político en el seno mismo de la Brigada. Brevemente expondremos nuestra posición ante tal medida, a través de esta carta. Por razones de trabajo nos vemos imposibilitados de enviarla a otros miembros de la Dirección de la Liga, por el momento; además de que no lo consideramos estrictamente indispensable, ya que los acuerdos y decisiones tomados por nuestros compañeros allá, son plenamente apoyados y respaldados por la Dirección de la Liga.

"En primer lugar, hemos de decir que la medida tomada por la dirección de la Brigada no nos extraña; y no sólo esto, sino que tiempo atrás habíamos previsto que un deslinde de las posiciones políticas, era necesario e inevitable en el seno mismo de la brigada.

"En segundo lugar, nos interesa dejar totalmente claro que la lucha que permanentemente sostuvimos en el seno mismo de la Brigada contra determinadas posiciones políticas, fue algo realizado conscientemente. Por razones de principio, no hemos tolerado, ni estamos dispuestos a tolerar, que un conjunto de desviaciones políticas que nosotros ubicamos pequeño burguesas, se consoliden en el seno del movimiento. Hemos combatido a nivel nacional —y no sólo en el seno mismo de la Brigada—, permanentemente un conjunto de posiciones que hacen eco de tales intereses, y que inevitablemente empantanar la actividad de los revolucionarios en un callejón sin salida. Estas posiciones lo hemos sostenido y lo seguiremos sosteniendo, rebajan permanentemente la actividad de los revolucionarios, hacen un rebajamiento objetivo de las tareas de organización, educación e incluso, de las actividades políticas-militares; fomentan la dispersión en el seno del movimiento, crean las condiciones para la reproducción de los métodos artesanales de trabajo. Y sobre todo, ya que esto en definitiva es lo más peligroso,

desarrollan un conjunto de actividades, posiciones, etcétera que al coquetear abiertamente con los oportunistas más recalcitrantes del movimiento en México, sientan las bases para someter la política del proletariado a la política burguesa.

”Por principio, no podemos permanecer pasivos ante tales posiciones. Consideramos una obligación de los revolucionarios, combatir permanentemente tales posiciones. Con nuestra actividad en la Brigada, hemos mostrado, a partir de multiplicidad de acontecimientos, decisiones, planteamientos, etcétera, que tales posiciones son sustentadas en el seno de la misma Brigada.

”Tercero.—La razón fundamental argumentada por la dirección de la Brigada, para determinar la expulsión de nuestros compañeros, es la de que estos han combatido las posiciones del Partido de los Pobres, o las de la Brigada en particular. Al respecto, debemos decir, en primer lugar, que nuestra presencia ahí y nuestra participación directa, se daba en función de la necesidad de desarrollar política y militarmente el movimiento en la zona. Estábamos convencidos desde un principio que en el seno de la Brigada y del mismo Partido de los Pobres se ventilaban posiciones distintas.

”Viendo las cosas de este modo, está claro que de lo que se trata no es de combatir a la Brigada en su conjunto (y nuestra actividad allá así lo ha demostrado) sino de combatir las posiciones pequeño-burguesas en el seno de la misma; posiciones que por lo demás, están perfectamente definidas e identificadas. (En un documento posterior daremos cuenta detalladamente de tales posiciones, y de lo que éstas representan para el movimiento revolucionario). Así pues, si nuestro “pecado” fue combatir un conjunto de posiciones oportunistas; nosotros declaramos que estamos dispuestos a seguir cometiendo las veces que sea necesario este tipo de “pecados”.



De esta escuelita salió Lucio a la guerrilla.

"Callar ante el desarrollo de las posiciones oportunistas, es el crimen político más grave para la revolución. El otro argumento en que debemos detenernos, es aquel, que nos acusa de "socavar las bases del Partido". Al respecto debemos decir, que efectivamente se trata de socavar pero no las bases del Partido, no las bases de la organización del proletariado, sino de socavar las bases de una política pequeño burguesa y oportunista. A esto último, no renunciaremos en ningún momento. Y por esto, declaramos que en principio, seguiremos socavando las bases de tal política; que no renunciaremos a ganar a los elementos más avanzados de la clase, y en particular, en esa zona; y todavía más, en el seno mismo de la Brigada para las posiciones del marxismo revolucionario.

"Renunciar a ganar a estos elementos, es renunciar a fortalecer las posiciones revolucionarias, renunciar a la misma revolución. Seguiremos pues, a pesar de la expulsión, trabajando para ganar a las masas en la zona y a sus elementos avanzados en particular, para las posiciones del marxismo revolucionario. Seguiremos combatiendo, a nivel nacional y en la zona de guerra en particular, las posiciones oportunistas. Continuaremos con nuestro trabajo de educación, de organización con el desarrollo de las actividades militares necesarias para el desarrollo del movimiento. La expulsión determinada por la dirección de la Brigada no podrá detenernos.

"Cuarto.—Queremos dejar totalmente claro, al conjunto de la Brigada, que consideramos que la lucha contra estas posiciones que hemos venido combatiendo, la consideramos por el periodo actual, como una lucha fundamentalmente ideológica. Esta determinación, de principio, sólo podrá ser modificada a iniciativa nuestra, en el momento en que las contradicciones entre las posiciones que hemos combatido y las nuestras se manifiesten como antagónicas e irreconciliables, lo cual podrá estar dado, por un conjunto de circunstancias que no viene a cuento analizar por ahora.

"Quinto.—Queda claro para la Liga, que con la expulsión de nuestros compañeros, quedan rotos todos los acuerdos tomados, con anterioridad. Y también, que fue precisamente la dirección de las posiciones pequeño burguesas, la que tomó la iniciativa en este caso. Por nuestra parte, sólo estamos dispuestos a sostener un acuerdo: el de no combatir militarmente tales posiciones en el actual periodo.

"Seguiremos luchando, por la consolidación de las posiciones revolucionarias en el seno del movimiento.

"Seguiremos luchando por la transformación de las sierras del país, en las zonas guerrilleras, que hagan

posible la consolidación de las bases de apoyo estratégicas, para el desarrollo de la insurrección.

"Continuaremos luchando en Guerrero, por la consolidación de la sierra, como una zona en donde el ejército del proletariado pueda ser fuerte."

"Proletarios de todos los países, uníos". La Dirección de la Liga Comunista "23 de Septiembre".

* * *

No obstante que anuncian que no combatirán militarmente a Cabañas y "zancas", sí hubo enfrentamientos a tiros y ajusticiamiento de brigadistas que se habían sumado a los enviados de la "23 de Septiembre". Y tuvieron que salir rápido del ámbito costeño los cinco septembrinos ante el riesgo de ser ajusticiados también. ¡Con lo que le gusta hacer eso a Cabañas!

Pero como no están mancos, respondieron con las mismas armas y el pleito se ha enconado, porque hay amagos de muerte en cabañistas y de respuesta igual por éstos. Mejor dejemos la palabra a Lucio Cabañas, que en una carta enviada a la Universidad Autónoma de Guerrero (carta número uno) dice:

"Con entusiasmo los saludamos y al mismo tiempo les damos nuestra sincera felicitación por las múltiples acciones que han realizado para el mejoramiento de la educación y para el impulso de la lucha revolucionaria del pueblo. Dentro de los lineamientos que el Partido de los Pobres sostiene para la conducción de la nueva revolución, quedan los trabajos revolucionarios que ustedes como estudiantes han realizado hasta esta fecha, y por esta razón les damos nuestra felicitación y los invitamos a seguir adelante..."

Luego entra en consideraciones sobre lo que a su juicio debe ser la guerra de guerrillas por supuesto sin

definir, que no reproducimos, porque no viene al caso. Ya está dicho que en materia doctrinaria están en la calle. La Brigada es Lucio, y el placer de Lucio es matar y no precisamente a ricos, sino a pobres, aunque su Partido se llame de los Pobres. Lo que vale la pena destacar, porque confirma mi dicho, es su enfrentamiento con la "Liga Comunista 23 de Septiembre", y a ello se refiere en los párrafos siguientes de la misma carta a la Universidad Autónoma de Guerrero, cuyo original está en poder de esos camaradas.

Les dice el zamca Lucio:

"Estas cosas se las decimos porque sabemos que ya también a la Universidad está llegando el ultraizquierdismo, que propagan gentes que nunca han dirigido ni a obreros ni a campesinos, que no tienen ninguna práctica revolucionaria y cuya cabeza traen cargada de libros leídos de tajo y revés, que les hablan de que la Universidad es una fábrica; dan consignas de que el movimiento de masas ya use las armas cuando apenas va tomando forma, hablan o amenazan de matar a compañeros del Partido de los Pobres por el solo hecho de no estar de acuerdo con sus locuras; pero les pedimos a estos ultraizquierdistas que vayan a matar a los enemigos del pueblo, que tomen las armas contra el ejército burgués que ha matado estudiantes el 2 de octubre y el 10 de junio. Vayan a destruir las cárceles y las mansiones de los millonarios y que no destruyan la Universidad, que es casa donde al mismo tiempo que caben los hijos de los enemigos de la revolución, también viven ahí los hijos del pueblo campesino y obrero aunque en poca cantidad.

"En la Brigada Campesina de Ajusticiamiento admitimos a cinco ultraizquierdistas bajo la condición de que ellos venían a fortalecer al Partido de los Pobres y a la Brigada; que se disciplinarían a acuerdos de la mayoría y que les daríamos toda la libertad de dar a conocer sus

diferentes puntos de vista sobre la lucha; que cuando la mayoría apoyara sus puntos de vista, los pondríamos en práctica. En los primeros días se mostraron como los mejores compañeros, pero después comenzaron a hacer labor a escondidas para cambiar la dirección de la Brigada y del Partido para poner uno de ellos, por lo cual, se les hizo la primera expulsión.

"Después continuaron haciendo "grilla", llamando a escondidas a los compañeros del grupo para decirles que la orientación del Partido y de la Brigada era una orientación pequeño burguesa y no discutían en plena asamblea de Brigada, porque nunca ganaban una discusión.

"Comenzaron a lanzar por aparte volantes en contra del Partido de los Pobres y a sostener opiniones que hasta un campesino muy ignorante les podía rechazar, como fue cuando nos dijeron que "la lucha no es contra el gobierno, la lucha es contra el Estado burgués".

"Les contestamos que el Gobierno es parte del Estado burgués, y que toda revolución ha comenzado luchando contra el gobierno. Exhortaron a que los trabajadores de las carreteras entraran armados en Atoyac a asaltar las tiendas, cuando que Atoyac siempre ha estado bajo estado de sitio. Claro, ningún trabajador les hizo caso; pero ellos nunca aceptaron ninguna crítica ni se autocriticaron. Siempre se consideraron los únicos revolucionarios de México y han visto con desprecio a las demás organizaciones.

"Al Partido de los Pobres le niegan toda importancia, dicen que en él se practica el caudillismo, que hay una orientación pequeño burgués y que al estar en la sierra sosteniendo la guerra de-guerrillas se ha caído en el militarismo. Por estas opiniones no los corrimos, los corrimos de la Brigada porque se formaron dentro de la Brigada en otro grupo y en otra dirección; se hizo labor de propaganda hasta acusando de policías a quien no les

caían bien para sembrar la desconfianza entre nosotros mismos. Hay un sin fin de errores que sostienen en su orientación y los admitimos en nuestro grupo armado para ver si al contacto con el pueblo aprendían de él y corregían sus pasos.

"Todos los grupos que han venido de otras organizaciones revolucionarias han coincidido en gran parte con nosotros y muchas cosas nos han enseñado y han aprendido con nosotros. Pero los ultraizquierdistas aquí no demostraron ninguna modestia, quisieron imponernos sus ideas y nos dijeron que en todas las cosas los del Partido de los Pobres estamos "jodidos", pues es la palabra con que maltratan a otras organizaciones, además de llamarles o llamarnos pequeño burgueses.

"Estos elementos que expulsamos, se hicieron pasar como que eran de la organización "23 de Septiembre". Después nos dijeron que eran de la Organización Partidaria; los documentos en los que querían que basáramos nuestra orientación son unos escritos mimeografiados de nombre "Madera Uno" y "Madera Dos".

"De ellos, sólo uno fue excelente compañero y cuyo nombre es bien conocido, pues es Carlos Ceballos o "Julián", que estuvo preso con Carmelo Cortés en Chilpancingo. Para Carlos Ceballos o "Julián" va nuestro cariñoso saludo de siempre. Los expulsados están ahora haciendo labor de desorientación en la Universidad de Guerrero y sólo les creen quienes no han convivido con el pueblo; quienes no tienen una experiencia en el trato con el pueblo se dejan desorientar por los ultraizquierdistas.

"Si llegan en verdad a matar a nuestros líderes del movimiento urbano de masas, el Partido de los Pobres se verá obligado a contestar a quien sea; contestaremos a los "porros" por cualquier atentado contra la vida de los estudiantes o maestros, pero es doloroso tener que decir esto mismo con los ultraizquierdistas que expulsamos y

que ahora quieren matar compañeros nomás por no estar de acuerdo con sus ideas. La actitud de los ultraizquierdistas sólo viene a ser alegría para el gobierno y la burguesía, y para quienes estamos luchando en la sierra es una tristeza.

“Por la Brigada Campesina de Ajusticiamiento del PDLP. Lucio Cabañas Barrientos, Isidro Castro Fuentes, José Luis Orbe Ríos, Agustín Alvarez Ramírez, Enrique Velázquez Fierro”.

* * *

El Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR) en un comunicado-instructivo a sus militantes, luego de un repaso crítico del movimiento guerrillero, del Partido de los Pobres y su Brigada de Ajusticiamiento dice:

“Eso no es Partido ni Brigada, ni marxista ni revolucionario. Usurpa banderas. Es un agrupamiento pequeño burgués, provocador y oportunista que hace el juego al Gobierno y a la burguesía, y que sirve a extraños intereses muy ajenos y contrapuestos al marxleninismo”.

Eso fue todo. Y el MAR no lleva buenas relaciones con la “23 de Septiembre”, Liga Comunista de la que se separó recientemente en plan de gran rivalidad y enojo. Pero la coincidencia de ambos en el punto “Brigada Campesina de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres” que dirige Lucio Cabañas Barrientos, es exacta.

El Partido Comunista Mexicano —que no tiene nexos y sí rencores y motivos de disgusto y oposición tanto con la Liga como con el MAR— tampoco aprueba la línea de conducta de Cabañas, su Brigada y Partido, cuya conducta juzga de provocadora y causante del endurecimiento de la política del Gobierno, “al poner en estado de sitio a Guerrero y someter a ilegal represión a miles de habitantes de la sierra y sus alrededores”.

Su Sexto Pleno emitió esta resolución política con respecto al mismo asunto: Dice textualmente:

“La guerrilla que dirige Lucio Cabañas surgió como una respuesta a la represión gubernamental contra justos movimientos de masas y es ella, la principal expresión del movimiento armado en México. Sus errores, lo mismo que los de otros grupos guerrilleros, parten a nuestro juicio, de la falsa concepción de que en México se vive una situación revolucionaria, que exigiría una línea ofensiva armada. Pero esta situación no existe, por lo que sus acciones conducen a serias derrotas, y a un desgaste de fuerzas que repercuten negativamente en el movimiento revolucionario”.

Respecto a ambas opiniones, aunque coinciden, me quedo con la del MAR, grupo compuesto sin duda por guerrilleros de verdad, entrenados y capacitados en Pyong Yang, y por marxistas que saben de lo que hablan. El PCM en cambio, es una cosita muy especial que juega al gato y al ratón. En una misma resolución, emite tesis y antítesis. Lo que es “sí” líneas arriba, es “no” en las que siguen.

Recordamos que en el XVI Congreso que celebró en octubre del año pasado, el PCM, respecto de la lucha inmediata, dijo textualmente:

“En opinión del Partido Comunista, tanto la estructura autoritaria y paternalista y del Estado, el régimen político despótico, así como la tradición histórica de las masas en la solución de los cambios políticos, la vecindad con los Estados Unidos y la existencia del aparato represivo cada vez más consolidado, plantean la imposibilidad de marchar hacia el socialismo a través de formas pacíficas. Concebimos la vía de transformación revolucionaria como la conjunción de una serie de acciones y movimientos en la que las luchas reivindicativas y políticas de calle, las huelgas parciales y generales, las manifesta-

ciones; se unen con los movimientos campesinos de ocupación de tierras, los motines callejeros, las insurrecciones, y las acciones guerrilleras de todo tipo en una sola acción contra el régimen.”

Esto equivale a un llamado a la provocación que no tiene precedentes. Hace coincidir la acción espontánea de grupos sin partido, en un ataque generalizado contra el régimen. Olvida el PCM o a lo mejor ignora, porque ignoran todo— que Lenin, al referirse a los grupos sin partido, afirmó que poseen un bajo nivel de desarrollo en la lucha de clases. En naciones como México, asediado por el imperialismo norteamericano y sus aliados internos, más la amenaza del fascismo dependiente en América Latina, esos agrupamientos son, con frecuencia, acuciados por la policía política —nacional y extranjera—, para empujarlos a acciones irreflexivas, dar ocasión de reprimirlos, y lograr con ello, un fin más alto: aherrojar a los trabajadores y con sus sindicatos, al país mismo. Tal es el caso del grupo aventurero y oportunista de Cabañas, sin doctrina y antidoctrina, constituido en ajusticiador, en fusilador o asesino de quienes no piensan como Cabañas, o no le dan colaboración.

El PCM, con su proyecto para el cambio revolucionario y la acción política aprobada que define la acción de los comunistas, casi legalizó al “Partido de los Pobres” sin Partido, porque no es tal ni está adherido a otro; prácticamente le dio patente de marxista cuando para desatar una represión que liquide a los mejores hombres del movimiento guerrillero, y a los que sin estar con las armas en las manos en la lucha rural o urbana, sirven también desde otras trincheras al aceleramiento de la revolución socialista en México.

Da contramarcha el PCM líneas adelante, luego de acicatear a la acción violenta, pues dice: “El momento es

propicio para una ofensiva de las fuerzas obreras y populares en el plano de la lucha política, para extender su organización, su ligazón con nuevos sectores en general, desarrollar su capacidad de acción revolucionaria. Si el movimiento revolucionario pierde la visión de los ritmos, y pasa sobre las condiciones reales, la burguesía logrará desorganizarlo, y dispersarlo, que es su objetivo actual.”

La exposición del argumento principal y su contradicción inmediata, no ejemplifica únicamente falta de lógica, sino la manera universal de la elaboración de los escritos de los provocadores de oficio: lanzar una tesis y a la vez, la contraria. ¿Qué diferencia podría haber entre motín callejero, insurrección y acción guerrillera con lucha armada, si las tres son formas de acciones frontales y destructivas?

El marxismo aplicado por Lenin, recreado en parte por él, define las condiciones relativas de la acción política, en miles de páginas, partiendo de una teoría asimilada y de un estudio riguroso de las situaciones concretas. Sólo así puede entenderse la advertencia leninista de la acción en “ciertos casos”.

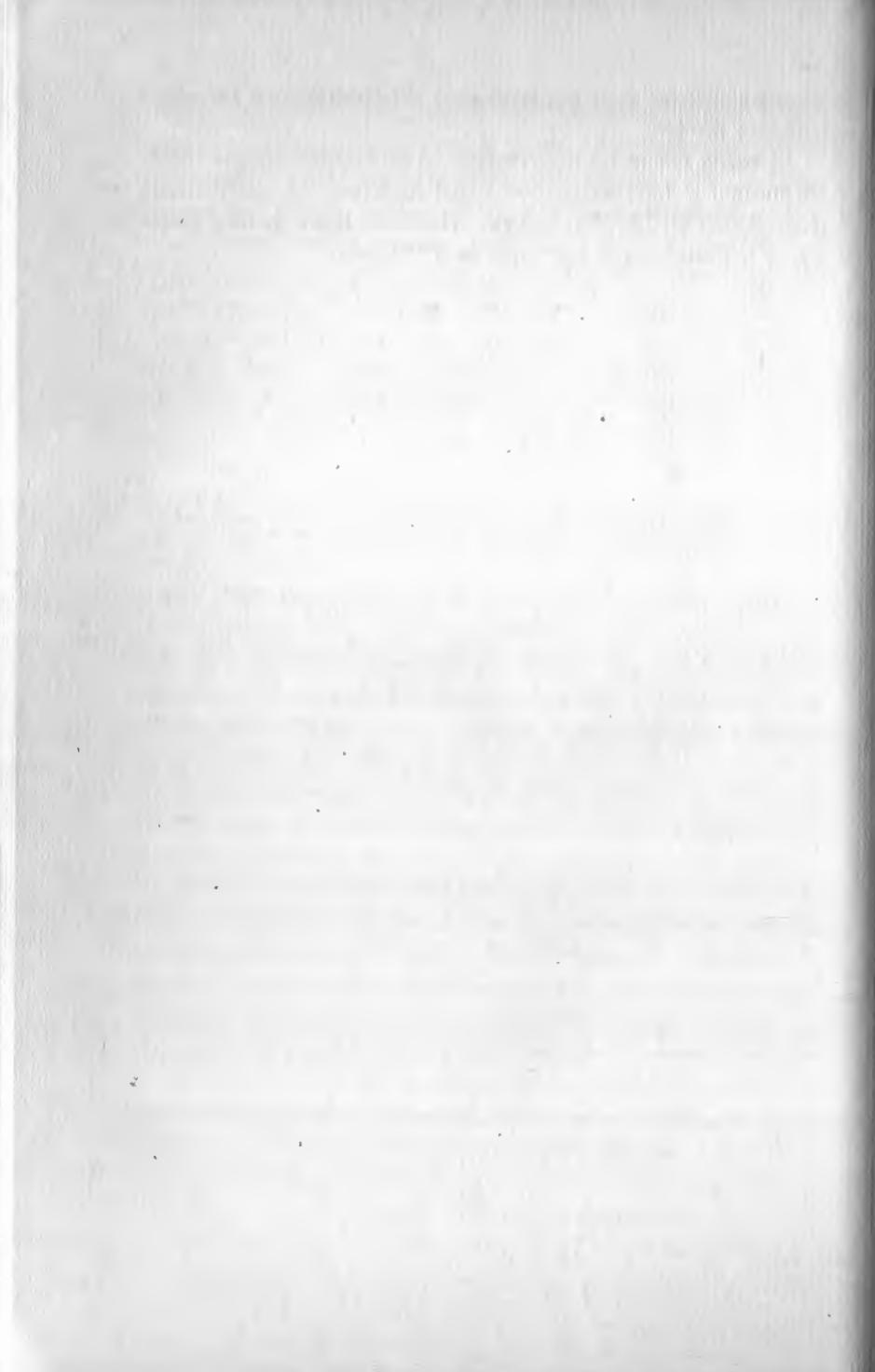
No podría darse mayor estupidez política si no fuera como lo es, una tesis radical por ir a la raíz misma del aventurerismo.

Esas cosas son las que han propiciado que existan en México falsas guerrillas. Diría yo, antiguerrillas, porque sirven al interés contrario, para provocar el aplastamiento de la izquierda revolucionaria en el país como lo hace Cabañas Barrientos en la Costa Grande del Estado de Guerrero. Todos los que criticamos a Lucio —no solamente al MAR y “23 de Septiembre” y otros, incluyéndome —tenemos razón—. Estamos en lo justo, menos el PCM, porque con sus convocatorias provocadoras, alienta al

aventurerismo y al oportunismo en Guerrero y en otras muchas partes.

Si estas cosas no ocurrieran, si no hubiera estas interferencias, y personalismos y estupideces, el movimiento guerrillero en México habría triunfado hace mucho tiempo, o vislumbraría cercana la victoria.

* * *



V

Si como se anuncia, ya hay niños concebidos en una probeta de laboratorio, no hay por qué ocultar ruborosamente que un gran número de los guerrilleros que operan en el país —o que están detrás de las rejas, o bajo dos metros cúbicos de tierra— son también producto de laboratorio universitario, de probeta. Yo soy uno de ellos.

Nací en la colonia "Aurora" de "ciudad" Netzahualcoyotl. Con eso es suficiente para que no se me dé un origen burgués. En ese andurrial, en ese atascadero de fango cuando llueve y tolvanera asfixiante en las secas, no puede haber ni siquiera riquillos. Todos somos de un bajísimo estrato social. Mi mamá lavaba ropa ajena. Mi papá, un albañil siempre sin trabajo, pero también siempre borracho. De lo que ella sacaba con su trabajo, tenía que poner para sostenerle el vicio, aunque no hubiera qué comer en la casa .

¿Dije casa?

Tendré que describirla tal como está en mi recuerdo; porque ahora está peor.

Poco había que ver en la misérrima vivienda, muy poco. A la entrada, para limpiar los pies, un deshilachado fragmento de tapete. Ya dije que la "ciudad" y en particular esa colonia, son lodo medio año; y polvo de lodo, el resto. Había pues que limpiarse antes de entrar, porque de lo contrario, la ropa que mi mamá lavaba, se empuercaría con el lodo metido de la calle.

A la izquierda, en el rincón, una mesita coja con una cubierta, descascarada, de hule. Faltaba a la cuadrada rinconera uno de los pies de la base, y en lugar del pie mutilado por el tiempo, había un pedacito de ladrillo junto al muro. Del lado izquierdo, un viejo sofá sostenido por la pared, porque los tornillos y las espigas que armaba el viejo mueble ya no tenían fuerzas para sostener el respaldo, que se quejaba el pobre cuando se recostaban en él.

En torno del sofá, dando vuelta al ángulo hasta la mitad de la pared de enfrente, los sillones y las sillas compañeras de aquel sofá todo desvencijado, todo ello clavado y vuelto a clavar cada cinco años, para ir tirando —como los flácidos músculos de su consumida dueña, mi mamá— quién ya viejos también, los muebles, los heredó de mi abuela.

El ajuar había tenido muchos forros en tantos años. El último era de manta colorada. En algunos sitios del sofá había bultos salientes, igual que si estuviera una persona flaca sirviendo de relleno. A la derecha, enfrente, junto a las sillas que daban vuelta, estaba una mesa de pino también coja. Dividía la pieza de frente a fondo, una cortina pendiente de un alambre. Y detrás de la cortina, dos camas pobres, en cuyas colchas y fundas se veían los servicios prestados por aquellas prendas cansadas de tanto ir al lavadero, cansadas de azotea y de sol y cocidas ya materialmente por el calor de las planchas, que venían el viernes como de visita, y volvían el lunes al empeño cercano; en donde pasaban más tiempo que en la casa.

Un solo buró, con la puerta desbizagrada.

Pobre y fría la cocina. Unas cuantas ollas, unos cuantos platos veteranos, raspados por los cubiertos cual si éstos tuvieran hambre también. Tres tazas. Dos vasos. Una estufa de tractolina, que siempre nos hacía llorar por el humo que despedía y por el desagradable olor.

Tal era mi vivienda.

Tristes, sucias, descascaradas paredes de la pobre casa. El patio eso sí, un poco grande; pero sólo para que se formaran lodazales más grandes. Una maceta rota, con el cadáver de una amarilla planta; y arriba, sobre la puerta, la jaula del pájaro.

En la mañana, café con un bolillo, y a veces con tele-ras, que es lo mismo. Al medio día, frijoles, chile y tortillas, y en la noche café, no siempre con bolillo. Y este menú, si bien no variaba, tampoco era permanente. Había días en que nos íbamos en blanco, o con una taza de café nada más. Yo iba a la escuela. Mis maestros y el gachupín de la tienda de abarrotes de la esquina, decían que era muy listo, o sea, inteligente. Sin embargo, las calificaciones no correspondían a esa famita. Eran muy bajas. Nunca vi un 10 en mi boleta.

No podía aprender, con las tripas chillando de hambre y con vacíos en la mente por falta de una apropiada irrigación sanguínea que sólo dan los alimentos suficientes. ¡antes no me reprobaron! Voluntad me sobraba para aprender. No tenían que arrearme, pero de nada sirve la capacidad intelectual, con pobreza. No se llevan. Fui pues un frustrado desde mis primeros años, igual que mis otros compañeros, todos del mismo estrato social, mal alimentados, enfermizos, porque "al perro más flaco se le cargan las pulgas".

Cursé la secundaria con mucho trabajo. Entendía lo que me decían los maestros, pero no grababa; porque a mi retentiva le faltaban los elementos que dan fuerza mental. Mis calificaciones, como las de la primaria, siempre abajo de regular, muy bajas, como mi presión. Iba de "panzazo" en "panzazo", subiendo años, como los otros de mi condición social y económica. Yo soñaba ser médico, tener mucha clientela y mucho dinero para comer las tres comidas, tener más mudas de ropa, y sobre todo, quitar a mi mamá de la lavada y planchada, pues esta-

ba cada día más vieja y débil. Cuando presenté mis papeles en la UNAM, las máquinas electrónicas, que no tienen sentimientos, rechazaron como a mil, cinco, diez mil, o más.

Recuerdo que ese año hubo grave problema para la UNAM, porque fue excesivo el número de rechazados. A la masa inconforme, que amagaba arrollar a la Universidad, la trabajaron líderes izquierdistas que nos llevaron a unos a la Preparatoria Popular que establecieron en las calles de Liverpool, y a otros a la de Tacuba, o no sé. Yo andaba como aturdido en el convullón, cansado y con hambre, y no puse cuidado en los detalles. Pero al fin, ya era preparatoriano, y pronto sería médico o ingeniero, o químico, según la vocación que me descubrieran; porque en verdad lo que yo tenía era mucha hambre y gran necesidad de mínimas comodidades, y de llevar una vida como la de todos los profesionistas.

Y me pegué a las clases.

Pero aquello, de Preparatoria sólo tenía el nombre. El apellido Popular sí le está porque es pueblo, es "raza", de gente con hambre, desesperada, llena de amargura. Las clases las daban maestros improvisados, miembros, o adictos a los comités de lucha de diversas facultades y escuelas, que naturalmente ni tenían técnica pedagógica, ni los conocimientos académicos que se prometían impartir. Aún cuando el horario indicara cambio de materia, ellos al sucederse en las cátedras, de lo que nos hablaban era de la carestía, de las injusticias sociales, de los monopolios, de los políticos enriquecidos, como Alemán, de quien decían que era más rico que Rockefeller, y que los de su grupo no se quedaban atrás. Por eso acabamos con su estatua, en la que yo le hallaba más parecido con Stalin. Del Presidente que salía y del que iba a entrar, hablaban cosas terribles, que hacían que sintiéramos aversión por el gobierno, y ganas de derri-

barlo, como hicimos con la estatua de Alemán. Es que se culpaba de todo al gobierno, hasta si de que llovía mucho o de que había nublazón.

Nos hablaban como si fuera cátedra, de la urgencia de descentralizar la enseñanza, de democracia sindical, charrismo, multinacionales, autogobierno estudiantil, y de pugnar por la desaparición absolutamente de todo gobierno en la Universidad. La palabra represión era martillada por cada uno de los que la hacían de catedráticos. Era el vocablo mágico. Usado el vocablo por ellos, equivalía a la tiranía, poder del Estado, garrotes del granadero, y gas lacrimógeno. También remachaban hasta la fatiga sobre “la escalada de la violencia”, y la necesidad de “ir a conquistar la calle”.

Y mucho de Marx, Engels, el materialismo histórico, Lenin, Stalin, Fidel, Mao, Ho-Chi-Min, Guevara, Tito, Allende, y cuantos han surgido como fieles intérpretes del marxismo. Confieso que a mí me gustaba eso, y por eso es mi tema obsesionante. Me gustaba porque siempre se hablaba de la explotación de los pobres, de la opresión, del hambre del proletariado, y de tantas cosas, en las que, a decir verdad, si yo hubiera tenido facilidad de palabra, las habría explicado mejor que muchos de ellos —ricos aburridos metidos a marxistas, que llegaban en coche que dejaban lejos de la escuela— pues yo sí sabía y sentía los hachazos del hambre y de la miseria en todas sus formas, y no tenían que contármelo. Lo malo para mí y demás, era el estado de confusión en que nos metían, pues cada quien hablaba —y mal— según entendía la doctrina marxista.

Unos eran ortodoxos y otros heterodoxos, fieles y herejes, creyentes e incrédulos, y cada quien trataba de que el grupo se hiciera su adepto; es decir, trataba de hacer proselitismo igual que sucede con la Biblia, a la que los judíos interpretan sin Nuevo Testamento; los cris-

tianos, con este segundo tomo, pero divididos entre sí furiosamente en católicos romanos, anglicanos, ortodoxos, evangélicos, luteranos, presbiterianos y testigos de Jehová y los católicos romanos, en tradicionalistas y post-conciliares.

* * *

Esos catedráticos nos hablaban con lenguaje incomprendible. Aún recuerdo, porque me aprendí de memoria esto: “Yo y no-yo, ambos somos parte de un yo absoluto, la materia. Por lo cual, no siendo de naturaleza diferente, el no-yo y mi yo, perfectamente puede conocer el no-yo a mi yo.” Y así como eso, querían hacernos comprender y ganar para Mao unos, para Stalin otros, o para Trotsky, o para Tito, o Brezhnev, y cada cual alababa al suyo y atacaba al contrario con pasión dogmática.

Si nos hablaban por ejemplo, de las comunas chinas, cada maestro lo hacía a su modo también. Variaban tanto como las reacciones que hubo en el mundo comunista cuando la publicación de la tesis de Mao-tse Tung, que proponía amplias discusiones públicas como medio de reconciliar las contradicciones —no antagónicas— dentro de la sociedad socialista. Uno nos dio esta definición como aquella del Yo y el No-yo: “las comunas populares chinas son un plan acelerado para la transición de la joven forma cooperativa actualmente existente en la agricultura socialista china, a una organización socialista más elevada”. Pero había maestros que la tildaban de “revisionismo terrible”.

Si querían explicar el autogobierno, cogobierno o cogestión siempre se enredaban y lo definían según su leal saber y entender. De las materias de rigor —las académicas— nada. No se trataba de preparar futuros profesionistas para el servicio de la burguesía y del gobierno, sino activos y capaces guerrilleros y agitadores. Iba-

mos a los relajos de la UNAM, nos entrenaban para la reunión tumultuaria de resistencia a la autoridad, y a dificultar el tránsito y capturar autobuses en desafío a los reglamentos y agentes de tránsito y policía.

En sí, los temas tendían a enseñarnos la forma de usar a la Universidad como ariete para tirar al gobierno, contra el cual nos inculcaron un odio feroz.

Amerita breve explicación una laguna. ¿Venía yo desde Ciudad Netzahualcoyotl hasta las calles de Liverpool? No. Me "arrimé" en México a una tía, y ella me colocó de "chícharo" en la peluquería de un compadre. Así, con propinas y sueldo la iba pasando; si no bien, al menos comía las tres veces, y pude comprarme ropa de mezclilla. La Prepa Popular no requiere el traje caro del burgués.

En la fabricación del futuro guerrillero, se iba de menos a más.

Quienes como yo poníamos atención y entusiasmo a las "cátedras" y mostrábamos clara simpatía y aceptábamos exhortaciones a la lucha contra el gobierno, dentro de la corriente marxista, nos distinguían; nos invitaban a formar parte de los círculos de estudio, que son pequeñas asambleas en las que gente bien preparada—no aficionados como en la Prepa Popular—hablaba del materialismo histórico, interpretaba "El Capital", o el "Manifiesto", o comentaba a Lenin, Engels, Mao, etc.

A mi modo de ver, estos sí sabían lo que decían, y coincidían, no nos embrollaban como en la escuela, yendo unos contra otros. En los Círculos de Estudios, la cosa es seria, formal. Yo formaba parte del "Genaro Vázquez Rojas", y cada Círculo entraba en competencia con los otros para ver cuál realizaba episodios más espectaculares, o útiles en el uso de la violencia.

Se nos convenía e instaba a unirnos a los obreros en sus luchas. Si había conflicto, ayudarles; y si no,

creárselos para que de todos modos hubiera pelea. A los de origen campesino, a que fueran a destruir campos agrícolas, sabotear la producción. Exasperar. Las reuniones, por regla general, se verificaban en las azoteas del gigantesco conjunto multifamiliar de Tlatelolco, que constituyen una submetrópoli. Meses y meses de adoc-trinarnos, de carburarnos para emprender la lucha, para la rebelión marxista.

La semilla subversiva caía en los fértiles surcos de nuestras conciencias. Odiaba yo a la burguesía, conscientemente, porque ahora sí entendía muchas cosas que de niño contemplaba en mi humilde vivienda, en la colonia "Aurora", y que no sabía por qué eran lágrimas, o interjecciones violentas. Por ejemplo:

Mi mamá tenía a flor de labio y siempre cantaba, esta vieja canción a la que ponía particular énfasis, sintiéndola y hasta llorando, cuando lavaba o planchaba ropa ajena:

"Y pa' qué me dice cosas
si al cabo no me ha de cumplir;
yo no soy como las otras,
que donde quiera se dejan ir.
Usté na' más anda jugando
y un día le va a pesar,
porque el que con lumbre juega,
muy pronto se va a quemar.
Y aunque probe soy decente,
no soy lo que se ha figurado
si por que me ve descalza,
a naiden le pido fiado.
Y pa' qué me dice cosas. . .".

Alguna vez le pregunté porqué cantaba tanto esa canción y porqué lloraba a veces; y con los ojos anegados me decía:

—Eres muy niño para entender. ¡Si supieras lo que tengo qué sufrir con mis patronos, con los que me dan a lavar o planchar la ropa! ¡Lo que me dicen, y me proponen!

Muchas veces no había ropa qué lavar, porque ella había rechazado las insinuaciones de los ricos; pues no estaba como dicen, “tan tirada a la calle”. Tenía sus encantos, que agotó en el lavadero y en la plancha. Ahora sí sabía yo porqué no comimos muchas veces, y porqué tanta miseria en la casa. La culpa la tenían los malditos burgueses. Si los iba a acusar ante la autoridad, se reían de ella y la mandaban con cajas destempladas, o con palmaditas.

No se me olvida cuando fui a hacer mi primera comunión.

Mi padrino era nada menos que el señor Romero, dueño del fraccionamiento “La Aurora”, y de casi todo Netzahualcóyotl. Y no porque hubiera relaciones de amistad, o de otra cosa; sino porque cuando estaba aquello en construcción, él vivía la mayor parte del tiempo en la ciudad en formación, entre lodo, mezcla, cemento y polvo de las construcciones, excavaciones. Le recomendaron como buena lavandera a mi mamá, y ella se hizo cargo de la tarea.

Alguna vez, en el montón de ropa sucia encontró la cartera del patrón, llena de billetes grandes, y con papeles al parecer importante para que él los llevara allí y no en el portafolios. Sin que nadie fuera a preguntarle por la cartera —pues Romero ni se había dado cuenta de que la había perdido, y de todos modos, no habría sabido en dónde— mi mamá fue a entregársela. Yo iba con ella. El hombre se sorprendió de la honradez que presenciaba y sacó un billete grande para dárselo. Ella lo rechazó. No fue por un premio, sino a devolver lo que no

era suyo, a su dueño, porque sabía de quién era. No la halló en la calle, sin nombre o señas del propietario.

Romero le dijo que cuando se le ofreciera algún servicio, él lo haría "si estaba en sus posibilidades". Mi mamá aprovechó que Romero tenía la mano sobre mi cabello, para pedirle que fuera mi padrino de primera comunión, que iba a hacerla en esos días. Accedió el millonario, quien dispuso que la iglesia se adornara, reclinatorios forrados, y todas esas cosas. Habría "fervorín" o discursillo del cura.

Aquella mañana, emocionado fui a la iglesia con mi mamá. No había trajecito blanco, sino mis mismos trapos, pero limpios. Ya nos conocía el cura. Esperábamos la llegada del señor Romero, que se retardaba; y entonces empezó a dar la comunión a los que aguardaban y que eran clientes habituales. Yo estaba en mi "reclinatorio" abullonado y blanco, junto con mi mamá. Nos vio el cura y a gritos nos sacó de ese lugar.

—Padre, es que éste —yo— va a hacer su primera comunión y. . .

Ni la dejó terminar. Me mandó que fuera con los demás, lejos del sitio que habían adornado, y me dio la hostia como a todos.

Poco después llegó Romero. Preguntó al cura si había llegado su ahijado, y éste le dijo que no, pues no suponía que yo fuera. Podía esperar el tiempo que fuera, no faltaba más.

Vio Romero a mi mamá y le preguntó:

—¿Dónde está mi ahijado? ¿Por qué está usted allá? Véngase a su reclinatorio.

Al cura se le fue la sangre. Lo que menos imaginaba.

—¿Luego entonces éste es su ahijado? ¿Habérmelo dicho! No pude suponerlo. No creí que fuera el hijo de Sara la lavandera; y olvidé que usted es un hombre de buen corazón. ¡Qué barbaridad!

Me habló el cura con fingido cariño, me hizo que tomara sitio en el reclinatorio, junto al señor Romero. Mi mamá ya no quiso arrimarse. Empezó, transcurrió, y terminó la misa. Hubo naturalmente "fervorín", en el que me explicó con sus mejores palabras lo que significaba la "santa eucaristía", etc., etc.

Mientras yo era el infeliz hijo de una lavandera, mi primera comunión fue sin ceremonia ni nada, en el montón. Cuando supo el cura que yo era el ahijado del poderosísimo millonario señor Romero, dueño de todo Nezahualcoyotl (y que regaló la iglesia) entonces sí, reclinatorio forrado con seda blanca, flores, música en el coro, y toda la cosa.

Fue así como intuí las diferencias de clases: los burgueses y los proletarios.

A propósito: el cura aquel vive. Lo oí pronunciar un sermón que no lo habría dicho mejor el más recalci-trante marxista. ¡Ah, porque es comunista, progresista o posconciliar! pero de dientes para afuera. Platiqué con su servidumbre. Los trata como a bestias, no les paga; y si reclaman, los amenaza con excomunión o con las calderas del infierno. ¡Pero es del grupo de curas progresistas!

Desde entonces, desde lo de mi primera comunión, yo no trago a los sotanudos, y menos ahora que veo cómo exaltado marxista a quien hace muy poco tiempo, me echó del reclinatorio de lujo junto con mi mamá, porque "era para el ahijado del señor Romero". Y luego, cómo se inclinó servilmente, cuando supo la verdad. Católicos burgueses, y católicos proletarios. Primera y segunda clase.

* * *

Lo anterior no es un sentimentalismo ridículo. No cabe en un marxista. Lo cuento, como antecedente de mi

repulsión por los curas, su hipocresía y su maniobra de largo alcance; y cómo en mi corta edad entendí la lucha de clases. Por eso las prédicas en la Prepa Popular con su aditamento el "Círculo de Estudios" en la azotea de un multifamiliar de Tlatelolco, no hallaron enemigo, sino simpatizador intuitivo, convencido y sincero porque repito, a mí no tenían qué contarme esas cosas, que las sufría en carne propia; y menos, individuos que por su facha, modales y manos suaves como la seda, eran burgueses, eran ricos metidos a predicadores, como el diablo del cuento; o como el cura de Nezahualcoyotl, hoy marxleninista. A mis mentores les agradezco que me hicieron ver las cosas desde el punto de vista dialéctico, y que me iniciaron en una filosofía difícil más no incomprensible como dicen.

Ante la posibilidad de convertirme en guerrillero, me aconsejaron que caminara todos los días larguísimo tramos, no usara ascensores sino por las escaleras, a modo de trepar montañas; y tomé a pecho el primario entrenamiento.

Una madrugada, uno que no había visto antes, y que era conocido de nuestros instructores, que me estuvo observando y me hizo esporádicas preguntas, me invitó a su carro, un Volkswagen —casi siempre usan esa marca— para llevarme a cenar, y a mi casa. Me indicaron imperceptiblemente con un parpadeo que lo acompañara. Fui.

En el trayecto, que alargó, fue sometiéndome a una especie de examen. Quería calar —como a las sandías— para ver qué tan hondo llegaba el color rojo en mi ser. Debo haber resultado muy rojo aunque no muy dulce, porque al ver mi preparación ideológica y mi entusiasmo, mi adicción, me propuso integrarme al movimiento armado revolucionario. Acepté gustoso. De eso pedía yo mi limosna. Quedó de verme en ocho días, y

mientras tanto, en el Círculo de Estudios "Genaro Vázquez Rojas", al que pertenecía, y en la Prepa Popular, me sometieron a una politización intensiva.

No regresó en la fecha indicada. Pensé que me había tomado el pelo, o me habría hallado todavía muy verde, o que mi flaqueza, mi suma delgadez, lo habían decepcionado. Pasado un mes, de pronto apareció en su Volkswagen. Me esperaba afuera de la Prepa. En su carro me reiteró la invitación para formar en los Comandos Armados del Pueblo, y agregó —aunque ya lo sabía yo— que era para liberar a los mexicanos e instaurar un país socialista, con un gobierno en manos de estudiantes y obreros.

—¡Hecho! —fue mi respuesta.

Me sometió a la primera prueba: robarme un carro. Tuve que aprender a manejarlos, para poder hacerlo. Al efecto, dejé unos días la peluquería, y me metí como mozo en un estacionamiento de coches de Cinco de Mayo, y aprendí rápidamente el manejo de varias marcas, pues cada cuál tiene su maña propia.

Hice lo que oí decir a un ratero profesional: nunca meditaba ni planeaba dónde dar el golpe. De pronto se metía a una casa y ¡listo! Así yo, caminé varias calles, y de pronto vi al "Valiant" placas APG 29, en la avenida Cuauhtemoc; y sin titubear, como si aquel fuera de mi propiedad, me acerqué, lo puse en "directo", lo abrí como me enseñó un camarada de la Prepa, tomé el volante, y lo llevé adonde se me había indicado: en el Altillo, frente a un restaurante. Apareció quién sabe de dónde mi misterioso manejador, me palmeó, y puso su visto bueno en la calificación. ¡Al fin tenía un diez!

Pasé a un comando. Nueva prueba: ahora "expropiar" un automóvil, en un estacionamiento, pero no con maña, sino a la fuerza. Conseguí una pistola. No practiqué tiro al blanco porque los proyectiles son caros y yo

apenas ajustaba para comer. Hacía algún tiempo que no me compraba ropa. Pero ahora se vale andar fachu-do, y de eso me aproveché para seguir yendo así a la Prepa.

También lo conseguí. Llegué a uno de esos estaciona-mientos improvisados en solares vacíos, y pregunté al encargado por un señor gordo, de nariz chueca como de boxeador. No. No había ido. Cierto. No podía ir, si era inventado, pero yo ya tenía al infeliz encargado, apun-tándole a la cabeza.

—¡No me mates! —imploró.

Cogí el Chevrolet KNR-697, lo eché a andar, y salí a Insurgentes Sur.

Al otro día el periódico decía que “tres individuos habían asaltado el estacionamiento, y pistola en mano se llevaron el carro”. Me reí. Así son de ciertas las no-ticias. Lo justifiqué porque el empleado necesitaba una disculpa buena, ya que él era corpulento y yo más flaco que las seis de la tarde cuando las manecillas del reloj forman una sola línea larga. Bueno, valgo por tres.

Repetí calificación. Mi segundo diez, que nunca logré cuando estuve en la primaria. Nada más que ahora los dos dieces eran como ladrón de automóviles; con maña, y a la fuerza.

Mientras hacía lo ya dicho, es decir, paralelamente a lo de los coches, iba al Estado de México, a la zona fabril de Naucalpan a repartir propaganda a los obreros, en contra de los líderes “charros”. Lo hacía a la hora de la salida de la fábrica. Me agarró la policía que lla-man “industrial —o sean los guardias blancas de los pa-trones— y me llevaron a interrogatorio. Fingí que nada sabía. Un señor de tales y cuales señas me dio unos centavos para que la repartiera y no me negué. “Las co-sas andan mal, todo caro, y ¿qué quiere usted? No vi nada malo en ello. . .”.

Me ayudó mi cara de hambre, y mi facha, mi triste figura. Se vieron los esbirros fabriles, y con un ¡lárgate! me dejaron libre, amagado de cárcel si me volvían a encontrar. Me cambiaron de asignación. Ahora, repartir propaganda en mítines, escuelas y... también en fábricas pero de las capitalinas. Al parecer, aunque angostísimo en lo físico, estaba dando el ancho como aprendiz de guerrillero urbano.

Me dieron nociones de la guerrilla rural.

Pero antes siguieron las pruebas. Es una larga carrera sujeta a exámenes rigurosos, de esos que cuando ahora se exigen a los estudiantes de la Universidad, los comités de lucha protestan, y piden la supresión de la prueba final. Conmigo no rifaba eso. Son dos varas y dos medidas. Si aquí armábamos un zipizape en la calle y la policía nos carrereaba o atrapaba, el grito unánime era: ¡represión! En cambio si en Santiago de Chile, el compañero Allende reprimía una manifestación, era justicia, legítima defensa del régimen. Así es esto. No estoy descubriendo América.

Había qué seguir robando coches, y cumplí. Llevé a mi comando los carros Chevrolet 27-82, el Datsun 20989 que me llevé de la colonia Moctezuma y el Volkswagen KSL-43, que me llevé del Multifamiliar "Miguel Alemán".

Mi secreto manejador desapareció. Vino uno nuevo. De aquél no supe su nombre. Era nada más el camarada "Viejo". El nuevo instructor o no sé qué, me dijo que había pasado bien todas las pruebas, inclusive una tienda, cuyo nombre no recuerdo, de donde expropié \$6,879.25. Me incluyeron en un grupo de mucha categoría. Nada menos que en el "Frente Urbano Zapatistas" (FUZ), jefaturado por el camarada Francisco Uranga López.

Formaban parte Margarita Muñoz, Carlos Lorence "Gumaro", Elena Dávalos Montero, Rigoberto Lorence, "Gabriel"; Lourdes Treviso Quiñones "Hayber"; Panchita Calvo Zapata, "Andrea" o "Libia"; Lourdes Uranga López, "Chela" o "Toña"; y Ciro Castillo Muñoz, entre otros. El FUZ tendía a ser copia de los Tupamaros de Uruguay; en ese tiempo, la más importante guerrilla urbana del mundo. Querían que se llamara "Los Zapatistas", pero prevaleció lo de "Frente Urbano Zapatistas".

Nada se hacía allí sin previo estudio. Así nos adoctrinamos en la literatura de los Tupamaros y en sus tácticas de operación. El FUZ se integraría con diversos comandos. El primero, en el que yo estaba, dirigido por Francisco Uranga López, tomó el nombre de "Dos de Octubre", por considerar simbólica la fecha. Se planeó algo fuerte. Previo análisis, se dispuso el asalto a la sucursal del Banco Comercial Mexicano, que cerca del Banco de Comercio, se encuentra en Torres Adalid, esquina con la avenida Coyoacán. Por allí están otras sucursales bancarias, como la del Banco Nacional de México.

Uranga entró a cambiar un billete, y vio que este Banco ofrecía las mejores posiciones por la distribución de su personal y por las vías de acceso que tiene, propias para huir. Se aprobó y nos pusimos a afinar el papel de cada cual. El FUZ tenía en caja casi cien mil pesos que obsequió la camarada Paquita Calvo Zapata, producto de la venta de unos terrenos de su propiedad. Con ese dinero compraron un Ford 200 modelo 1966 color azul, para usarlo en la acción, y rentaron la casa número 50 de Corregidora, en Tlalpan, para escondernos después del asalto. En los últimos días se nos unió la doctora Margarita Linares, que prestaba sus servicios en el dispensario de la Iglesia Sabatina, frente a Chapultepec, por el mercado de las Flores.

Se dieron los últimos toques al plan. El asalto sería a las 9.30 del día 30 de octubre de 1970, con la participación del jefe del comando, Uranga López, Lourdes Treviso Quiñones "Hayder"; Carlos Lorence, "Gumaro"; Rigoberto Lorence, "Gabriel"; Francisca Calvo Zapata, "Libia"; Margarita Muñoz de Uranga; y "Ernesto", (yo). El jefe dispuso usar el carro adquirido originalmente para "trasplante", para llegar al Banco; y otro para "trasplante" y huir en él. Ese coche lo robé. Era Valiant, de modelo reciente y máquina potente. Me lo llevé del estacionamiento de las calles de Monterrey en la colonia Roma. Afuera se quedó Uranga y un poco más distante, Carlos Lorence, por si yo fallaba.

Con mis dos "dieces", no podía quedar mal. Le puse la pistola —ahora sí ya sabía manejarlas— al velador que estaba más cerca, y le advertí que era un asalto. Los otros vieron a Francisco Uranga con cara de sargento mal pagado, y se doblaron. De todos modos, Panchito le arrió un par de cañonazos a dos de los veladores, y les quitamos las llaves. Abordamos el coche y nos fuimos a Tlalpan, en donde quedó estacionado. Margarita, Paquita y Lourdes nos siguieron en el Ford 200. Subieron todos, y manejó Rigoberto. En una calle transversal a la avenida Insurgentes estacionamos el Ford 200, para hacer el "trasplante", y en el "Valiant" robado fuimos a la sucursal "Valle" del BNM.

Llegamos conforme al plan a las 9.30. Margarita iba con ropa de señora embarazada. Llevaba dos pistolas 32, y una bomba "Molotov", en la bolsa de mandado. Lourdes llevaba una maxifalda sin cierre, y debajo una minifalda para tirar la primera y cambiar de aspecto. Peluca y anteojos. Carlos, Rigoberto y Francisco llevaban capuchas para usarlas en el asalto. Lourdes una pistola 38, yo, un rifle M-1, igual que Rigoberto, que debía pasarlo a Lourdes para que ella cuidara la puerta.

Uranga, el jefe, una 45 y un M-1. A Rigoberto le tocó recoger el dinero de las cajas, a Gumaro el de la bóveda, y Pancho cubrir la acción desde la puerta; porque la otra estaba a cargo de Paquita, que con M-1, también vigilaba la calle.

Yo iba como suplente, con instrucciones de suplir al que fallara, mataran o hirieran. Me quedé afuera, cerca.

Al bajar del coche, la primera que entró fue Lourdes, que se dirigió al policía de servicio.

—¡Quieto! —le ordenó.

Bajó Uranga del coche ya con capucha. El policía sacó la pistola con ademán de tirar, y entonces Lourdes le metió un tiro en la espalda con el arma que lo tenía amagado. Al caer, moribundo, el policía disparó como loco la carga de su pistola, y le atinó un balazo en el pecho a Francisco Uranga, el jefe, y también en la mano derecha, cosa que le hizo perder el control y disparó el M-1 que llevaba con un cargador de 30 tiros. Sólo produjo seis disparos, uno de los cuales lesionó a Lourdes, en el dedo gordo del pie derecho.

Pancho, gravemente herido, —le faltaba aire, lo ahogaba la sangre— se dobló y luego se fue al coche. Perdió el conocimiento. De todos modos, consumamos la expropiación; yo en mínima parte. Ni siquiera alcancé a entrar. Cuidé que no le pasara algo a Uranga, y que no llegaran los de la camioneta bancaria o los policías de los otros bancos. El golpe fue magnífico: \$350,000.00. Como Uranga estaba grave, —con un pulmón atravesado—, hubo pleito en el grupo. Lourdes y Rigoberto quisieron llevarse todo el dinero. Dijeron que era para reclutar más gente. Se recuperó Francisco, e impuso la disciplina; pero corrió a Lourdes y a Rigoberto, a quienes entregaron cuarenta y dos mil pesos a cada uno deducidos todos los gastos que se habían hecho. Me toca-

Guerrillera muerta por delación de "los enfermos".



ron veinte mil pesos. ¡Jamás había visto tanto dinero junto, del que yo pudiera disponer!

Mi incógnito "manejador" me cambió de grupo. No había llamado yo la atención, y resultaba útil porque a los demás los seguía la policía con gran tenacidad hasta que los atrapó. Recuerdo que Lourdes, la que balaceó al policía, quería usar el seudónimo de "Tania", por la inolvidable camarada del "che" Guevara en Bolivia. No sé porqué no se quedó con ese sobrenombre.

Al fin, me había graduado en guerrillas. Era yo un guerrillero, elaborado en la gran probeta de ese laboratorio de agitación y promoción, que es la Escuela Preparatoria Popular.

Participé en muchas expropiaciones a bancos y casas comerciales, fábricas e instituciones de gobierno; tuve a mi cargo una de las cárceles del pueblo, en donde tuvimos secuestrados, hasta en tanto se pagaba por ellos el rescate; y también en choques con el Ejército, no frontales porque fueron emboscadas, como la de La Yerbasantita en la sierra de Atoyac; y en batidas en retirada, después de algún asalto; como en el de la Sucursal "Chuvíscar", del Banco Comercial Mexicano, en la avenida Reforma y calle 25 de la ciudad de Chihuahua, el 15 de enero de 1972, acción en la que el comando fue interceptado por la policía y el ejército. En el encuentro a balazos murieron Avelina Gallegos, estudiante de cuarto año de Derecho de la Universidad y Froylán Rascón Córdova, —éste, en el hospital a consecuencia de las graves heridas—; y con un balazo, lesionado, Pablo Martínez Pérez, ex líder de la Preparatoria Popular de Cuicacán, Sinaloa.

Hubo los correspondientes robos de automóviles. Yo me llevé el que se usó para el asalto a la sucursal "Chuvíscar"; y "León", el que emplearon en el asalto simultáneo a la sucursal "Futurama" del Banco Comercial

Mexicano, en Avenida Universidad y División del Norte, de Chihuahua. El botín —para usar el término policial, y no el de guerrillas, de expropiación —ascendió en éste, a trescientos mil pesos; y participaron Rosendo F. Muñoz Colomo “Flavio”, que fue detenido; Francisco Javier Pizarro Chávez, también capturado, y de sobrenombre “Alejandro”; y “Javier”, “Tomás” y “Gaspar”, los tres, prófugos.

En la del Banco de Comercio, en 20 de noviembre y Ocampo, —también de Chihuahua, y a la misma hora, 9.45 de la mañana del 15 de enero de 1972—, se llevaron \$289,000.00. Participaron Marco Antonio Rascón, “José”, que fue capturado; Diego Martínez Lucero, “Raúl” muerto al tratar de aprehendersele; y “Bernabé” y “Baltasar” que consiguieron escapar del mortífero cerco.

En la de “Chuvíscar” como ya dije, murieron Avelina y Froylán Rascón durante el combate, resultó herido y hospitalizado Pablo Martínez Pérez, y capturados Ramón Díaz Avalos y “Roberto”. Aunque no estuvieron en la acción, detuvieron a Gilberto Montaña León “El Chicano” novio de Avelina la brava guerrillera que enriqueció nuestro martirologio. Montaña prestó la motocicleta que no llegó a usarse; Marco Antonio Pizarro Chávez, que estaba al tanto del plan de asaltos simultáneos y que facilitó un Volkswagen para el momento de cambio, es decir, el trasplante; y también quedó preso más tarde el Profr. Adolfo Anchondo Salazar que conocía cuanto iba a suceder, porque en su casa pernoctaron algunos de los muchachos, y escondió el Volkswagen.

No estuve al tanto de los preparativos. A última hora me invitó Pablo, de la Prepa Popular de Sinaloa (otro guerrillero de probeta) y sólo participé en la expropiación temporal de un coche para la operación. Vi de cerca las balas porque como si yo fuera un curioso más, me arrimé, y corrí con todos a la hora en que los cama-

radas respondieron a tiros también. Yo no llevaba “con qué”. Mi pistola la presté a Lucero, a quien se le descompuso la suya dos horas antes del triple asalto. Fue con la que peleó hasta morir.

Hubo otros hechos más en mi carrera.

A lo que quiero referirme es a que nuestros mentores en la Prepa de Liverpool, y los de los Círculos de Estudios, o sea los que manipularon los ingredientes de donde salimos guerrilleros de probeta, ninguno ha tomado parte ni antes, en, ni después. Ellos son guerrilleros de espada virgen. Sólo son fabricantes de guerrilleros en serie. Sólo son camilitos, encaminadores de almas.

Me gustaría verlos en acción para saber si son tan buenos y arrojados como nos ordenan ser, cuando ellos dan las cátedras.

* * *

En la relativa ociosidad que da la vida de fugitivo o de guerrillero “en sueños”, —como a sí mismos se llaman los masones en receso— he repasado con cierta nostalgia mis apuntes de alumno de la Prepa Popular, cuando yo era de hecho un niño “con cara de hambre”.

En forma atropellada, en capítulos anteriores, hablé de las muchas interpretaciones de nuestros catedráticos al marxismo —según la tendencia del comité de lucha de la UNAM al que estuvieran afiliados— porque unos lo explicaban a la soviética, otros a la china y el resto según el punto de vista de Trotsky, Castro, Guevara, Ho Chi Mín, Stalin, o Rosa Luxemburgo.

Lo mismo ocurría cuando pretendían convencernos de la bondad del co gobierno, que otros llaman auto gobierno y al principio se le decía co gestión. Ni siquiera en el nombre había acuerdo. Puse en limpio mis papeles estudiantiles —de cuando estaba en ebullición en la

probeta que me trasmuto en guerrillero— y pasado en orden, esto que decían, a propósito del candente tema del que hablan iniciados y neófitos:

“En su más estricta acepción, el autogobierno o la cogestión (dicen mis apuntes de la Prepa) se significan como la estructura de gobierno de una institución, en la que todos sus miembros participan en la gestación y el control de las decisiones”.

En ese tiempo había cinco corrientes que agrupaban a los simpatizadores de las múltiples tendencias y niveles de interpretación de los rangos operativos posibles de dicho sistema. Dentro de las circunstancias, se han ido imponiendo en la UNAM y otras casas de estudio del interior. Esas corrientes se podían identificar así:

“El primer grupo se erige generalmente en defensor de las condiciones prevalecientes o statu-quo; y en su oposición a los procesos de transformación evolutiva, pretende conservar las posiciones y beneficios que ha alcanzado, y que siente gravemente amenazados. Por lo general, subestima la capacidad de participación de otros sectores diferentes al suyo, y es partidario de esquemarse de la más limitada participación y de carácter restrictivo. Algunos, inconscientes y otros aún conscientes, de que esto bien pronto deriva de un nivel mínimo de participación a niveles de autoritarismo irracional”.

Estoy transcribiendo la explicación que nos daba el maestro Fernández Varela.

Un poco dura de entender la teoría de este señor, pero así nos la daba, a quienes de corta edad, limitadísimo conocimiento académico por aquello de la mala alimentación y condiciones de vida deplorables de que he hablado al principio, mal haya lo que entendíamos. Era parte de nuestro adoctrinamiento, uno de los ingredientes para la fabricación de guerrilleros en serie, “Ma-

de in Prepa Popular". Ni ahora de más grande, con experiencia de la vida guerrillera y apasionado lector de cuanto se refiere al marxismo, —pues creo en él, y por el marxismo seguiré luchando hasta que haya la República Socialista Mexicana—, digo, ahora de más grande, aún no entiendo bien lo que nos decía el maestro.

El segundo grupo —agregaba— “se pronuncia por una interpretación de la co-gestión, radicalmente opuesta a la de grupo anterior; pero igualmente extremista. Sobrestiman la capacidad de participación de todos los sectores, y en su oposición al sistema intentan establecer las condiciones favorables a su propio ascenso, responden pues en su mayor grado, a propósitos de auto promoción sectaria. Su actitud contempla un sistema de gobierno de todos y por todos, en donde todos los miembros de la comunidad tienen los mismos derechos a ver gratificado en idéntico nivel, su deseo de participación.

“Este igualitarismo abstracto conduce al gobierno no por las normas, sino por el capricho o novedad. Estos procedimientos abiertos que se operan en sesiones de “democracia directa”, son de una amplitud tal, que inevitablemente desembocan en el más completo desorden, modificado por una retórica de la democracia y se convierten en tribuna de proposiciones dogmáticas repetidas hasta la saciedad.

“La participación y el control de las dos decisiones, aunque asegurada para todos, no se organiza como un conjunto estructurado por rangos y capacidades variables; y al no incluir normas que regulen el grado de elegibilidad de sus miembros a los puestos de mayor responsabilidad, contribuye a desplazar el interés académico hacia procesos electorales continuos, y a aumentar las posibilidades de corrupción y manipulación del voto.

“Los procedimientos que este grupo sigue para alcanzar su objetivo, se operan por lo general en una dimen-

sión impositiva. Debe evidenciarse la contradicción que les es inherente, cuando al hacer extensiva su oferta de democratización, recurren a procedimientos a menudo violentos que tienden a restringirla.

"Como en el caso del grupo anterior, existen dentro de este segundo grupo, elementos inconscientes y otros aún conscientes de que estas formas estructurales son de una desordenada amplitud tal, que fácilmente se confunden con la anarquía.

Refiriéndose al tercer Grupo, el maestro nos dictaba:

"Los integrantes del tercer grupo habitan un mundo institucional, mucho más complejo que quienes son tributarios de las dos posturas anteriores. Para estos es necesario que la participación de todos los miembros de la comunidad dentro de sus mecanismos de gobierno se promueva tanto como se regule, pronunciándose por la participación ordenada y funcional con niveles de responsabilidad y elegibilidad variables, de acuerdo con las capacidades también variables de los integrantes de la comunidad, con la convicción de que la participación institucionalizada no sustituye, sino complementa, a los conjuntos estructurados, de tal manera que pueda asegurarse la operatividad funcional del sistema, al mismo tiempo que se garantiza que sus miembros no habrán de sentirse dependientes de decisiones o fuerzas extrañas que escapan a su comprensión, o a su control".

Se está hablando de autogobierno, cogobierno o co-gestión, tal como nos la enseñaban en la Prepa Popular. No sé si en realidad sus patrocinadores quieren que sea así de confusa la teoría, para que nadie entienda; o en realidad quieren cogestión, autogobierno o cogobierno sin saber qué es eso. Sigo la copia de mis apuntes, aclarando que el maestro a su vez traía el trabajo mimeografiado, y nos entregaba copias. Dice más adelante:

“La participación en este caso habrá de dosificarse en el reconocimiento de rangos y atribuciones variables de sus miembros, en función del grado de permanencia dentro de la institución, del grado de conocimientos de su problemática, y de su capacidad potencial para resolverlos, definida, por sus antecedentes académicos y su mayor o menor experiencia. Este nivel particular de interpretación imagina un conjunto estructurado en formas consistentes, donde el sentido igualitario abstracto no habrá de confundirse con el derecho indiscutible de todos a las mismas oportunidades para desenvolver sus talentos, y donde se asegure que la variación de rangos y atribuciones no conduzca en ningún momento a diferencias sustanciales en la experiencia misma del proceso educativo. . .”.

Ni entonces ni ahora entiendo eso. Sigue:

“Este tercer grupo constituye sin lugar a dudas, la actitud más racional, que señala la preocupación porque el desarrollo se produzca mediante la evolución sistemática y el replanteamiento continuo de las formas estructurales, manteniendo en todo momento la idea de una alternativa renovadora y respondiendo a propósitos de autopromoción sectaria.

“La cuestión estriba, pues, no en impugnar ni en apoyar al auto gobierno “per se”, sino en dar término a la confusión, precisando cuál es el nivel operativo que se desea y entonces sí rechazar enérgicamente pero dentro del más alto espíritu universitario, definiciones simplificadoras extremistas de los grupos divergentes.”

Los otros dos grupos de pensamiento y acción son representativos de una manera de pensar o actuar que se define así:

“El cuarto grupo, compuesto por aquellas personas apáticas para los que los problemas universitarios parecen no preocuparles; y el quinto, integrado por opor-

tunistas y acomodaticios, quienes no asumen ni asumirán jamás, una actitud comprometida. Estos dos últimos grupos constituyen en realidad el sector más negativo”.

Desde luego todos esos grupos, tendencias y niveles de interpretación tienden a producir la violencia; y esa está bien en la encrucijada, en la montaña o a la hora del choque frontal con la burguesía y su instrumento el gobierno; pero no es el camino universitario para operar transformaciones, porque la bondad de un determinado esquema estructural universitario no se impone por la fuerza física o el activismo violento, sino por la fuerza de la razón, única capaz de asegurar transformaciones profundas que trasciendan su dimensión semántica.

Otro de los maestros nos dictaba así su interpretación (él también la llevaba escrita) y decía:

“Ante la opinión pública, se ha desvirtuado la verdadera imagen del autogobierno. Se trata de una forma de gestión que nació como respuesta al autoritarismo, y a la imposición de los métodos tradicionales. Es una forma de democracia directa, en la que cada alumno y cada maestro tienen un voto (en el cogobierno, estimado como una forma de democracia representativa, gobiernan el mismo número de alumnos y maestros). El autogobierno debe funcionar con un coordinador, que en el fondo desempeña las funciones de un director cuando éste no es manipulado. El coordinador no puede pasar sobre las decisiones tomadas por cada uno de los salones, que vienen a ser como una pequeña escuela, con actividad e iniciativas propias.

“Pugnamos por una profesión que no esté entregada al servicio de fines ajenos a nuestra necesidad nacional. Que el egresado de la Universidad deje de ser el profesional de mascada, creador de la moda, de las nuevas manifestaciones de lujo, etc., para que se convierta en un profesional al servicio de la realidad de su país y va-

ya al campo, a las pequeñas localidades y viva con un nuevo concepto de los valores, ajeno a la corriente actual de explotación y de lucro, que le han heredado sus mayores, su sociedad."

"Buscamos un replanteo académico, el auto gobierno, para una mejor forma de la administración y la enseñanza. Consolidar la preparación del profesionista, para que salga con formación integral; un servicio social que se ejerza a lo largo de toda la carrera. Nos oponemos a los exámenes finales y presentación de tesis. Deben desaparecer. No hay motivo para dudar de los conocimientos adquiridos y valorados en exámenes parciales y semestrales. Por otra parte, abogados, médicos, ingenieros, arquitectos, químicos, etc., gradualmente podrán formarse como profesionales y llegado el final de su carrera, no será necesario que lo examinen".

En realidad, yo siento que a la luz del marxismo, eso del auto gobierno, co gestión o co gobierno son tendencias inaceptables. Yo ya estuve en Cuba. Imposible pensar que cada alumno, cada maestro o cada facultad o la universidad en sí, carecieran de dirección, de disciplina y de orden. Imposible de los imposibles. He tenido contacto, porque formé en guerrillas con compañeros del MAR, y algunos estuvieron como alumnos en la Universidad "Patricio Lumumba", en Moscú, y ellos ponderaron la absoluta disciplina, rígida, tanto en el comportamiento personal cuanto en la impartición de las cátedras. ¡Cualquier día aceptan cogobierno y esos relajitos en las Universidades de la URSS, de China o Cuba!

Varios camaradas guerrilleros salidos de la UNAM, UAS y UANL, con quienes participé en acciones comunes en la lucha armado, están decepcionados del resultado negativo de la co gestión impuesta en diversas escuelas y facultades; sistemas que también ellos —pro-

bados marxistas que ratifican su credo con la ofrenda de la vida— juran que no son sistemas marxistas, por donde se les busque. Con el auto gobierno abandonan las clases la mayoría de los maestros y alumnos; los cuales van a enriquecer con sus cuotas y aportación, a las universidades privadas que sostiene para su provecho la gran burguesía.

Se produce una baja aún mayor en la enseñanza, al grado de que la continuidad de ese proceso donde está implantado, conduce a una nueva categoría que se empieza a observar: semi arquitectos, semi médicos, semi ingenieros, todos en nivel inferior al de técnicos. Si el universitario quiere en verdad ayudar a sus camaradas campesinos y obreros, necesita forzosamente empaparse de la ciencia, porque nunca será eficiente quien al ir a la escuela, hace lo que le viene en gana. Por eso vemos que están egresando ingenieros que llevan sus coches con los “maistros” de talleres mecánicos, a que les arreglen o averigüen las fallas, ya que ellos, con todo y su ostentoso título, no saben ni cuándo hay que abrir o cerrar más las “espreas”, ni conocen el ruido de las “punterías”. Y médicos que siendo ginecólogos, llevan a sus esposas con “comadronas” para que atiendan sus partos, porque las clientes que estos médicos universitarios han atendido, se les han muerto; o los productos nacen deteriorados por la torpe manipulación.

Si queremos criticar los mecanismos sociales, si queremos establecer el régimen socialista en México, precisa que egresen profesionistas que si son abogados, sepan Derecho y entiendan Teoría del Estado; si son químicos, que conozcan —dijera Lucio— “de tajo y revés”, los libros de Química; si son arquitectos, que conozcan la resistencia de los materiales; y si son médicos, hombre, ¡pues que sepan anatomía!

“No basta gritar y destruir. Es preciso aprender”, y eso lo oí en Cuba, cuando algunos de los muchos que hemos estado allá por angas o por mangas, quisimos hacer “grilla” en la Universidad, mal impuestos como íbamos de aquí. Agregaron: “el universitario debe preocuparse por los problemas de su comunidad y buscar sus soluciones; pero no imponerse en el absurdo emocional y la ignorancia terca, en propósitos que defraudan a quienes han puesto en él sus esperanzas”.

La revolución socialista no quiere mediocres, sino capaces, de altísima capacidad; y eso, mediocres, es lo que está saliendo de los centros superiores de estudio, con autogobiernos, co gestiones, Castros Bustos, y cosas de esas, que degradan la enseñanza y producen profesionistas imprevistos e inútiles. En esas manipulaciones andan metidos individuos que en nuestro movimiento marxista-leninista han sido fatales, catastróficos, como Valentín Campa, el campeón de los desastres, y villano de las derrotas proletarias, quien a su vez maneja a líderes que habiendo tenido origen “charro”, paralizan a la Universidad so pretexto de conquistas laborales; y me refiero a Olivos, Cuéllar y Pérez Arreola, cuyos antecedentes revolucionarios, —ni a la burguesa—, no aparecen en ninguna parte, ni buscándolos con microscopio electrónico.

El auto gobierno, los Falcones, Olivos, Campas, Arreolas y otros bichos, han quebrantado mortalmente a la Universidad en sus bases académicas y científicas; en su labor de difundir la cultura, a la que introdujeron corrientes irracionales que nada tienen de socialistas, sino fascistas, porque condenan al opositor, y en cambio encomian los actos sin escrúpulos; han favorecido la abstención al agresor, el apoyo silencioso al delincuente, el acatamiento a quien dispone los actos autoritarios,

realidad que a su vez ha favorecido estas tres actitudes: la indiferencia, y el ser cómplices o delincuentes.

La Universidad en sí —la UNAM y las de provincia— no merecen eso. Parece como si hubiera urgencia de barrenarla, desprestigiarla y volverla inútil para todos; detener la afluencia de los jóvenes a las escuelas superiores; separarla de la razón y el derecho; hacerla ajena al derecho positivo; y permitir que delincuentes como “los enfermos” y “porros” vivan en ellas, aunque los Falcones se hayan ido hace tiempo, ya que así, el bandolero se convierte en héroe, los pistoleros en guardianes de la ley, y el drogadicto, el insano mental y el semianalfabeta Campa, en maestros de la juventud.

En la persistente labor de demolición de las Universidades han coadyuvado los ultraizquierdistas, a quienes menciono con amplitud en páginas de este que tiene forma de libro, y que sólo es el relato fiel de un “Cara de Hambre”, de un guerrillero socialista sin tacha en su línea ideológica en su conducta personal, aunque me esté mal el decirlo, ya que alabanza en boca propia es vituperio.

Es de lamentar que la gran conquista de los estudiantes izquierdistas, como fue la autonomía de la casa de estudios, se haya malogrado ya, porque con auto gobierno, prepas populares (me duele porque quiero a la mía, pero así son la crítica y la autocrítica), con Castrobustos, Falcones, Olivos, Gómez Gutiérrez y otros zánganos que maneja Campa, y éste a lo mejor al servicio de la CIA, están probando que los universitarios no son capaces de gobernarse a sí mismos; y que la autonomía fue un bien que ellos no supieron ni pueden apreciar.

Individuos como esos —y no es difícil que Campa ande con un pie adentro de la “23 de septiembre” —han hecho fracasar al movimiento guerrillero. Ya es impresionante el número de muertos y presos en los cuadros

de la guerra socialista mexicana. La destrucción de las guerrillas, su falsificación y su dispersión, es culpa de estos "ultraizquierdistas", verdaderos enfermos de la razón, los cuales jamás han tomado las armas. Sólo azuzan. Nada saben de guerrillas. Y quienes acatan sus consignas y sus planes estúpidos, han ido directamente al matadero y a la cárcel.

Un caso típico es el triple asalto en Chihuahua, que culminó en desastre y bajas sensibles.

En la Escuela de Economía de la UNAM hay un tipo nefasto llamado Rolando Cordera Campos, miembro del PCM. No sabe cómo huele la pólvora, y lo creo incapaz de distinguir la diferencia que hay entre una metralleta y un rifle de municiones, o de una que dispare corchos atados con hilo. Pero él y María Antonieta Rascón Córdoba, su mujer, planearon los asaltos simultáneos a las sucursales de tres bancos en la ciudad de Chihuahua —"Futurama", "Comercio" y "Chuvíscar"— de que hablé antes, y lo sé, porque tuve en ellos aunque sea una ínfima participación. Sólo secuestre uno de los coches para uso de la guerrilla.

Me invitaron a última hora. Conocí el plan y me pareció absurdo, una locura; y así lo creyó también la infortunada "Natacha" o Avelina Gallegos, y por acatar semejante estupidez, fue acribillada a tiros por las fuerzas represivas, en la sucursal "Chuvíscar" del Banco Comercial Mexicano. Avelina murió peleando. Mi homenaje sincero, leal y emocionado; pero... ya no queremos héroes muertos, sino combatientes vivos, en activo. En esa acción perdió la vida también el cuñado de Rolando Cordera el cobarde instigador —Rolando—, que planeó sin saber y sin participar en persona arriesgando el pellejo, y que sí mandó a la muerte, al hospital y a la cárcel, a la mayoría de tan valioso comando.

El botín —sí, botín— iba a ser para Rolando, como fue el del asalto al Banco Azteca el 15 de Septiembre de 1971 en México. De la enorme cantidad expropiada a la sucursal del Banco Azteca, Rolando sólo entregó 30 mil pesos a Pablo Martínez Pérez; y el resto fue para su personal disfrute, aunque haya dicho que él envió cien mil pesos a Cabañas.

Cuando pregunté a Lucio cómo le hizo Rolando Cordera Campos para tomar contacto con la Brigada Campesina de Ajusticiamiento, para entregarle aquellos cien mil pesos, me respondió corajudo:

—¿Cuáles cien mil pesos, cuáles cien mil pesos, y de qué borrega me hablas, zanca?

Le expliqué todo. Respondió:

—En muchas partes de la República me toman como parapeto los mañosos. Asaltan o secuestran, y el dinero dicen que es para mí. No conozco a ese Cordera o Borrega, ni supe de los cien mil pesos de que me hablas.

Ciertamente, Cordera no dirigió el asalto al Banco Azteca, ni lo planeó ni estuvo en acción. Su participación estuvo en que Francisco Javier Pizarro, su alumno —“Alejandro”— le llevó el dinero expropiado a su casa en la colonia Educación. Pero a la hora de hacer cuentas, salió Cordera con que “había enviado con Melchor los cien mil pesos a Lucio”. Sólo había 30 mil pesos para crear un grupo de expropiaciones urbanas y una guerrilla rural en Chihuahua. Unos corrieron el riesgo de su vida, y Cordera y su mujer disfrutaron el dinero.

Rolando no estuvo en Chihuahua durante el triple asalto simultáneo. Sus torpes instrucciones de guerrillero de salón, las trasmitió por conducto de Diego Martínez Lucero “Raúl Díaz”; y al obedecerlas éste, perdió la vida en la aventura, porque eso fue la acción: aventurerismo criminal, antisocialista.

En la trágica jornada del 15 de enero de 1972 en la capital de Chihuahua se obtuvieron sólo 304,795 pesos, los cuales recuperaron los Bancos. Los hallaron en casa de Francisco Javier Pizarro, aquél que el 15 de septiembre también llevó el dinero del "Azteca" al Lic. Cordera, los que supuestamente éste envió a Lucio Cabañas.

Resultado trágico para la guerrilla:

Muertos: Avelina Gallegos "Natacha"; Froylán Rascón Córdoba "Nazario Luján de la Garza" y "Oscar"; y Diego Martínez Lucero o "Raúl Díaz". Herido: Pablo Martínez Pérez, ex líder de la Prepa Popular de Culiacán; y detenidos; también como el anterior, Rosendo Francisco Muñoz Colomo "Flavio", Francisco J. Pizarro Ch. "Alejandro", Marco Antonio Rascón Córdoba "José", Gilberto Montañón León "el Chicano" —novio de Avelina—, Marco Antonio Pizarro, Profr. Adolfo Anchondo Salazar y María Dolores Luna López. Total: tres muertos, un herido y ocho en prisión.

En cambio, el Lic. Rolando Cordera Campos disfruta con su mujer los dineros del Banco Azteca; y sin riesgo, da cases en la Escuela de Economía de la UNAM planeando otro asalto, que para él resulta tan buen negocio sin jugarse el pellejo. Es de hacer notar que los dos Rascón Córdoba —el detenido y el muerto— fueron en calidad de vigilantes de los intereses de su cuñado Rolando. Hecha la expropiación, ellos correrían con el botín para entregárselo; igualito que "Alejandro", cuando le dejó lo del Banco Azteca.

Por tipos como Cordera Campos y su mujer María Antonieta Rascón Córdoba, hay tantos guerrilleros en las cárceles, en los cementerios o pudriéndose en el confin montañoso; y por culpa de ellos y de los que ya hablé, tantos otros nos hemos puesto "en sueños", nos hemos marginado hasta que se clarifique la situación y se limpie de bandoleros como Cordera, oportunistas como Lu-

cio, locos como los "23 de Septiembre", y cerebritos rabiosos como los de Campa y Arnoldo.

El Charrismo

En plan de recuerdos de mi paso por la Prepa Popular, diré que cuando escuchaba a los improvisados catedráticos y en los círculos de estudios, hablar de los líderes "charros", no podía quitarme de la cabeza la imagen de Fidel Velázquez vestido a la usanza charra, jinete en penco bruto y respunteando un alegre jarabe tapatio; y así igualmente pensaba de sus congéneres Yurén, Manuel Rivera, Goyo Velázquez y demás de nombre famoso.

Ello se debía a que jamás supieron definir lo que era un líder de esa especie y el porqué de su apodo tan singular. Tampoco los catedráticos de la Prepa Popular y los conferencistas de los Círculos de Estudios lo sabían a ciencia cierta. Sin embargo, nos ordenaban que fuéramos los alumnos a las fábricas a esperar la salida de los obreros para repartirles volantes contra sus dirigentes; y exhortarlos a terminar con el charrismo sindical; y nosotros obedecíamos de manera inconsciente. Hablábamos de lo que no sabíamos. Con razón no nos hacían caso y se mofaban de nosotros.

Mi contacto con la vida sindical en la ciudad de México y en provincia me enseñó qué era eso de lo que hablaba al hacer proselitismo. Quien los bautizó fue el licenciado Vicente Lombardo Toledano al referirse a tres líderes de sindicatos poderosos que eran filogobiernistas y practicaban la cacería de brujas rojas en Mineros, Ferrocarrileros y Petroleros.

Ellos fueron Jesús Díaz de León, ferrocarrilero y charro de verdad. Llegaba al sindicato vistiendo el típico

traje y le encantaba que le llamaran el "charro" Díaz de León. Estaba al servicio del senador y coronel Carlos I. Serrano, prócer temible del alemanismo. Le servía el "charro", en calidad de Secretario General del Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la R. M.

El líder de los mineros y metalúrgicos era Jesús Carrasco, del que dijo Lombardo que era "Charrasco", y no Carrasco; y el último, el del Sindicato de Trabajadores Petroleros, era Demetrio Martínez, un don nadie, que según el talentoso teziuteco, era... el charro desconocido.

A partir de entonces, en donde había un líder filogubernista le empezaron a llamar "charro" por extensión; y eso se convirtió en un fenómeno que el próximo diccionario definirá así:

"Charro: En la República Mexicana, equivale y significa hombre de a caballo que viste a la usanza que es conocida; y sindicalmente, traidor que sirve a los enemigos de los trabajadores para imponer direcciones espurias en los sindicatos, dóciles a los propósitos de la burguesía".

Con el golpe de fuerza, con el charrazo dado por Alemán al sindicato ferroviario, se puso en práctica una nueva variante de la política de intromisión en los sindicatos obreros, inspirada y fomentada por la burguesía con el propósito de controlar a las organizaciones sindicales. El charrismo en consecuencia, es una tendencia burguesa en el seno del movimiento obrero, y sus fines no son otros que los de suprimir los métodos democráticos en los sindicatos para imponerles direcciones ilegítimas, cuya misión es la de servir a los intereses de los capitalistas.

(A Jesús Díaz de León, el primer charro, lo impuso el coronel Serrano como Secretario General de Ferrocarrileros, que tradicionalmente fue uno de los sindica-

tos más rebeldes y orgullosos de su autonomía. Usó de la fuerza, y la organización se doblegó y jamás recuperó su independencia. Fue la primera intromisión gubernamental en un sindicato y eso hizo escuela; pues también impuso líderes en Petroleros y en Mineros; y ahora en otros muchos, porque eso causó ejecutoria y constituyó una característica específica del sindicalismo mexicano contemporáneo).

La burguesía en nuestro país ha formado y disuelto a muchos sindicatos para burlar unas veces y anular otras, los derechos obreros; ha quebrantado huelgas y perseguido a los trabajadores; y a sus dirigentes los ha encarcelado y asesinado; ha lanzado a la calle y dejado en la miseria a un número infinito de trabajadores; ha empleado en fin, todos los recursos imaginables para defender sus privilegios y ganancias.

En ocasiones usa la violencia y en otras, la simulación y el engaño. La burguesía pues, ha practicado una tenaz política de intromisión en las filas obreras lo mismo haciendo lanzar fuerzas represivas sobre los trabajadores como en Cananea y Río Blanco, que fomentando actos de prevaricación y traición; la vemos multiplicar y perfeccionar sus métodos para intervenir y desviar las acciones colectivas de los trabajadores.

Ese mismo incesante empeño expresa en sentido contrario, la actividad y el progreso de la clase obrera, así como los ingentes y múltiples problemas a los que tiene que enfrentarse la burguesía.

Si lo anterior me lo hubieran enseñado así en la Preparatoria Popular —la número uno— de las calles de Liverpool, no habría porqué tenido qué imaginar siempre a Fidel Velázquez bailando el jarabe tapatío o cabalgando el penco bruto de marras. Pero como quienes dan las clases, muchos de ellos son estudiantes de Ciencias Políticas o de Economía, o de Filosofía, todos hijos

de ricos, bien vestidos o ahora a la hippie, pero de origen a veces no tan pequeño burgués, sino burguesísimo, no sabían nada de sindicatos, ni de contratos colectivos de trabajo, ni de revisiones, ni de los líderes charros de que nos hablaban hasta acatarrarnos.

En la Prepa pregunté varias veces a mis maestros porqué la burguesía recurría al charrismo, y nunca supieron contestarme. No sabían. Sonreían o subían los hombros, o daban esta salida de pie de banco:

—Pues. . . porque sí.

* * *

En mi vida activa de guerrillero, cuando las circunstancias me lo permitían, y una vez que supe qué cosa era un líder charro —tan distinto del que pintan en la Prepa Popular y en Ciencias Políticas y Económicas y Filosóficas, y Comités de Lucha— hice constantes llamados a despejar el camino histórico de la clase obrera, porque esa es nuestra tarea; es el deber de todos los que militamos consciente y sinceramente en el movimiento proletario.

La clase obrera se encuentra en crisis en nuestro país. Disociadas sus fuerzas, equivocadas sus perspectivas, confundidos sus objetivos, sufre ingente miseria y agobiante desorientación. Es urgente reorganizar sus filas y orientar los esfuerzos reivindicadores con un programa revolucionario, y una dirección verdadera.

El movimiento obrero mexicano debe ser depurado radicalmente y reestructurado conforme a los postulados de la democracia sindical y la unidad combativa.

Estos propósitos no podrán realizarse en tanto que las organizaciones sindicales sigan controladas por los agentes de la burguesía; en tanto que continúen sometidos por el charrismo y demás métodos de intromisión,

empleados por los enemigos de los trabajadores para anular las acciones combativas.

El último método que comienza a ponerse en boga es el empleo de curas, de sotanudos, que ya están tomando posiciones dentro del sindicalismo y que son mil veces más peligrosos que los peores líderes charros y que los líderes blancos.

Hábilmente la burguesía usa de los curas como sustitutos de los charros, y da la impresión de que se trata de un nuevo sindicalismo limpio para que caigan en la trampa los obreros que se cansaron de sus viejos dirigentes.

El movimiento insurreccional de los trabajadores por rescatar sus sindicatos, por hacer prevalecer los métodos democráticos para luchar por los intereses y derechos de los obreros, debe de continuar vigorosamente, pero rechazando a los curas que simulan rojismo y que saludan en vez de con el signo de la cruz, con el puño cerrado; porque éstos son más fascistas que el negro de sus sotanas.

No vamos a salir de Guatemala para entrar a Guatepeor.

El movimiento obrero tiene que librar forzosamente una guerra a muerte contra el clericalismo y la teología, cuyos dogmas dualistas son reflexiones en gran parte, de una sociedad de clases en la cual los hombres se han entregado ante la naturaleza, y a sus amos.

No hay que olvidar que los dioses externos, los sacramentos mágicos, las revelaciones naturales y sobrenaturales, absolutistas y literales, son la esencia de la religión católica romana. Son y han sido los ropajes de la Iglesia en la época de la inmadurez del hombre —que aún vivimos— como cuando estaba gobernado por reyes y avasallado por la naturaleza.

Los curas metidos a líderes obreros —a charros de sotana, bonete, estola y cingulo— tratan de implantar el fascismo en México. Fascismo y clero siempre han ido de la mano. Uno para el otro, y el otro para el uno. Una mentalidad fascista es por definición, la que intenta hacer de una parte, un todo. Llamará a esta parte una clase, una nación, una raza. Fundamentalmente, la mente fascista es la que se introspecciona tan por encima y tan a lo falso, que encuentra en sí un ego aparte; pero que fracasa en encontrar el cosmos orgánico.

El guerrillerismo anda de capa caída en México porque algunos comandos, algunos grupos —parece mentira— fueron hechos por curas, como vemos en otra parte de esta crítica y autocrítica. En donde quiera están metiendo la mano, en un desesperado afán por reconquistar el dominio del mundo para la gran burguesía.

Los curas-líderes son el relevo de los líderes-charros, porque éstos ya están resultando inoperantes, y ya no satisfacen a la burguesía.

VII

La guerrilla es la expresión minoritaria activa de una mayoría marginada. Se forma de la impaciencia de los pobres, y la desesperación de los humildes; con buen armamento, estrategia y dinero.

Los del FUZ, más tarde, consumaron la máxima hazaña, al plagiar a un personaje importante: miembro del Gabinete Presidencial y directivo de la gran burguesía, uno de los dueños de H. Steel, y yerno del Gral. y Lic. Aarón Sáenz, que alguna vez estuvo a punto de ser Presidente de la República a la muerte de Obregón. Fue Julio Hirschfel Almada, jefe de los aeropuertos de la República, o algo así. Se llenaron de fama, que dio la vuelta al mundo, y a la postre, cayeron presos casi todos.

Recorrí bastantes lugares, y me conecté con camaradas de las guerrillas urbanas y rurales en Guadalajara, en Sinaloa, en Monterrey, Chihuahua y Sonora. Fui también a Oaxaca y a Guerrero. Estuve pues, en diferentes comandos, grupos o guerrillas —o todo al mismo tiempo—, y aunque llevaban diversos nombres, todas con el común denominador de socialistas o comunistas. Pero sólo de nombre. Ya vimos que la Brigada Campesina de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres de Lucio Cabañas está en posición sumamente sospechosa. No es socialista ni revolucionaria, y sí oportunista y provocadora. Lo menos, es pequeño burguesa.

Como me destinaron después de lo del Banco Nacional de México, sucursal "Valle" a guerrillas urbanas y rurales del interior, y después específicamente a la "Liga Comunista 23 de Septiembre", quiero esbozar una breve síntesis del nacimiento del movimiento guerrillero socialista en México. Es muy deficiente el repaso; pero da una idea general, porque eso sí, los datos son correctos.

* * *

Cuando el camarada Fidel sintió que pisaba macizo desde la Isla en todo el Hemisferio, y que su influencia llegaba más allá de los mares hasta el continente negro, y que la URSS se jugaba por él su enorme prestigio de gran potencia bélica, estableció en la porción latinoamericana la primera base del comunismo internacional, desafió arrogante el bloqueo del imperialismo yanqui al sistema económico cubano; y en respuesta convocó a tres importantes reuniones internacionales que resultaron inmejorables para desarrollar y exportar el comunismo a otros países; y esas juntas pasaron a la historia con los nombres de Conferencia Tricontinental, Conferencia Latinoamericana de Estudiantes, y Conferencia Latinoamericana de Solidaridad.

A tales actos concurren nutridas representaciones procedentes de todo el mundo. Por cuanto a México, de aquí fueron delegaciones del Partido Comunista Mexicano, del Partido Popular Socialista, del grupo radical disidente de este partido, y numerosos izquierdistas afines al marxismo, los cuales no estaban enrolados en ningún partido político. Naturalmente, acudieron los líderes de más probada valía, luchadores estudiantiles en las diversas universidades, y una importante representación del magisterio nacional.

En las conferencias se puso de manifiesto la necesidad de una nueva revolución socialista en los países latinoamericanos; y a cada Universidad se le confió la responsabilidad de ser trinchera de lucha contra el imperialismo yanqui y sus gobiernos lacayos. La participación personal de los camaradas Castro Ruz y Guevara en esos acontecimientos históricos, fue decisiva.

Bien pronto dieron resultado los acuerdos, que cayeron como semilla en tierra fértil. En el estado de Chihuahua un grupo de jóvenes maestros y estudiantes, encabezados por Arturo Gámiz García, el 23 de septiembre de 1965 —ya constituidos en primera guerrilla socialista—, trataron de tomar a sangre y fuego el cuartel militar de Ciudad Madera, en el estado de Chihuahua; tal como años antes, un 26 de julio, intentó Fidel Castro Ruz hacer lo mismo con el Cuartel de Moncada.

Acá, en el cuartel, había 125 soldados federales. La guerrilla se integraba con menos de veinte jóvenes que al grito de: “¡Ríndanse! . . . ¡Los tenemos completamente rodeados! . . .”, quisieron tomar el cuartel, que se componía de varias barracas de madera que las compañías que explotaban la riqueza forestal de la zona, les habían construido. Los guerrilleros intentaban también hacer prisioneros a los soldados.

La acción empezó en las últimas horas de la madrugada del 23 de septiembre. Al frente del grupo iban Arturo Gámiz García y el doctor y profesor Pablo Gómez Ramírez. Participaban entre otros, Salomón Gaytán, campesino; Rafael Martínez Valdivia, profesor en Basúchil; Miguel Quiñones Pedroza, maestro normalista rural, egresado de Salaises y director de la escuela rural federal de Ariseáchic; Oscar Sandoval, estudiante de la Normal del Estado hasta noviembre de 1964; Emilio Gámiz, estudiante y hermano de Arturo, y posible-

mente el profesor Manuel Peña González, que procedía de Zacatecas, y Antonio Escobel Gaytán, pues como los ocho aquí anotados murieron durante el combate, los cadáveres de dos de ellos no pudieron ser identificados, y sólo se han formulado hipótesis.

Nunca se ha puesto en claro el glorioso episodio, motivo por el cual nadie está en condiciones de aseverar con certeza el número de atacantes. Hay quienes dicen que eran 14; otros que 15, y no faltan los que arguyen que eran veinte. Lo cierto es que ocho fueron los muertos; no hubo prisioneros ni heridos, y de acuerdo con las fotografías que se publicaron, fueron materialmente acribillados a balazos. Del cuartel murieron seis soldados, jóvenes también. Si hubo heridos e ilesos de parte de la guerrilla, también hay misterio porque más tarde muchos presumieron haber estado en el asalto. Tal vez sí, tal vez no. A mí por lo menos cuatro, en distintos grupos, me han dicho ser supervivientes de Madera; y cada cual tiene su propia historia que no concuerda con lo publicado entonces, ni con lo que dicen entre sí.

Aún la versión oficial publicada por los diarios de Chihuahua difiere y más, si se lee la "extra" que el mismo 23 al mediodía lanzó uno de aquellos diarios chihuahuenses. Se dio como hora del asalto las 5 de la mañana, señalando que cuatro soldados y varios guerrilleros habían muerto. "La guerrilla asaltante" la componían 30 hombres, y se recogió la versión de que Ciudad Madera estaba dominada por los rebeldes; y de que los guerrilleros tenían rodeado el aeropuerto de la ciudad y estación ferrocarrilera. Noticia importante la última, porque los generales Tiburcio Garza Zamora, jefe de la Zona Militar y Práxedes Giner Durán, gobernador del estado, acompañados de otras personas habían salido por la vía aérea con destino a la alarmada ciudad y no se

les había podido informar del peligro que correrían al aterrizar en el lugar de destino”.

En la misma edición “extra” a que me refiero, y como noticia de última hora, decía que a las 11.45 del mismo 23 un avión procedente de Ciudad Madera había aterrizado en el aeropuerto federal de Chihuahua, a bordo del cual llegó un teniente herido de gravedad por bala expansiva en el estómago. El piloto proporcionó los informes que empezaron a esclarecer la confusión sembrada por los muchos rumores que circulaban por la ciudad capital del estado; 1o. La situación estaba dominada por el ejército; 2o. Había más de cien personas detenidas, atadas de manos y pies, en una de las pistas del aeropuerto de Ciudad Madera. Al día siguiente —24 de septiembre—, ambos diarios aparecían con amplias informaciones profusamente ilustradas con fotografías.

Uno de ellos afirmaba que “los primeros disparos se escucharon a las 6.10 de la mañana y que el tiroteo duró tres horas”. El otro señaló las 5.50 horas, como el momento en que el ataque se inició y le dio una duración de hora y media. La verdad es que debió principiar el tiroteo cuando todavía faltaba totalmente la luz solar. El maquinista ferrocarrilero que a esa hora se preparaba para la diaria jornada, al encender el farol de la máquina a su cuidado iluminó a los atacantes que se encontraban parapetados en la vía y a los soldados que avanzaban sobre ellos.

De acuerdo con el plano recogido del cadáver de Arturo Gámiz García, los atacantes se colocaron en cuatro lugares: tras de la vía férrea, frente al cuartel, en la escuela y la iglesia, en la Casa Redonda, en la casa del señor Pacheco, y detrás de una camioneta.

En ese mismo plano —figura una relación de 13 nombres de personas, entre las que no está el de Arturo— señalando las armas, granadas, etc., de que cada uno

disponía. Debido a que ese documento se considera como plan de ataque al cuartel, se fortalece la suposición de que fueron catorce los autores del asalto: los trece enlistados, más Arturo. A los primeros disparos siguieron los gritos de: "¡Ríndanse, están rodeados!"; y ocurrieron justamente en el momento en que los soldados acuartelados realizaban las maniobras necesarias para tomar el primer alimento del día. La disciplina militar se impuso entre el grupo de soldados desarmados que en esos momentos salían para recibir el "rancho". Se tiraron pecho a tierra y poco a poco fueron recogiendo sus armas y municiones, mientras que desde cuatro rumbos distintos les disparaban y lanzaban bombas de fabricación casera y granadas que ya antes los guerrilleros habían recogido como botín, al copar y apresar a una patrulla de soldados federales, a los cuales dieron libertad después de desarmarlos, como ya antes habían hecho prisionera a una patrulla de soldados estatales, a los que también desarmaron y dejaron en libertad.

A esa hora la oscuridad era completa; los soldados disparaban guiándose por los fogonazos provenientes de los guerrilleros, y por el rumbo que señalaban los gritos e intimaciones para que se rindieran. El asalto había sido cuidadosamente planeado, según se desprende del documento recogido a Gámiz, y de una lista de actividades que había que realizar, previas al mismo, que se encontró en las ropas del doctor y profesor Pablo Gómez Ramírez. Se supone que no tuvieron tiempo o no pudieron hacer todo lo que habían pensado porque los depósitos conteniendo gasolina que habían escondido y seguramente destinado a incendiar el cuartel, fueron encontrados intactos.

La inexperiencia y lo mal armados, aunque se dice lo contrario, con base en la cantidad de municiones recogida, dio como resultado que fracasaran en su in-

tento. Informes diversos originados en las versiones dadas por los soldados revelan que el doctor y profesor Pablo Gómez Ramírez disparaba con una escopeta, cuyas postas apenas si dejaron huella en la piel de los soldados, mientras que éstos disparaban con mosquetones M-1, y hasta con ametralladora. La relación dada en el plano que se recogió del cadáver de Arturo, es por sí sola reveladora de la falta de armas adecuadas. Los tres grupos que allí aparecen estaban formados como sigue:

Grupo 3: Hugo, molotov, granada, 30-05; Alex, molotov, granada 76 mm; Carlos: molotov, 30-05.

Grupo 2: Alfredo, 7 mm; Ernesto, rifle 22 y Víctor, 30-06.

Grupo 1: Luis, 7 mm; Daniel, rifle 22; Manuel, escopeta y Martín 30-06.

Como puede leerse, en su arsenal de armas figuraba una escopeta que ni siquiera era de repetición —había que volverla a cargar después de cada disparo— y dos rifles 22. Es verdad que contaban con granadas y bombas “molotov”, y con dinamita que metieron en pedazos de tubo grueso, para hacer bombillos; pero la inexperiencia y falta de madurez en las acciones guerrilleras los llevaron a la muerte.

Los ocho cadáveres recogidos por los soldados correspondieron a las seis personas anotadas antes, y a dos no cabalmente identificados. Según los cálculos oficiales y la declaración de algunos vecinos que afirmaron haber visto huir a cuatro, fueron seis los que lograron escapar; y de esos, dos iban gravemente heridos.

Por su parte los 125 soldados acuartelados sufrieron de inmediato cinco bajas; sargentos Nicolás Estrada Gómez y Moisés Bustillo Orozco; cabo Felipe Reyna López y soldados Jorge Velázquez y Virgilio Yáñez Gó-

mez. Quedaron heridos y fueron enviados a Chihuahua y posteriormente a México, el teniente Rigoberto Aguilar, los sargentos Virgilio Argüelles López, Eugenio Ramírez, más los soldados Natividad Juárez Hernández, José García Martínez y Roberto García Mendoza.

Total: cinco soldados muertos y once heridos, aunque en Chihuahua falleció el teniente Rigoberto Aguilar; lo que hizo subir la cifra de muertos a seis. En esa lista no figura el soldado José Santos Rodríguez, que en el Hospital Central Militar de México fue entrevistado el 27 de septiembre de 1965.

Los muchachos de aquella valiente guerrilla que lucharon con las armas en la mano, buscaban que se les hiciera justicia a los trabajadores del campo chihuahuense y dar comienzo a la revolución socialista en la República Mexicana. Todos tenían familia. Pablo tenía además de sus hermanos, a su esposa y cinco hijos, cuya fotografía encontraron entre sus papeles.

Después de terminado el tiroteo, grupos de soldados salieron a perseguir a los fugitivos. Su empeño fue vano porque la masa del pueblo campesino los absorbió. Pudieron los campesinos estar en contra de la violencia ejecutada por los fugitivos, pero no pudieron negarles tan necesario auxilio porque los hombres del campo sabían que los seguidores de Gámiz andaban luchando porque a ellos, a los campesinos, se les hiciera justicia. Por eso fue que no los pudieron encontrar, ni dieron con ellos nunca.

Se fundieron con la masa anónima del pueblo y algún tiempo después, junto con otros, surgieron como vengadores.

No se puede prescindir en este relato de la gesta de Ciudad Madera aquel 23 de septiembre de 1965, de hechos que demuestran de la manera más palmaria el espíritu no solamente reaccionario, antihumano, vengador.

tivo y ruín del que siempre han dado muestras los enemigos de la causa del pueblo. Feroces, con ferocidad de hienas, se abanderan de las más nobles y bellas palabras para justificar sus actos más repulsivos: de bebedores de sangre.

Por ejemplo:

En Madera había un cura llamado Roberto Rodríguez Piña, al que solicitaron para que oficiara durante la ceremonia organizada para sepultar a los cinco soldados muertos (cada uno en su caja de madera, decorosamente forrada con tela); y no tuvo inconveniente alguno para participar en su calidad de sacerdote católico en las honras fúnebres a los militares; bendijo los ataúdes, vistió las ropas talaes de estos casos, y dijo las palabras apropiadas de acuerdo con sus ritos, para el acto.

Vecinos y algunos familiares presentes, conmovidos por la tragedia de los ocho muchachos muertos en el asalto al cuartel, le pidieron lo mismo: que oficiara, que bendijera a Gámiz, Gómez Ramírez, y a sus seis compañeros. Y el cura Rodríguez Piña se negó a hacerlo. Los ocho hombres fueron arrojados como animales atacados de aftosa o cualesquiera otra enfermedad contagiosa y peligrosa, en una fosa común. Llenos de tierra y pólvora, sangrantes, después de haber sido paseados sobre la plataforma de un camión maderero, los dejaron caer en una gran zanja. Ahora ese cura, es "progresista".

(Por ese, y por muchos otros motivos, no hay manera que trague a los curas; así se vistan de rojo, cierran el puño, y entonen "La Internacional". No creo en su sinceridad. Pienso en sus móviles ocultos).

La medida del valor humano que como hombre y como gobernador tenía el general Giner Durán, la dieron estos incidentes: algunos parientes de los guerri-

llos muertos, habían conseguido que les permitieran llevarlos a Chihuahua, o darles una decorosa sepultura. Cuando Giner lo supo, no sólo anuló el permiso, sino que apresuró el entierro de los mismos en una fosa común para los ocho. Su pequeñez espiritual se puso de manifiesto con esa persecución para los muertos.

El mismo Giner, que calificó de salteadores, bandidos y latrofaciosos a los Mártires de Madera, tuvo el cinismo de comentar que no había pasado nada. Que lo sucedido "no tenía importancia" porque según el criterio de este "sociólogo" y "político" que avergonzaría a los apaches, "lo que ocurrió, lo mismo pudo haber ocurrido en un baile que en una cantina"... Su sentimiento de culpa se estaba manifestando en el deseo de restarle importancia a la matanza, como que él, era el primer culpable o responsable por tanta vida segada.

Al verlos en la fosa exclamó delante de la concurrencia:

—¿Querían tierra?.. Pos... ¡Hártense de tierra!

Pero lo que pinta en toda su palurdez política, lo que hace que aparezca en toda su desnudez el pobre hombre, es lo que declaró al bajar del avión que lo regresó de Madera a Chihuahua: "Todo se reduce a una bola de locos mal aconsejados. No tiene importancia".

Después del tiroteo, y de que los muertos fueron recogidos e inhumados el 24, y de que la calma volvió a sosegar los ánimos, los observadores vecinos de Ciudad Madera se pudieron dar cuenta de cómo Rito Caldera, jefe de las guardias blancas utilizadas para perseguir, torturar, aterrorizar y asesinar a los campesinos, no ocultaba su satisfacción por la muerte de Gámiz y sus compañeros, en contra de los cuales nunca pudo hacer nada y siempre les rehuyó. Pero ya estaban muertos, y su alegría era tan grande, que no la pudo disimular. Igualmente se mostró satisfecho, contento por la muer-

te de los guerrilleros, el cura ahora "progresista" Rodríguez Piña. Estaba muy contento con "el escarmiento que dieron a esos bandidos". Igualmente feliz se mostraba Ernesto Castellanos, ex mayordomo de varios latifundistas de la región al que por méritos logrados con la siembra del terror entre los campesinos, le dieron como premio la presidencia municipal de Ciudad Madera.

Propuso la formación de un grupo armado para ir a perseguir los agraristas. Mientras Gámiz y guerrilleros vivieron, Castellanos no se sintió con arrestos para formar un grupo armado para ir a batirlos. Ahora estaban muertos; y "a moro muerto, gran lanzada".

Hay este antecedente:

Un chofer de sitio en Torreón, dijo que el 15 de septiembre —es decir, una semana antes del asalto— lo contrató un hombre como de 35 años al que acompañaban tres jóvenes. Eran las seis de la mañana. Querían que los llevara a La Zarca, Durango. Las investigaciones de la policía publicadas entonces, dicen que los cuatro hombres, a las 4.45 horas de ese día llegaron en un camión de "Los Altos" llevando por todo equipaje un bulto largo, como de un metro veinticinco centímetros. Algunos amigos del doctor Gómez Ramírez suponen que era él, y que otro de los viajeros pudo ser el profesor Miguel Quiñones, ignorándose completamente quiénes fueron los otros dos. Aquel chofer declaró que antes de salir, se detuvieron en una botica, donde el de mayor edad compró medicinas. Al llegar a La Zarca volvieron a salir como a las diez de la mañana del mismo día 15, rumbo al norte. Unos cuantos kilómetros adelante, pistola en mano, le quitaron el volante que tomó el de mayor edad; y al llegar al entronque de la carretera con Canutillo, Durango, se salieron de ella, quedando

do fuera de la cinta asfáltica como a tres kilómetros del lugar.

Bajaron dos pasajeros jóvenes, y los otros dos —con él en el auto—, enfilaron por la carretera panamericana hacia el norte. No recordó más, porque dijo que lo inyectaron por la fuerza. Volvió a darse cuenta de lo que ocurría, hasta Chihuahua, en donde le pagaron el viaje. Al otro día —17 de septiembre— le hicieron entrega de \$2,200.00 y le dijeron que fuera al día siguiente a Cuauhtemoc a recoger el automóvil, lo que hizo, pero sin encontrarlo. Era un Chevrolet modelo 1963, placas 2-50, del sitio de Valdés Carrillo y Juárez, en Torreón. Posteriormente recobró su carro pero en ciudad Guerrero, en donde estaba abandonado.

Hizo notar ese trabajador del volante que mientras estuvo en poder de aquellos, lo trataron bien. Y recalcó que le entregaron 2,200.00 pesos; conducta que revela que quienes asaltaron al cuartel de Ciudad Madera, eran hombres honrados, respetuosos de la vida humana, y de los intereses de sus semejantes, de sus iguales, los trabajadores. Conducta que está en desacuerdo con los calificativos de gavilleros, bandidos, salteadores y asesinos que les aplicó el iracundo Giner Durán; igual que ahora, a los de Lucio, llaman “robavacas”.

Volviendo a la parte inicial de esta breve historia de las guerrillas socialistas en México, diré que así como en Cuba el movimiento insurgente tomó el nombre de “Movimiento 26 de julio”, en homenaje al asalto al cuartel de Moncada, así acá, los supervivientes y nuevos guerrilleros, al reconstruir el grupo, le pusieron el nombre de “Movimiento 23 de Septiembre”, por el episodio de Ciudad Madera en 1965.

La semilla prendió. Rápidamente dio frutos.

En Guerrero se alzó en armas —luego de una espectacular fuga de la cárcel de Iguala— el profesor Genaro

Vázquez Rojas, líder del movimiento cívico de aquel Estado. Con sus rescatadores y con otros camaradas constituyó una guerrilla que empezó a operar en la Sierra Madre del Sur; y a poco, en Atoyac, a raíz de un zafarrancho habido en la escuela bajo su dirección, el profesor Lucio Cabañas Barrientos se fue a la montaña con un grupo de seguidores y constituyó otra guerrilla, que llamó "Brigada Campesina de Ajusticiamiento, del Partido de los Pobres".

En aquel zafarrancho murieron una docena de agentes que fueron a capturarlo, porque criticaba al gobernador Abarca y se oponía a que se hiciera obligatorio en los niños de la escuela el uso del uniforme, pues representaba un gasto difícil de solventar para muchos padres pobres. La Judicial llegó con instrucciones de llevárselo preso como agitador peligroso, y torpemente intentó su captura cuando él presidía un mitin y dirigía la palabra al auditorio. Una mujer, al ver que a su marido lo hería un polizonte, desarmó a éste y lo mató, encendiéndose el combate, dirigido el pueblo por Lucio; y los judiciales por su comandante.

Cabañas, seguido de varios que tomaron parte en el episodio se dirigieron a la sierra de Atoyac, que conocen ampliamente, y se constituyeron en guerrilla con el nombre antes dicho. No fue posible lograr nunca la unidad entre Cabañas y Vázquez Rojas, no obstante que habían sido compañeros de lucha cuando el conflicto que derribó a los poderes del estado.

Genaro estudió en la Escuela Nacional de Maestros y pasó a la Universidad, con el propósito de cursar leyes. Lucio Cabañas hizo sus estudios en la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa, y fue líder de esa escuela y de las demás de esa índole, constituidas en federación. Fueron pues amigos; pero cuando dejaron el magisterio

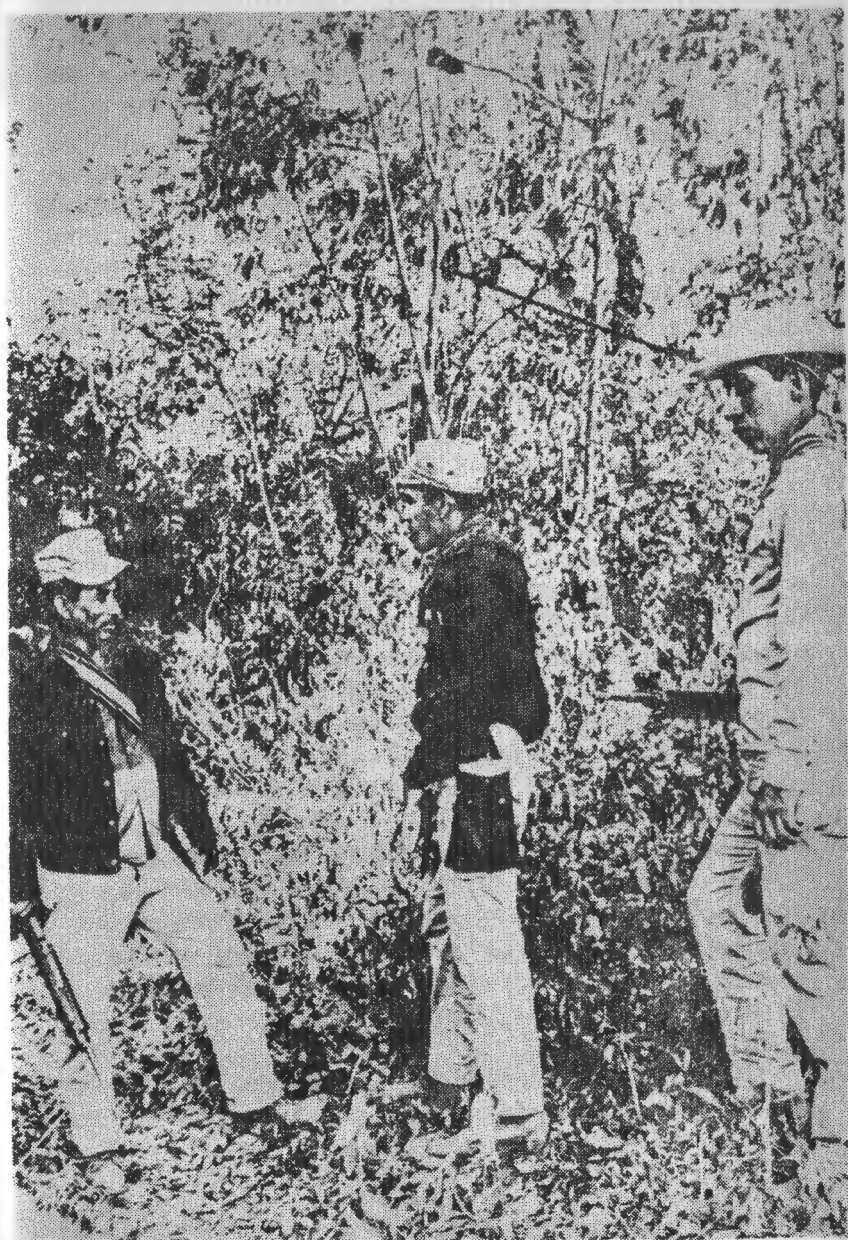
para empuñar las armas en contra del gobierno y de la burguesía, por celos de mando se volvieron enemigos.

De Lucio Cabañas ya hablamos con amplitud al principio.

Debido a consignas emanadas de las Conferencias Latinoamericanas de Estudiantes, y de Solidaridad, y ante el ejemplo vigoroso del Movimiento Estudiantil del Verano Francés, también llamado "Revolución de Mayo", aquí se produjo el histórico y mil veces glorioso movimiento estudiantil de 1968, en el que participaron también como en el de París, valiosos camaradas que estuvieron en las Conferencias de La Habana.

Lucio Cabañas ha podido eludir la tenaz persecución de las tropas, y aunque en su haber cuentan cuatro emboscadas a las tropas con bastante número de muertos, en realidad el mérito se debe acreditar a Arnulfo Ariza, "Mena-Mena", que fue quien preparó a la brigada y dirigió los dos ataques más espectaculares a las fuerzas militares, como vemos en otra parte de este libro. También ha consumado su grupo en Guerrero sensacionales expropiaciones a bancos y empresas, y plagios de millonarios; algunos de los cuales pagaron con su vida por no cumplir sus parientes y las autoridades con las condiciones fijadas por la Brigada Campesina de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres.

No me propongo relatar los pormenores del más importante movimiento huelguístico revolucionario estudiantil, como fue el de 1968, porque está en el recuerdo de todos y no entra en mi propósito; sino tocarlo como punto de referencia y también de cambio; y porque tuvo derivaciones que podríamos llamar pródromos de la Revolución Socialista en México. Así pues, muy por encima trataré lo de aquel gran movimiento, que estuvo dirigido por el Consejo Nacional de Huelga.



Genaro y dos guerrilleros.

En un principio realizó pequeños mitines dentro de sus aulas universitarias y lo engrandeció tácticamente para conocer objetivamente la fuerza del gobierno para contrarrestar dicho movimiento; y en esa forma, se inician las manifestaciones gigantescas apoyadas por un sistema organizado de gran propaganda entre la población, hasta llegar el momento en que este movimiento estudiantil se sintió intocable, porque estaba integrado con la totalidad del alumnado y maestros de absolutamente todos los centros de altos estudios del país, desde la UNAM y el Politécnico hasta la más modesta normal rural e instituto tecnológico o escuela de agricultura, incluyendo a los institutos particulares.

De las manifestaciones y mítines asumimos la ofensiva, pues el régimen pasó a la defensiva. Era la juventud toda, como guía del pueblo, contra la burguesía y el gobierno. Incendio de autobuses y tranvías, virtual paralización del tránsito; y al acercarse la fecha de apertura de los XIX Juegos Olímpicos —que no estábamos dispuestos a permitir—, se convocó a mitin en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, pues la población de la enorme unidad habitacional nos era favorable en un alto porcentaje. Eso fue el 2 de octubre de 1968. La represión está descrita en mil libros. Fue espantosa, sin precedentes.

Como resultado, los estudiantes nos replegamos a nuestros respectivos colegios; y desapareció el Consejo Nacional de Huelga, que adquirió la forma diversificada de Comités de Lucha en las diferentes escuelas y facultades de la UNAM, del IPN, de la Nacional de Maestros y de todas las Universidades y Tecnológicos de la República.

Los grupos estudiantiles más radicales dispusieron irse a la clandestinidad, y dieron vida a los Comandos Urbanos Guerrilleros y se iniciaron en toda forma los

dispositivos para irnos a la revolución socialista, que desde un principio, desde las Conferencias de La Habana, fue nuestra consigna, nuestra meta, comenzando primero con sistemas de golpeo y retirada.

Se formaron pequeños grupos clandestinos —como relaté al principio— y a esos se les fue conociendo por sus acciones revolucionarias, consistentes en asaltos a bancos, a transportes conductores de fondos, y a negociaciones, y culminaban con la expropiación de los dineros a la mano, siempre en cantidades que imponían respeto. Era nuestra respuesta a la represión; y cobro, en parte, de daños por la matanza de Tlatelolco, y naturalmente, cada uno de esos grupos quería dejar constancia de su arrojo y de su participación en la guerra para derribar al actual sistema de gobierno por el único que encarna la representación del verdadero pueblo, el socialista, de acuerdo con los esquemas trazados por Marx, Lenin, Mao, Fidel y demás caudillos del mundo socialista. Y cada grupo que consumaba una acción combativa, dejaba su tarjeta de constancia, responsabilizándose de ella.

Y así nacieron y proliferaron grupos y comandos en todo el país, siendo ellos el “Grupo 23 de Septiembre”, “Liga Leninista Espartaco”, “Movimiento Espartaquista Revolucionario”, “Liga Comunista Espartaco”, “Frente Estudiantil Revolucionario”, “Comandos Armados de la Asociación Cívica Guerrerense”. “Liga de Comunistas Armados”, “Comandos Urbanos Lacandones”, “Comandos Urbanos Patria o Muerte”, “Comando Arturo Gámiz”, “Fuerzas Armadas de la Nueva Revolución”, “Frente de Liberación Nacional”, “Movimiento de Izquierda Revolucionaria”, y otros muchos núcleos rebeldes en Chihuahua, México y Monterrey.

Simultáneamente, un conjunto de estudiantes nicolaítas que estaban inscritos en la universidad “Patricio

Lumumba", de Moscú, deseosos de acelerar y llevar a un final victorioso al movimiento subversivo socialista que cundía en México, solicitó entrenamiento político militar a las autoridades de la URSS, las cuales accedieron pero por compromisos de índole diplomática, aquello no se hizo en territorio ni con personal soviético, sino en Pyong Yang, Corea del Norte.

Allá, la capacitación fue íntensiva y de la más depurada técnica. Los doctorados en guerrillas se constituyeron al llegar a México en "Movimiento de Acción Revolucionaria"; y luego entraron exitosamente en acción, con golpes severísimos a la gran burguesía dependiente, a las empresas monopolizadoras y al gobierno. Desgraciadamente por causas que más adelante detallaré, las fuerzas represivas capturaron uno a uno a los principales elementos de los grupos guerrilleros urbanos y rurales, y el movimiento quedó acéfalo, desorganizado.

Hubo intercambio de opiniones entre los supervivientes de la primera embestida guerrillera socialista, y se tomó la decisión de actuar unificados bajo una sola dirección y con una sola línea; y en Guadalajara dimos vida a la "Liga Comunista 23 de Septiembre".

De los pormenores de su organización y nacimiento, daré cuenta más adelante, puesto que tomé parte, si no relevante, sí lo suficientemente activa como para interiorizarme y superar lo que hasta entonces habíamos hecho, y corregir errores de procedimiento para convertir en triunfo espléndido lo que hasta el momento había sido una sucesión de fracasos y derrotas.

* * *

LIGA COMUNISTA "23 DE SEPTIEMBRE, S. J."

Por errores de táctica, por parlanchinería, vanidades y presunciones tontas, también por cobardes delaciones, y un poquito por habilidad de las fuerzas represivas, los primeros éxitos conseguidos por los camaradas del "Grupo 23 de Septiembre", "Liga Leninista Espartaco", el FUZ, Frente Estudiantil Revolucionario, "Comandos Urbanos Lacandones", "Comandos Asociación Cívica Guerrerense", "Movimiento de Izquierda Revolucionaria", "Frente de Liberación Nacional" y otros, se convirtieron en lamentables derrotas. Sus dirigentes, uno a uno cayeron en las garras de la policía, y sus grupos sufrieron las consecuencias de la decapitación y de la semidisolución.

Un último golpe, el que sufrió el Movimiento de Acción Revolucionaria (M. A. R.) que llevó a la cárcel a casi todos sus miembros —los mejor preparados en todos sentidos—, repercutió dolorosamente en los ámbitos de la guerrilla en México. Los grupos estaban acéfalos y desorganizados.

Ahora bien, desde 1968 dentro del clero político se iniciaba una división propiciada por la acción intrigante de la congregación de los jesuitas, que determinó un cambio de frente, un cambio de 180 grados, que permitiera a la Iglesia recuperar la dominación de los grandes sectores de campesinos, obreros y clase media que había perdido. Se volvieron pro marxistas, mellizos de los comunistas, y se dieron un baño de tintes rojos. Es una larga historia que ni sé, ni voy a contar; sólo lo que viene al caso.

Su arma de penetración es la escuela. Tienen numerosos colegios para ricos en el mundo entero, y se filtraron en escuelas superiores, especialmente en los tecno-

lógicos. Sus plazas fuertes son Monterrey, Guadalajara y por fuerza, el Distrito Federal.

En esos años, los sacerdotes jesuitas Javier D'Obeso Yourendain y Manuel Salvador Rábago González, maestros del Tecnológico de Monterrey, dieron vida a una organización denominada "Movimiento Estudiantil Profesional", y a otro llamado "Obra Cultural Universitaria". Aparentemente, la finalidad era que los estudiantes del Tecnológico se formaran una mentalidad progresista dentro del ramo del cristianismo. Siempre hacían destacar la personalidad de Jesucristo como la del primer hombre que incitó al reparto de los bienes equitativamente, entre los seres humanos. Lo proyectaban en realidad, como el primer comunista del mundo. En el "Movimiento Estudiantil Profesional" destacaron principalmente **Ignacio Arturo Salas Obregón, José Ignacio Olivares Torres, Héctor Torres González, Eufemia Belén Almanza Villarreal, Hilda Rosario Dávila Ibáñez, Juan Carlos Flores Olivo, Juan Antonio Veloz Ríos, María de la Paz Quintanilla, José Manuel Báez Avila, Ana Luisa Guerra Flores, Graciela Mijares López, y José Luis Sierra Villarreal.**

(No pierda de vista estos nombres; principalmente los subrayados, que los verá más tarde en papel estelar).

Cuando conocieron la teoría y la tesis de este "Movimiento Estudiantil Profesional", varios ex miembros de la Juventud Comunista de Monterrey, se asimilaron a dicha organización. Entre otros, **Raúl Ramos Zavala, José Luis Rhi Sauci, Rosalbina Garabito Galindo, Estela Ramos Zavala y José Angel García Martínez.** Se identificaron ideológicamente, con simples diferencias de la personalidad de Jesucristo. Entonces realizaron estudios políticos sobre nuestro país y se propusieron observar y conectarse a través de Raúl Ramos Zavala con los diferentes grupos que ya estaban actuando en forma sub-

versiva; es decir, con los demás grupos guerrilleros que habían surgido, unos socialistas y otros fingiendo socialismo. Se trataba de unificarse bajo un común denominador de mando.

Raúl Ramos Zavala viajó a Chihuahua e hizo contacto con Diego Lucero Martínez, quien pertenecía al "Movimiento 23 de Septiembre" y que decía ser superviviente del asalto al cuartel de Ciudad Madera. Luego estuvo en la ciudad de México, y se conectó con David Jiménez Sarmiento, representante del grupo "Los Lacandones". Incansable, Raúl fue a Guadalajara, en donde conoció mediante Diego Lucero, a Fernando Salinas Mora, quien siendo del "Movimiento 23 de Septiembre" aglutinaba en la capital tapatía a los integrantes del Frente Estudiantil Revolucionario (FER) que desconocieron a sus líderes y se metieron a la lucha guerrillera con el nombre de "Los Vikingos". Los dirigía Juan Manuel Rodríguez, alias "El Clark".

Conectados entre sí; y bajo la dirección ejecutiva de Raúl Ramos Zavala consumaron asaltos simultáneos bancarios en Monterrey, Chihuahua, México y Guadalajara, en 1972. El propósito era hacerse de fondos y formar la organización guerrillera de jerarquía nacional.

Pronto sufrieron dos bajas irreparables. En Chihuahua murió Diego Lucero, y también Avelina Gallegos "Natacha" y Froylán Rascón Córdoba —como ya vimos en otro capítulo—, por atenerse al estúpido plan de Rolando Cordera Campos; y cayeron a la cárcel ocho camaradas más, sin provecho alguno, porque el dinero lo recuperaron los bancos chihuahuenses afectados.

Por otra parte, en un enfrentamiento con una patrulla policiaca, resultó muerto en México Raúl Ramos Zavala.

Entonces surgen como estrellas, como figuras principales, Ignacio Arturo Salas Obregón y José Angel García Martínez, a los cuales vimos formarse al lado de los je-

suitas D'Obeso Yourendain y Rábago González en sus dos grupos, "Movimiento Estudiantil Profesional" y "Obra Cultural Universitaria". Salas Obregón y García Martínez se reunieron después de la muerte de Ramos Zavala, en la colonia Pantitlán, de la ciudad de México y decidieron formar la organización proyectada por Ramos Zavala.

La pareja de jesuitas facilitó la entrevista en Guadalajara con Fernando Salinas Mora, "El Richard", en su casa; ya que contaba con mayor fuerza por estar respaldado por los miembros del FER, a su vez infiltrados por los jesuitas de la capital de Jalisco. Lo sabía yo, porque precisamente por ese motivo me desligué de "El Richard" a quien vi sumiso ante esa rama de la clérigaya. Por eso me fui a la Costa Grande de Guerrero, a unirme a la Brigada de Ajusticiamiento y demás.

El 15 de marzo de 1973 se realizó la primera reunión nacional constitutiva de la "Liga Comunista 23 de Septiembre", con los supervivientes de los grupos despedazados por la policía. Asistieron Fernando Salinas Mora, "El Richard", como que en su casa era la junta, y representaba a la fracción radical de la FER; Ignacio Arturo Salas Obregón, jefe del núcleo guerrillero de Monterrey, que adoptó el seudónimo de "José Luis", entre otros que usaba; y Rodolfo Gómez García, del "Movimiento 23 de Septiembre", que utilizó el alias de "El Viejo". De ese mismo grupo, Manuel Gómez García y su hermano Eleazar, Gustavo Adolfo Hirales Morán y José Ángel García Martínez, los cuales representaban al Grupo Monterrey, de los padres D'Obeso y Rábago.

A su vez, Ignacio Olivares Torres y Héctor Torres González —del Movimiento Estudiantil Profesional regionmontano del que hablamos al principio—, los cuales ya se habían infiltrado en el "M. A. R.", para entonces deshecho, y lo representaron en la reunión en casa de

“El Richard”. Con ellos fue José García Wenceslao, de ignorada procedencia. Estuvieron presentes Francisco Rivera Carvajal, del grupo de “Los Enfermos”, de la Universidad de Sinaloa, y David Jiménez Sarmiento, del grupo “Los Lacandonos”. Edmundo Medina Flores representó a la Liga Comunista Espartaco; y yo, a la Brigada de Ajusticiamiento y demás yerbas, por encargo de Cabañas, quien creyó que él sería proclamado jefe del movimiento nacional, y su partido —el de los Pobres—, como el oficial de la rebelión. Prometió esa vez, a cambio de ambas cosas, que enderezaría su rumbo y permitiría la politización de la brigada, incluyéndose.

En la reunión de Guadalajara acordaron la elaboración para fecha próxima, de la tesis política del movimiento armado llamado “Madera Uno”, “Madera Dos”, “Madera Tres”, “Madera Tres bis”, en memoria de Arturo Gámiz García y de Oscar González Iriarte. Al parecer, no importaron los otros caídos en Ciudad Madera, que tenían iguales altísimos méritos que Arturo y Oscar. Lo hice ver pero no los tomaron en cuenta.

La tesis indicada, “Madera uno, dos, tres y tres bis”, sería el órgano de comprensión radical para el adoctrinamiento de los reclutas de la organización. El nombre oficial fue “Liga Comunista 23 de Septiembre”, organizada por una Coordinadora Nacional y un Buró de Dirección. Varios de los que concurrimos quedamos en la Coordinadora; y el Buró, bajo la dirección de Ignacio Arturo Salas Obregón (el discípulo del padre D’Obeso), Rodolfo Gómez García, Manuel Gámez García, José Ángel García Martínez, y un tal ‘Matus’.

Por vía de precaución y medida de orden interno, se dispuso como necesario, conocer únicamente la trayectoria política de los nuevos militantes, los cuales tenían el derecho de adoptar seudónimos para no ser conocidos ni por los miembros de la dirección. Hice la lucha

hasta el límite de mis capacidades para que Lucio fuera proclamado jefe de la Liga Comunista "23 de Septiembre", y lo rechazaron. No pude ocultar que era un oportunista que carecía además de doctrina, porque entre nosotros el peor delito es pasar por alto esto y presentar como limpio a un sucio, sabiéndolo. Al fin y al cabo, si el sucio conviene, se le acepta y asunto terminado. Dije que Lucio prometió corregir su línea y politizarse en el marxismo.

No constituyó novedad lo del oportunismo de Cabañas y su crasa ignorancia, así como su sospechosa actuación provocadora. Ya antes que yo, habían ido camaradas del "M. A. R.", del "F. U. Z." y diversos espartaquistas, los cuales se opusieron hasta a su inclusión. Regresé, informé a Lucio, quien soberbio y grosero, prometió que exterminaría a quienes le hicieron semejante desaire. Platicamos, lo amansé, y le dije que iría una delegación de la Liga para empezar el adoctrinamiento y politización, y que cuando esos rindieran su informe positivo, no habría inconveniente tal vez en que la segunda reunión —entre los meses de julio y agosto de 1973— lo incluyeran en el Buró de Dirección y luego a la jefatura.

Cabañas estaba furioso. Había anunciado a los de la Brigada, que en la reunión de Guadalajara sería reconocido jefe supremo. Y no sucedió así, sino que por poco y no lo aceptan. Se humilló en aceptar a la delegación de la "23 de Septiembre"; pero para entonces yo ya había bajado de la sierra. No era posible continuar en la Brigada. La vanidad de Cabañas es insufrible.

A poco caí preso, y ahora sí con cargos graves, porque ya me seguían los pasos. Estuve a salvo en la sierra de Atoyac. Bajé y paré en la cárcel.

La segunda reunión de la Liga fue también en Guadalajara. De ello me enteré a mi regreso de Cuba. Pues

bien, siguiendo el relato de la "23 de Septiembre" su segunda reunión entre julio y agosto de 1973 según supe, se vio concurrida por Ignacio Arturo Salas Obregón, Rodolfo Gómez García, Ignacio Olivares Torres, J. Angel García Martínez, Manuel Gámez García, Héctor Torres González, Francisco Rivera Carvajal, Juan Carlos Flores Olivo, Salvador García Corral, Pedro Orozco Guzmán, "Matus", y David Jiménez Sarmiento. Se amplió el Buró Político, para incluir a Ignacio Torres Olivares (también de los chicos malos del padre D'Obeso).

Y para cubrir mi vacante en la Coordinadora, pusieron a José García Wenceslao.

En el periodo entre la constitutiva y una segunda reunión nacional, se integró un comité militar con Ignacio Arturo Salas Obregón, "Matus", Edmundo Medina Flores, David Jiménez Sarmiento, Paulino Peña y Peña, y Pedro Orozco Guzmán.

Dispuso la segunda reunión realizar los secuestros de Eugenio Garza Sada en Monterrey, y de Anthony Duncan Williams y Fernando Aranguren Castiello, en Guadalajara. Se proyectaron para que fueran simultáneos, y se anticipó que si no se accedía a la demanda, sin miramientos se les ejecutara sin previa consulta. El único con poder para revocar o confirmar las ejecuciones, era Ignacio Arturo Salas Obregón, antiguo discípulo predilecto del padre D'Obeso. Los secuestros no fueron simultáneos, porque falló el de Garza Sada, al que se dio muerte en el intento. Por cuanto a Guadalajara, sí plagiaron al cónsul Anthony Duncan y al millonario industrial Fernando Aranguren. Al primero le perdonaron la vida; y al segundo Salas Obregón dispuso su muerte al ser consultado.

Los acuerdos de la segunda reunión nacional de la Liga fueron cinco:

1. Desarrollar actividades militares para apoyar el movimiento de masas; 2. Recuperación de armas; 3. Matar a jefes prominentes de la policía, del ejército, líderes charros y eliminar pequeñas unidades enemigas; 4. Expropiar recursos materiales y monetarios; y 5. Desarrollar actividades para liberar presos políticos.

Después de lo hecho a Garza Sada, de Monterrey y Aranguren de Guadalajara, la policía desplegó tal actividad, que en diferentes Estados capturó a elementos de la Liga y a otros los mató en enfrentamientos. Han caído al por mayor. Algunos que yo recuerdo o que supe por los periódicos o por camaradas fugitivos, son tan sólo de mayo a la fecha en que este libro entró en prensa Juan Carlos Flores Olivo, Melitón González, Raúl Pérez, Dionisio González, Magdalena Barajas Escamilla, Martha Hortensia Galindo, y Alba Socorro Larios Cota, de la brigada "Arturo Gámiz", de la Liga, y fueron capturados en mayo en Tijuana; en tanto que en el ejido "Juárez" de San Buenaventura, Chih., quedaron presos Jesús Burciaga Reyes, Miguel Angel Niño Chávez, Dulce María Escobar y Chuy Estrada.

En Culiacán, Felipa de Jesús Múzquiz, Víctor M. Loaiza, Roberto E. García, Arsenio Alvarado, Héctor Campos Ibarra, Librado Miranda y Víctor M. Véizquez Sarabia; éstos, después de sostener un encuentro a tiros con la policía municipal. Ellos habían tomado parte en la rebelión de enero. En Jalisco detuvieron al licenciado Alejandro Herrera Anaya, defensor de miembros de la Liga y del FER. En Monterrey, Benjamín Palacios, Sergio Manjarrez y Carlos Treviño; en Cacahuatpec, Oaxaca, Víctor Bautista, Diego Juárez, Bartolo Silva y Rogelio Juárez; y en Navojoa, Agustín Brau Rojas y Alejandro Martínez Duarte, después de un combate a tiros con la policía municipal.

Desde mucho antes, ya la Liga Comunista "23 de Septiembre" se había reducido a su mínima expresión, porque la abandonaron el FUZ, el MAR, la Brigada de Ajusticiamiento, los "Espartacos" y otros. Resultaba peligroso estar en sus filas. Hubo numerosos choques internos, y resultaron rajones o delatores los que de su seno caían, porque abrían la boca y daban nombres, apodos, pelos y señales de los guerrilleros. Mi captura no fue casual. Sabían dónde estaba yo, y a qué horas tenía una cita para realizar un secuestro bancario; y "casualmente" me agarraron; no así al de la cita, ni al que me iba a acompañar.

Quien se mete a guerrillero, va entendido de que su vida no vale un cacahuete y que si lo aprehenden, lo harán hablar. Luego entonces, hay que mentir para desorientar a los represores; o de plano dejarse matar en la tortura, antes que delatar a ningún camarada y menos todavía, los planes que se fraguan. Pero las cosas no han sido así en la **mayoría de los casos**. A las primeras de cambio abren toda la boca y revelan hasta lo que no les preguntan. Algunos, ante el temor del tormento, se prestan a llevar a la policía para que ésta capture, hiera o mate a los propios camaradas. Y desgraciadamente, la Liga está sembrada de espías y de llorones.

Preferible el tifo, a la compañía de un septembrino. No sabe uno con quién va a perder.

Veamos algunos casos ilustrativos:

El 27 de junio del año pasado —yo ya estaba en Cuba— cayó Luis Antonio Alvarado Martínez, "Carlos" o "Daniel", que como miembro del MAR fue a Corea a capacitarse. Debieron enseñarle a morir antes que delatar. Tan pronto vio que le iban a aplicar tortura, desembuchó todo. Delató a los que tomaron parte en el asalto al Banco Comercial Mexicano en marzo de '72, en

Monterrey. Dio apodos y señas precisas para lograr su captura, cosa que sucedió.

Reveló que por haber vivido en Guadalajara, conoció a "David" y a "El Richard" con los que vivió en casa de este último, y dio su nombre: Fernando Salinas Mora, buscadísimo por la policía. No lo hallaban porque cambiaba de domicilio y no se sabía quién era "Richard". En agosto, Ana Luisa González Hernández, novia y prima de José Luis Andalón Valle, y también miembro ella de la Liga, dijo que su seudónimo era "Yadira", cuando la detuvieron. No costó trabajo sacarle la verdad. Llevó a la policía a las calles de Fraternidad en donde estaba Fernando, y cuando lo intimaron a rendirse, peleó junto con Efraín González Cuevas "El Borrego", y murieron ambos. La esposa de "El Richard" apenas alcanzó a huir, sin quemar los papeles. De ese modo los polizontes hallaron documentos que señalaban la organización de diferentes comités de barrio, obreros y estudiantiles; planos de agitación y propaganda, y un escrito con el nombre del cónsul doctor Anthony Duncan, teléfonos, placas de coches, etc., justos los datos que habían requerido para el plagio, y negociaciones conducentes; la consulta a Salas Obregón, y respuesta con sentencia de muerte para Aranguren; y los planes ya elaborados para asaltar 'Productos de Trigo', y ¡qué se yo más!

Así fue posible la captura de los que tomaron parte, c su muerte, y que se desintegraran proyectos y cuanto se había elaborado.

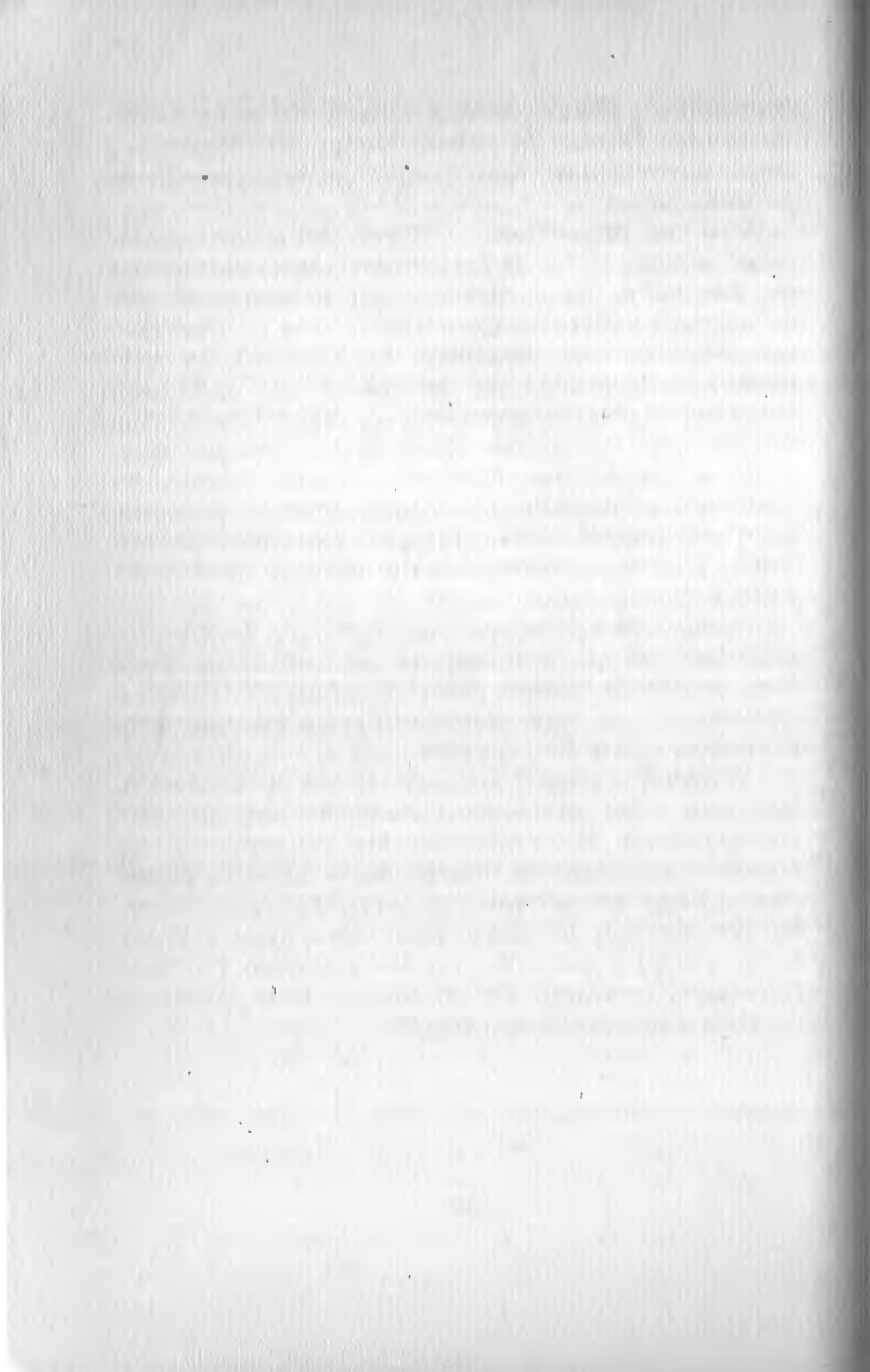
En Culiacán aprehendieron a Gustavo A. Hiraes "Pablo" y "Fermín"; y lo primero que hizo fue denunciar a los "lacandones". Dio detalles ignorados por la policía de asaltos a bancos e industrias en Monterrey, México y Chihuahua, y datos que permitieron la detención de miembros del MAR, Lacandones, y del propio "2º de

Septiembre". Reveló secretos íntimos de la formación de la Liga en casa de Salinas Mora; "El Richard"; y quién sabe cuántas cosas, porque cayeron guerrilleros en todas partes.

A su vez, Elías Orozco, "Ulises", del grupo espartaquista afiliado al "23 de Septiembre", luego de confesar que fue uno de los participantes en la muerte del jefe de la gran burguesía, Eugenio Garza Sada —sentenciado por cada uno de los guerrilleros en cuanto hubiera oportunidad de liquidarlo o secuestrarlo por ser de la gran burguesía la pieza más codiciada—, dijo "Ulises" cómo se planeó, quiénes y dónde estaban. Las capturas sucedieron a sus palabras de delator. También reveló un misterio que interesaba a la policía, intrigada en saber quién era Tom de Analco. Elías Orozco aclaró que era Tomás Lizárraga, responsable del comando urbano del FER en Guadalajara.

Además, dio los datos que permitieron a la policía y federales caer por sorpresa en una cabaña de Popo Park, en donde murieron una camarada —"Ofelia" o "Valentina"—, y otros guerrilleros cuyos nombres ignoro, porque no los dio la prensa.

¿Y para qué seguir? Lo cierto es que si la delación, los soplos y las infiltraciones continúan, las guerrillas próximas serán de un sólo individuo; porque dos o tres es correr un riesgo de muerte. Sé de otros delatores, pero no tengo las pruebas. Por eso no doy sus nombres. Se dice que uno del grupo, puso sobre aviso a Garza Sada, y que por eso salía y ya iba prevenido, haciendo fracasar el secuestro. Por fortuna, el viejo millonario no vivió para contar su aventura.



VIII

Me separé —lo he repetido mucho— de la Brigada Campesina de Ajusticiamiento, del Partido de los Pobres que comanda Lucio Cabañas Barrientos, porque no es un grupo revolucionario, entre otras cosas, por su total ausencia de doctrina; y de acuerdo con el materialismo histórico, según uno de sus puntos fundamentales, “sin teoría revolucionaria no puede haber tampoco movimiento revolucionario”. Y sin quererlo, fui a caer en el extremo opuesto.

Ingresé en la “Liga Comunista 23 de Septiembre” de la cual fui uno de sus fundadores; y como uno de sus delegados constituyentes, fui designado miembro de la Coordinadora. Nada más que el nuevo organismo también resultaba insoportable porque su Buró se pasó de tueste y abusó de la teoría, de la doctrina, lá cual aplican e interpretan con criterio de rabiosos, desesperados e irracionales. Esos tampoco son comunistas, sino “ultraizquierdistas”. No hay argumento táctico que valga, aún los usados y permitidos por el marxismo y sus grandes teóricos y realizadores Lenin y Mao. No hay concesión posible. Quieren ser la punta más aguda de la extrema izquierda. Se créen únicos intérpretes de Marx y se estima como únicos depositarios de su doctrina. Quien no piensa como ellos, lo destruyen aún con la delación.

Si viviera' Lenin, muy mal la iba a pasar, porque éstos lo condenarían por oportunista, pequeño burgués, provocador, lo juzgarían rezagado y lo rebasarían por la izquierda y ¡qué se yo!

Me recuerdan a un camarada a quien traté mucho, Angel Bravo Cisneros, que desempeñó papel de primera línea en la construcción del Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR) y fue el jefe del primer contingente de mexicanos que viajó a Pyong Yang, Corea, a tomar cursos de guerrillerismo moderno, científico y socialista.

Angel estudiaba en la Universidad de San Nicolás Hidalgo. Su conversación estaba entreverada de consignas revolucionarias y viejos clichés marxistas, los cuales declamaba como si él los hubiera inventado. Para platicar con él, había que hacerlo previo repaso de los textos clásicos, so pena de no entender ni jota, o quedarse a medias el interlocutor. Era implacable con quien no usara en su conversación el lenguaje específico del marxleninismo.

Se le veía con respeto. Era un santón del comunismo aquel muchacho regordete y estampa de místico. Debido a ello, Fabricio Gómez Souza le echó el ojo para que se hiciera cargo del reclutamiento de camaradas que irían a Pyng Yang. El sí que sabía, porque a todos los tenía clasificados en su archivero mental. Angel iría al frente de los futuros guerrilleros, y en Corea del Norte fue el jefe del grupo mexicano. De eso hablaré en un capítulo exclusivamente dedicado al M. A. R.

Mas sucedió un día que aquel inflexible recitador e intérprete del marxismo, doctorado en Pyong Yang, cuando lo capturó un polizonte y se vio frente a una metralleta presta a disparar, y a un puño cerrado listo para descargarlo en su rostro, se convirtió en mansa oveja o paloma, y delató a todos sus camaradas, sus planes,

y cuanto podía servir al gobierno para aplastar al movimiento. Dio direcciones, santo y seña y forma de cogerlos desprevenidos, ¡y el MAR pasó a la historia! Pocos de sus mejores elementos lograron escapar, entre ellos mi camarada Marisol.

Pero Angel Bravo Cisneros, el santón, recitaba a la perfección el marxleninismo, y no toleraba la más pequeña equivocación, como si fuera tan fácil la interpretación y la aplicación; motivo por el cual a estas fechas puede decirse que cada nación del mundo socialista tiene su marxismo leninismo propio, y cree interpretar con sabiduría la teoría; y así vemos a la URSS que tiene graves discordias con China y las tuvo con Yugoslavia, Albania y Vietnam del Norte, porque cada cual es marxista a su manera; y no digamos Cuba, en donde Castro ha construido un marxleninismo tropical, que no acepta la ortodoxia.

Volvamos a la "Liga 23 de Septiembre".

Fue flor de un día. Muy breve tiempo sirvió como aglutinadora de todos los grupos, o de sus despojos, porque uno a uno, los comandos se alejaron o los echaron, pues todos chocamos con la intemperencia radicalizada del Buró, controlado absolutamente por los muchachos que formaron en Monterrey los jesuitas D'Obeso y Rábago. Resultaron más marxistas que Marx. Se quedaron solos; y al poco tiempo también se partieron en dos, porque surgieron líderes increíblemente más extremistas que lucharon contra los que por su radicalismo habían provocado la dispersión, pues los acusaron de tibios, oportunistas y desviacionistas.

Y pensar que cuando nos reunimos en la casa de "El Richard" en Guadalajara, en marzo del año pasado, estábamos ciertos de haber dado vida a un eslabón importante en el desarrollo de una lucha por construir una organización superior, una organización de revolucionaria-

rios profesionales; y tal esfuerzo se fundó siempre en la necesidad de definir, elaborar, propagar y desarrollar una política unilateralmente proletaria. Se trataba de un proceso que permitía básicamente eliminar la dispersión de los elementos más avanzados del proletariado consciente.

Todo el esfuerzo se malogró por los "ultras". De la Liga salimos más divididos y atomizados que nunca. Y lo que quedó, escindido como ya he dicho, en un pleito irracional, rabioso; algo semejante a una batalla campal entre locos. Las dos facciones de lo que quedó de "LC23s", están enfrascadas en una competencia para ver quién comete más estupideces. De ello son un botón de muestra el grupo que opera en la Universidad Autónoma de Sinaloa, conocido como "Los Enfermos". El apodo es exacto. Son enfermos, intoxicados de un marxismo que al no poderlo digerir, los empachó, se les añejó en las entrañas, tal como esos recargos intestinales por mala digestión que desembocan en altas fiebres que enloquecen y que matan. Unos a otros se injurian, se dicen oportunistas, revisionistas y demás; y el resultado es el criminal abandono de la lucha. Teorías y más teorías que en vez de hacer luz, oscurecen y desorientan. Mientras tanto, la dispersión guerrillera asume proporciones de estampida, y las cárceles y panteones se llenan de sinceros y arrojados luchadores.

Si uno dice sí, el otro responde que no. Por ejemplo, el grupo de "los enfermos" elaboró una teoría que llamó "de la vinculación partidaria". En el acto la rechazó el Buró de la Liga, diciendo que la teoría de la vinculación partidaria es una concepción en la cual se expresa de un modo más o menos sistemático, la posición de clase de la corriente oportunista en el seno de la Liga. Es la vuelta a las viejas teorías de la "libertad crítica", "unidad a toda costa", "el foco", etcétera. Es un nuevo ropaje

detrás del cual se esconde lisa y llanamente la política de conciliación de intereses antagónicos. Desde el punto de vista de las formulaciones teóricas, eclecticismo e idealismo puros.

En un documento elaborado por el buró de la "LC23s", al referirse a la teoría de la "vinculación partidaria", responde así a "los enfermos":

"En otros materiales hemos reconocido abiertamente la existencia en el seno de la organización, de una corriente oportunista que ha madurado plenamente. La "teoría de la vinculación partidaria" es sin duda, una de las expresiones más acabadas de tal corriente. Nada más que la tal teoría es extraña al marxismo revolucionario y a los intereses de clase del proletariado. Tal cuestión es necesario decirlo; porque en primer lugar, la Liga no puede cumplir las tareas que el movimiento revolucionario le impone sin desatar en su propio seno una lucha a muerte contra todos los vestigios de oportunismo; en segundo, porque los puntos de vista sustentados por los representantes teóricos de esa corriente oportunista, han causado graves estragos en nuestras filas; en tercero, porque es urgente desenmascarar definitivamente el carácter de clase de esta "teoría", como condición para fortalecer la lucha de las posiciones revolucionarias, y lograr la derrota del oportunismo en nuestras filas".

El grupo de los "enfermos" en una carta a los "arribas" dice que "en las zonas **subserranas**, y en las sierras, desarrolla la burguesía una promoción económica mínima. Las más de las veces, sus planes de desarrollo económico de una región chocan con las contradicciones propias de su producción capitalista, y con la contradicción misma de la lucha de clases. Las más de las veces no logra realizarlas ni de frente a una riqueza natural sumamente rentable.

Inmediatamente respondió el Buró:

“Destaca en primer plano la formulación final que niega implícitamente la posibilidad de desarrollo económico. Tal cuestión se hace derivar de las contradicciones materiales y de las contradicciones de la lucha de clases. Es evidente que el marxismo revolucionario aprecia el desarrollo material de un modo antagónicamente opuesto al manifestado por los “enfermos”. En efecto, el desarrollo del capitalismo y con él, la explotación más despiadada de la riqueza natural y social, se da independientemente de que se “desée” lo contrario.

“En particular asistimos a un proceso de concentración del capital, del fortalecimiento de los monopolios, y junto a él, al necesario desarrollo de la explotación a un nivel superior en nuevas ramas de la producción, de nuevas fuentes de recursos naturales, mercados, etcétera. . .

Y siguen teorizando, y teorizando. Otro debate que se llevó mucho tiempo:

“La posición burguesa en relación a sus propias fuerzas es evidente: a ellos no les interesan los daños inmediatos, las bajas, etcétera, sino el conjunto de su propia fuerza”, dijeron los “enfermos”.

La respuesta llegó zumbadora:

“¡¡Brillante!! ¡A la burguesía “no le interesan los daños inmediatos a sus propias fuerzas!”. Preguntamos simplemente: ¿por qué hace una alharaca desmedida cuando es liquidado uno de sus polizontes? Es claro que los “enfermos” tienen que abandonar el simple sentido común para hacer esta apreciación. Por supuesto, a la burguesía sí le interesa impedir al máximo hasta los daños menos significativos a sus propias fuerzas. Y esto, independientemente de que tenga que “sacrificar” algunos de sus representantes más destacados en algunos

momentos ya que en todo caso, ello se deriva de la imposibilidad de evitar derrotas parciales, debido justamente al avance y fortalecimiento del movimiento revolucionario. . .

Otra pequeña muestra, gotitas, que no botones, porque esto lo dice en tambaches de papel, que lleva tiempo redactarlos, aprobarlos y luego publicarlos, en tanto a los guerrilleros se los lleva la trampa. En una carta caliente, los "enfermos" dijeron al Buró de la Liga que el movimiento exigía que cumpliera con su papel de organización revolucionaria única que levantará una organización distinta a sus actividades y constituyera un plan que aspirara a hacerla presente en el movimiento. Terminaban con la tesis de los tres movimientos: "preparar mejor, vincular, y coordinar".

Respondió el Buró:

"A los enfermos" se les olvida que la exigencia fundamental del proletariado a los revolucionarios organizados, es la de una dirección revolucionaria capaz de llevarlo al triunfo sobre su enemigo de clase. Exigencia que ha sido reconocida por nosotros, de mucho tiempo atrás. El proletario exige una dirección capaz de determinar el curso del movimiento, sus objetivos, tareas y programas; una dirección capaz de conducir al proletariado a la revolución victoriosa, capaz de imprimir una energía mayor al movimiento, capaz de darle a éste, continuidad y firmeza. El proletariado exige de los revolucionarios organizados, de manera fundamental precisamente, ésta y no otra cuestión. . .

No acabaría si reprodujera los dimes y diretes dentro de la Liga.

Sin embargo, han causado destrozos. Fueron a la Costa Grande, y dividieron a la Brigada. Quién sabe si cuando este libro salga, haya habido otro enfrentamiento

entre ambos grupos. Razón tuvo Lucio de echarlos a balazos.

Fueron a la Universidad de Chilpancingo, y crearon problemas muy graves de división y de pugna interna. En Puebla, aquella unidad combativa ejemplar que había logrado con tezón el camarada Rivera Terrazas, ya la hicieron pedazos. Hay en la UAP los "ultras" de la "23 de Septiembre" —galáxicos— que rebasaron por la izquierda al grupo, y tienen ahora a Terrazas y demás, en calidad de reaccionarios, oportunistas y provocadores. En Sinaloa, la cosa asume características verdaderamente alarmantes.

Después de una lucha que costó muchas vidas y otros sacrificios, logramos imponernos —hablo en plural porque participé activamente— a la oligarquía local y nacional, y derribamos al rector Armienta. La rectoría pasó a manos del licenciado Arturo Campos Román, quien fue el responsable del PCM en Sinaloa. Y cuando se empezaba a lograr la unidad revolucionaria, y convertir a la UAS en la más brava trinchera en Sinaloa contra la gran burguesía y sus instrumentos los oligarcas de Sánchez Celis, surge el grupo de los "enfermos", y provoca una división imperdonable, criminal.

Los "enfermos" se dedicaron a agredir a la comunidad universitaria de las más variadas formas: apropiándose de los bienes, entorpeciendo las labores académicas y administrativas, lesionando a estudiantes, maestros y empleados, secuestrando funcionarios, destruyendo documentos, cerrando y quemando oficinas y escuelas, amenazando a los miembros de la comunidad universitaria, portando armas de fuego y punzocortantes, saqueando bibliotecas, etcétera.

Ese grupo, que se califica de ultraizquierdista, se separó de la base estudiantil, y sufrió un proceso de

lumpenización que se manifiesta en el hecho de que se les unieron personas ajenas a la Universidad, muchas de ellas, sospechosas de pertenecer a los cuerpos policiacos del Estado y a grupos armientistas que en actitud de revancha actúan como agentes provocadores de una manera sistemática, mediatizando el movimiento estudiantil, e impidiendo el funcionamiento y el desarrollo de las actividades académicas y científicas, especialmente de carácter crítico y democrático de la UAS.

Ante semejante situación, el Consejo Universitario Paritario determinó sancionar a los miembros de la comunidad a quienes se comprobase su participación directa o indirecta en tales acontecimientos.

En el episodio que a continuación voy a narrar, si incurro en algún error de nombres o fechas, ruego perdón, porque cuando ocurrió, yo estaba en Cuba, como he dicho, canjeado junto con 29 más por la vida del imperialista Terrance Leon Hardy. Allá me enteré, y al regresar, fui a la UAS y allí me lo confirmaron en el Consejo Paritario.

El 17 de mayo del año pasado hubo una violenta asamblea en la Escuela Preparatoria de la Universidad Autónoma de Sinaloa. Los "enfermos" exigían que los estudiantes los apoyaran para obtener más dinero de la tesorería universitaria. La mayoría absoluta rechazó su demanda. Entonces, los "enfermos" abandonaron la Prepa, y un grupo como de treinta, armados con varillas, bombas "Molotov" y ácido, más instrumentos punzocortantes y pistolas de distintos calibres, se presentaron tumultuosamente a la tesorería de la Universidad para exigir al tesorero Sergio Salazar, la entrega del dinero. El se negó, porque había acuerdo en contrario del consejo de la UAS. Ante aquella actitud del tesorero, los "enfermos" fueron a la rectoría para exigir al entonces

rector, licenciado Marco César García Salcido, la entrega de esos fondos. El rector se opuso. Los "enfermos" lo amagaron de muerte. Mientras tanto, otro grupo de "enfermos" se enfrentó a un compañero universitario que les reprochó su actitud violenta, y lo persiguieron hasta la Escuela de Economía, en donde hicieron destrozos, insultaron y golpearon al estudiante Audomaro Quintero, y al maestro J. Guadalupe Meza.

Cuando los "enfermos" se retiraron de la escuela, el camarada estudiante y funcionario de la UAS, Carlos H. Guevara Reynaga acudió en auxilio de Audomaro para llevarlo al puesto de socorros y pidió al licenciado Meza las llaves de su automóvil. Como Meza no tenía disponible el carro, Guevara acudió con el secretario general de la UAS, que era el licenciado Arturo Campos Román —hoy rector—, y él dio las llaves de su coche a Guevara.

Se encontraba Carlos en la planta baja de la UAS, cuando un grupo de "enfermos" lo amenazó y le lanzó bombas Molotov. Reynaga corrió al pasillo que lleva a la Facultad de Ciencias Químicas, y en la mitad del mismo le cerró el paso otro grupo de "enfermos", y a corta distancia le metieron dos tiros, uno en la cabeza y otro en la caja torácica. Caído y agonizando, lo patearon y lo golpearon. No acababa de morir Reynaga, cuando también fue asesinado otro estudiante: Pablo Ruiz García.

Si eso es gravísimo, más lo es, el hecho de que ambos crímenes y todo lo anterior y lo posterior quedaron impunes, por la increíble razón de que "los enfermos" sirven a manera de grupos de choque, a la camarilla gubernamental de Leopoldo Sánchez Celis y su lacayo el "gobernador" Alfredo Valdés Montoya, y a la casta de millonarios latifundistas, productores y traficantes de

drogas y caciques de Sinaloa. Increíble. Desgraciadamente es cierto. Reciben subsidios del ayuntamiento, del gobierno del Estado y de los "gomereros", para impedir que la UAS cumpla ahora sí con su cometido, porque tienen a raya, bajo amenazas de muerte al rector, al Consejo Paritario Universitario, y a la mayoría de estudiantes y maestros.

A Sánchez Célis le interesaba un tumulto de grandes proporciones, de difícil explicación, y veamos lo que sucedió:

El 17 de enero de 1974, cuando los de la Escuela de Agricultura secuestraron vehículos, incendiaron automóviles y minibuses, destruyeron aparadores, asaltaron ranchos del valle de Culiacán y mataron e hirieron a varios, ninguno de los abatidos por los "enfermos" resultaron ser ricos, ni burgueses ni autoridades, ni terratenientes. Todos fueron humildes peones que coincidentalmente, tenían dificultades con sus patrones. Tampoco en esa acción cayeron presos los "enfermos", sino alumnos de la UAS que no eran de confianza de la Judicial y que daba la casualidad que no tomaron parte, y eran irreductibles enemigos de la oligarquía.

La acción, según el parte oficial se inició a las 5.15 de la mañana; "Un grupo de "enfermos" se roba el primer camión de redilas cuando pasaba frente a la Escuela de Agricultura. 5.15. El camión de redilas llega al campo agrícola "El Chaparral", donde sus ocupantes se roban una camioneta panel. Los nuevos ocupantes huyen cuando los alcanza en el campo de San José una camioneta con agentes de la Judicial del Estado, que ya llevaban preso al estudiante Pedro Ruiz Serrano y a otros (que eran enemigos de los "enfermos" digo yo.) 5.45. Los reportes reunidos indican que son aproximadamente 300 los estudiantes que se movilizaron, integrados en seis grupos. 6.00. Los grupos estudiantiles que se

movilizaron atacan entre otros, los siguientes campos: "Argentina", "El Conejo", "Perras Pintas", "El 44", "Nogalitos", "Patricia", "Alonso" y "Saracho".

Lo que transcribí fue el "parte oficial". Ahora bien, resulta imposible que en un cuarto de hora ya combatan estudiantes y policías, nada menos que en "El Chaparral", al que desde el cuartel de la Judicial a alta velocidad, no hay modo de llegar antes de media hora, suponiendo que los judiciales ya estuvieron sobre las armas, y en sus patrullas, no dormidos y sorprendidos por las desesperadas llamadas de los atropellados.

Por otra parte, no es posible que a los tres cuartos de hora, después de iniciada la acción, la Judicial supiera que los protagonistas eran estudiantes, y 300 en números redondos, y divididos en seis grupos. A lo mejor fueron más, porque los ranchos atacados son muchos y no hubieran alcanzado a hacerlo en la proporción aritmética que dio el gobernador. Además, resulta sorprendente la movilidad y el don de ubicuidad de los "enfermos" para estar en tantos ranchos tan distantes entre sí, siendo que se desplazaban a pie y sólo entre las 6.45 y las 7 y media roban tres minibuses y cuatro autobuses urbanos que sólo circulan dentro de la ciudad, los cuales por cierto no utilizaron para movilizarse, sino para quemarlos.

En el mismo parte oficial se dice que a las 10.50 un mismo grupo está en el INFONAVIT, en una cervecería, y en la caseta de vigilancia de Recursos Hidráulicos. Dice así el gobernador:

"10.50. Informan del campo "El 44" que fue muerto a tiros por estudiantes, el trabajador Loreto Valenzuela Cervantes, de aproximadamente 20 años. En el campo "Perras Pintas" fue detenido el estudiante de Agricultura Esteban García (no "enfermo"). Informan también que un avión fumigador anda auxiliando a los cuer-

pos de seguridad. Es robado el auto de alquiler 2436 de Leopoldo Astorga, también le quitan un Volkswagen del Banco Agropecuario a José Ramón García; frente a casas que está construyendo el INFONAVIT por la carretera Internacional, al norte, se roban 3 camionetas y una góndola de la SOP., aproximadamente 60 estudiantes, portando tres de ellos una metralleta, una escudra 45 y una pistola Super. En la caseta de vigilancia, por la fuerza se apoderan de 3 pistolas calibre 38”.

El parte oficial omitió lo sucedido en el campo Santa Cecilia, en donde según el personal de la granja, los jornaleros inermes se preparaban a salir al trabajo, cuando bandas de judiciales los atacaron y balearon por la espalda. No había mentira. En el recuento de muertos al final de la jornada, resultaron ocho, de los cuales, seis eran jornaleros y tenían las balas entrada por la espalda. Ellos iban a hacer una huelga. El rancho Santa Cecilia es de un prominente político, millonario y gomero de la administración de Valdés Montoya, que maneja Sánchez Célis.

No es posible admitir que si eran estudiantes revolucionarios, fueran a asesinar justamente a jornaleros inermes a los que se trata de conquistar. Fueron los judiciales; pero los “enfermos” se echaron la culpa, porque fue un plan diabólico ejecutado por la policía judicial con la complicidad de los “enfermos” de la UAS, miembros de la Liga “23 de Septiembre” bis.

La UAS tiene antecedentes de lo mejor. Fue la primera en proclamarse marxista. En efecto, en 1937, el Colegio Civil Rosales se transformó en Universidad Socialista del Noroeste, y con ese nombre trabajo y bajo esa línea, hasta 1941.

Sabido, y visto por mí mucho de lo que hacen “los enfermos” en rivalidad con los del Buro —que también

sirven a la oligarquía para no quedarse atrás—, no es posible pertenecer a la tal Liga. El saldo de aquel día —17 de enero de 1974— fue de 10 muertos, 4 heridos, 8 campos agrícolas atacados, 16 vehículos robados e incendiados, algunos parcialmente, 2 asaltos personales y ataques y robos a 5 instituciones oficiales, y 19 detenidos, curiosamente, ningún “enfermo”; puro enemigo de la oligarquía.

* * *

IX

Mucho mundo recorrí en mi breve pero azarosa vida guerrillera. Unas veces andaba en misión organizativa; en otras, de enlace; las más, como perseguido; y en algunos, gracias a invitación de camaradas de comandos. De ese modo recorrí el norte, el noroeste, el centro y el sur de la república, hasta Oaxaca, en donde me sumé al grupo guerrillero "Unión del Pueblo", por convite de uno de los hermanos Pimentel Ramírez.

Me asignaron la organización de un comando en el distrito de Jamiltepec, y me señalaron la jurisdicción para que no invadiera territorio trabajado por otros comandos. Me tocaron digamos, como diez mil kilómetros cuadrados, que colindaban al este, con el distrito de Juquila, del que lo separa el río Verde; al norte, el de Putla; al oeste la raya con Guerrero; y al sur, las playas del Pacífico. Un distrito muy rico, porque produce para cubrir las necesidades de sus habitantes y exportar de sus producciones, lo mejor. Las sequías son realmente excepcionales. No voy a trazar una monografía, pero lo importante es que tiene unos bosques excelentes para la operación de guerrillas.

Los cacicazgos son feroces, y de largo tiempo. En Jamiltepec domina desde hace muchos años la familia Iglesias Meza, y es un matriarcado; y en Pinotepa Nacional, los descendientes del general Juan José Baños, un cacique que fue de lo más sanguinario. Ahora sus

hijos se turnan en la presidencia municipal, y controlan todos los puestos de mando. La explotación de campesinos es brutal. En Cacahuatpec, los herederos de "don" Heladio Peña son señores de horca y cuchillo, como lo fue éste durante muchos años.

Me fue fácil formar una pequeña guerrilla de cinco, a los cuales inmediatamente políticé; es decir, di nociones rudimentarias de marxismo para que supieran por qué y para qué peleábamos, y no asumieran equivocadamente el papel de gavilleros, que abundan debido a las condiciones de explotación tradicionales. Priva la ley de la selva. Se matan por quítame estas pajas, y los autores de fechorías de esa clase se van al monte y constituyen bandas que asaltan, violan, matan y en una palabra, cometen mil depredaciones. Se alquilan como matones al servicio de políticos y de caciques, y la sangre siempre está fresca, corriendo en las fértiles tierras oaxaqueñas.

Sobran los que sabiendo manejar una pistola o un machete moruno, aceptan invitación para guerrillas. Por eso expliqué a mis nuevos camaradas el papel que teníamos asignado, y en los largos y calurosos días que anduvimos en recorrido por Pinotepa, el puerto de Minizo, y propiamente Jamiltepec, les hablé de Marx, de Lenin, y les di nociones superficiales de quienes son Mao, Fidel, y lo injusto de la guerra de Vietnam, la intervención de los yanquis, y cuanto pudieran entenderme, dada su rudimentaria cultura. Les gustó y conseguí de la Unión del Pueblo que me dieran unos folletos de fácil comprensión para que los leyeran o los comentáramos.

Hay discriminación racial por partida doble. Los indios que son de la raza mixteca, tienen el cincuenta por ciento en la cifra de población; los blancos, un treinta y cinco, y los negros un 15. Los blancos son los "de razón", y los otros simplemente indios, o negros. Hicimos



Un guerrillero muerto en acción.

amigos y partidarios, y de ese modo pudimos varias veces incendiar las cosechas de los Baños, de los Meza y de los Peña, y “venadear” a los verdugos de los cacicazgos, que a veces llevaban el uniforme de policías, o de soldados, o de caporales. En la hacienda “La Guadalupe” que está en los linderos con el vecino Estado de Guerrero, tres veces hicimos arder las cosechas, listas para su exportación a Oaxaca, Puebla y México.

Nunca daban con nosotros porque escapábamos rumbo a las costas del litoral del Distrito, que se extienden desde la desembocadura del río Verde hasta la Barra de Tocoyame, en donde sólo hay grandes peñascales en los que se estrellan furiosamente las olas; porque el mar, desde junio hasta mediados de octubre, siempre está agitado como si hubiera borrasca, principalmente en Cerro de Plata, Barra de Alhotengo, Boca de la Vieja y cercanías de Tocoyame. Lo demás son desoladas y

largas playas de arena sin un árbol de sombra, ni una piedra.

Por allí, ni a caballo podían seguirnos por lo rudo del peñascal y porque las olas invaden la faja de arena por donde se transita entre las rocas. Y para variar, nos refugiábamos en la altísima montaña de Chicahuaxtla.

Varias veces traté con el jefe del comando, un guatemalteco llamado José María Ignacio Ortiz Vides, de escasa cultura, alzado y pedante. Me chocaba que extranjeros tuvieran que estar al frente de guerrillas, como si no hubiéramos nacionales con mayor capacidad y derecho. Nunca me gustó el camarada en cuestión. Tenía una historia un tanto turbia. Según él, había recibido entrenamiento guerrillero en Cuba, cursos de adiestramiento. Regresó a Guatemala y formó una guerrilla. Lo atraparon y estuvo preso. Lo excarcelaron por el secuestro de un miembro del Congreso. Su liberación la hallaba sospechosa. Se internó clandestinamente en México y se puso al frente del grupo "Unión del Pueblo", en el que entre otros estaban buenos elementos como los hermanos José Luis, Josefina y Julio Angel Pimentel Ramírez, y también Jesús Morales Mondragón.

Hubo varias acciones y una de dos: cogían presos a los camaradas como si hubiera previo aviso, o lo apropiado lo tomaba Ortiz Vides y no rendía cuentas ni repartía entre los componentes del grupo.

Me propuse dar un buen golpe. Quería plagiar al presidente municipal de Pinotepa, un tal Baños. Su papá tenía un hotel, malo como todos los pueblerinos, chinchoso, y lo mismo servía para viajeros, que para parejas. Además, había una bomba de gasolina y se hacían muchas cosas que le rendían dinero al viejo. Todas las tardes, muy cerca del anochecer iba el alcalde a platicar con su papá, mamá y numerosos hermanos y parientes femeninas, que vivían en el hotel, situado en la calle

principal y a relativamente corta distancia del ayuntamiento.

Varias veces me alojé en el hotelucho de marras, e hice mis recorridos para establecer la ubicación de los que tomarían parte y hallar las más fáciles rutas de escape; claro, hacia la orilla del mar, o a la región boscosa, y en todo caso a Chicahuaxtla. Estudié sus costumbres e invariablemente a las 6 de la tarde estaba él con sus papás. Se quitaba la pistola y la colgaba de un gancho, lejos de la tertulia. Por el calor, los hermanos y el papá andaban descamisados, y por ende, sin armas de fuego o de otra índole.

Hablé con Ortiz Vides, le detallé el proyecto de plagio, el plano, las escapatorias y ubicación de las camaradas. Era fácil pedir un millón de pesos porque no habría dificultades para que pagaran esa suma. Tienen eso y más; y del ayuntamiento podría salir, o de un préstamo forzoso al comercio. ¿Quién se negaría a cooperar?

Ortiz Vides me dijo que no lo expusiera ante el grupo. Primero él, con su experiencia de guerrillero entrenado en Cuba vería la viabilidad del proyecto. Fuimos a Pinotepa, mostré rutas y sitios escogidos, comprobó la diaria visita del político, y supo también que eran muy ricos los descendientes del general Juan José Baños, su abuelo. Un día me llamó Ortiz Vides a Juquila, que se encuentra en lo más alto de la montaña y es una especie de Meca católica, porque cientos y miles de peregrinos van de todo el Estado a llevar sus "mandas" a la virgen de Juquila, que "es más milagrosa que la de Lourdes, la guadalupana, y todas las otras vírgenes", que según sé, son once mil. Me parecen muchas. Un forastero no llama la atención en Juquila, con ir a la iglesia, hincarse un rato y prender una vela. Todos piensan: "vino a pagar una manda".

En caso de que no fuera el cacique Baños, pensaba yo en la matriarca de Jamiltepec, doña Francisca. Riquísima. La dificultad estribaba en que la cuida una tribu de pistoleros, más sus muchos hijos, porque es odiada en la comarca, como todos los Meza. Era relativamente fácil el secuestro de Baños en Pinotepa, y convencí a Ortiz Vides. Fijamos la fecha, y dónde y cómo intervenirían los demás camaradas. Iba a ser un viernes, porque se quedaba a cenar.

Yo lo iba a sacar a punta de pistola; en tanto que Ortiz Vides encañonaba a la familia y se llevaba la 38 Super del alcalde. Afuera, como esperando para cargar gasolina estaría el carro, y en la salida para río Verde el otro, el trasplante, en el cual regresaríamos para escondernos en la barra de Alhotengo, donde también estaba localizado el escondite. En punto de las 7.45 de la noche, tendría que llegar el carro a cargar gasolina. Bajaría Ortiz Vides, y al momento de pedir que lo despacharan, porque estaban cenando, encañonaría a la familia y yo me haría cargo de Baños. En el coche esperarían dos, bien armados. Yo estaría alojado en el hotel. Saldría de mi cuarto para iniciar el secuestro.

El viernes indicado me encerré en el cuarto. Por la rendija me era fácil atisbar. A las cinco de la tarde hubo secreteo, y las mujeres todas salieron quién sabe a donde. El viejo y los otros hijos conservaron sus camisas no obstante el calor. Les noté los ojos como inyectados, y las facciones duras. Salí a las 5.30 como los había acostumbrado en quince días de estancia, a dar la vuelta al zocalito, bien cercano. Me sonrieron con exageración.

Debería estar Ortiz Vides en la esquina del ayuntamiento para hacerle la seña de que todo estaba —o no— ajustado al plan, para que a la hora justa, si era factible llegara con el coche que desde un día antes habían robado en Cacahuatpec. El guatemalteco no estaba en su

sitio, ni otro de sus confianzas que se le había asignado una banca en el zócalo.

Me di cuenta que me habían vendido, pues los Baños estaban preparados y bien armados. Por eso alejaron a las mujeres. Enfrente del hotel había un carro con dos, aparentemente dormitando. Tenían caras de matones, que infundían pavor.

Fui al zócalo a decir a Chema con la seña prevista, que se aplazaba el rapto. En la primera vuelta sacaría un cigarro e intentaría encenderlo con cerillos. Hasta el tercero lo lograría. En caso positivo, daría tres vueltas sin fumar.

A un niño que pasaba le pregunté en dónde estaba la casa desde la que se hacían llamadas a larga distancia, fingiendo no saber que se hallaba en la misma calle abajo, tres cuadras adelante del hotel, en la curva que impide ver desde la bomba de gasolina la continuación de la calle. Del zócalo, quitado de la pena fui hasta la telefónica casera, en donde había advertido que todas las tardes estaba afuera el coche del dueño de la casa, con los vidrios de las ventanillas abajo, como los demás vehículos, a causa del calorón. En vez de entrar a la telefónica fui al automóvil, y experto en robármelos —puros dieces de calificación— en un dos por tres iba como bólido hacia la salida, aunque no rumbo a el mar, sino por el camino que lleva a la carretera Oaxaca-Puebla-México.

En el cuarto dejé mi metralleta; y también a los Baños y sus pistoleros, que se quedaron esperando y esperando, pero nunca más volví.

Mucho tiempo después, nos encontramos José María y yo en el mismo avión rumbo a Cuba, canjeados por Terrance Leon Hardy. En el aeropuerto me eludió, y allá arriba llevaba los ojos bajos, simulando dormir, pero

nerviosísimo. En Cuba desconfiaban de él. Lo suponían agente de la CIA infiltrado en las guerrillas. Lo vigilaban.

El tal Chemita me recordaba por su fatuidad a Mario Menéndez Rodríguez, el director y editor de la revista "¿Por qué?". Farolón, petulante, pagado de sí, inflado como pavo, y siempre presumiendo de teórico de la extrema izquierda.

Está en Cuba desde hace tiempo, canjeado. Estuvo preso en México por poner bombas en algunos edificios, incluyendo el de su propia revista "¿Por qué?". Se probó su total culpabilidad, y fue a la cárcel de la que salió canjeado poco tiempo después. Su historia es tenebrosa. Se dice que es agente de la CIA. Algo saben en Cuba, porque está bajo vigilancia, aislado y en trabajos rudos que jamás desempeñó. No es ni la sombra del ampuloso y majadero que conocíamos en México. Ahora luce apocado, humillado, viejo. ¡Jamás saldrá de la Isla!

Menéndez Rodríguez es hijo de acaudalados periodistas yucatecos de la más rancia conserva. Dicen que fue contratado por la CIA, para diversas misiones de índole confidencial. Previamente lo adoctrinaron en el comunismo para formar en sus células y ganarse toda la confianza. De ese momo la CIA estaba al tanto de las interioridades del PCM, JCM y demás sectores marxistas. Mario obtuvo la dirección de la revista "Sucesos", y se incrustó en el periodismo capitalino. Cuando se ganó la confianza de la izquierda castrista, un día partió a Colombia dizque a llevar dinero a Manuel Marulanda, y hacerle unos reportajes que lo proyectaran mundialmente, tal como Hebert Mathews, del "The New York Times" lo hizo con Fidel, en la Sierra Maestra.

Marulanda es conocido por su seudónimo "Tiro Fijo"; y jefaturaba la más importante guerrilla de Colombia. Era un personaje de leyenda por sus hazañas. Cargaba loco al gobierno y diezmaba a las fuerzas represivas.

De un valor a toda prueba, y con gran capacidad de maniobra en el arte de la guerra de guerrillas. El padre Camilo Torres militaba en sus filas.

Menéndez tomó contacto con "Tiro Fijo" porque otros agentes de la CIA y los comunistas de allá, facilitaron el trabajo. Se dejaron tomar fotos, le confiaron sus planes de campaña y revelaron sitios secretos de reunión, sus cuarteles-madrigueras, en Bogotá, Cali y otras poblaciones colombianas. Poco después, la administración del hotel en que se alojó dio cuenta que su cuarto estaba abandonado, y que sus valijas guardaban veinte mil dólares. Se hizo el escándalo, apareció Mario, se dejó coger preso, y días después ocurrió la pavorosa batida de los "boinas verdes" que diezmaron a los guerrilleros y los pusieron fuera de combate, porque iban a la segura. Marulanda "Tiro Fijo", escapó porque avisado en el último momento, ya no acudió al sitio de la emboscada y se mantuvo escondido. El padre Camilo Torres quedó allí, perforado a tiros, junto con los demás guerrilleros.

Aquel "reportaje" se había publicado en "Sucesos" que él dirigía. Juzgado como guerrillero en Colombia, Mario fue condenado a muchos años de prisión, de la cual salió porque Díaz Ordaz, aprovechando su paso a la junta de Punta del Este, logró de su colega el presidente de Colombia que lo indultara y permitiera regresar a México, a donde volvió por cuenta del gobierno mexicano. Inmediatamente se dedicó a atacar a quien lo había liberado; y luego pretendió ir a Bolivia a hacer otro reportaje al "che" Guevara pero éste, advertido de la verdadera personalidad de Menéndez, le mandó decir que si llegaba a Camiri, o a cualquier otra población de Bolivia, lo colgaría del primer palo que encontrara.

A poco estalló la revolución estudiantil de 1968 y Mario consiguió que "Life" le pusiera una revista llamada "¿Por qué?" aparentemente comunista. "Life" era de

la CIA. Con su nueva revista ya que lo cesaron de "Sucesos", se incrustó en el CNH y pudo informar a sus amos cómo se manejaba por dentro la histórica gran huelga.

Marulanda, "Tiro Fijo", no perdonó la trampa que le puso el yucateco, la cual le costó toda su guerrilla, incluyendo a Camilo Torres. Huyó el colombiano y pasó una larga temporada en Checoslovaquia, Francia, Polonia y la URSS. Después fue a Pekín y luego a La Habana, en donde tomó un curso de adiestramiento quién sabe por qué, ya que a guerrillero no hay quien le gane. Su paradero era un enigma, desde que acabaron a sus bravas guerrillas en las regiones de Tolima y Huila, que por la configuración del terreno era donde mejor se acomodaba. Un día vino a México. Quería cobrar la vieja deuda. Menéndez desapareció. Cuando se fue el guerrillero, reapareció el yucateco delator.

Su revista es clásicamente provocadora. Se sostiene desde hace años sin tener anuncios, ser de baja circulación, y alto costo. ¿Quién la paga? Mario está desterrado en Cuba. Roger su hermano cuida el negocio, y vive con lujo.

No termina aún la historia de este individuo.

Sorprendió a Genaro Vázquez Rojas y le hizo un reportaje en su campamento de la Sierra Madre del Sur. Aparecía el comandante guerrillero en la selva, con metralleta, uniforme y dando órdenes, maniobrando; y con él, los hombres de su guerrilla. El reportazgo fue sensacional, muy sensacional. Proyectó a Genaro casi como Mathews a Castro Ruz.

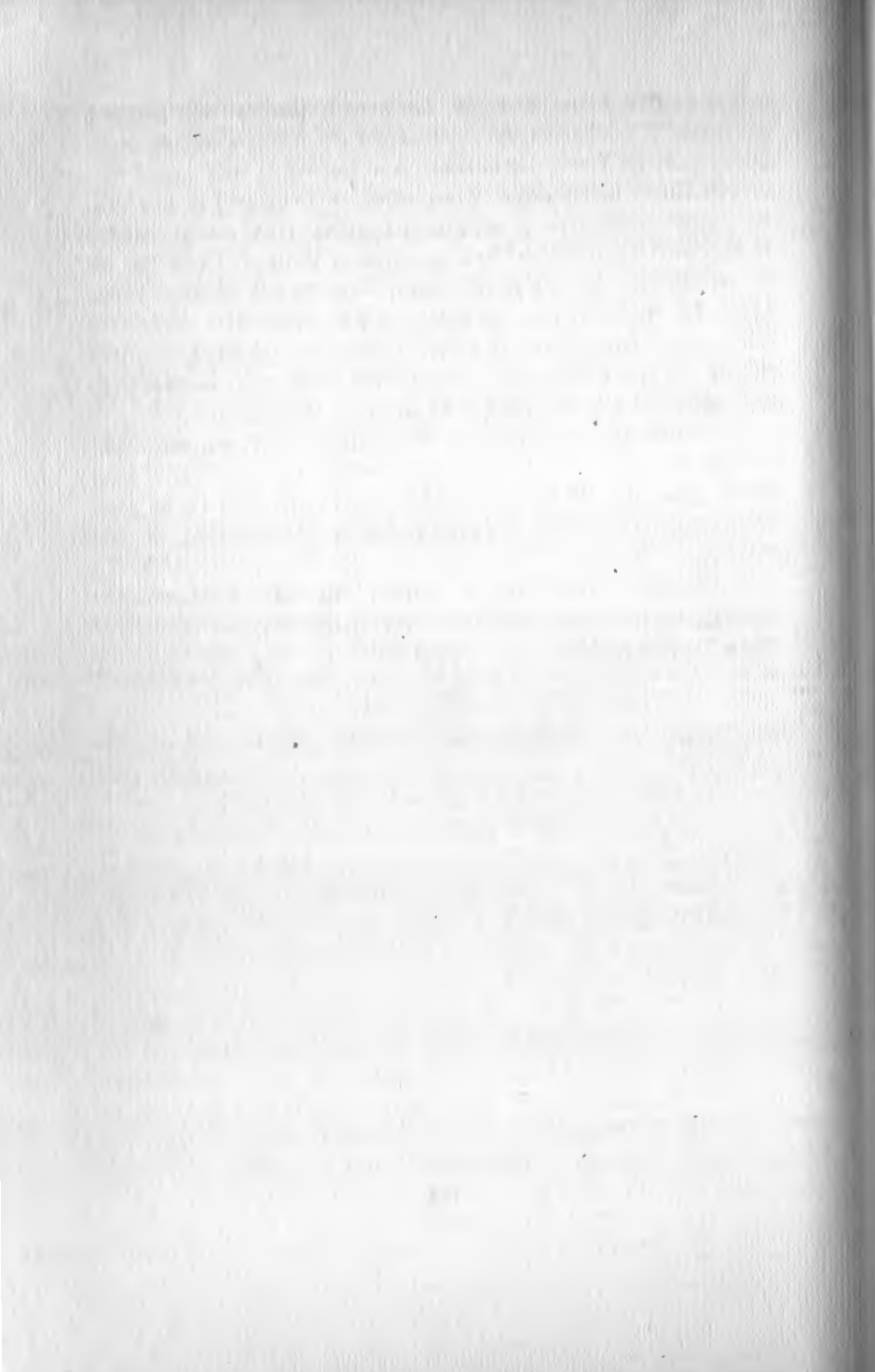
Al camarada Vázquez Rojas le dominaba su afán de notoriedad. Por eso, agradecido intimó con Menéndez. A poco, los periódicos dieron la trágica noticia: "Murió Genaro Vázquez Rojas. Chocó su automóvil cuando a gran velocidad iba por la carretera a Morelia. El se es-

trelló contra el parabrisas. Le acompañaban dos guapas mujeres". Y el derroche macabro de fotos. Genaro aparecía con la frente hundida. A ellas nada les pasó.

No hubo tal choque. Menéndez le presentó a las chicas, que convirtieron en sus amantes. Una noche Mario lo llevó al sitio donde lo esperaba la policía. El golpe de la frente no fue del parabrisas, sino de un salvaje culatazo. La historia que se publicó fue fabricada, como el coche fue estrellado adrede. Después, Menéndez quiso hacer un reportaje a Lucio; y éste le ofreció convertirlo en picadillo a machetazos si lo tenía a la mano.

Lo anterior me lo contó Cabañas, que tiene suficientes elementos de juicio para saberlo, ya que los restos de la guerrilla de Genaro pasaron al comando de la Brigada Campesina de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres.

Interesante curriculum vitae el de Mario Menéndez Rodríguez director y editor —en el destierro— de la revista "¿Por qué?".



X

El nacimiento del MAR fue consecuencia directa de la matanza de Tlatelolco y persecución de los supervivientes del CNH; y fue la respuesta a un maestro de la "Lumumba" de Moscú, que comentó que "ya no había Panchos Villas en México que se levantaron en armas." En ese octubre de 1968 estudiaban en aquella universidad varios mexicanos, entre los cuales figuraba Fabricio Gómez Souza, el cual, al enterarse de lo que sucedía en México, se dio a la tarea de organizar a un grupo que se adiestrara en el arte de la guerra de guerrillas, para venir a México a iniciar la lucha contra el gobierno.

En la URSS no hubo autorización para que los mexicanos tomaran el curso de capacitación que requerían, y tampoco quisieron prestar su territorio ni a sus expertos, los embajadores de Cuba y de Vietnam del Norte. En cambio los norcoreanos no sólo no tuvieron inconveniente, sino que hasta coadyuvaron con dinero, el cual repartió Fabricio entre varios de sus compañeros y se destinó al viaje a México para organizar al grupo que iría a Norcorea a recibir el entrenamiento.

Desde Moscú el grupo adoptó el nombre de "Movimiento de Acción Revolucionaria", cuyo jefe era Gómez Souza, el cual viajó a Pyong Yang, capital de Corea del Norte, en donde recibió una orientación y las instrucciones para la formación de jefes de guerrilla en México. Le ayudaron por lo pronto con 25,000 dólares y con ellos

dio comienzo a la tarea. En Morelia tenía muchos amigos Fabricio, porque allí estudió la carrera de maestro en la Normal y sabía quiénes eran de confianza.

Escogió para encabezar al grupo a Angel Bravo Cisneros, de la Universidad de San Nicolás Hidalgo, porque él conocía a todos los posibles guerrilleros, dada su fidelidad inquebrantable al marxleninismo, y porque habitualmente formó en la extrema izquierda, entre los desesperados, y participó en cuantos zafarranchos estudiantiles hubo en Morelia, siempre con la esperanza de que cundieran en el país, y formaran una gigantesca hoguera que redujera a cenizas las estructuras burguesas y diera vida al régimen socialista en México.

Angel se encargó de reclutar futuros guerrilleros, los cuales en número de cincuenta, divididos en tres grupos y tres etapas, recibieron exhaustiva enseñanza en Pyong Yang. El número, al parecer corto, no lo era en realidad porque cada uno fue entrenado como líder e instructor de futuros reclutas. De éstos saldrían otros tantos líderes e instructores, y así sucesivamente la multiplicación hasta constituir un movimiento capaz de demoler el aparato gubernamental de la gran burguesía.

A fines de septiembre de 1969 partió el primer grupo de diecisiete con destino a París, como primera escala. De allí a Berlín Oriental, en donde los documentaron con pasaportes norcoreanos; luego a Moscú a pasar una semana; y finalmente a la remota Pyong Yang. Cuando salieron de México lo hicieron en grupitos de dos o tres, en fechas y líneas aéreas distintas, para no llamar la atención.

Marisol fue en el primer grupo junto con otra camarada. En nuestros recorridos por las serranías norteñas en busca de posibles expropiaciones bancarias, Marisol Orozco Vega "Carolina" o "Verónica" y también "Elena", reconstruía hasta en sus mínimos detalles el durí-

simo entrenamiento a que fueron sometidos, sin distinción de sexos.

Marisol no era primeriza.

Desde cuando era estudiante de la Normal Rural de Tiripetío, en Michoacán, entrenó como guerrillera en la sierra tarasca, junto con sus condiscípulos Leonardo Rangel "Hochimín", Felipe Peñaloza "Efraín", Pedro Estrada "Ariel", Edmundo Mendieta "Fidel" y el chaparro Estanislao Hernández García "Gerardo" con quien acabó casándose a la revolucionaria.

El día de entrenamiento empezaba a las seis de la mañana y terminaba a las 11 de la noche. En ese lapso de agobio que resultaba más duro por el tremendo frío, practicaban tiro con armas cortas, demolición, y combate cuerpo a cuerpo. Se les enseñó el uso de todos los instrumentos de terror; entre otras cosas, el incendio premeditado, los explosivos, el asesinato, la extorsión, las emboscadas, los disfraces, los viajes clandestinos, karate, comunicaciones, y mil cosas más.

Se les instruyó en el sentido de hacer abstracción de sexo y alcohol mientras fueran guerrilleros, porque son distracciones inútiles que apartan de la lucha. Visitaban ordinariamente fábricas y aldeas pero no en plan de excursión turística, sino para enseñarles cómo destruirlas. Los ejercicios eran realistas en extremo. Luchaban los aprendices mexicanos hombres y mujeres, contra soldados del ejército regular coreano, ya que tenían que infiltrarse en las bases militares, sabotear vehículos vigilados, tender emboscadas, pelear con soldados a mano limpia, y huir de la persecución de patrullas.

Durante nueve meses estuvieron sometidos a tan durísimo pero eficaz entrenamiento que los hizo físicamente fuertes y técnicamente diestros.

De regreso a México, tuvieron que buscar ocupaciones ordinarias que no despertaran sospechas; pero la no-

che era empleada para planear acciones y ejecutarlas si era preciso; volviendo al otro día al empleo, como si fueran ajenos a lo ocurrido. En aquel recorrido por la sierra de Sonora, varias veces Marisol nos entrenó a la coreana; y en verdad que se trata de una disciplina durísima, a la cual confieso que no me pude acoplar porque iba más allá de mi resistencia física.

Durante algún tiempo el MAR no dio señales de vida. Es más, todo mundo ignoraba su existencia. En la más absoluta discreción se proyectaban golpes que hicieran temblar a la burguesía y a las fuerzas represivas.

Uno de los camaradas —quien trabajó en el Banco de Comercio de Morelia antes de ir a Corea— recordó la extraña maniobra del gerente, el cual enviaba a México los dólares recabados en la semana o en el mes, dentro de una vieja y usada caja de zapatos, con un mensajero viejo también y por añadidura flaco, en los autobuses “Tres Estrellas”. Su seguridad la fincaba en la nula importancia que concedía a la caja de zapatos en cuestión amarrada con un mecate, la cual en el largo viaje nocturno de diez horas le servía de apoyo para sus pies mientras dormía. Nadie sospechaba que allí iba una auténtica fortuna.

Fabricio dispuso que dos camaradas, acompañados de Hilda, fueran a Morelia y observaran al mensajero, se lo grabaran y verificaran que continuaba la riesgosa e increíble costumbre de hacer el traslado de dólares en forma tan irresponsable. Se confirmaron los datos. El MAR se dispuso a dar su primer gran golpe. Hilda se quedó en la capital michoacana para vigilar en la terminal, la salida del mensajero y telefonar el número del autobús y hora de arribo a México.

La noche del 18 de diciembre se dio el aviso. El autobús llegaría a México a las 6 de la mañana.

Al frente del comando quedó Angel Bravo Cisneros quien con el auxilio de otros cuatro camaradas se apoderó de un taxi a cuyo chofer ató, y amordazado guardó en la cajuela. Esperó la llegada del ómnibus. Situados en lugares estratégicos vieron bajar al mensajero acompañado de un joven que supusieron policía. Traía la caja de zapatos bajo el brazo. Se le echaron encima, y mientras uno derribaba al acompañante y lo inmovilizaba apuntándole con una metralleta, los otros se llevaron el botín.

Fueron ochenta y cuatro mil dólares, o sea un millón con cincuenta mil pesos.

El asalto causó escándalo mayúsculo. Todo se supuso, menos que fuera obra de una guerrilla. Se achacó a rateros y en su ámbito buscaron los policías. Imposible.

Marisól no tomó parte en la acción. Solamente le tocó guardar el dinero y distribuirlo de acuerdo con las instrucciones de Fabricio. Establecieron en varias partes de la república centros de adiestramiento de guerrilleros, y compraron armas modernísimas, disfraces, un coche, y el resto, para ir la pasando. Gómez Souza quería que el MAR hiciera su aparición pública en forma dramáticamente espectacular: quince atentados dinámicos en otros tantos locales oficiales y de la alta burguesía.

Dos meses después, cuando ya el gran público había olvidado el asalto del millón de pesos en la terminal de "Tres Estrellas", la policía dio con un centro de adiestramiento en Veracruz, detuvo a tres aspirantes a guerrilleros y luego capturó a Angel Bravo Cisneros cuando llegó al local alquilado, que servía de oficina, guarida y escuela. De nada sirvió el rudo entrenamiento en Corea, ni la cerrada convicción marxista del camarada Bravo, el cual, al verse frente a una metralleta, levantó las manos y abrió la boca. Delató a sus compañeros y así fue

posible la captura de Fabricio y de la mayoría, quienes a su vez, en turno, dieron santo y seña de las actividades y proyectos del Movimiento de Acción Revolucionaria.

Unos cuantos escaparon, entre ellos, Marisol.

Decapitada y desorganizada la mejor guerrilla, anduvieron a la deriva una temporada, hasta que se unieron al grupo "23 de Septiembre", sin fundirse naturalmente. Cada cual conservó su independencia. La unión consistió en que como los del MAR estaban entrenados en Corea, sirvieron de maestros de los septembrinos, que les sobraba valor y coraje pero carecían de conocimientos en la materia.

A fines de 1971, Marisol reorganizó la sección de educación de MAR y estableció escuelas en Oaxaca, Chiapas y Morelos y luego pasó a Sonora en donde la conocí y me bautizó como "Cara de Hambre" en vez de "Ernesto".

A mediados de 1972 la dirección del MAR ordenó a José García Wenceslao "Sam" y Arnulfo Ariza "Mena Mena" que tomaron contacto con Lucio Cabañas y establecieron una alianza; y eso se logró en junio. Ambos camaradas dieron instrucción político militar a la Brigada de Ajusticiamiento y planearon una emboscada a un convoy militar en la Costa Grande de Guerrero. De acuerdo con el plan y bajo la dirección de Sam y de Mena Mena, los brigadistas y Lucio atacaron al convoy el 20 de junio. Tuvieron éxito pues las fuerzas represivas sufrieron bajas que estimaron muy sensibles.

En el mismo mes de junio subieron a la sierra de Atoyac otros del grupo "23 de Septiembre", los cuales continuaron el entrenamiento e instrucción de los cabañistas, para coronar la enseñanza con un exitoso ataque a las fuerzas represivas. Otro convoy fue deshecho por sorpresa, con bajas sólo de ellos.

Mientras los periódicos atribuían a la estrategia de Cabañas los dos espectaculares golpes a las tropas en

Costa Grande, el jefe de la Brigada y del Partido de los Pobres estuvo anuente a seguir las orientaciones de los del MAR, "23 de Septiembre" y de otros grupos que fueron a darle solidaridad. Pero cuando le quisieron forzar a cambiar los procedimientos, a dar teoría, y convertir en marxleninistas a los guerrilleros costeños, Lucio no lo permitió, ni dejó que minaran su autoridad de jefe supremo.

Los del PCM, los maoístas, espartaquistas, MAR y "23 de Septiembre" llegaron a la conclusión de que Cañas y su grupo eran oportunistas, no guerrilleros revolucionarios; y que a la par que la hacían de provocadores, servían a ocultos intereses, no por cierto de la izquierda revolucionaria.

—No quiero ideólogos. Quiero armas. Yo sé mi cuento —es la respuesta acartonada que da Lucio a los requerimientos de adoctrinar a la Brigada y a su jefe, que presume de marxista y de eso no sabe ni la o por lo redondo, ni quiere saberlo.

El MAR vino a menos. Dio bandazos y participó en la reunión cumbre de Guadalajara en casa de "El Richard", de la que nació la Liga Comunista "23 de Septiembre", asunto del que ya me ocupé con amplitud.

Poco duró la luna de miel.

El Movimiento de Acción Revolucionaria se retiró de la Liga. No quiso tener más tratos ni contactos con los "enfermos" discípulos del padre D'Obeso, ni con sus disidentes. Repiten con el ranchero, que "más vale solos que mal acompañados".

Del grupo de cincuenta briosos muchachos y muchachas que en 1969 bajo el mando de Fabricio Gómez Souza y Angel Bravo Cisneros partieron ebrios de proyectos a las heladas tierras de la comarca norcoreana a recibir durísimo entrenamiento y capacitación político militar que los hiciera aptos para la guerra de guerrillas mo-

derna, y que se constituyeron en Movimiento de Acción Revolucionaria, cuya sigla MAR ganó fama por sus golpes espectaculares, sólo unos cuantos desencantados quedan. La mayoría pierde el bronceado, a la sombra de las cárceles; otros están en Cuba; y el sobrante yace bajo tierra.

El cáncer del personalismo vedetista, atacó a sus jefes; y también el sospechoso manejo de fondos y la odiosa delación, hicieron el resto.

Los camaradas del MAR olvidaron las lecciones de la historia e ignoran la psicología del pueblo. Abiertamente proclamaron desde un principio que su movimiento nació en Moscú, y que el entrenamiento fue en Corea del Norte, y que los primeros dineros los aportaron los rusos y los coreanos. Muy bueno eso, muy bueno; pero no se debe proclamar. Eso no gusta y hace que el pueblo no se les entregue.

La revolución que vimos triunfar en Cuba tuvo una particularidad, además de los aspectos sociológicos que presentó: fue una revolución en la que los vencedores de la tiranía batistiana llevaron públicamente los ideales de Martí y escondieron los de Marx. Se presumió siempre de que luchaban sin apoyo exterior, sin otro capital que la voluntad inquebrantable de la juventud. Fidel explicó inteligentemente los sentimientos cubanos y tuvo el respaldo fanático del pueblo. Después, mucho después, ya como triunfador, hizo público su antiimperialismo y su militancia ancestral en el marxismo. Las revoluciones y todas las guerras, del tipo que sean, se ganan con el cerebro y no son los pies. Y el MAR, la Liga "23 de Septiembre" y demás grupos, están en pedestre subido. Vieron ganar a Fidel en Cuba y se les hizo fácil tratar de convertir cada cordillera en una Sierra Maestra, sin analizar las condiciones geográficas y políticas.

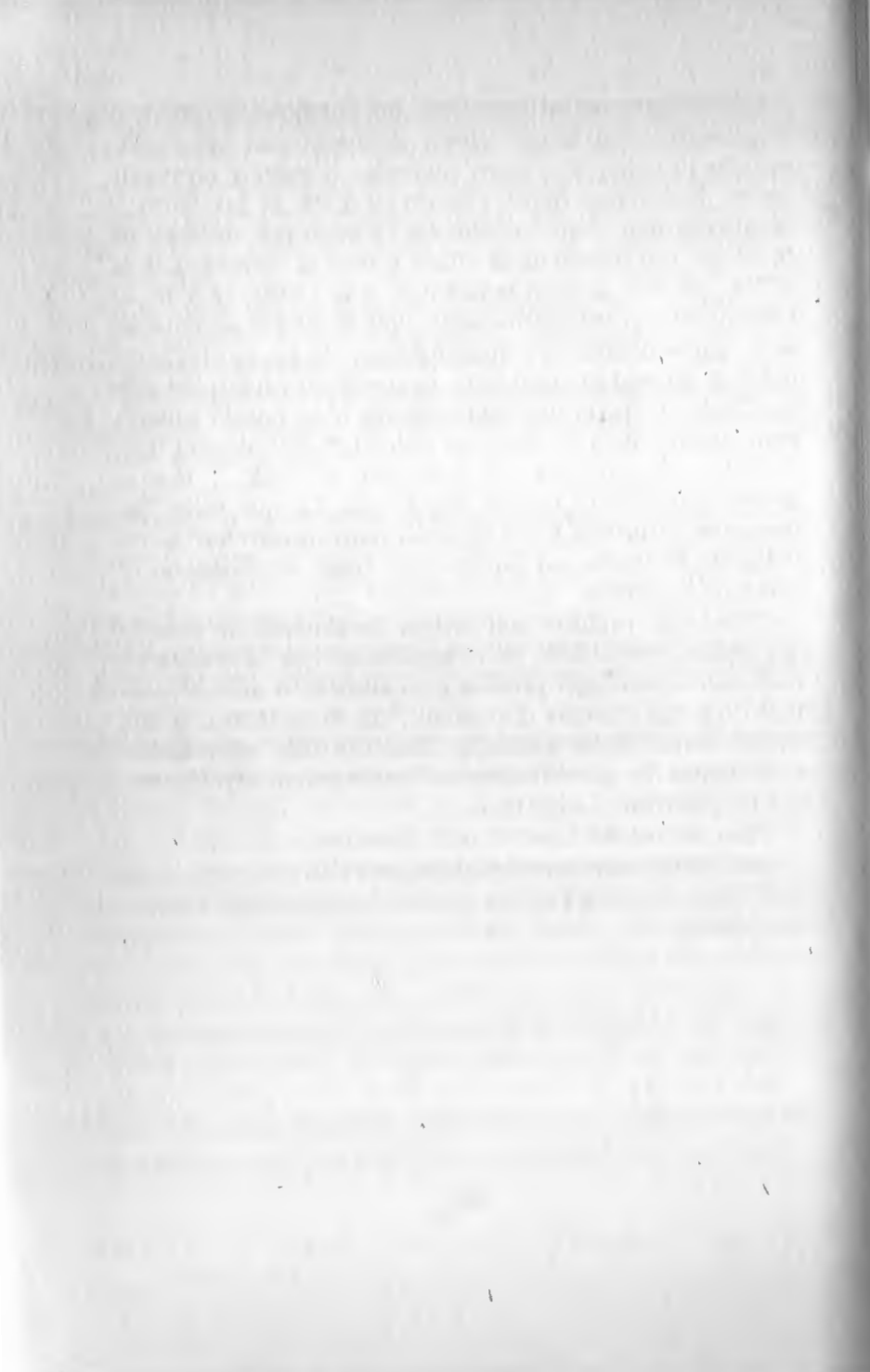
No son iguales ni parecidas las condiciones objetivas y subjetivas en México para empezar una revolución usando la calca de Sierra Maestra; y menos probabilidades de éxito se tienen cuando se grita, se proclama y se afirma que "esta revolución se hace por órdenes de la URSS, con dinero de la URSS y bajo la dirección de la URSS. Ni Mao aceptó la sujeción a la URSS, ni Tito, ni Ceceauscu, ni otros camaradas jefes de países socialistas; y ni quien niegue el marxleninismo de ellos. Si Castro hubiera abierto la boca para confesar su alineación con la URSS, es fecha que aún pelearía o ya habría muerto como le sucedió a Guevara en Bolivia, y Allende en Chile.

Estoy muy distante de condenar al MAR, y demás grupos guerrilleros que se le parecen. Lo que estoy haciendo es la crítica a las tácticas para desarrollar la revolución socialista en México. Ya tengo experiencia. Y estoy en marxista.

"Hay que realizar una crítica despiadada de todo lo que existe, despiadada en el sentido de que la crítica no retrocederá ante sus propias conclusiones o ante el conflicto con las fuerzas que sean"; ha dicho Marx, y sus frases tienen plena vigencia. También dijo en relación a la crítica de procedimientos, pensamientos y aportaciones positivas y negativas:

"Qui si convien lasciari ogni sospetto
ogni viltá convien che qui sia morta".

(Déjese aquí cuanto sea recelo, / mátese aquí cuanto sea vileza).



XI

El aeroplano enfiló rumbo a Cuba.

Ibamos treinta excarcelados procedentes de los siguientes núcleos guerrilleros: "Brigada Obrera de Lucha Armada"; "Movimiento de Acción Revolucionaria"; "Núcleo Guerrillero de Chihuahua"; "Frente Urbano Zapatistas"; "Unión del Pueblo"; "Carlos Lamarca" grupo Nuevo León; "Patria o Muerte" o "Lacandonos"; Jesús Amaya Rosique, preso por el secuestro de un avión de Aerolíneas Peruanas; "Núcleo Chihuahua", reclusos en Chihuahua"; "Frente Estudiantil Revolucionario de Guadalajara"; "Fuerzas Armadas de la Nueva Revolución", reclusos en Sonora; y "Brigada Campesina de Ajusticiamiento".

No estuve mucho tiempo guardado en la cárcel. Apenas le iba tomando sabor. De no ser por el secuestro de Terrance Leon Hardy, quizás me habría quedado a pudrir para siempre en las mazmorras de la burguesía. De todos modos sentí tanta alegría —como si llevara preso veinte años y recuperara mi libertad—, cuando me notificaron que por exigencia de las Fuerzas Armadas del Pueblo (FRAP) quedaba liberado, y que se me enviaba a Cuba. ¡Con las ganas que tenía de conocer ese país y su sistema socialista de gobierno!

En el aeropuerto tuve ocasión de agenciarme un periódico y en él leí la orden de las FRAP a las autoridades. Conservo el recorte. Dice:

"Hoy, 4 de mayo de 1973, las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo han detenido a un miembro de de la clase explotadora, cuyo nombre es Terrance Leon Hardy, representante de los intereses capitalistas norteamericanos, con sede en Guadalajara, por el cual respondemos mientras esté en nuestro poder y nos comprometemos a que sea liberado en el momento en que se cumplan, tal y como se plantean las exigencias que en seguida enumeramos:

"1. Libertad de 30 compañeros, presos políticos, cuya lista les daremos a conocer en el momento oportuno, y la cual deberá ser dada a conocer a la opinión pública:

- a) Su concentración en la ciudad de México.
- b) Buen trato a nuestros compañeros enumerados.
- c) Su transporte a la ciudad de La Habana, Cuba.

"2. Publicación a nivel nacional y por los medios de difusión que abajo señalaremos, de un comunicado político dirigido por nosotros a los trabajadores y estudiantes de todo el país, según la forma y fecha que se señala en uno de los puntos enumerados en la parte inferior de este comunicado.

"3. Ninguna vigilancia o movilización policiaco-militar en todo el estado mientras duren las negociaciones y hasta que entreguemos al burgués que hemos detenido".

Y luego, la lista de periódicos, canales de televisión, etcétera, días, horarios, etcétera, en que el Documento de Exigencias debería ser dado a conocer.

Por cuanto a los excarcelados, decían en el Documento:

"El mismo día 6 de mayo, deberán nuestros compañeros, presos políticos, ser concentrados en la ciudad de México, y de ahí, inmediatamente transportados a Cuba, y a las 16 horas, deberá ser entrevistado por el canal 2 de televisión y transmitido a nivel nacional, el embajador de Cuba en México, el cual deberá notificar



Armas de guerrilleros.

que nuestros compañeros presos políticos, se encuentran en territorio cubano.

Advertencias:

"1. No admitiremos ninguna negociación fuera de estas peticiones: éstas son inviolables.

"2. Cualquier retraso en el cumplimiento de estas exigencias traerá como consecuencia el ajusticiamiento del burgués que se encuentra en nuestro poder. Aclarando que éste puede ser en cualquier momento a partir de la fecha en que se expide este documento. Que el límite para que se cumplan nuestras exigencias es estrictamente el que aquí claramente marcamos.

"3. No traten de encontrar al burgués que hemos detenido porque no respondemos de él, además de que toda búsqueda será infructuosa.

"Por la Revolución Proletaria ¡Venceremos!

"Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (F. R. A. P.).

"Operación " 15 de enero de 1972, Chihuahua".

"4 de mayo de 1973.

"Por la Revolución Proletaria ¡Volveremos!"

* * *

Nos reciben con atención, y ésta se prolonga por el tiempo que se encuentra en Cuba el refugiado mexicano. Sin embargo, dentro de la cordialidad del cubano, de su fraternización con los nuestros, siente uno que nos ven con desconfianza. Hay ojos que no nos pierden de vista, oídos que captan nuestras conversaciones —todo sin que sea notorio—, y preguntas capciosas de los camaradas con quienes uno trabaja, o convive.

Temen que en cualquier envío, en cualquier cargamento humano como el que arribó por canje, pueda ir un espía, un agente de la CIA, un saboteador. Repito, nos tratan con atención y afecto, pero con desconfianza. De la vida que hice allá, no voy a relatar lo que me fue desagradable, porque no pronunciaré una sola palabra de reproche o de censura ni para el camarada Castro Ruz ni su régimen socialista. Hay fallas, por fuerza. Pero no me toca repetirlas, ni agrandarlas, ni distorsionarlas. Esa es tarea de los enemigos de la Revolución Socialista, y yo no soy enemigo de ella, sino su soldado raso.

Trabajé en una cooperativa cigarrera. No conocía esa actividad, y ahora ya tengo esa experiencia en la que trabajábamos en forma cooperativa, desde el cultivo del tabaco, desde la selección y colección de la semilla en el frigorífico, hasta el trasplante arriesgado; desde la crianza de la mata, hasta el corte cuidadoso de la hoja; desde la "quemada" y la curación, hasta la clasificación del producto en dieciséis categorías distintas. Hombres y

mujeres. El centro fino del medio de la mata, sedoso y fuerte, para la envoltura; o las nuevas hojas precoces después del primer corte, que dan personalidad a cada cosecha.

La fábrica en que yo trabajaba produce los puros mejores del mundo. Es trabajo individual, no producción en serie. En una larga sala olorosa a hojas de tabaco habíamos sentados trabajando medio millar de hombres y mujeres; cada uno en una mesita en la que hay una plancha de madera dura, y una hoja de acero semicircular para el corte y el ajuste. Hay pocos aparatos mecánicos: tubos para la medida, tijeras para cortar los residuos demasiado largos, moldes para las diferentes formas.

Las manos de los trabajadores, viéndolas desde arriba, dan la impresión de ser las de un pianista que interpreta un suave nocturno. Cada sala tiene un lector. En las mañanas lee las noticias; y por las tardes, un libro elegido mediante voto popular. Ahora se usa un micrófono, que a veces desafina y molesta.

En otra parte de la fábrica, se manufacturan los cigarrillos con máquinas ingeniosas y complicadas. El obrero introduce la hoja y la máquina la toma, la corta, la llena, empareja su tamaño y tras una docena de operaciones automáticas y precisas, la entrega en manos de otro obrero que le aplica un cabo engomado, y el cigarrillo queda listo para convertirse en humo; pero no todavía para ser vendido. En otros pisos el obrero pone fajas a los cigarrillos, hace hermosas cajas de cedro con frágiles láminas de madera entre las capas, aplica etiquetas y envolturas y empaqueta los cigarrillos, que ya están listos para los grandes mercados mundiales; cada uno de los cuales tiene sus formas y colores desde el verde oliva, hasta el pardo; e intensidad del sabor preferido.

No conseguí amoldarme.

Tampoco otros camaradas. Estuve unos cuantos meses. Hice lo que otros: me robé una lancha con ayuda de dos más, y llegamos a la costa de Yucatán. Otra vez en México. De nuevo al clandestinaje, porque mi proceso está abierto. Mi libertad, no condicionada. Salí de la cárcel por la presión del canje.

Sin dinero, con hambre y en cueros casi —ni modo—, vi un automóvil, usé mi técnica que me valió los únicos dieces en mi vida, y cogí camino para Sinaloa. Ha de haber sido de un burgués de la llamada Casta Divina porque en la cajuela había cosas que vendí y me dieron para comer. Así es esto. En todas partes hay “deshuesaderos” que son de compradores de coches robados, y en Villahermosa logré deshacerme del “Valiant”, y con el producto de la venta tuve para llegar a Culiacán y luego a Navolato.

Por mis venas corre sangre sinaloense. Mi mamá nació en Agua Caliente, en el sur del Estado. Su papá —mi abuelo— era agrarista y lo asesinó “El Gitano” Rodolfo Valdés, que comandaba unas guardias blancas terribles. Llenó de sangre a Sinaloa y lo único bueno que hizo en su vida de foragido fue matar al gobernador Loaiza. Precisamente por eso mi mamá se estableció en el Distrito Federal y luego cayó en el garlito de los vendedores de terrenos en el exVaso de Texcoco; y como decenas de miles de proletarios, allá se instaló. A ese amontanamiento de colonias, por ser tan grande el número de habitantes, se le declaró “ciudad” y se le puso el nombre de Netzahualcōyotl.

Lo que no hice en Cuba, hice en Navolato: corté caña, y sólo unos cuántos días.

Mi problema es duro. No sé hacer nada. En la Preparatoria Popular Número Uno (la de las calles de Liverpool) no me capacitaron más que para guerrillero, y me enseñaron a robar carros. Me habría gustado apren-

der las materias que figuran en los programas. En mi secundaria me decían que en la Prepa me iban a reprobar en las materias difíciles, como "Cálculo diferencial", "Lógica", "Trigonometría", "Álgebra", "Sociología", "Cálculo mercantil", "Biología", "Higiene mental" y otras.

No sé si decir: ¡qué bueno que no las olí siquiera, porque nadie se preocupó por enseñármelas!, porque dudo que eso sea bueno, ya que un bachillerato resuelve muchos problemas con desahogo. A lo mejor las habría aprobado porque para entonces, con lo que ganaba en la peluquería, hacía mis tres comidas más o menos nutritivas, y ya funcionaba mi retentiva. Quedarme en Culiacán me resultaba altamente peligroso sin ganancia alguna, porque como están las cosas, cualquiera de la UAS —"enfermos", "23 de Septiembre" o "Chemones"— podría delatarme a la policía. Entre ellos hay agentes, y otros se prestan a servir de "orejas" de la represión, aunque presumen de ultraizquierdismo; todo a cambio de una vil ración de droga o mariguana, o por centavos. Como quiera, el premio por mi captura sería jugoso porque soy una pieza que haría felices a muchos polizontes. Malo es ser vicioso, porque la droga destruye al carácter más recio y a la ideología más firme.

No pienso volver a la guerrilla en mucho tiempo. Lo haré hasta que un movimiento depure sus cuadros infestados de espías, de oportunistas, de "ultras", de pequeños burgueses, de simuladores, y de "rajones". Cuando regresé de Cuba, cosa que me hace doblemente fugitivo, procuré orientarme cómo andaba la guerrilla. El cuadro es desolador. Los mejores están presos o muertos; y aumentan el personalismo agudo y la rapacidad de muchos.

¿Voy a arriesgarme a asaltar un banco para que el dinero expropiado lo disfruten Rolando Cordera y tan-

tos Corderas que háy por ahí? Ellos tienen sus propios grupos de "guerrilleros" que no pasan de ser delincuentes vulgares, o estúpidos que actúan en contra de la burguesía, para convertir en gran burgués y oligarca a cada uno de los ocultos directores de este grande y productivo negocio que es la falsa guerrilla; y esos directores no arriesgan ni lo negro de la uña, ni renuncian a sus comodidades dizque, "para que no se sospeche de ellos".

Para servir a la causa limpia de la Revolución Socialista sí estoy presto. Desde que salí guerrillero de la probeta de la Prepa Popular, y que me nutrí en Marx y Lenin, puse a un lado de mi vereda mis infantiles ambiciones de ser médico para tener dinero y comodidades; y me convertí en sincero soldado de la guerra de guerrillas. He sufrido horribles desengaños, desencantos suficientes para aplastar a la decisión más recia. Pero no me doy por vencido.

Creo en Marx. Creo en Lenin.

Como marxista me importa ante todo, la transformación del estado de cosas, de la situación social existente, que juzgo contraria al orden natural e injusta para el proletariado. El marxismo tiene un carácter profundamente humano que en México han desvirtuado y corrompido, desacreditado y pulverizado, el Partido Comunista Mexicano y los muchos grupos con siglas rimbombantes como PPS, POCM, "aperturos" y ¡qué sé yo!

No estoy en la banqueta opuesta al Partido Comunista Mexicano, sino en favor de un verdadero partido comunista; porque la revolución socialista no se realizará en México sin la participación creadora de las minorías políticas marxistas. Por ahora y desde hace mucho, el PCM es provocador, aturdido e inmoral y sólo sirve a las causas antinacionales. Nunca han sabido separar en cada caso, lo necesario de lo justo. Estrechar indistintamente

esos conceptos, confundirlos en favor de la disciplina, hacer que lo necesario para el partido sea lo justo en todos los casos, ha dado origen a una de las mayores inmoralidades políticas de toda la historia. Esta es la tragedia de conciencia en muchos comunistas.

Tampoco estoy en contra de la radicalización dentro de las universidades, sino de la criminal tarea que se han echado auestas muchos; de destruirlas, como la UNAM, la UAS, UAP y muchas, muchas más. A esos verdaderos antimarxistas habría qué recordarles lo que dijo Herbert Marcuse cuando al dirigirse a los universitarios de California advertía que no se justificaba de ninguna manera el slogan "destruid la universidad puesto que es el pilar de la clase gobernante". La universidad es un pilar de clase gobernante y depende de ustedes hacer de ella algo diferente. Sin embargo, no se corta la rama donde uno está sentado" recordándoles que "era dentro de la universidad donde se habían hecho radicales" y recomendaba que "si querían ser eficaces, debían conocer los hechos mejor que sus maestros, lo que consideraba perfectamente posible y ni siquiera difícil".

Allende a su vez, decía que "el que es estudiante, tiene posibilidades de comprender los fenómenos económicos y sociales y las realidades del mundo; tiene la obligación de ser un factor dinámico del proceso de cambio pero sin perder también los perfiles de la realidad. La revolución no pasa por la universidad, y esto hay que entenderlo. La revolución pasa por las grandes masas. La revolución la hacen los pueblos, la revolución la hacen, esencialmente, los trabajadores".

Tampoco cogeré nuevamente la metralleta hasta que no se ponga en claro en dónde y qué uso se ha dado al dinero producto de las expropiaciones; que salvo en muy contados casos ha servido para los gastos inherentes, pues el volumen global, los grandes guarismos no han ido

a incrementar la lucha socialista. En la guerrilla, en la cárcel y en Cuba tuve oportunidad de preguntar a camaradas si había tenido buen uso la expropiación en que habían participado, y algunos respondieron con un gesto de desencanto y de rabia.

Por ejemplo: ¿quién se quedó con los 300 mil pesos expropiados a fines de 1972 a la Goodrich Euzkadi? ¿A dónde fue a para lo expropiado —150,000.00 pesos— a dos funcionarios de la jefatura de oficinas pagadoras de la Tesorería de la Federación también a fines, pero de 1971? ¿Quién disfruta los 430 mil pesos expropiados a la Bimbo en enero de 1973? ¿Qué se ha hecho del dinero —millones de pesos— por notorios plagios en Guerrero, tanto por el extinto Genaro como por el vivo Lucio?

Yo pregunté —repito— a mis camaradas de guerrillas en el escondite, en la cárcel y en Cuba, y por lo menos de esas interrogaciones que arriba apunté, ninguno me dio una respuesta satisfactoria. También ellos querían saber, ellos que se rifaron la vida y que por esa causa fueron a la cárcel y luego a Cuba, querían saber el destino que se da a esa millonada de pesos, que bien empleados, a estas horas sería un hecho la victoria de la Revolución Socialista.

Repito: creo en Marx, y creo en Lenin; pero no creo en los traficantes de una falsificada revolución socialista, y no estoy dispuesto a servirles. Mi vida no vale un cacahuete ni un comino, pero es mi vida, y no voy a regalarla a los ocultos negociantes de nuevo cuño que sin invertir ni cuartilla, se hacen millonarios con el negocio de las “expropiaciones”.

Es tiempo de que la solidaridad no sea una palabra para uso de discurseros, sino una realidad plena. Y si no somos solidarios, al menos no ser desleales ni delatores. Lo digo porque, en Cuba aprendí en la industria del tabaco, desde la selección de la semilla hasta dejar listo

el puro para que se convierta en humo, en deleite o en vicio. Intenté colocarme en Nayarit en las vegas del Santiago —el sindicato está controlado por líderes “de izquierda”, aperturos. Nada más se enteraron que soy guerrillero —en vacaciones, digamos— y pusieron sobre aviso a los gendarmes. Tuve que salir disparado hasta la sierra. He servido y sufrido por la revolución socialista, en la guerra de guerrillas. Tengo derecho a vivir y a contar con la solidaridad de quienes se levantan y se acuestan con el nombre de Marx en la boca. Y si no ayudan, que no delaten, que no sean ruines.

¿De qué voy a vivir si en la Prepa Popular me capacitaron sólo para la metralleta, recitar a Marx y asaltar y matar burgueses? Me gusta, no lo niego, es excitante, pero eso depende de cuándo y de cómo, no de a cuánto ni de a cómo. No puedo ocultar que la única destreza adquirida en la Prepa que me sirve para medio vivir desde que retorné de Cuba es el robo de automóviles, materia en la que me doctoré con puros dieces. Pero yo me pregunto: ¿tendré que acabar el resto de mi vida como delincuente especializado en esa rama? Eso se hace vicio. Tanto va el cántaro al pozo hasta que se queda adentro.

No quiero que me vaya a pasar lo de aquel del cuento que estaba empeñado en que su compañero de cuarto aborreciera fumar puros corrientes, y que por aplicar la receta tantas veces, se quedó él con el vicio de introducirse los puros por donde entra la cánula del irrigador.

Tampoco pienso alquilarme de pistolero con políticos o caciques. Lo haría maravillosamente porque tengo puntería, no me tiembla el pulso ni me espanta la muerte propia o la ajena; y sé armar la trampa para que caiga el rival. No es réclame. No seré pistolero.

* * *

Al concluir, levanto el velo del más guardado secreto de mi vida aciaga de guerrillero. Usé escondites impen-sados para las policías: las bibliotecas públicas, las he-merotecas y la casa de una querida maestra jubilada quien me acogía y me asilaba en su hogar en los tensos meses de las persecuciones después de golpes urbanos o rurales. No siempre busqué refugio en las montañas. En una biblioteca o en una hemeroteca jamás buscan a un guerrillero. Además, esos lugares tienen para mí la ven-taja y el encanto de que veo transcurrir el tiempo sin sufrir tensiones, a la vez que sacio mi sed de conoci-mientos que no adquirí en las escuelas y que me negaron la UNAM y la UAS.

El hogar de mi maestra ,además de acogedor y pleno de bondad tiene el atractivo de su prodigiosa biblioteca y de las explicaciones sabias de ella para problemas y cosas ininteligibles para mí.

Ahora estoy escribiendo al amparo de la soledad de la montaña bravía de Sinaloa, en los límites que colindan con Durango, en donde construí una modesta cabaña en la falda de un gigantesco peñón que emerge audaz en la llanura desolada. Para llegar, tengo que internarme en la rocosa serranía, escalar hondonadas y ventisqueros que sólo las fieras montaraces puedan transitar, a fin de llegar por caminos poco conocidos. Fue uno de mis refu-gios cuando estuve en activo. Ahora he vuelto a sentar mis reales. Al menos aquí no hay delatores. Esos pululan en la tierra baja.

El sitio se presta para la inspiración de versos, los cuales no están reñidos con el marxismo, y en muchos casos le sirven. Mao escribe versos, y Chou también.

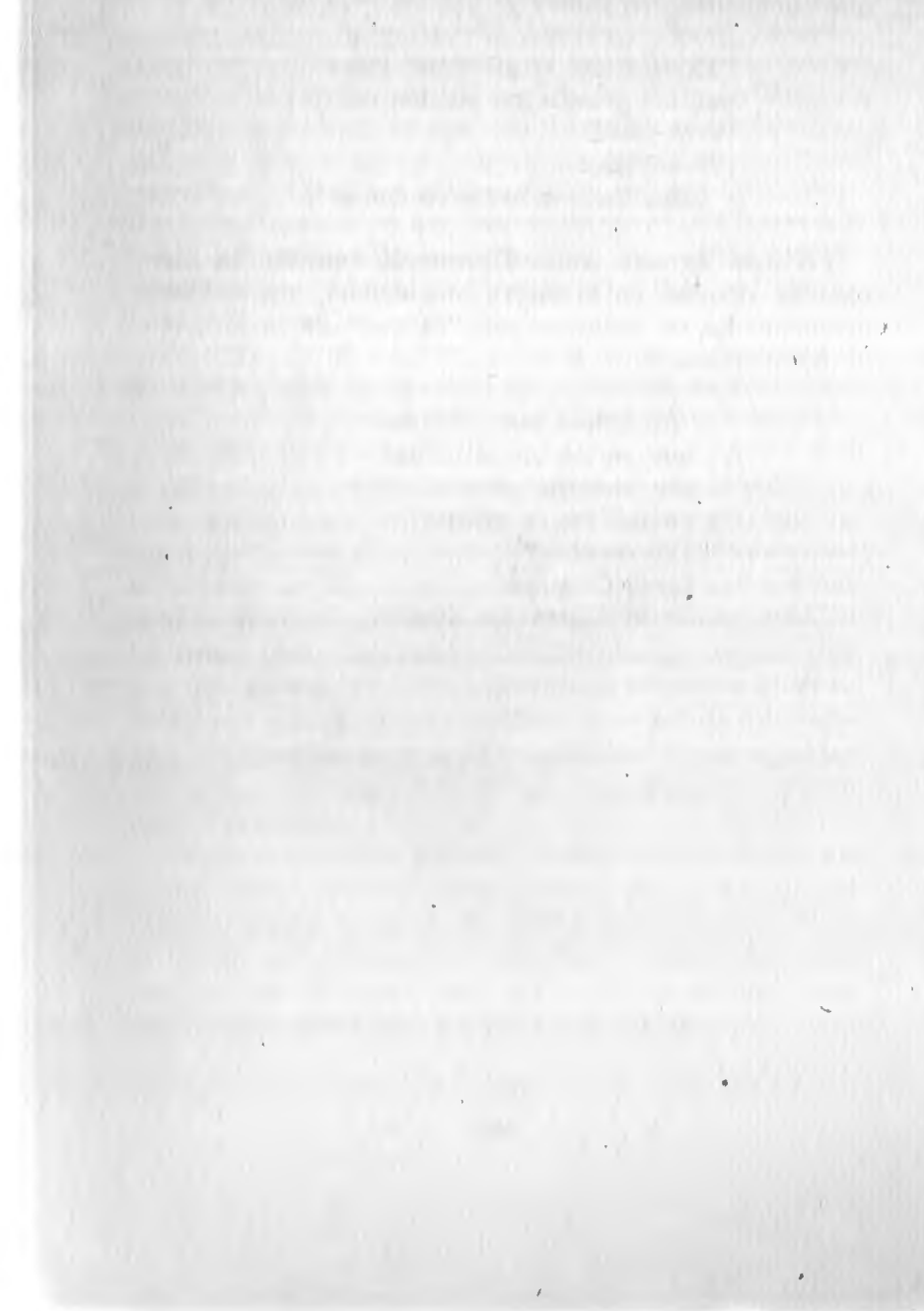
De tiempo en tiempo bajo a surtir mi despensa. Siem-pre hay por allí algún coche a la mano, y siempre tam-bién hay un deshuesadero que me lo compre.

Hay tonadillas que son pegajosas. Me aflora aquella que cantábamos en Cuba:

“Fidel, Fidel, ¿qué tiene Fidel
que los gringos no pueden con él?
¡Viva Cuba!
¡Viva Fidel!
y todos los que lucharon con él”.

En esta agreste soledad recuerdo también la canción de siempre en la sierra atoyaqueña, que entonan acompañados de guitarra, los “zancas” de la Brigada de Ajusticiamiento:

“Escuchen este corrido
que yo les voy a cantar
una historia conocida
yo les voy a relatar.
¿Su nombre?
Lucio Cabañas,
de la Sierra de Atoyac...”.



SEGUNDA PARTE

MUERTE DE LUCIO CABAÑAS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

XII

Ya impreso este libro y listo para su distribución, llegó hasta mi refugio la noticia de la muerte de Lucio. Pensé que bien podía ponerse a la venta sin incluir el suceso a que me refiero, porque los periódicos darían los datos que, en cierta forma, complementarían la obra. Para mi suerte, me encontré inesperadamente en Mazatlán a un fugitivo miembro de la dirección del Partido de los Pobres, con quien cultivé amistad en la sierra cafetalera atoyaqueña; y él me narró en detalle cómo fue la muerte de Cabañas, y también los pormenores del secuestro y liberación del senador Figueroa, asunto éste que omití en el texto del libro porque cuando entregué los originales, acababa de suceder y yo no tenía elementos de juicio a la mano para ocuparme del caso.

Ahora sí, enterado de lo sucedido en "El Otatal" y en "Los Corales", y de algunos detalles del secuestro y liberación del ingeniero Figueroa, me dispuse a escribir un capítulo anexo, no tanto porque fuera indispensable, sino porque se confirma mi tesis de que el movimiento guerrillero en México está saturado de "soplones", y que la pasión dogmática y enfermiza de muchos los lleva a delatar a los propios compañeros de lucha, sólo porque no interpretan a Marx en la forma en que ellos creen y quieren.

No doy el nombre ni las circunstancias en que el "zanca", de la Brigada de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres, apareció por estos rumbos, porque cualquier dato serviría de indicio a sus implacables perseguidores y orientaría también a los muchos "soplones" de que está infestada la AUS. Pero aclaro, sin embargo, que algunos días compartió mi **espelunca**, y en el prolongado ocio del amanecer hasta las horas en que ni los gallos cantan, me explicó y me contó muchas cosas que pasaron en la Sierra y que a la postre llevaron certeramente a la muerte de Cabañas.

Mariano Santiago Vázquez, su delator, fue de los adoctrinados por el grupo de la "Liga 23 de Septiembre", al servicio de la cual y quizás acatando sus consignas, reveló a los militares los movimientos de Lucio y su grupo, y se prestó a servirles de guía para su más pronta y efectiva localización. A ese grado de ruindad llega la pugna interna en el guerrillerismo. Nosotros somos nuestros propios y más implacables enemigos.

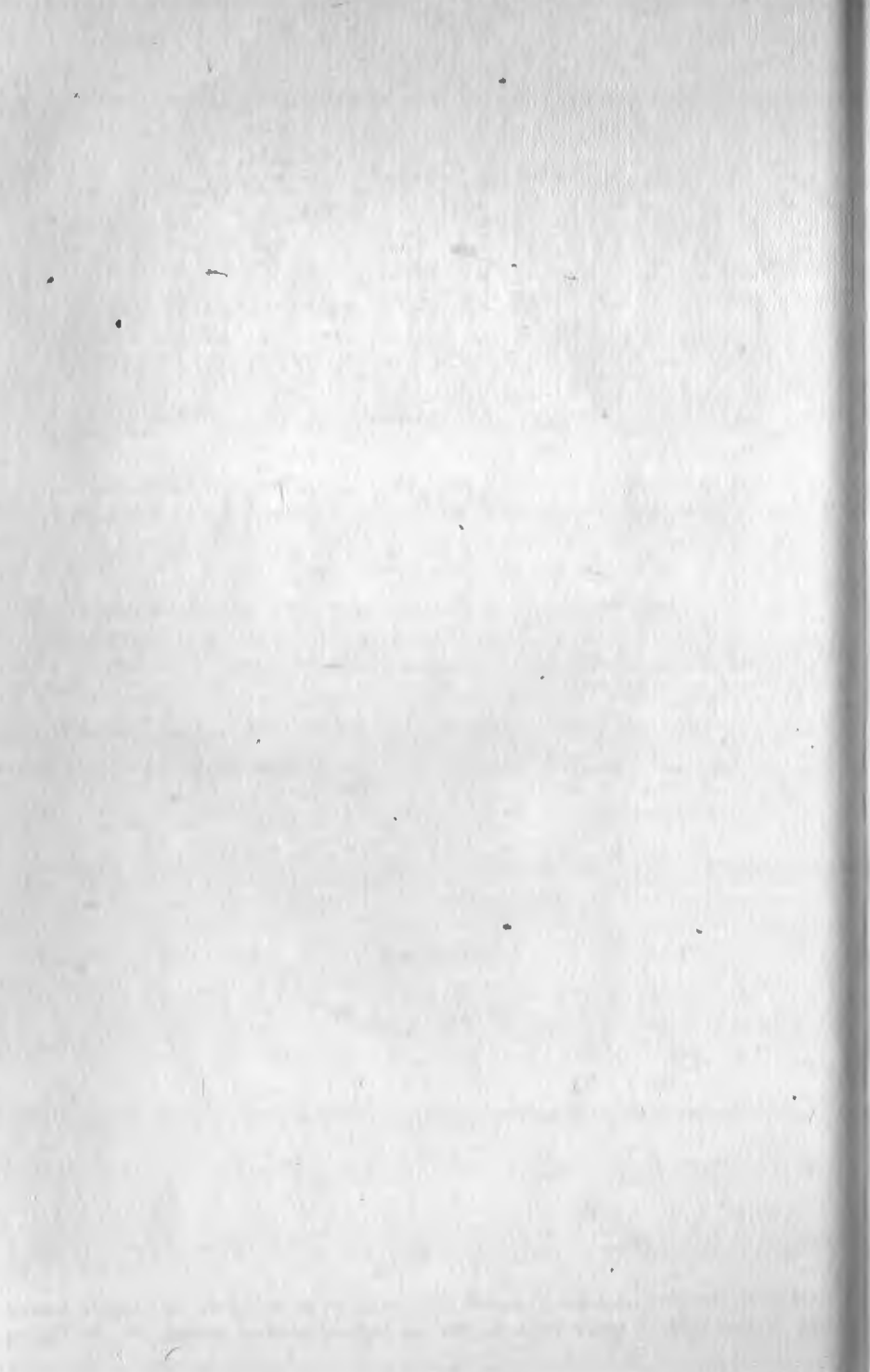
Por el aislamiento que me he impuesto para sobrevivir en libertad, no supe de la muerte de Cabañas sino muchos días después. Lo leí en un periódico atrasado que ya comentaba y especulaba con la noticia. Tuve que buscar el número y eso me llevó más días, porque también se había agotado, y yo, por elemental precaución, no debería de mostrar interés mayor que el de cualquier lector por esa noticia.

Esto fue lo que leí:

"La Secretaría de la Defensa Nacional informa que el día de hoy (lunes 2 de diciembre de 1974), alrededor de las 9 horas, en la región de "El Otatal", municipio de Tecpan de Galeana, Estado de Guerrero, a unos veinte kilómetros al noroeste de esta última población, tropas de la XXVII Zona Militar con sede en Acapulco,



Auténtica fotografía de Lucio Cabañas, que usaba en su credencial de maestro federal. Este fue el Lucio a quien traté durante mi militancia en el Partido de los Pobres.



tuvieron un encuentro con el grupo delictivo del secuestrador y asaltante Lucio Cabañas Barrientos, en el que éste resultó muerto en compañía de otros diez maleantes que lo acompañaban.

"Lucio Cabañas Barrientos era buscado desde hace varios meses por las autoridades policiacas federales y locales, por la comisión de numerosos delitos, entre ellos, varios homicidios, secuestros y asaltos a mano armada. Escondido en la Sierra de Guerrero, se había ligado para cometer sus hechos criminales, a los grupos más negativos de la región, como caciques, agiotistas, talabosques y traficantes de drogas, a los que brindaba protección.

"La persecución de Cabañas se acentuó a raíz del secuestro del senador Rubén Figueroa, a quien el Ejército rescató el 8 de septiembre último. Hace dos días (el 30 de noviembre), en el norte de 'Los Corales', en la misma región del Estado de Guerrero, elementos del instituto armado habían sostenido con la banda de Cabañas otro encuentro en donde resultaron muertos 17 maleantes y se recogieron gran cantidad de armas y municiones, aunque Cabañas había huido. La persecución culminó el día de hoy en la región de 'El Otatal' con los resultados descritos.

"En los diversos encuentros resultaron muertos dos elementos de tropa y cinco heridos. Las autoridades competentes han procedido a dar fe de la identidad del cadáver de Lucio Cabañas Barrientos y de sus acompañantes."

En otra parte de la información, se decía que Lucio fue herido de muerte por tres balas: una que dio justamente en la unión del maxilar inferior derecho con el temporal, y que quedó alojada en el cerebro; otra, que interesó la parte posterior de la región axilar izquierda y salió a la altura del homóplato; y una tercera que

penetró en la región dorsal izquierda, fracturó la quinta, sexta y séptima costillas, lesionó la arteria axilar, y salió por la región deltoidea izquierda. La primera y la última fueron mortales por necesidad, según el parte médico firmado por el legista Rodolfo Guillén del Valle, que certificaron los agentes del Ministerio Público Raúl Fabián Galindo y Raúl Orbe Berdeja.

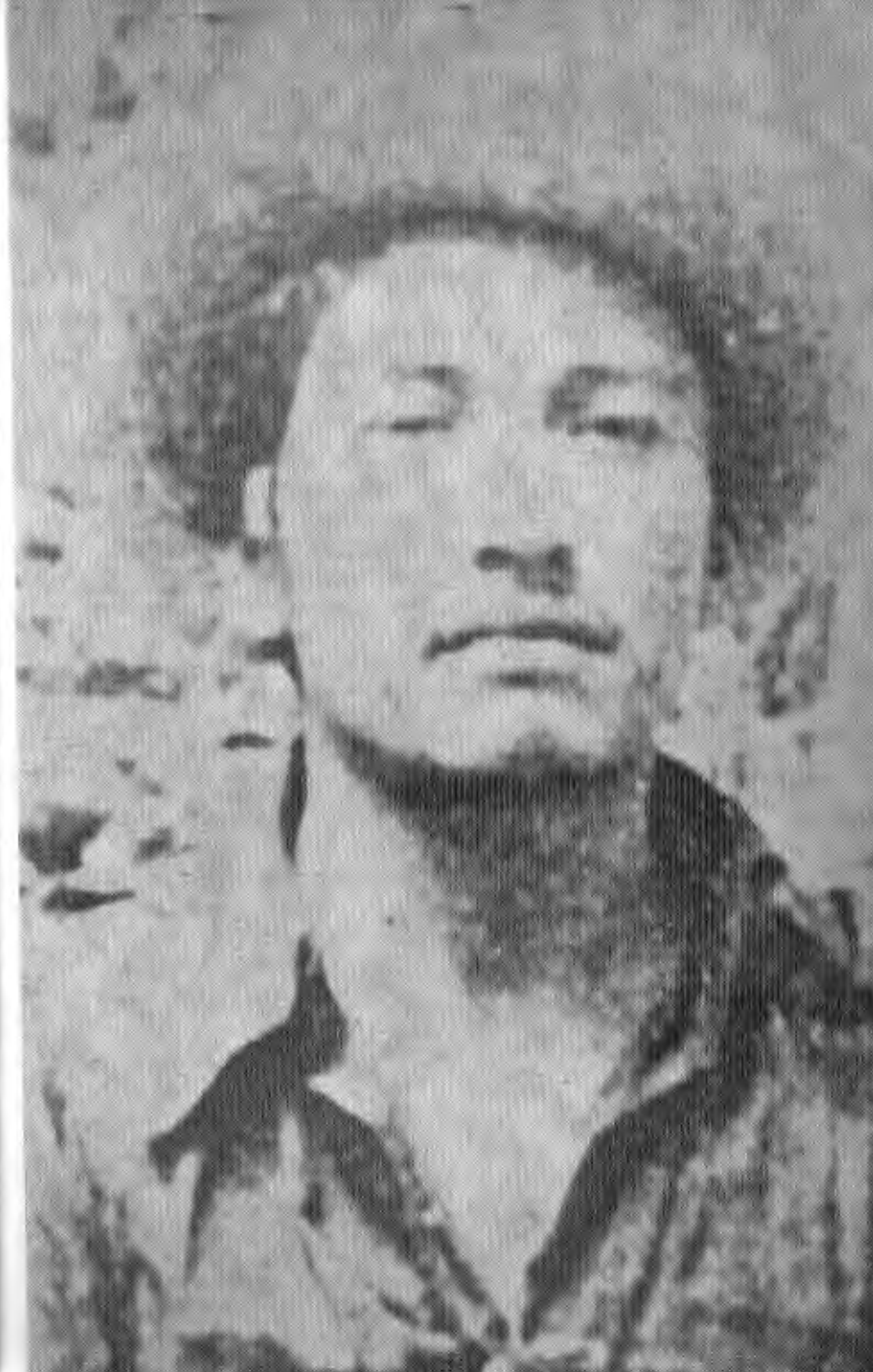
(Durante varios días sólo rumié esta dolorosa noticia, pues no obstante mis graves diferencias ideológicas y políticas con Lucio, en lo personal le guardaba estimación porque siempre me trató con deferencia, y porque equivocado o no, luchaba dentro del movimiento guerrillero, y por ese solo hecho merecía toda mi solidaridad.

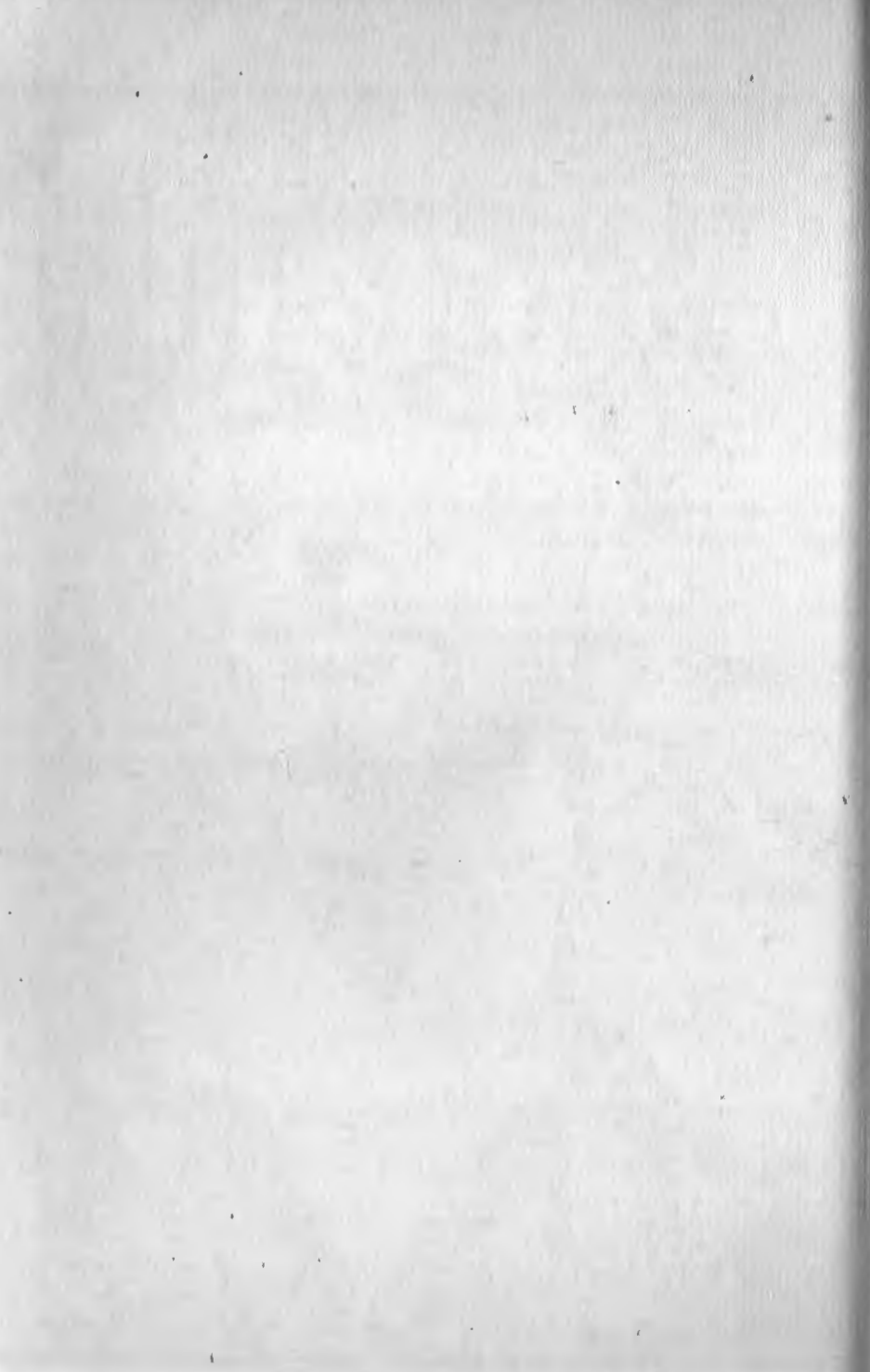
Tampoco sabía cómo estuvo lo del secuestro de Figueroa ni su liberación, ni detalles relativos a la muerte de Margarita Saad, pues las noticias me llegaban fragmentadas y, a lo mejor, equivocadas deliberadamente por los periódicos, único medio de que disponía para mi información.

El "zanca" fugitivo me puso al día respecto de las intimidaciones de la Brigada de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres en su lucha contra la Liga Comunista "23 de septiembre", de lo de Figueroa, de lo de la Saad y, finalmente, de lo acaecido en "El Otatal".

El pleito con la "LC23S" se fue enconando al grado de que se convirtió en una guerra entre guerrillas, porque los "ultras", cuando no pudieron convencer a Lucio de que se sumara a ellos y les dejara el manejo del grupo costeño, después de un intercambio de correspondencia, parte de la cual doy a conocer en páginas anteriores, se llegó a la injuria violenta y a los amagos. Y de éstos se pasó a los hechos.

De pronto empezaron a aparecer en diversas regiones de Guerrero, individuos jóvenes muertos a tiros, y





algunos en proceso de incineración. Eran guerrilleros caídos o cazados en esta odiosa e increíble guerra intestina de los propios revolucionarios. Primeramente mataron los "ultras" a Joaquín, apodado "Quincho", que llevó el ultimatum de Lucio a los septembrinos para que abandonaran el territorio que consideraba bajo su dominación, o sea la Sierra Madre del Sur en su fracción de la Costa Grande.

Al "Quincho" lo mataron los "ultras", y luego, semichamuzcado, lo dejaron en un sitio adecuado para que lo pudieran descubrir los caminantes, y se "hiciera el chisme" grande y llegara el cuento a Lucio. Este, a su vez, al enterarse de lo ocurrido al mensajero, cogió a dos "ultras" desvalagados que **trabajaban** a los de la Brigada de Ajusticiamiento, y los mató personalmente con una metralleta, al tiempo que tomaban fotos de la **vendetta** para enviarlas a la sede de la Liga —entonces en Culiacán— y para escarmiento de los enemigos.

Hubo más muertos al estilo de las guerrillas de gangsters en Chicago. La Liga se hizo en Guerrero de algunos elementos, enganchando a restos de la que fue guerrilla de Genaro Vázquez Rojas, que nunca se adhirieron al Partido de los Pobres, porque era mucho su rencor. No pasaron de cinco, porque del **genarismo** nada queda, salvo sus efigies, que la nueva muchachada mira sin saber de quién se trata y porque la gloria es tan efímera, que apenas si se salva la del "Che", cada vez más menguada.

No era difícil la cacería de cabañistas porque no siempre los de la Brigada estaban de servicio. Se turnaban. Unos bajaban una temporada a estar con su familia, y los que descansaban volvían a las armas. Los reclutados por la Liga conocían a los de Cabañas que hacían momentánea vida pacífica, y los mataban. De ese modo cayeron en Costa Chica y en la Grande, en

Acapulco y en el norte del Estado, varios estudiantes-guerrilleros.

Mariano Santiago Vázquez es ometepecano, del mismo grupo de Moisés Perea, muerto en las inmediaciones del Ocotito, donde guardaba el "rescate" de cuatro millones y pico de pesos de Margarita Saad. Pero Mariano fue de los que tomó y se aficionó más a las clases de los "ultras" cuando fueron a llevar doctrina a la Sierra, asunto del que ya hablé antes; y cuando se escindieron los grupos por las presiones de los septembrinos y el agudo personalismo de Cabañas, Mariano se inclinó por los "ultras", no obstante ser de las confiarzas de Lucio.

A la postre se disciplinó, y para hacer méritos y reconstruir la confianza perdida, desempeñó comisiones de las difíciles y lo hizo bien. A Orbe no logró engañarlo, y por ello ambos tuvieron dificultades que zanjó con su autoridad de jefe supremo el "zanca" Cabañas. Y es que Mariano Santiago Vázquez tenía secretos contactos con los septembrinos y posiblemente cubría dentro de la Brigada y del Partido de los Pobres algunas tareas. Lucio, el desconfiado Lucio, también sabía de los trafiques de Mariano con sus enemigos, y tal vez pensaba utilizarlo para algo muy difícil —acercamiento o conexión de emergencia— y lo dejaba participar en todo lo concerniente a la guerrilla.

En los días de fiesta de mediados de septiembre, Mariano y Orbe se encontraron en una feria pueblerina. Verse y al instante cambiar injurias fue todo uno. No cargaban armas para no hacerse sospechosos, ya que constantemente registran a hombres y mujeres las fuerzas represivas. Tampoco se liaron a golpes allí, porque atraerían a la policía. Prudentemente se citaron para las afueras, caminaron como si fueran amigos y tan pronto llegaron a un sitio oscuro y solitario se dieron a más y mejor. Ganó por más fuerte y más bravo José Luis

Orbe Ríos, y eso aumentó el resentimiento de Mariano, el de Ometepéc, que servía de quinta columna de la Liga, en la Brigada.

Cada quien huyó por su lado cuando algunos curiosos iban a acercarse. Lo supo Lucio más tarde y castigó a los dos.

Respecto a lo de Figueroa, me dijo el "zanca" que éste era el que insistía en ser recibido por Lucio. Para ganarse su voluntad, influyó el político para poner en libertad a varios cabañistas presos en las cárceles guerrerenses. De la índole de la correspondencia no supo mi informante porque era cosa muy privada a la que no tenían acceso ni aun los demás miembros de la Dirección de la Brigada de Ajusticiamiento. A éstos sólo les indicaba el jefe que el senador Figueroa lo tenía acatarrado con tanta solicitud para la entrevista, y si no la concedía era porque temía una celda. No confiaba en modo alguno en el rico camionero, porque en su haber nada tenía que lo hiciera grato a los guerrilleros.

Deseaba, decía, pacificar a toda costa, pero, en el fondo, trataba de comprar a Lucio y a sus más valiosos jefes de grupo, y con ello restablecer la paz sin poner remedio a las causas de fondo por las que se luchaba. Una paz porfiriana. Por añadidura, el Ing. Figueroa es pariente de los generales de ese apellido que combatieron ferozmente a Zapata en Morelos. Don Ambrosio fue Gobernador de aquel Estado y su única ocupación fue perseguir al zapatismo y personalmente a Emiliano.

Los Figueroa fueron de Carranza, el que hizo matar al Caudillo del Sur. Por cuanto a la carrera política, del camionero, fue al lado de los gobiernos de la burguesía dependiente. ¿Por qué había de creerse en sus buenas intenciones?

Lucio comentaba eso con los de la Dirección, y ellos estaban de acuerdo.

Por otra parte, la vanidad de Lucio le impedía llegar a ningún arreglo que liquidara su vida guerrillera y lo hiciera hombre de paz. ¿Qué podía ofrecerle el senador que fuera atractivo? ¿Una gruesa suma de dinero? ¿Una diputación? ¿Una alcaldía?

Dinero lo tenía Lucio en cantidades exorbitantes, sumados los rescates de Juan Gallardo Vega, Donaciano Luna Radilla, Jaime Castrejón Díaz y otros muchos secuestrados; así como "expropiaciones" en varios bancos del Estado y de la República. Esa oferta monetaria, no le atraía. ¿Cuánto podían darle?

¡Nada! Ni hablar de eso.

¿Poder?

Cualquier oferta le resultaba ridícula y mezquina a su desbordada megalomanía. Casi me atrevería a jurar que si el millonario camionero le hubiera ofrecido a cambio de su rendición, la gubernatura de Guerrero, Cabañas le habría respondido con una injuria. Era poca cosa para él.

Su nombre había rebasado los límites de la Costa Grande, los del Estado de Guerrero y los de la República Mexicana. Su equivalente en América era, Fidel Castro Ruz como jefe del Estado socialista cubano. ¿Por qué no podía ser Lucio el jefe del Estado mexicano? Así estaban las cosas. De aquí que cualquier propuesta del senador Figueroa fuera despreciada por el jefe guerrillero. Eso, al parecer, no lo entendía el político, quien a lo mejor llevaba la propuesta de dar a Cabañas la alcaldía de Atoyac, o una inspección federal de Educación, o una diputación en la Cámara local.

Un día decidió agarrar la palabra a Figueroa y le dio cita para la entrevista, después de que se tomaron todas las precauciones posibles y se comprobó que el rico camionero soñaba llevar de la Sierra a un Lucio Cabañas convertido en un gobiernista más, en una man-

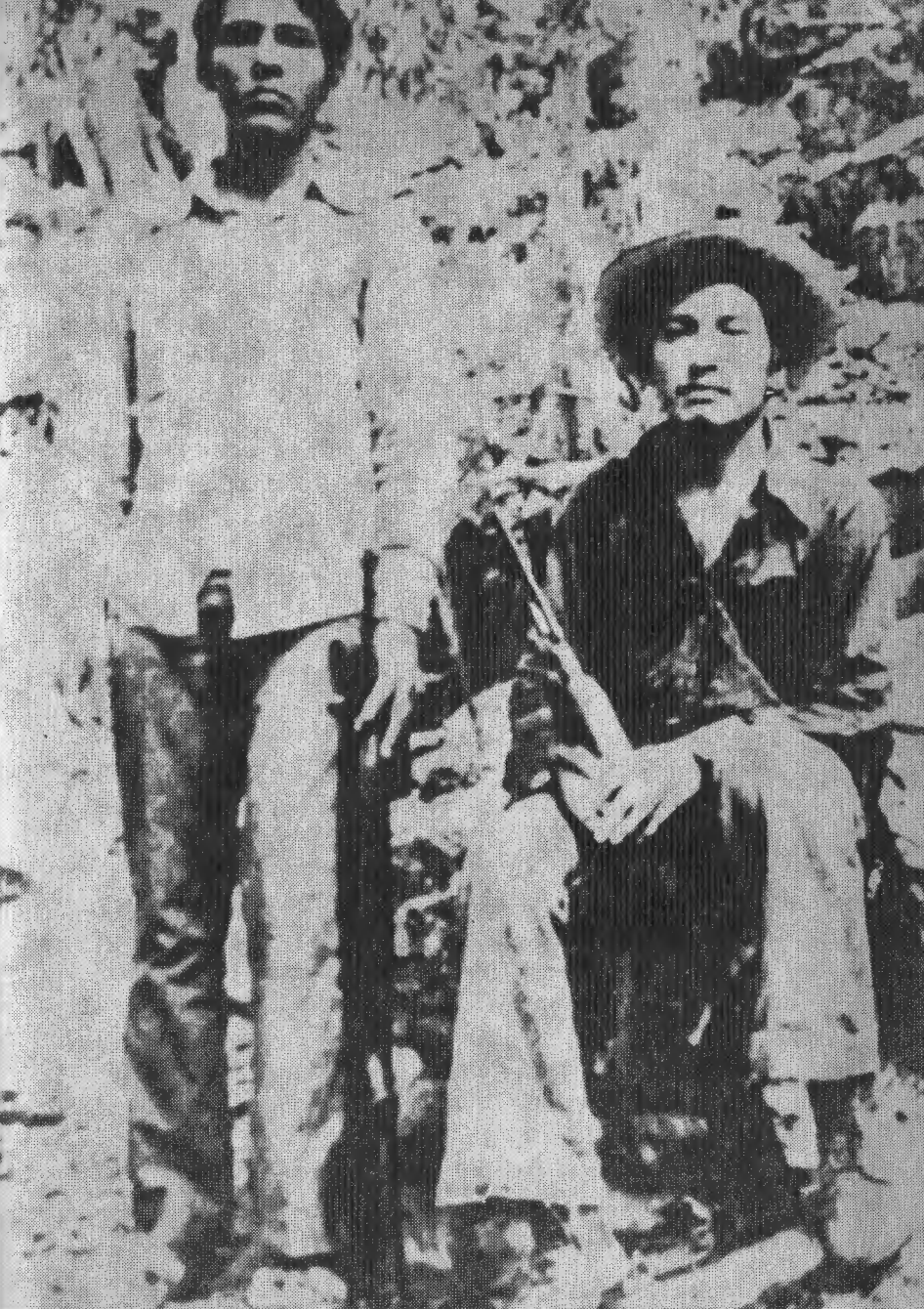
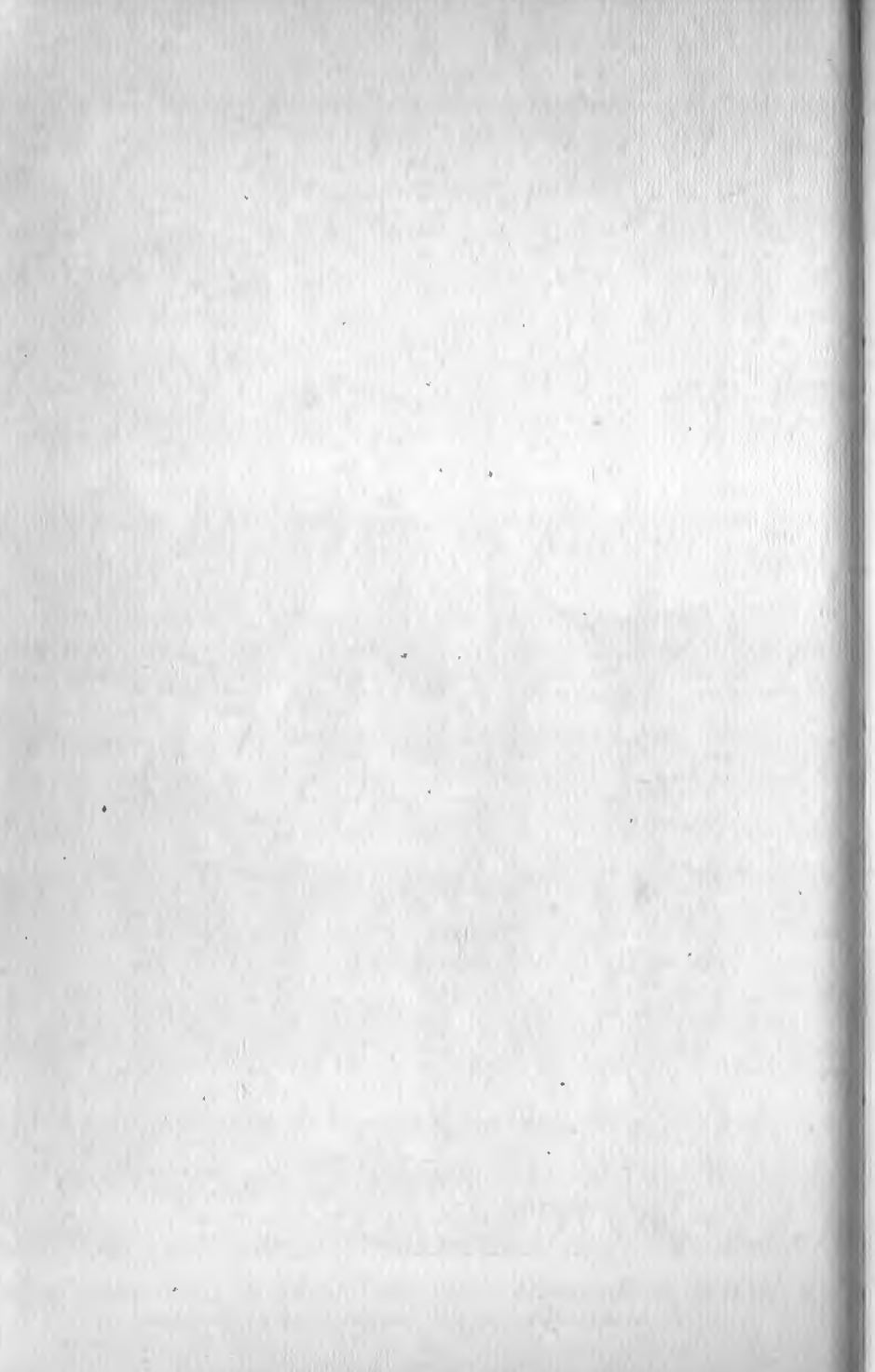


Foto de Lucio Cabañas tomada con la cámara del senador Rubén Figueroa y que fue proporcionada por éste cuando logró su liberación.



sa paloma; y a la Brigada, convertida en un blanco palomar o un rebaño de mansas ovejas.

—¿Te tocó estar en el secuestro? —pregunté al “zanca”.

—No. Estuve comisionado al frente de un grupo en labor de distracción a las fuerzas que sabíamos se desatarían en persecución de Lucio para rescatar al viejo político. Yo andaba “toreando” a los destacamentos; la hacía de muleta de torero, para engañar al toro federal. Y así recorrí, en marchas que nada le pedían a las que hicieron famoso a Pancho Villa, cientos de kilómetros por toda la Sierra. Un día nos detectaban cerca de Agua de Correa y otro ya nos habían visto en San Vicente; y no faltaba quien supiera que andábamos en Cochoapa o por Coananchinicha en la Costa Chica; y alguna vez estuvimos cenando en Texcaltzin, cerca del panteón de Tixtla, a orillas de la Laguna. Allí nos llevaron tortillas frescas, recién salidas del comal, y algunos guisos de los que estábamos privados durante mucho tiempo, los compañeros de la Normal de Ayotzinapa, en donde Lucio se formó como maestro y como líder combativo. Quien conozca el mapa de Guerrero verá que las distancias son inmensas entre uno y otro punto de los señalados. Pero esa era la tarea, y siempre se decía que había pasado un grupo que al parecer llevaba a unos “armados” o “mecateados”. Se movilizaban tropas y policía por tierra y por el aire y nosotros podíamos perdernos porque no llevábamos ningún secuestrado. En cambio, Cabañas sí iba con el incauto senador, con su primo Febronio y con su taquígrafa Gloria Brito y los tres constituían un molestísimo impedimento para el cambio de un rumbo a otro. No sólo yo llevaba grupo guerrillero de engaño. También sé que dos más tuvieron la misma encomienda y aparecieron

en Tierra Caliente y por Juluchuca, cerca de Zihuatanejo.

—¿Viste a Figueroa?

—Tampoco. El despiste se inició el 27 de mayo, o sea tres días antes del secuestro. Amagamos varias rancherías o barrios como llaman allá a las minúsculas poblaciones rurales, y dimos que decir al populacho que exagera las cosas y distorsiona la verdad. Las partidas militares y policiacas no se daban abasto para ir a comprobar las denuncias o los rumores, y siempre por cierto, había puntos de verdad que confundían más a los husmeadores y perseguidores.

También me explicó el “zanca” que Lucio a nadie dio a conocer sus planes de movilización y ocultamiento; mucho menos a los que comisionó para despistar, puesto que si llegaban a aprehender a alguno revelaría el escondite o el rumbo, y allí habría terminado el juego.

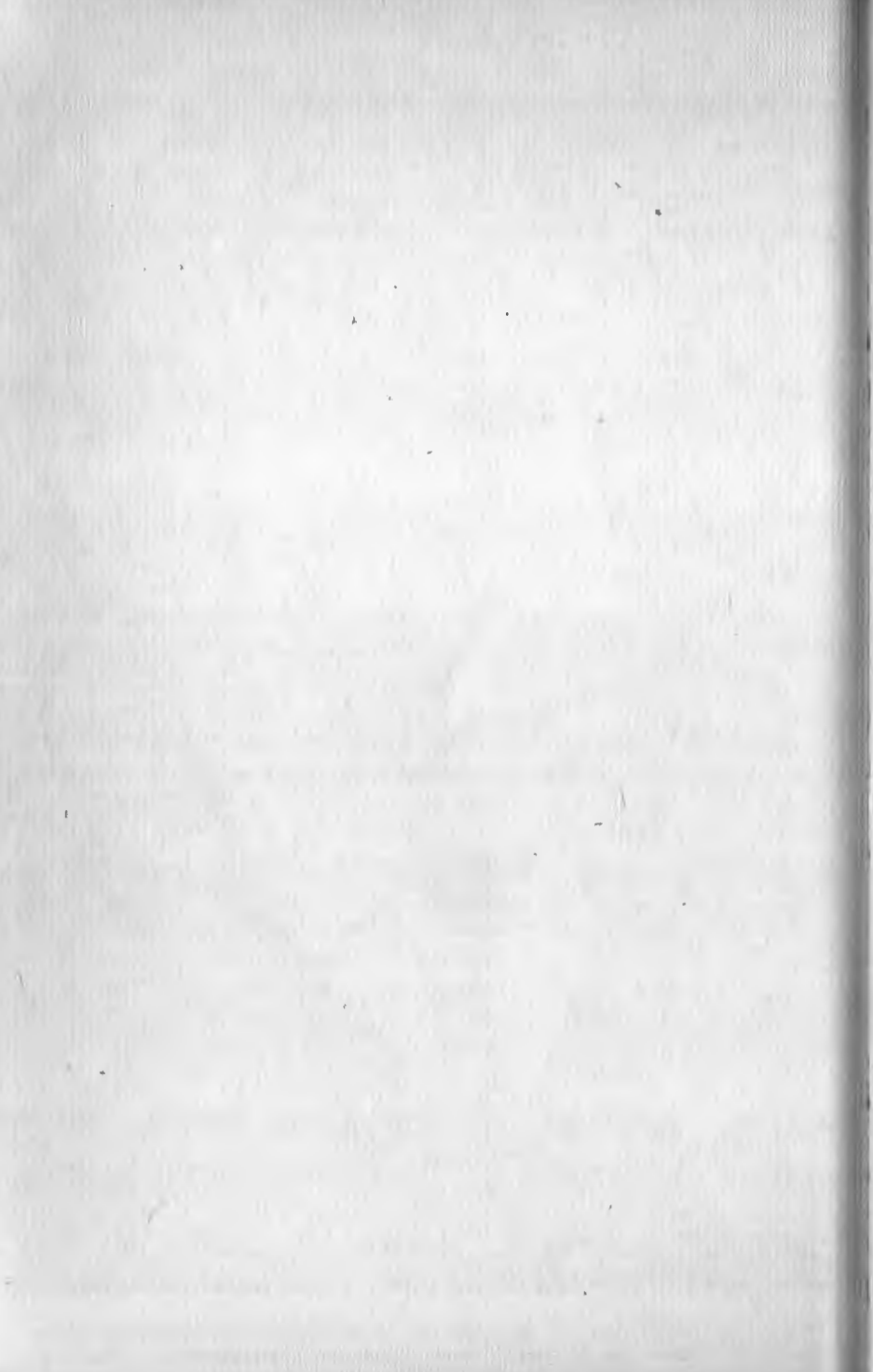
“Aun cuando el gobierno se negó a entrar en negociaciones con nosotros —siguió diciendo el costeño— hubo intermediarios que trataron con representantes del Grupo y que entretuvieron el asunto para hacerlo más prolongado, pues ése era el plan. Mientras más durara secuestrado el burgués de referencia, mayor sería la expectación nacional e internacional y más se hablaría bien y mal de Lucio, que para el caso siempre es bueno, porque es propaganda, y una guerrilla sin publicidad está en la calle, está perdida.”

El temor de que se muriera Figueroa por sus años o sus achaques, además del jaleo a que estaba sometido, hizo que se planteara en serio el rescate. Se usaron los servicios del obispo Méndez Arceo, que es el que se ocupa de estos asuntos.

La demanda fue por cuarenta millones de pesos y otras cosas, y no hubo regateo de parte de la familia. Estuvieron dispuestos a pagar dónde y a la hora que



Senador e Ing. Rubén Figueroa, plagiado por la Brigada de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres, por órdenes de Lucio Cabañas. Su secuestro duró cien días.



quisiera Cabañas. El obispo se mostró activo y exigente y se convino en que primero se entregarían veinte millones en billetes de uso, de diversas series y de preferencia de quinientos y cien psos, sin desdeñar los de mil; y cuando Arceo informara que ya los tenía en su poder, el grupo llevaría a "El Quemado" a los tres plagiados, que soltaría tan pronto el mismo eclesiástico diera la señal de que se había cumplido con la exigencia. El dinero no se llevaría a la sierra. Estaría en poder del obispo hasta que Lucio o algún representante autorizado fuera a recogerlo todo o en parte.

—¿Cuántos sabían de esa combinación? —le pregunté.

—Era asunto entre Lucio y el obispo. La familia de Figueroa sólo debería entregar el dinero y esperar a su pariente en Acapulco o en México. En el obispado tenía Cabañas a un compañero que era el que llevaba los recados pero no hasta donde estaba el jefe, sino a Taxco, desde donde telefónicamente informaba a Chilpancingo, a un cierto teléfono de un maestro de la AUG, lo que en clave se había convenido. El receptor del recado a su vez lo transmitía quién sabe cómo a Lucio, y más tarde recibía la respuesta, que transmitía al mensajero, y éste a Arceo.

—El secreto, pues, era absoluto. ¿Cómo fue que la tropa se enteró de la hora y del lugar en donde ya se tenía a los plagiados?

—Ahí está la clave del asunto. Porque de pronto apareció la tropa; abrió fuego, y los presos —que no tenían ninguna atadura— pudieron escapar al amparo de la sorpresa de sus guardianes.

—¿Estaba Lucio a la hora del combate imprevisto?

—No. Dejó el trabajo a otro miembro de la dirección de la Brigada, que por cierto murió en el combate. Y si las balas federales no lo hubieran matado, de ese trabajo se habrían encargado las nuestras, porque incurrió

en gravísimo error, en descuido, en exceso de confianza. No puso las guardias ni las señales que podrían avisar de la cercanía de tropas. Los agarraron con las manos en la masa.

—¿Entonces hubo delación? —le pregunté.

—¿Tú qué dices? —me respondió.

—¿El obispo?

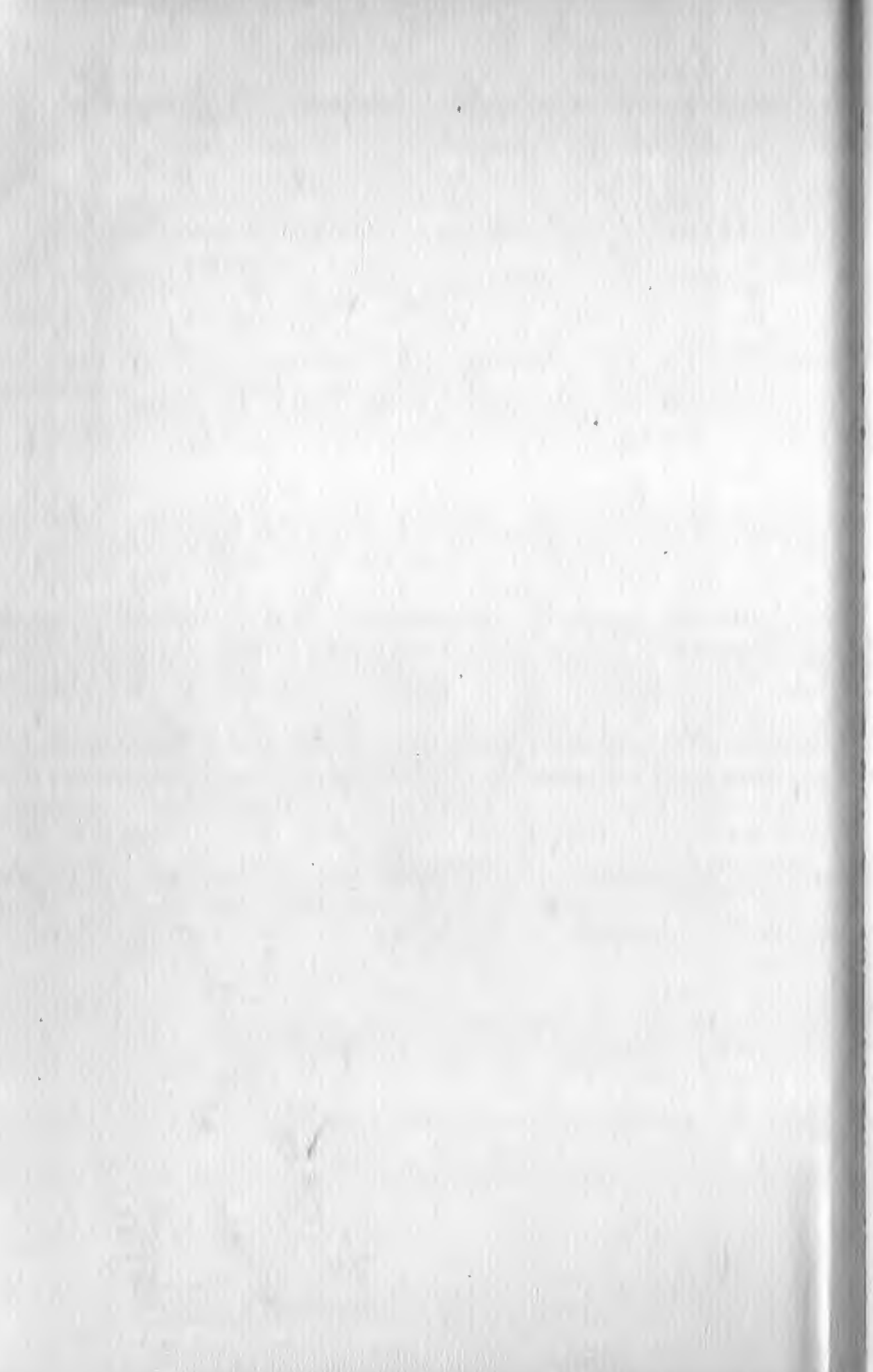
—Todo puede ser. No te olvides que los curas de la democracia cristiana traicionaron a Salvador Allende en Chile y dieron apoyo popular al ejército golpista de Pinochet. En esto nada tuvieron que ver los de la “23 de septiembre”, porque estaban de acuerdo con el secuestro. En eso sí coincidían con Lucio y no lo sabotearon, para que la operación constituyera un éxito. Tampoco estaba fuera de la vista de Lucio el que después la hizo de Judas, Mariano Santiago Vázquez, que no pudo avisar a nadie porque estaba en el grupo captor.

—¿Y qué pasó con el dinero del rescate?

—No sé nada. Si Lucio no decía algo, era muy expuesto preguntarle, por no sufrir un “descolón”. Habría él pensado que desconfiábamos y eso no lo consentía. Para mí que le pintaron un “topillo”; o que sólo recibió la miad. En fin, no sé qué pensar. Lo cierto es que después del descalabro de “El Quemado” (porque allí y no en otro lado fue el rescate de Figueroa), Cabañas fue otro. Se le cambió el carácter. Se palpaba que rumiaba una gravísima venganza, o que estaba resentido, burlado. Ni con Chofi siquiera chanceaba. Por eso, cuando le dieron cuenta de que a la árabe que tenían plagiada en Acapulco los de Carmelo ya la iban a soltar porque se había cumplido con el rescate, dispuso que la mataran.

Por aquel tiempo un comando femenino dirigido por Carmelo Cortés, secuestró a la rica capitalista Margarita Saad y exigió cinco millones de pesos. Hubo regateo,





y a la postre el hermano de ella —también camionera y amiga de Figueroa— pagó a Moisés Perea la suma reclamada por el comando. Perea aguardó en una casa por el rumbo de Ocotito con el dinero del rescate, y a poco la policía lo mató gracias a la delación de los capturados por el secuestro de Margarita. ¡Siempre delaciones y cobardías, rajones por doquier en la guerrilla!

Carmelo dio cuenta a Lucio de los resultados del plagio y éste dispuso que se le diera muerte. Cortés estaba de acuerdo en la muerte de la Saad, y fue él quien sugirió a Cabañas que el caso terminara con la estrangulación de la amiga de Figueroa. ¿Fue venganza por la jugada de “El Quemado”? Misterio, pero es posible.

Mi camarada el “zanca” cabañista, que resultó con una herida no peligrosa en la acción de “El Otatal”, mientras se curaba la lesión, me reveló que las relaciones entre Carmelo y Lucio no eran buenas. Carmelo es muy indisciplinado y se deja llevar por sus impulsos, sin reflexionar. Sólo que ha tenido suerte, pero las cosas que ha hecho son de lo más imprudente, todo para que se le tenga por temerario. Así no iré lejos. Las guerras se ganan con el cerebro y no con el corazón. Se necesita tener siempre la cabeza fría; y Carmelo la tiene llena de pájaros y de leños encendidos.

También rindió malas cuentas a Lucio en lo referente al asalto a un banco del puerto. Dio cifra, y la entrega resultó muy superior. También le rezongaba y discutía sus órdenes. Por eso nunca quiso incluirlo en la dirección de la Brigada de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres, y lo tuvo en acciones aisladas fuera del grupo y de sus secretos. Tampoco es un marxista, un guerrillero con doctrina. Su cultura es limitada, abajo de la media, mal estudiante de la UAG y no es dado a la

lectura. Jamás lograron los de la "23 de septiembre", ni los del MAR, hacerlo entrar al aro, es decir, estudiar teoría, interiorizarse siquiera del pensamiento de V.I. Lenin acerca de las guerrillas, sobre las cuales éste tanto y tan juiciosamente habló.

Este Carmelo ni siquiera sabe de Debray, ni del "foquismo" ni de la Tricontinental, ni nada parecido. Su modelo es el "che" Guevara, porque leyó su "Diario", y nada más. Fuera de ese documento, no ha leído otra cosa referente. Su acción es meramente aventurera. Yo pienso que si en lugar de Lucio hubiera sido Carmelo el plagiario de Figueroa, habría aceptado, a cambio de su indulto, una diputación o una alcaldía, o la comandancia de policía de Acapulco. Es guerrillero ahora como pudo serlo, si entonces hubiera vivido, cuando Madero se levantó en armas contra Porfirio Díaz; y habría llegado a general, y luego a gran burgués, y enemigo del pueblo como tantos de esa revolución.

Es "cheguevarista" el guerrillero Carmelo Cortés, pero no observa sus reglas porque las ignora o porque no las toma en serio. Guevara dijo alguna vez: "El revolucionario que está en la actuación clandestina, preparándose para una guerra, debe ser un perfecto asceta y además sirve esto para probar una de las cualidades que posteriormente serán la base de la autoridad, como es la disciplina. Si un individuo reiteradamente burla las órdenes de sus superiores y hace contacto con mujeres, contrae amistades no permitidas. Debe separársele inmediatamente, no ya contando los peligros potenciales de contactos, sino simplemente por violación de la disciplina revolucionaria. Un factor sobre el que hay que poner énfasis y que suele ser aquí tan negativo, como positivo su papel en la lucha, es la mujer; se conoce la debilidad que tienen los hombres jóvenes, alejados de sus medios habituales de vida, en situaciones incluso síquicas

especialmente, por la mujer, y como los dictadores conocen bien esta debilidad a ese nivel tratan de infiltrar espías. A veces son claros y casi descarados los nexos de estas mujeres con sus superiores, otras sumamente difícil descubrir siquiera el más mínimo contacto, por ello también es necesario impedir las relaciones con mujeres.”

¡Y Carmelo formó un comando que llamó “femenino”.

En unas cuantas horas después de la muerte de la Saad, las “guerrilleras”, llorando, dijeron a la policía hasta el huevo y quien lo puso. Cayeron todos, menos Carmelo, quien en vez de asceta presume de garañón. Así no se puede.

* * *

Hablamos de la muerte de Lucio.

Mi camarada sufre en el relato. La voz se le ahoga y los ojos nadan en agua.

—¡Ni con mil vidas pagaré Mariano Santiago Vázquez su traición!... —exclama.

Su relato es agitado, por más que no tiene por qué aventar todas las palabras al mismo tiempo. Lo que nos sobra son horas de ocio en esta **espelunca** que nos sirve de morada.

“...Dile a Anacleto que mañana vamos pa'allá..., que junte a la gente sin decir el motivo..., oscureciendo llegaremos...”

”Tal fue el recado que costó la vida a Cabañas. El mensajero era Mariano, quien ya había reconquistado su confianza. En otras ocasiones él avisaba a dónde iba para que la gente se juntara y oyera sus arengas y lo ayudara. Aquel 30 de noviembre Lucio lo usó otra vez como su correo, pero Mariano en vez de ir a donde estaba Anacleto, fue primero con la delación al comandan-

te del 27 batallón, coronel Mariña, quien al instante armó la trampa con la ayuda del Judas.

"Antes que se juntara la gente de 'Los Corales' llegaron unos guarachudos que parecían del rumbo. Eran soldados disfrazados. Los de uniforme tomaron posiciones cerca del barrio. En cuanto Lucio llegó y apenas se juntaban los vecinos, se oyó un silbido muy raro, largo, largo y muy agudo. Entonces los guarachudos sacaron sus armas y abrieron fuego, y en el deconcierto no respondimos luego los acompañantes de Lucio, porque nos destanteamos. No estábamos acostumbrados a estas sorpresas, pues nosotros siempre las dábamos. Dos o tres minutos después, aparecieron los uniformados que estaban en las inmediaciones y se armó la balacera en grande. Lucio peleó, corriendo hacia atrás, en reversa, a fin de no quedar cercado.

"Yo tomaba una agua fresca de tamarindo cuando empezó el tiroteo. Peleamos y a poco se dio la señal para zafarnos de la trampa que se cerraba. Entre las chozas de palapa en el monte quedaron muertos y heridos varios compañeros. Lucio rengueaba. Creí que iba herido, mas al parecer, se torció un tobillo cuando brincó para atrás a protegerse con un horcón de la ramada.

"Nos rehicimos y reorganizamos cerca de 'El Otatal', pero allí nos alcanzaron los guachos, orientados por los helicópteros que nos descubrieron dos días después en un llano pelón, sin yerba ni árboles, ni peñascos que nos cubrieran, en un claro del bosque.

"De 'Los Corales' escapamos en la refriega al amparo de las sombras de la noche y de la cerrazón de los montes. Cerca de 'El Otatal' el camino es más difícil, durísimo. Además, nos iban pisando los talones. En 'Los Corales' perdimos muchas armas y parque y bravos compañeros. Como a las 9 de la mañana los guachos abrieron fuego sobre nosotros. Contraatacamos en des-

ventaja y nos sostuvimos una media hora, hasta que el parque se acabó. Vi caer a Lucio muy cerca de mí. No sé dónde le dio la bala, pero al instante cayó revolcándose convulsionado, vomitando sangre a borbotones.

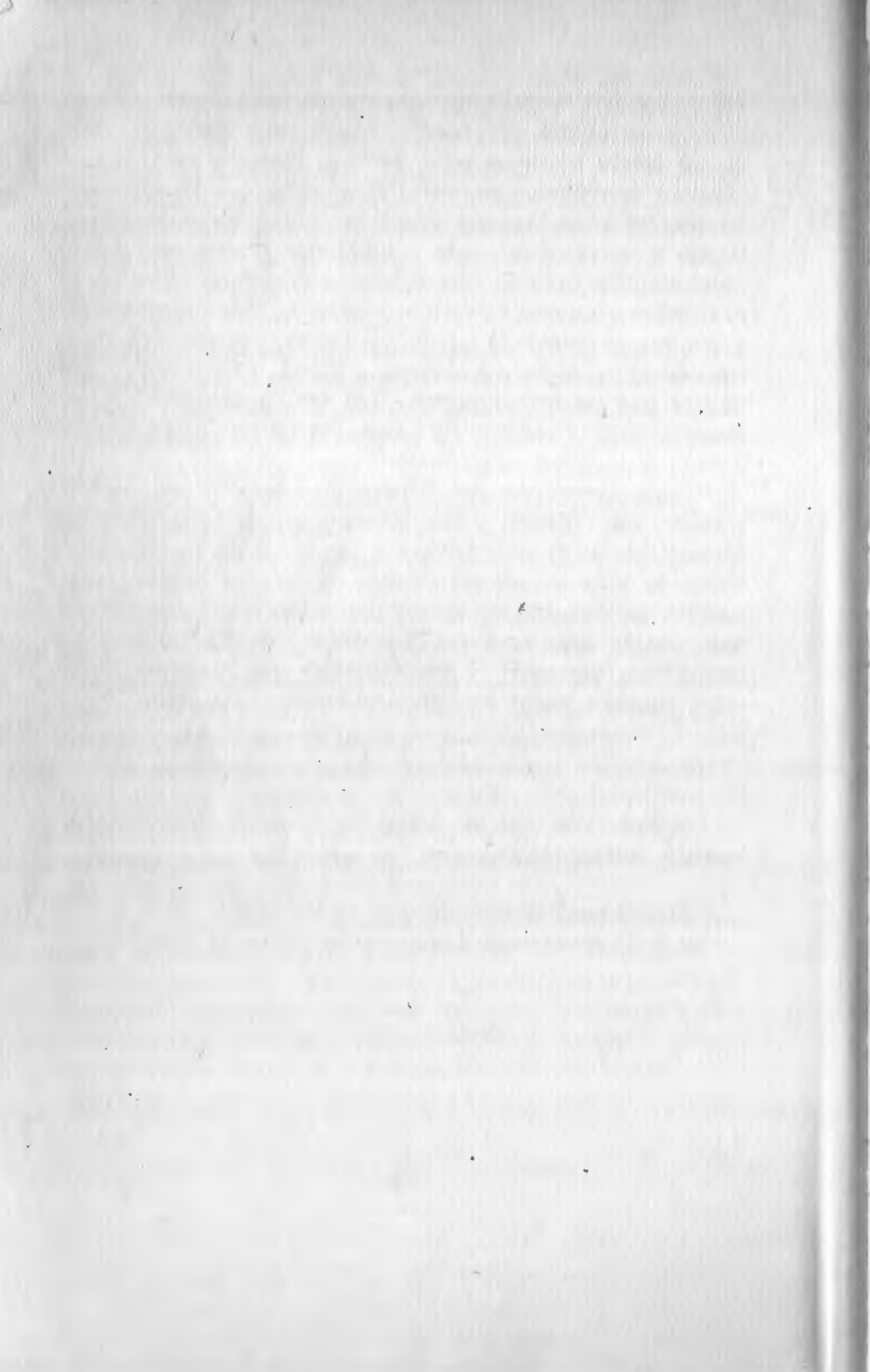
"No vi más, porque sentí un golpe caliente en el muslo y corrí como pude —igual que otros— en busca de salvación. Cuando cae el jefe se desploma el valor, y el miedo se vuelve colectivo. Murieron más compañeros y yo no sé cómo la estoy contando, porque era casi imposible salir de la balacera a plena luz del sol; y no sé por qué no me siguieron. Tal vez, engolosinados los guachos con la muerte de Lucio dieron por concluida la acción, y levantaron el campo.

"Unos agraristas del grupo de Anacleto me dieron posada, me curaron y me informaron de la muerte de Lucio y de la mayor parte de los jefes de la Brigada. Tenía la loca esperanza de que el jefe se hubiera salvado o lo tuvieran vivo, aunque preso. De la cárcel se sale, de la sepultura no. También me dijeron que el grupo fue diezmado, y confirmaron que Mariano llevó a los guachos y que identificó el cadáver del jefe..."

* * *

Lo dejé desahogarse. Después, como si improvisara, musitó entrecortado:

"Escuchen este corrido que yo les voy a decir, es de la muerte de Lucio, en la sierra de Atoyac..."



Este libro se terminó de imprimir el
día 15 de Abril de 1975, en los talleres
de la Editorial Graphos, S.A., en
Linares 28, Guadalajara, Jal.